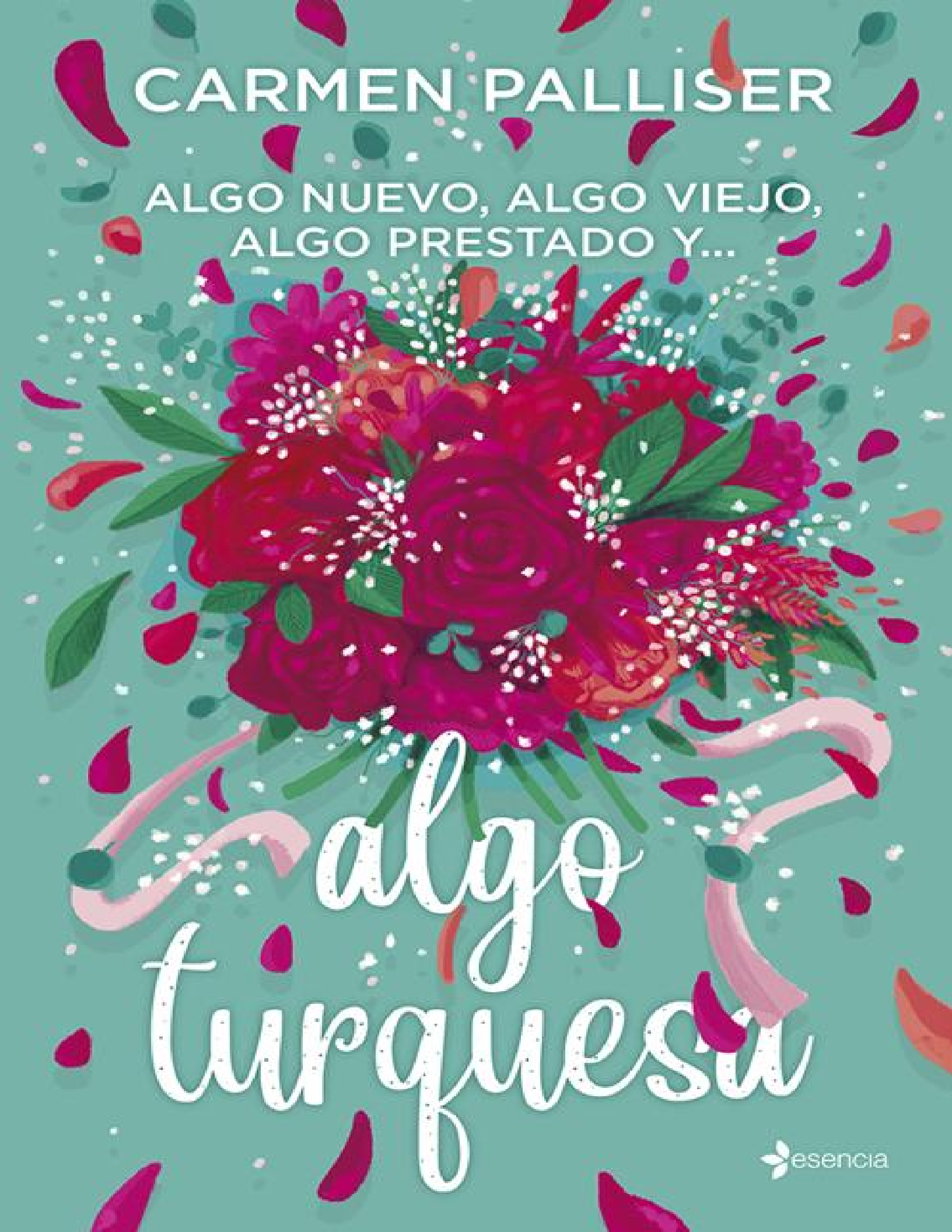
CARMEN PALLISER

ALGO NUEVO, ALGO VIEJO,
ALGO PRESTADO Y...



# algo turquesa

esencia

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Preámbulo**

**1**

**2**

**3**

**4**

**5**

**6**

**7**

**8**

**9**

**10**

**11**

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Playlist

## Banda sonora

## Créditos

# ALGO NUEVO, ALGO VIEJO, ALGO PRESTADO Y... ALGO TURQUESA

Carmen Palliser

Esencia/Planeta

*A Bea,*
*porque te quiero.*

# Preámbulo

## *Ana*

Hay varias reglas en esta vida:

1. Casarse y tener hijos.
2. Comprar una casa, un piso, un estudio...; un lugar para no estar obligada a vivir con tus padres.
3. Buscar un trabajo serio.
4. Ser sincera.

Y quizá la más importante:

5. Cuidar a tus amigas: las amigas son sagradas.

# 1

## *Ana*

Ya es un drama que te dejen..., pero que lo hagan cuando vas a cumplir los treinta es una auténtica putada.

«Inspira, Ana. Inspira».

Soy Ana, tengo veintinueve años (y once meses) y me asusta la idea de terminar siendo una solterona: no hay finales felices para ellas. NO LOS HAY. ¿Qué hizo la Bella Durmiente nada más despertarse? Casarse. ¿Y Cenicienta después de probarse el zapato? Casarse. ¿Y Jo cuando publicó su novela en *Mujercitas*? Casarse. ¿Y Jane Eyre tras heredar? Casarse.

¡Si hasta Carrie Bradshaw se casó al final!

Y me da igual lo que digan, ser poco feminista o no estar empoderada: yo quiero casarme. Lo he querido siempre, desde niña. Ni recuerdo el número de veces que me puse mi vestido de comunión y una funda de almohada en la cabeza para casarme con Charlotte.

También quiero tener hijos, unos cuantos, a los que vestir iguales y rociar de colonia.

Estoy condenada. Sola (solísima) para la eternidad.

Me enjugo una lágrima, sigo tumbada en la cama y la alarma del despertador suena de fondo. Me paso las manos por los pechos y los cotejo. Son pequeños, diminutos, no como los de Valeria-pechugas-de-plástico, pero, aun así, son todo mi arsenal.

¿Debería operarme?

¿A cuánto está el paraíso? ¿A una 95C?

Giro la cara sobre la almohada y miro el despertador, los números vibrando en rojo en mi mesilla. Como no me levante antes de dos minutos, llegaré tarde al trabajo por tercera vez en lo que va de semana. Hago un amago de incorporarme, pero los brazos —más bien el cuerpo entero— me pesan.

¿Es un cliché que quiera adoptar un gato? Necesito la compañía de algo (más peludo que yo) que me dé mimos. Saldría ahora mismo a por uno, puede que negro y con las patitas blancas al que llamar Calcetines (¿o Thor?), si no fuera por mi compañera de piso, la lunática de cuarenta y tantos años —alérgica a los felinos— con la que desde hace dos meses comparto pared...

La estoy oyendo ahora, parece que hable con alguien. Me gustaría pensar que está al teléfono, pero ya llevo lo suficiente aquí para saber que es mucho más probable que esté en una sesión de espiritismo con Isabel la Católica o con Nino Bravo.

¡Maldita sea! ¡Todo se ha ido a la mierda, mi vida entera se ha ido a la mierda!

Ocurrió un martes 13, justo hoy hace sesenta días. Un 13 de octubre lluvioso, desangelado, gris..., ¿o quizá negro? Estoy casi segura de que ese día ni siquiera salió el sol. El día en que mi mundo se torció, en que todo se fue a pique. ¿Podría haber hecho algo para evitarlo?

Estaba enferma. Me había quedado en casa con un catarro terrible, uno de esos que te hacen delirar por la fiebre. Ernesto —el «ÉL» con mayúsculas— apareció de improviso. Pensé que se había escapado del trabajo para darme cariño y cuidarme, por eso de que estaba malita. Pero, en lugar de eso, se plantó frente a mí, frente a nuestra cama de matrimonio, para decirme que habíamos

terminado, que lo sentía, que había conocido a otra, que se había enamorado y quería intentarlo con ella, que me quería todavía (aunque supongo que quería más a la otra), que era una chica nueva del trabajo, que si necesitaba agua, que se llamaba Valeria y solo tenía veintitrés años, que habían conectado, que esas cosas pasaban...

Yo aún estaba contando las horas para el próximo paracetamol y así, de golpe, hizo trizas doce años de relación. Doce años de mi vida.

DOCE.

—Mandaré a alguien a por mis cosas —dijo antes de salir del dormitorio; segundos después oí la puerta de la calle cerrarse. Nunca trajo el agua.

Me habría levantado, lo habría seguido hasta la entrada, lo habría tirado al suelo (quizá golpeado) y le habría exigido un mayor número de explicaciones. Pero estaba con cuarenta de fiebre y viendo puntitos luminosos por todas partes. Así que, en vez de eso, me quedé mirando el techo durante varias horas.

«Sí, seguramente le habría pegado».

Nadie vino a por sus cosas, al final fui yo la que tuvo que hacer las maletas. ÉL y su nueva novia, Valeria-roba-novios, sí podían permitirse el pago del alquiler de nuestro apartamento; yo sola —siendo de pronto una— no. Lo metí todo en cajas. Me sorprendió encontrar tan rápido y a un precio tan asequible este céntrico piso en Madrid. Después conocí mejor a Secuoya, la propietaria y nueva compi, y dejó de sorprenderme.

Me incorporo sobre la cama. El despertador me grita que llego tarde. Alargo el brazo y cojo el móvil, tengo cuatro llamadas perdidas: todas de mi madre.

Qué triste.

No pienso telefonearla. Desde que ÉL me dejó, no hace otra cosa que compadecerse de sí misma: «¡Ay, hija, qué desgracia! ¡Qué desgracia, Señor! Y con treinta... Yo no se lo he contado a ninguna vecina, no les voy a dar ese gusto. —Suspiro y creo que meneo de cabeza—. Ya no tendré nietos. ¿Qué se supone que voy a hacer? Y soy la única, ¿eh? María Eugenia ya tiene tres y la hija de la Loli está embarazada. Esto es tan injusto... Y, claro, yo no puedo hacer nada. Qué desgracia. ¡Qué desgracia, hija! —Vuelve a suspirar—. Ana, no puedes hacerme esto. Tienes que llamar a Tito y arreglarlo. Os queríais mucho, seguro que solo es un malentendido...».

Tener que consolarla de mis propios males me chupa la energía, me agota. Aunque también es cierto que mi madre siempre ha sido como un agujero negro.

Me levanto de la cama y voy hasta el armario; dentro solo hay tres vestidos. El resto de mis cosas siguen en las cajas de la mudanza, repartidas por mi nueva habitación formando columnas de cartón. Reviso los vestidos..., tienen estampados florales —los tres—, son anchos y con volantes. Antes me gustaban mucho las flores, ahora me hacen sentir un poco flamenca, un poco basta. Son como demasiado alegres y me ponen de mala leche.

«¿Este me lo puse ayer?... Humm... No lo recuerdo. Mejor me pongo este otro, que parece más limpio». Me llevo la sisa del vestido a la nariz. Huele a choto, pero con el desodorante no se notará.

«Sí, sí. Este está bien».

De soslayo miro el grupito de cajas más cercano, pero antes de que pueda sopesarlo niego con la cabeza. Aún no, ya desempaquetaré más adelante. Todavía es pronto...

Quién sabe, quizá ÉL llame arrepentido.

* * *

Entro en la sala. La atmósfera se carga de golpe con los sonidos de la redacción: tecleos, conversaciones, el timbre de varios teléfonos y algunas impresoras escupiendo papeles. Me toco el pelo. «¿Me he peinado antes de salir de casa?». No, llevo el mismo moño descompuesto... Bueno, lo mismo da. Ahora están de moda los recogidos desenfadados.

—¿Sí? *Deporte y bienestar*, dígame... Ajá, ahora le pongo —oigo que dice la recepcionista.

Recorro el pasillo de mesas. Mis compañeros trabajan y charlan entre sí; ninguno levanta la vista cuando paso junto a ellos y, si lo hacen, es con disimulo: todos están al corriente de mi naufragio como ser humano. Debo de ser una especie de fábula con moraleja... ¿La liebre y la perdedora? ¿O la patita fea? Sé que cotillean sobre mí. A veces, cuando entro en una habitación, se hace un profundo silencio.

Me encorvo y pego la vista al suelo sin dejar de andar. Quizá, si me hago más pequeña, desapareceré. Desde que ÉL se marchó, se ha vuelto terriblemente vergonzoso ser yo, estar en mis zapatos.

Mi mesa está al fondo de la estancia, pegada a un ventanuco que da al patio interior del edificio, una pequeña concesión a esta sala iluminada totalmente por vesicante led artificial. Tengo al lado los baños y la cocina (muy práctico), pero también los despachos del director de la revista y de nuestro nuevo —y omnipotente— director general. Bien pegados los dos, el uno junto al otro, y eso que creo que no se soportan.

Ninguno de mis compañeros se pelearía por mi sitio, más lugar de tránsito que área de trabajo. Yo, en cambio, he puesto junto a «mi» ventana un pequeño limonero.

Me detengo de golpe. Natalia está de pie en mitad del pasillo de mesas, ojeando unos documentos. Preferiría no pasar a su lado, las diferencias entre ambas son demasiado evidentes para que hasta yo las ignore. Va impecable, de punta en blanco. La manicura hecha y el pelo, de un rubio artificial, le cae con movimiento sobre los hombros. Fue modelo adolescente (o eso cuenta ella siempre que puede); ahora que pasa de los «treinta y» es redactora en Sociedad (y un bicho malo malo).

Como si tuviera un radar, aparta un momento la vista de sus papeles y me examina de abajo arriba y después de vuelta: desde el moño deforme de mi coronilla hasta mis gastadas botas Hunter de plástico (no es que hoy esté lloviendo, pero el día que ÉL me dejó sí lo hacía). En su ceño se dibuja una pequeña arruga censora que ni su ingente capa de maquillaje es capaz de disimular.

Sigo mi camino. No dice nada, pero tampoco es que haga falta: esa arruga llevaba subtítulos.

—¡Buenos días, Ana! —me saluda Lidia, demasiado alegre, cuando llego a mi mesa. La suya está pegada a la mía, ella es la otra ermitaña de la redacción—. Te he traído café. —Señala con la cabeza la taza que reposa humeante delante de mi ordenador.

—Gracias, Lidia.

Continúa hablando, lo hace sin dejar de teclear. Ayer vio un documental sobre las islas Maldivas, dice que van a desaparecer y que solo superan el nivel del mar por pocos metros. Su cabello oscuro, peinado de peluquería, se zarandea mientras gesticula, pero nunca le invade la cara.

«Yo sí que me iría a las Maldivas», pienso mientras ella sigue hablando por las dos.

Enciendo el ordenador y voy a mi bandeja de entrada, hay dos nuevos e-mails con consultas. Mi trabajo se parece más al de una

becaria (el salario es casi anecdótico). Tengo un consultorio en el que resuelvo los problemas que plantean nuestros lectores, mayormente jubilados, que son los únicos con tiempo para escribir a nuestra pequeña revista. Hay meses que me llegan tan pocas consultas que tengo que tirar de antiguas no publicadas. Es aburridísimo y me lleva muy poco tiempo.

Me encantaría que me dieran un pequeño espacio para escribir artículos. Creo que lo haría bien, tengo un montón de ideas que encajarían en la revista. A veces, incluso, ayudo a Lidia con los suyos. Ella es la de Nutrición y dietas y, de vez en cuando, me pide datos de alguna planta que evite, por ejemplo, la retención de líquidos (sabe que soy una gran fan de la fitoterapia).

Mi sueldo se vería incrementado... y yo dejaría de sentirme como una inútil la mayor parte del tiempo que paso aquí encerrada: una hora más sin que se note que estoy jugando al Solitario.

—... y es una pena, el perro no puede quedarse con mis tíos. —Lidia pone los ojos en blanco. Ya no sé de qué está hablando—. Lo tengo ahora en casa. Marquitos, encantado, claro, como todos los niños. Pero ya le he dicho que no se encariñe mucho con él; que, cuando encontremos un sitio, tendrá que marcharse. —Cliquea algo con el ratón—. ¿Y tú qué, Ana? ¿Qué planes tienes? Hoy es viernes, ¿saldrás con las chicas?

—Hum... Eh... Sí, voy a cenar con ellas.

—Qué bien. Lo que daría yo por una noche libre. Mi madre se quedará con Marquitos la semana que viene, para la cena de Navidad de empresa. No te haces una idea de lo que me ha costado convencerla.

Hago una mueca comprensiva. Lidia es madre soltera y siempre se anda quejando de su falta de vida social. Tiene la extraña creencia

de que la mía es mucho más excitante solo porque tengo catorce años menos y ninguna responsabilidad a mi cargo.

A veces se olvida de que vivo rodeada de cajas.

—¿Y a dónde iréis?

Dudo unos segundos antes de contestar. La verdad es que no tengo ni idea. Sé que Charlotte me lo dijo, pero ahora no lo recuerdo.

—A un sitio nuevo de esos... que acaban de abrir...

Lidia sonríe.

—Pues, si te gusta, me lo dices y lo apunto. ¡Quizá dentro de diez años pueda volver a salir! —Se gira hacia su pantalla.

Yo también me pongo a trabajar.

* * *

La puerta de uno de los despachos de mi derecha se abre de pronto. Viggo Ekman, el director general, sale y se dirige a la cocina. Aunque lo veo de refilón, no despego los ojos de la pantalla. Es un imbécil, un cretino. Yo no le caigo bien, aunque él a mí tampoco, pero, en mi caso, desde que juré odiarlo para toda la eternidad con quince años.

El mundo es un pañuelo, ¿cómo, si no, se explica que el ex de mi mejor amiga haya terminado siendo mi jefe?

Hace unos años rompí un espejo. Y casi siempre abro el paraguas antes de salir del vestíbulo del edificio... ¿Tendrá eso algo que ver? ¿Estoy maldita?

Debería preguntárselo a Secuoya.

Viggo llegó desde Londres hace cuatro meses. Es un infiltrado, el confidente encubierto del gigantesco grupo editorial que compró nuestra revista, una máquina despiadada al servicio de la gran

multinacional Goday Media. Su propio cargo fue inventado ex profeso para él, una suerte de jefazo con más potestades que el actual director y que ha reducido el puesto de este a algo casi anecdótico.

Me hundo en la silla, todo se va al traste...

Don Javier, el director, pronto se jubilará, y él ha sido en estos últimos meses el único muro de contención a las nuevas disposiciones del grupo editorial y las sugerencias del recién llegado. ¿Qué pasará cuando eso ocurra, cuando finalmente nos deje?

Estoy muerta de miedo. Y sé que no está siendo una buena táctica esta mía de fulminar a Viggo con la mirada o mascarle los «Buenos días» cada vez que pasa junto a mi mesa. ¿Debería hacerle la pelota a Lord Voldemort? ¿Mi trabajo depende de ello?

No, ni en broma: no puedo. Se portó fatal con Charlotte. Y vale que ya han pasado... ¿catorce años? (¡La madre, qué vieja soy!). Pero no. Soy una chica de principios. De palabra. Si tu mejor amiga te hace prometerle a la salida del instituto que lo odiarás para siempre, es para toda la vida. Si no, ¿a cuenta de qué la saliva en el estrechón de manos?

«Todo saldrá bien. No me van a despedir», me digo mientras releo mi respuesta a la primera consulta.

Inspiro.

Espiro.

«Viggo está de paso, solo de paso. Asegurándose, como representante de la compañía, que esta ha invertido bien su dinero —me repito como si fuera un mantra—. No me van a echar. No me van a echar...». Vuelvo a inspirar, lento, como en aquel tutorial de YouTube sobre meditación.

«El-que-no-debe-ser-nombrado es demasiado ambicioso para quedarse en nuestra pequeña revista, no durará mucho aquí».

Suelto el aire.

# 2

## *Ana*

—¿Quieres otro café? —pregunto a Lidia. Son las doce pasadas y me muero de hambre.

Ella niega con la cabeza.

Yo no he desayunado nada. Entre que llegaba tardísimo y Secuoya ya estaba despierta, he huido de casa sin mirar atrás. Necesito... un cruasán. ¿O una palmera de chocolate?

Mejor sería algo de fruta.

Me levanto y voy a la cocina; la estancia está vacía. A diferencia de la sala de redacción, esta tiene un ventanal enorme y entra muchísima luz. La vista no es que sea muy espectacular; estamos en la quinta planta, pero justo enfrente de otro edificio. Todo es muy blanco. Hay una gran barra americana y mesas con sillas; se supone que para comer aquí, aunque todo el mundo baja al bar o se va a casa a almorzar al mediodía.

Ignoro las tres manzanas del frutero y camino hasta la máquina expendedora. Compro un paquete de Doritos («Ya, ya..., mi novio me ha dejado, ¿vale?») y me siento en una de las sillas que hay pegadas a la pared. A mi tercera chip de maíz, El-que-no-debe-ser-nombrado entra en la habitación directo hacia la cafetera.

¡Maldita sea!

Meto la cara en la bolsa, trato de desaparecer dentro de ella.

—¿Ana?

«Joder, me ha visto».

—Ejem... —Levanto la cara—. ¡Ah, hola, Viggo!

—Tienes... —Hace un gesto como sacudiéndose la nariz—. Tienes la nariz manchada de naranja.

«Mierda».

Se da la vuelta (creo que sonríe) y mete una cápsula en la máquina de café; esta empieza a hacer un ruido horrible. Me limpio con la mano que no está llena de restos de Doritos; lo hago como por compromiso, como si no quisiera, como si el muy cretino no tuviera razón. Viggo tiene el extraño poder de hacerme sentir ridícula en cualquier situación. Da igual lo que esté haciendo, siempre me siento un poco gansa cuando él está cerca, como si me convirtiera en una caricatura de mí misma: demasiado pequeña, demasiado torpe, demasiado chillona, demasiado despeinada.

Estoy convencida de que cree que tengo problemas mentales serios, de que no llevo a todos mis patitos en fila.

Se gira de nuevo hacia mí con una taza en la mano y una sonrisa burlona en los labios, una de superioridad, de «Qué-patosa-eres-no-como-yo-que-soy-el-mejor-del-mundo», de las que inundan su catálogo. Es un hombre enorme, y eso, no sé por qué, también puede que me moleste.

—Mejor. —Me guiña un ojo y sopla sobre su taza.

Qué imbécil. Debería haber cogido una manzana, ahora tendría algo que tirarle a la cara.

Vuelve a soplar y da un sorbo sosteniéndome la mirada. Otro soplido más, largo, seguramente de esos que forman ondas en la superficie. Y sus ojos, tan turquesas que parece que lleve lentillas de colores.

Silencio. Sorbo. Silencio. Soplido. Sorbo.

Turquesa. Turquesa. Turquesa. Turquesa. Turquesa. Turquesa...

Esto es muy incómodo.

—¿Todo bien?

—¿Eh? —Pestañeo—. Sí. Sí-sí.

Aparta la mirada («¡Gracias!») y examina el montón de revistas que descansan sobre la encimera, todas antiguos números de *Deporte y bienestar*. Coge una y viene a la mesa para sentarse a mi lado. La abre y empieza a leer como si nada.

Sopla su café y bebe. Es muy irritante, todo en él es irritante.

Me gustaría comerme otra chip de maíz, pero no con él aquí a mi lado. Los Doritos no son un *snack* elegante, son para comer en soledad o con la gente que te quiere de verdad, que te aprecia.

Tose y lo miro con disimulo. Saborea su café atento a la revista. Si no fuera porque es el demonio en la tierra y más insoportable que una mosca boba en un día de verano, podría reconocer que es... que es guapo.

Sí, bueno, tiene su punto atractivo.

Hace años, en el instituto, las chicas y yo solíamos discutir sobre quién era más sexy, si él o Brad Pitt. Puede que hasta se den un aire. Viggo tiene una prominente mandíbula cuadrada, normalmente cubierta por una barba cobriza de pocos días. Es alto, muy grande. A mí me recuerda un poco a un vikingo: podría cruzar el mar del Norte y sobrevivir a una contienda. Sus ojos son... ¿profundos? Cuando te mira parece que pueda leer tus pensamientos. Es muy molesto.

Como el océano Índico, como el agua que baña las Maldivas.

Las Maldivas... Quién pudiera estar ahí en vez de en el frío, gris, triste, solitario Madrid... Invernal, apagado, melancólico, huraño... ¡Opresivo! Con gente tan rara... ¡y violenta! En el metro siempre hay alguien que te empuja.

Ruidoso. Con tanto humo...

—Ese vestido tiene una mancha —suelta Viggo de pronto sin levantar la cabeza.

Arrugo el ceño.

—¿Qué?

—Digo... —Ahora sí me mira, también me señala con el dedo—. Digo que ese vestido tiene una mancha. Donde los botones. Sí, justo ahí —añade al tiempo que estiro la tela para comprobarlo—. Está desde el lunes, creo.

¡Oh, Dios mío! ¡Tiene razón! Y es una mancha enorme, ¿cómo he podido no verla? Parece tomate... ¡¿Cuándo diablos he comido yo algo con tomate?!

—Ya ves. Puede que sea hora de echarlo a lavar —continúa. Lo miro, sonríe malicioso. A mí me arde toda la cara—. Porque ya toca, ¿no?

Se levanta y camina hacia la puerta. Aquí sentada, tan minúscula, su metro noventa parece multiplicarse por cuatro.

—Deberías hacer lo mismo con los otros dos vestidos que siempre llevas —añade con soberbia—. No están mucho mejor. ¿Lo harás, Garbancita?

«¿Garbancita?».

Abro mucho los ojos sorprendida. Nadie me llamaba así desde...

«¡¡Hijo de fruta!!».

Su sonrisa se hace más amplia.

A pesar del bochorno (creo que mi cara ha adquirido tonos de rojo preocupantes), me rasco el puente de la nariz con el dedo corazón estirado. Viggo deja de sonreír al instante.

¡Ups!, ¿puede que se haya notado mucho que le he hecho una peineta al jefe?

Me sostiene la mirada unos segundos, tan serio que acojona (acojona y mucho: una barbaridad), y sale de la cocina. Yo quiero

que me trague la tierra.

* * *

Cuento las cajas. Son infinitas.

Y no tengo ropa —no tengo ropa fuera de ellas, quiero decir—, pero soy incapaz de abrir una... Sería como traicionarlo. Sí, como si lo traicionara a ÉL, a mí misma. Como si no creyese en nosotros, en Ernesto y en mí, en que tarde o temprano se dará cuenta de su error y volverá.

Lo nuestro no puede importarle tan poco, yo no puedo importarle tan poco.

Apoyo la cabeza contra la pared. Estoy sentada en mi cama, deshecha desde esta mañana. Pienso que podría comprarme algo en el chino de mi calle, en el escaparate hay vestidos chillones cargados de pedrería que me permitirían ir a la cena con algo limpio al menos. Charlotte ha sido clara, me ha llamado cuando salía del trabajo.

—La cena es a las diez en La Cuisine. Y, Ana, ni se te ocurra venir con uno de esos vestidos florales ni con las roñosas botas de plástico. Hablo en serio: abre las cajas.

¿Qué voy a hacer? Quizá haya ropa más normal dentro de la tienda...

Tocan a la puerta y al instante Secuoya se asoma con su maraña de rizos y sus gafas de culo de botella.

—Tienes visita, Ana —dice antes de empezar a repasar mi habitación con la mirada, como si buscara algo. Mueve la cabeza de un lado a otro, casi parece la niña de *El exorcista*. ¿Y por qué? Ni idea, pero siempre que puede lo hace: examina mi cuarto.

Da por finalizado su escaneo y se aparta a un lado, dejando pasar a Charlotte. Pero, antes de cerrar, mira unos segundos más tras la

puerta.

Mi mejor amiga pasa el pestillo cuando nos quedamos solas.

—No le gusta que hagas eso.

—Me da igual —responde, y se sienta en la cama junto a mí—. ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Has abierto alguna caja?

Suelto el aire de forma ruidosa como respuesta. Ella pone los ojos en blanco, un gesto que no consigue restarle nada de atractivo. Siempre ha sido una ninfa, una diosa.

—Me lo imaginaba. Lo haré yo.

—¡Nooo! —protesto.

—Ana, ya es hora. Ernesto y tú terminasteis hace dos meses. ¿A qué estás esperando? ¿Por qué no quieres desempaquetar tus cosas?

«Porque volverá. Porque lo quiero. Porque confío en ÉL. Porque lo nuestro acabará en boda...», pienso, pero no lo digo. Se reirá de mí, o peor: tratará de convencerme de lo contrario.

—Dime, Ana. ¿Por qué? —insiste. Su mirada es inflexible, como una bofetada.

Aparto la vista y me fijo en la mano que descansa sobre mi muslo, en el enorme anillo de pedida que reluce en su dedo. Parece kriptonita: tan grande, brillante y poderoso..., seguro que podría acabar con Superman.

Debería haber una norma: si tu novio te deja, tu mejor amiga tiene prohibido prometerse. Cada vez que veo ese diamante rodeado de esmeraldas es como un «chincha, rabiña, cara de tortilla». Y no tengo celos, pero molesta un poco.

—Voy a cortarme el pelo —digo de pronto cambiando de tema, necesito distraerla de mis cajas—. Así, cortito. A lo Meg Ryan de

joven. Y quizá me lo tiña también... ¿De rubio? ¿O de pelirrojo? ¡De rosa! ¡Sí, de rosa pastel! Del color del algodón de azúcar.

—No, Ana. Es que ni de coña.

—¿Por qué no?

—Porque me caso en mayo y no pienso ir al altar precedida por un Teletubbie.

—¿Y si me hago solo flequillo? A lo Dakota Johnson en *Cincuenta sombras de Grey*. Tú siempre dices que nos parecemos un poco.

—No, ni en broma, nada de inventos. Las fotos las miraremos toda nuestra vida, así que, hasta el 28 de mayo, estate tranquilita.

—El flequillo crece rápido.

Niega con la cabeza. Yo me cruzo de brazos haciéndome un poco la ofendida.

—Ana, oye, vamos... —Me zarandea el muslo cariñosa—. Tú eres una chica muy guapa, no necesitas un cambio de look. Lo que necesitas es abrir esas cajas. Y peinarte.

Me giro hacia ella indignada.

—¡Joder, Ana! Llevas unas pintas de adicta al crack que no puedes con ellas. Y no te quedan bien, perdona que te diga. —Cierro la boca. Quizá me huela el aliento y note que hoy tampoco me he lavado los dientes—. ¿Cuánto hace que no te pones tu crema hidratante, a ver? ¿O que te depilas las piernas?

—Hace frío.

—¿Me estás diciendo que no te depilas como medida contra el frío? ¿Qué eres, un osito?

—Yo...

—¿Y si te pones unas medias? Ah, no, claro, que seguramente estarán en las estúpidas cajas con el resto de tus cosas.

Bajo la cabeza, me pesa por la derrota. Sé que tiene razón. ¡Soy psicóloga, por supuesto que lo sé! Parezco un caso de manual de

depresión, pero yo no estoy deprimida... Estoy a la espera, a la espera de que algo cambie. Sosteniendo los viejos puentes, no quiero que todo termine por derrumbarse.

Yo me entiendo.

—¿Crees que se lo pasa mejor ahora con ella?

—No, imposible, Ana. Tú eres maravillosa —oigo que dice.

—En Instagram no para de subir fotos juntos pasándoselo en grande.

—Ana, tienes que dejar de espiarlos.

—No los espío —me quejo, y, ahora sí, vuelvo a mirarla—. Me sale en destacados.

—Pues deja de seguirlo.

Niego con la cabeza. Ernesto y yo hemos decidido seguir siendo amigos y nos va... bien. A veces, incluso, intercambiamos mensajes, aunque ninguna de mis amigas lo sabe.

—Ana, si no es capaz de comprender al instante lo increíblemente superior que eres, no te merece.

Hago una mueca.

—Venga, cariño. Vamos a abrir las cajas, ¿vale? Poco a poco —añade ante mi cara de horror—. Porque esto ya empieza a ser de loca de manicomio. Y no me gustaría tener que ingresarte —bromea. Creo.

Me abraza y yo me dejo, flácida, como la muñeca rota que me siento. Después salta de la cama y va hasta las cajas.

«¡Va a quemar los puentes! ¡Lo va a hacer, joder!». Cierro los ojos, no quiero mirar.

* * *

Solo ha abierto una. Charlotte no ha querido forzar, sabe que todavía tengo la herida en carne viva. Ahora mi armario cuenta con cuatro pantalones y ocho blusas; además de unos tacones que me sorprende que estuvieran ahí metidos (si ha abierto alguna caja más, lo ha sabido hacer sin que me diera cuenta).

Llegamos al restaurante. El local está lleno, hay incluso cola para entrar. Nosotras pasamos sin ningún problema facilitando el nombre de Rocío. Su novio (o *sugar daddy*, la verdad es que tienen una relación que no entiendo del todo) es un importante empresario/promotor inmobiliario. Tiene varios negocios repartidos por la ciudad, incluyendo este establecimiento. Le saca unos treinta años; ella es la más joven de nuestro grupo de amigas, solo tiene veintiséis.

Seguimos al maître hasta nuestra mesa. El interior está lleno de plantas exóticas —monsteras, lirios de agua y strelitzias— y luces de diferentes colores. Este restaurante es de lo más *in* que se puede encontrar ahora mismo en Madrid; dicen que siempre hay algún famoso, aunque yo por el momento no he visto ninguno. Nos sentamos, Rocío aparece a los pocos minutos.

—¡Chicas! ¿Qué os parece el sitio? Impresionante, ¿verdad? —exclama mientras chocamos mejillas y lanzamos besos al aire—. ¡No me lo puedo creer! ¡Ana, llevas pantalones! —Me sujeta de los antebrazos y me examina—. ¡Y tus feas botas de plástico han desaparecido!

Me abraza con fuerza y empieza a dar saltitos. Charlotte me ha contado en el taxi que Rocío le había dicho: «Como aparezca con las putas Hunter, te juro, te juro por lo más sagrado, que le amputo las piernas».

—Está guapísima, ¿verdad? —Charlotte me lanza una rápida sonrisa—. ¿Tú qué, acabas de llegar?

—No, qué va. —Rocío me suelta y se vuelve hacia ella—. Estaba en la barra con Hugo y unos socios.

Muchas de las citas de Rocío con su novio, don Hugo Hernández Bolera (me sigue sonando raro cuando ella lo llama tan solo por su nombre de pila: es demasiado mayor e importante para no tener un mínimo de tratamiento), terminan siendo reuniones de trabajo. Eso a ella le molesta muchísimo, aunque él sabe compensárselo: la llena de regalos.

—Belén debe de estar al caer —añade—. Me ha escrito cuando salía de casa, y eso ha sido hace quince minutos.

—Vayamos pidiendo la bebida entonces. —Charlotte se gira hacia la camarera que lleva un rato esperando junto a nuestra mesa (hace que me sienta importante) y pide una ronda de mojitos—. Y, dime, ¿qué te parecieron los buqués?

Las dos empiezan a hablar sobre las fotos de ramos de novia que Charlotte compartió ayer en nuestro grupo de WhatsApp. Me alegro de que Rocío haya hecho los deberes y tenga una opinión concreta de cada uno de los doce; yo ni siquiera me he parado a mirarlos todos.

—Este es el que más me gusta —comenta señalando con el dedo sobre la pantalla de Charlotte—. El eucalipto va genial con las peonías.

—Sí, es muy elegante.

—Y este otro, el de las hortensias...

Las dos son muy atractivas, dos deidades rubias de piernas kilométricas. Y lo han sido siempre, desde pequeñas: las más populares, las más guapas del pueblo. Charlotte y yo éramos vecinas y fuimos juntas a clase desde infantil; Rocío es su prima y se venía con nosotras. Se parecen como dos gotas de agua. Tienen melenas largas y doradas, mentones afilados y unos ojos castaños con los

que podrían derretir los casquetes polares. Sus pestañeos son puro fuego; los pobres mortales que se cruzan en sus caminos no tienen ninguna oportunidad. Se quedan como atontados, lo he visto ya demasiadas veces.

Yo hoy, al menos, llevo ropa limpia.

—¡Belén, cariño! Te hemos pedido un mojito.

—Gracias, chicas. Perdón por el retraso, había un tapón terrible en la Gran Vía. Rodrigo casi me hace bajar del coche y llegar en metro. —Belén se sienta a mi lado. Lleva un moño suelto, del que sus rizos oscuros escapan libres, y unas argollas enormes. Me sonríe dándome un apretón cariñoso en el antebrazo—. Qué guapa estás, Anita. Con vaqueros y maquillada. Ñam, ñam.

Río. Qué boba es.

La camarera regresa y, mientras las chicas piden lo que vamos a compartir, yo aprovecho y voy al servicio.

Mientras me enjabono las manos, examino mi rostro en el espejo. Es verdad que estoy guapa, guapa en mi versión más demacrada. Todo mérito de Charlotte, por supuesto. Ha conseguido que mis ojos verdes resulten felinos con una fina raya de *eyeliner*. Me ha depilado las cejas y ha dejado mis pestañas larguísimas, ni grumosas ni apelmazadas como cuando yo les meto mano. Ladeo la cabeza, mi cabello castaño y liso brilla. Es agradable verlo suelto de nuevo.

Abro el grifo, no sé si feliz por reencontrarme con mi antigua yo o triste porque nunca volveré a ser ella. ¿Cómo? Aunque Ernesto regrese, cómo olvidar que un día se fue.

# 3

## *Ana*

Pensé que había tocado fondo... Me equivoqué.

Camino por la calle, acabo de salir de la redacción y el frío me sopla a la cara con un viento huracanado. Zigzagueo, trastabillo. Hoy es miércoles, se me ha hecho tarde, tanto que solo la luz de las farolas ilumina ya mis pasos. Esquivo un charco, pero otro me sorprende húmedo bajo varias losas sueltas. Me empapa hasta los calcetines.

¿Qué más me puede salir mal?

Hace apenas un rato he oído sin querer una conversación entre Viggo y don Javier. Iba a la cocina a prepararme una infusión, pero no he entrado al final, me he quedado en la puerta escuchando...

—¿El consultorio? ¿Quieres eliminar el consultorio de Ana? —ha preguntado don Javier.

—Puede ser. Lo estoy barajando todavía. Quizá, si le damos un lavado de cara a la revista, evitaremos cambios más drásticos.

—Debes de estar de broma. ¡¿Qué cambios?! ¡¿De qué estás hablando?! ¡La revista siempre ha funcionado perfectamente, no necesita cambios!

—¡Chist! ¿Podrías bajar la voz? —ha pedido El-que-no-debe-ser-nombrado—. Este no es lugar...

—¡Si vas a trastocar mi revista, el trabajo de toda mi vida, quiero saberlo ya! ¡Ahora mismo!

No he podido oír más, Viggo ha cerrado la puerta de la cocina y yo he corrido a esconderme a los baños.

¿Me van a despedir? ¿En serio?

Me detengo de golpe, necesito coger aire. Siento que el abrigo me aprieta y me impide respirar. El corazón vuelve a irme a mil; como hace unas horas escondida en los servicios, parece que se me vaya a salir del pecho.

Primero, mi novio me deja. El amor de mi vida, la persona más importante para mí me abandona.

Segundo, me veo desahuciada de mi precioso apartamento y obligada a convivir con una tarada-paranoica con nombre de árbol (aunque recibe cartas para una tal María Luisa). No puedo ni matar las arañas que me encuentro por el piso, según ella son las reencarnaciones de sus familiares: una prima tercera o una tía abuela fallecida que no supo hacer las cosas lo suficientemente bien en su anterior vida. DE LOCOS.

Tercero, mi madre está más desquiciada que nunca. Tengo catorce mensajes de voz sin escuchar en lo que llevo de día, y va en aumento.

Cuarto, Charlotte se va a casar, que no es malo *per se*... Pero sí cuando constatas que todas tus amigas, las tres, están felices, con relaciones serias, y tú eres el único bicho raro que come helado sola cada noche, viendo una mala película (generalmente de asesinos en serie, con mucha sangre y violencia y sin nada de romance) en la minúscula pantalla de tu móvil.

No ayuda tampoco que ya no se hable de otra cosa más que de la boda de Charlotte...

Inspiro, inspiro hondo. El aire a mi alrededor es húmedo, no sé si estoy llorando o es que está lloviendo. Retengo el oxígeno y después

lo suelto. Trato de acompasar mi pulso, de no sufrir un ataque de ansiedad en mitad de la calle.

Y ahora me van a despedir... Perderé lo único que me quedaba: mi ridículo trabajo de casi becaria.

Universo, Dios, Yahvé... ¿De qué vas? ¿Estás de coña... o solo has bebido?

Sí, está lloviendo (y, sí, estoy llorando). Me pego más a la fachada de los edificios para resguardarme.

He pasado el resto de la tarde buscando ofertas de trabajo. Y estoy jodida. He empezado *googleando* de manera optimista «Psicóloga en Madrid», pero he terminado con «Trabajo cerca de Madrid»; en Alcalá de Henares buscan reponedora para Carrefour.

Mi futuro es negro, muy muy negro...

Esquivo a una señora que pasea con su perrito, ocupa la mitad de la acera.

¡Estúpido Viggo! ¿Por qué tiene que cambiar nada? ¿No ha oído a don Javier? Todo va bien en la revista, seguimos ganando dinero.

El lunes, nada más poner un pie en la oficina, me felicitó por haberle hecho caso y haber desterrado los vestidos florales de mi armario. ¡Imbécil! Yo lo fulminé con la mirada. Me dieron ganas de decirle que no lo había hecho por él, que me habían obligado mis amigas, y que aún conservaba los tres, bien sucios, en sus perchas.

También me dieron ganas de sacar un bote de kétchup del cajón y echarme salsa en los vaqueros, así, en toda su cara. Pero, claro, no guardo botes de kétchup en los cajones de mi escritorio y el momento pasó.

Doblo la esquina. No veo la entrada al metro, esa que acostumbro a usar todos los días; de hecho, no tengo ni idea de dónde estoy. Examino las fachadas de los edificios tratando de no mojarme del

todo. Nada me suena, y que esté tan oscuro no ayuda. Retrocedo buscando el nombre de la calle o alguna indicación... ¿Del Olmo?

«¡Mierda, me he ido superlejos!».

Regreso a Atocha. Hace frío y tengo los pies encharcados, creo que me duele la cabeza y también un poco la garganta. Mi móvil empieza a sonar, pero lo ignoro y aprieto el paso. Está en el fondo del bolso, en medio de mil cosas, tendría que pararme (mojarme más de lo que ya estoy) para dar con él. Además, seguro que es mi madre. Sorteo los charcos como puedo, la lluvia cae ahora con más fuerza. Ya volverá a llamar más tarde...

Ando juntito a la pared, no llevo paraguas y el pelo se me pega al cráneo. El móvil sigue vibrando dentro de mi bolso.

¿Y si es importante? ¿De la redacción?...

¿O es una de esas llamadas de la radio en las que por contestar una tontería te dan diez mil euros?

Me vendría bien el dinero... Más ahora que me voy a quedar sin trabajo.

Me paro y meto la mano en el bolso, tanteo su interior entre el desorden de labiales, bolígrafos, mi agenda, una libreta, lo que parece el mando del garaje de casa de mis padres («¡Llevo semanas buscándolo!») y otras cosas que no soy capaz de distinguir por el tacto, hasta que al fin doy con él. Sigue sonando, es un milagro...

¡La hostia! ¡Es Ernesto! ¡¡Ernesto!!

Casi no acierto a darle al botoncito verde, me tiemblan las manos.

—¿Sí-sí?

—¿Ana?

—¿Tito? Eh... ¿Qué tal to-do? —contesto con voz asfixiada, la emoción me sube hasta las mejillas—. ¿Có-cómo andas? ¿Cómo te encuentras?

—Pues... no muy bien.

«Oh, Dios mío...».

¡Es esta, ¿verdad?! ¡La llamada! ¡La que llevo tanto tiempo esperando! ¡Va a hacerlo! ¡¿Me dirá que deja a Valeria y que quiere volver conmigo?!

Comienzo a dar saltitos en mitad de la calle. Un transeúnte me mira con gesto torcido y cambia de acera.

—¿Te cojo en buen momento? ¿Puedes hablar ahora?

—¡Claro! —respondo tres octavas más alto de lo normal. «¡Vamos, Ana, por favor, contrólate!». Carraspeo—. Claro, Tito. Me coges estupendamente. Cuéntame.

—Verás... Estoy algo confundido. En realidad, muy confundido. —«Sí, lo estás. Pero te perdono»—. No sé ni siquiera por dónde empezar, Ana.

—A ver, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Es por Valeria? ¿Va todo bien con ella?

Contengo el aliento.

«Por favor, que sea por ella. Por favor, Jesusito de mi vida, por favor...».

—Sí, es por ella. No sé si debería hablar de esto contigo, en verdad.

—¡Claro que puedes, Tito! Ante todo somos amigos. Sabes que siempre podrás contar conmigo.

—Gracias, Ana. No te haces una idea de cuánto me has faltado... —Se me infla el pecho, se me llena de calor y purpurina. Él prosigue —: Quizá no debería... Tú y yo estábamos tan bien. Y Valeria..., a ver..., es maja y eso. Tenemos mucha química. Es tan pasional cuando estamos juntos... —Me aparto unos segundos el teléfono de la oreja, o lo hago o muero—. Pero eso no lo es todo. Una relación no puede basarse solo en eso, ¿no crees? Hay más cosas que poner en la balanza que el sexo.

—Sí, Tito, ¡claro que las hay! —Busco cobijo dentro de la primera tienda que encuentro, la lluvia se ha convertido prácticamente en granizo—. Como la amistad, la confianza..., esta que tú y yo tenemos, por ejemplo. La complicidad, que puedas hablar de cualquier cosa con el otro. O llamarlo en cualquier momento sin dudar de que estará ahí para escucharte.

—¡Exacto! Tú sí que me entiendes. —Floto. Literalmente, floto—. Pues con Valeria no tengo ese tipo de relación. Para nada. ¡Dios, Ana, a veces no hay quien la aguante! Es demasiado joven, un poco cría. Me monta unos pollos... Por ejemplo, esta tarde. Hemos ido a Ikea a comprar unas cosas para el piso. —«¿Para mi piso? ¿Qué cosas? Si era perfecto, no le faltaba de nada»—. Estábamos en la sección de alfombras. Había unas de imitación de piel de animal horribles. De nuevo rico, una cosa bastísima. Y le he dicho que creía...

—Hola, ¿la puedo ayudar en algo?

Me giro dejando de prestar atención a Tito, que sigue hablando. La dependienta de la tienda está plantada frente a mí con una sonrisa gigante. Trato de ahuyentarla negando con la cabeza y con un «No» sin voz. ¿Es que no ve que estoy al teléfono? ¿Que de esta llamada depende toda mi vida?

Ella borra su sonrisa y (con un sutil reproche en la mirada) regresa tras el mostrador a ordenar camisetas. Me doy cuenta entonces de que he entrado en una tienda de ropa infantil.

—... Ana, ¿me estás escuchando?

—Eh... ¡Sí, claro! Te escucho. Continúa.

—Se lo ha tomado fatal. Ha empezado a gritarme, a echarme un montón de cosas en cara. Ha dicho unas barbaridades... La gente nos miraba, todo el mundo alucinando. Yo no sabía dónde meterme.

Que si no tenía en cuenta sus sentimientos, que si era un machista, un egoísta...

—Oye, ¿perdona? —Noto que me tocan por la espalda. Me doy la vuelta y otra vez la dependienta está a mi lado; me muestra un conjuntito de bebé minúsculo. La muchacha ha conseguido recomponer su sonrisa inicial—. Quería avisarte de que tenemos todas las primeras puestas en oferta. Tienen una rebaja del veinticinco por ciento estas Navidades.

Mi cara se deshace como los helados al sol. Me dan ganas de asesinarla; sin embargo, en lugar de eso, niego otra vez con la cabeza. Efusivamente.

—Pero...

Vuelvo a negar.

—Y los tenemos en varios colores. Rosa, beige, azul cielo, azul marino, verde lima...

—Estoy hablando con mi exnovio —digo al tiempo que tapo el auricular del móvil—. Es un cretino. Me dejó por otra, pero me quiere y se está disculpando ahora mismo. En *esta llamada* —recalco. Ella hace un gesto de asentimiento, como si empezara a entender la situación—. Así que, a menos que esta conversación salga bien, no seré madre y no necesitaré nada de esta tienda. Mis ovarios se secarán como pasas, inútiles e inservibles. Y yo me pasaré la vida adoptando gatos, si algún día me dejan, claro, y viendo en bucle infinito *Zodiac*. Sola, terriblemente sola. Mientras todas mis amigas sí tienen hijos y más hijos. Pero yo estaré tan cabreada con ellas, y con el mundo entero, que dejaré de verlas y romperé nuestra amistad. ¡Qué digo, dejaré incluso de salir a la calle y relacionarme! Puede que termine desarrollando Diógenes. Así que viviré rodeada de basura, con miles de gatos, y un asistente social vendrá a visitarme de vez en cuando para asegurarse de que no he

muerto aún. —La dependienta da un paso atrás—. ¿Quieres que compre un trajecito de bebé? Déjame terminar esta conversación, por favor te lo pido, y me llevaré cuatro.

La muchacha asiente —alucinada— y regresa al mostrador.

—... creo que hasta un notas nos estaba grabando con el móvil. —Vuelvo a prestar atención a Ernesto, que habla acelerado desde el otro lado de la línea—. Puede que sea viral en TikTok y ni lo sepa. No te haces una idea..., ¡ha sido superhumillante! Se le va la pinza. Y es peligrosa, no me ha dado en el ojo de milagro...

—Tito, no puedes seguir así —contesto, y apunto como nota mental bajarme TikTok al llegar a casa.

—Lo sé. Es una locura. Valeria está como una cabra. ¿Qué hago? ¿Debería romper con ella? Debería hacerlo, ¿no?

—Yo creo que sí, Tito. Como profesional, te diré que tenéis una relación tóxica. Ella muestra unos patrones de dependencia emocional muy fuertes; quizá debería buscar ayuda, ir a terapia. Pero tú no puedes estar aguantando ese tipo de conductas. ¿Y si van a más? Vale-ria... —se me atasca el nombre—, esto..., ella no es para ti. Tú necesitas a alguien que te quiera, que te conozca bien, que te trate con respeto y cariño. Alguien que haya estado contigo toda la vida...

«¿Se ha notado mucho?».

—Tienes razón, Ana. La tienes. Voy a hacerlo. Sí, voy a hacerlo: romperé con ella. —Aspiro con fuerza, me llevo el alivio y la felicidad dentro del pecho. Él continúa—: Me equivoqué contigo. No sabes cuánto me arrepiento. Eres... eres una mujer increíble, Ana. Siempre lo has sido. Maravillosa, bonita, alegre. Echo de menos lo que teníamos juntos. Era muy sencillo. Y fuerte, para toda la vida.

Me quedo en silencio, tengo miedo de abrir la boca y comenzar a chillar de alegría.

—¿Ana?

—Eh... Sí, sí. Exacto. —Carraspeo.

—Está bien. ¿Te llamo mañana para contarte cómo me ha ido?

—¡Sí! Sí, sí, llámame.

—Vale.

Silencio.

—Oye, una cosa... Gracias por todo, por estar siempre. Te quiero mucho, Ana.

—Yo... yo también te quiero, Tito. —Me sujeto a un estante.

—Adiós, bonita.

—Adiós.

Cuelgo y cierro los ojos, quiero empaparme de esta sensación. ¿Qué se siente cuando tus sueños se hacen realidad? Esto.

Inspiro hondo.

Ha ocurrido y sabía que así sería, que Tito es el hombre de mi vida. Ya no tendré que vivir con Secuoya ni tendré que aguantar las llamadas de mi madre... Iré con alguien a la boda de Charlotte y no tendré que fingir un esguince cuando tire el ramo.

Me giro y camino hasta el mostrador. La dependienta dobla pantaloncitos minúsculos de bebé, de repente, demasiado concentrada. Mi sonrisa es tan grande que pesa cuatro kilos en mi cara.

—Envuélveme seis, por favor —le digo—. De varios colores.

# 4

## *Ana*

Despierto de golpe. Ha sido un sueño muy vívido o, más que un sueño, un recuerdo...

Tengo otra vez quince años, estoy sentada al borde de la piscina con los pies metidos dentro de ella. Veo cómo todos se divierten en la fiesta, forman torres humanas y pelean para tirarse al agua. Ríen, gritan, suena música de fondo... Doy un sorbo a mi vaso de plástico, Charlotte lo ha cargado de vodka y el refresco apenas se nota.

Hace calor, es agobiante. Estamos a finales de junio, las clases acabaron hace unos días y nos hemos apuntado a una fiesta de los de último curso (ellos celebran que han terminado ya la selectividad).

Doy otro trago, el alcohol tibio raspa mi garganta. No me atrevo a quitarme la ropa, necesito valor y lo estoy buscando en el fondo de este vaso. Todas las chicas de la fiesta son auténticas mujeres; yo, en cambio, sigo conservando mis formas de niña, y este bañador carente de relleno no ayuda.

Sé que no tendría que haber venido. Pero ¿cómo escaquearme? No se me ocurrió ninguna excusa cuando Charlotte me... ¿chantajeó?

Sí, sí que lo hizo. Un poco. Chantaje nivel tres, casi cuatro.

La fiesta la da Viggo, su novio (o, como ella dice, «el amor de su vida»). No conoce bien a los de su pandilla y necesitaba el apoyo de

una cara amiga: la mía. La casa, al menos, es enorme; hay bebida y comida de sobra, y los padres del pelirrojo son de esos guais que saben respetar la intimidad de sus hijos. Se han ido. A Suecia. Sí, creo que su familia es de ahí; Ekman no suena nada español.

Y no es que me queje, su nuevo chico me cae bien... Quizá demasiado bien, más de lo que debería.

Miro mis pies, siguen bajo el agua. Mis uñas son de un rojo cereza; Charlotte pensó que sería una buena idea, dijo que nos haría parecer mayores. Levanto la vista y me fijo en ella. Está subida a los hombros de un chico grandote mientras canta inmersa en la música que sale de los altavoces. Se la ve encantada y totalmente integrada.

¿Qué debe de sentirse al ser tan guapa que hasta los mayores se fijen en ti, que todo el mundo te admire, que a todos los chicos del planeta les gustes?

Charlotte sabe llevar con mucho estilo el peso de la corona.

—¡Eh, Garbancita! ¿Qué haces aquí sola?

Giro la cabeza. Ahí, en cuclillas junto a mí, ha aparecido de repente Viggo. Sus ojos parecen brillar más con esta luz de la tarde; hacen que se me seque la garganta y me ardan de pronto las orejas.

—No me llames así —digo, aunque en su boca es en el único lugar donde me gusta cómo suena mi mote del instituto.

—¿Va todo bien, Ana?

—Sí, claro.

—¿Y por qué no te bañas?

—Es que ahora no me apetece... Quizá me meta más tarde —miento, y estiro la tela de mi camisa *oversize* con disimulo, quiero esconder mi cuerpo hasta los tobillos.

Veo que arruga el entrecejo.

¿Cómo puede ser tan guapo? Y listo, porque Viggo Ekman no solo es un envoltorio bonito: tiene una de las mejores medias del curso y es posible que se vaya a estudiar a Londres. Charlotte lleva días fatal por el tema.

Se sienta junto a mí. Hace poco que ha salido de la piscina y sus bermudas mojan mi piel; mal que me pese, siento burbujitas borbotear en mi estómago.

Es el novio de mi mejor amiga, lo sé. Y no es que yo tenga ninguna intención, o posibilidad (jugamos en ligas demasiado diferentes, eso también lo sé). Si pudiera oír mis pensamientos, seguramente se reiría de mí. Pero no puedo evitarlo..., cuando él me habla, es como si todos los huesos de mi cuerpo se convirtieran en arcilla húmeda y se me deshicieran por dentro.

Viggo no añade nada más, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos para disfrutar de los últimos lametazos de sol; son las ocho de la tarde y pronto se ocultará tras la casa. Bajo la mirada hasta su nuez, sobresale en el arco de su cuello. Me obligo a tomar aire y sigo bajando... Su pecho se hincha amplio con cada inhalación, tiene el torso perfecto. Los pezones pequeños, ahora erizados, descansan sobre una estructura fuerte y atlética. Me viene a la cabeza la expresión «Se podría rayar queso en ese abdomen». Sí, sí que se podría...

—Ana, venga. ¿Qué ocurre? —Abre los ojos de pronto y me mira. Yo aparto rápida la vista. Coge mi vaso y da un sorbo—. ¡Puaj! Joder, está un poco fuerte, ¿no?

Sonrío.

—Me lo ha servido tu novia.

—¿Qué quiere? ¿Hacerte perder el conocimiento? ¿Que tengamos que llamar a una ambulancia?

Río. Él vacía el vaso en el césped.

En silencio nos quedamos mirando cómo los demás se divierten. Trato de respirar calmada, de que no se note lo nerviosa que me pone. Y me encantaría decir algo, algo inteligente, darle al menos una buena conversación. Él está aquí conmigo pudiendo estar con los demás, seguramente por caridad, para que no me sienta tan fuera de lugar, tan extraterrestre.

Si tuviera que elegir a un chico en el mundo, siempre lo elegiría a él. ¿Eso me convierte en una mala amiga? Lo mío es platónico. Y secreto, claro.

—Ana, venga. Vamos al agua. Hace demasiado calor.

—Es que...

—Si no te metes ahora mismo en la piscina, te mandaré con mi hermana pequeña dentro de casa. Está viendo *Mulán* y se pone muy karateca siempre que lo hace, una patada a la cabeza te la llevas fijo.

Se me escapa una carcajada a presión.

—Vamos, Ana. —Se pone de pie a mi lado y me ofrece la mano para que lo imite.

No tengo muchas opciones, así que se la cojo; tiene la palma callosa y dura, deliciosamente áspera. Tira de mí y sin querer me atrae hacia él, pecho con pecho. Mi metro cincuenta y cinco resulta ridículo junto a todo su metro noventa. Viggo necesita una chica alta, una chica como Charlotte. Aun así, respiro hondo y me llevo ese pedazo de él a los pulmones.

—¿A qué esperas? —pregunta.

—¿Qué?

—Quítate la camisa.

—Eh... —«¡No, ni loca!»—. Mejor me baño con ella... Me he quemado un poquito por aquí atrás, por la espalda.

Viggo levanta la vista al cielo y resopla. Segundos después vuelve a clavarme la mirada; parece que su turquesa haya atrapado algunos rayos de sol, porque sus ojos queman de pronto.

—¿Me puedes decir qué ocurre de verdad, Ana? ¿Te da vergüenza? ¿Es eso?

Bajo la cabeza; noto que mis mejillas se colorean y no quiero que él lo vea.

—Oye, Ana. No pasa nada. —Me sujeta del mentón y me obliga a mirarlo. Nunca antes me había tocado así, nunca antes NADIE me había tocado así—. Eres una chica preciosa, lo sabes, ¿verdad?

Abro la boca sorprendida. «¿Viggo Ekman piensa que soy "preciosa"?».

—Sí, Ana. Muy bonita —me repite—. Así que déjate de boberías y quítate la ropa, te quiero ya en el agua.

Asiento demasiado conmocionada.

—Buena chica.

Y lo hice. Viggo me facilitó el trance mirando hacia otro lado mientras yo me quedaba en bañador frente a él. No esperé ni un segundo a tirarme al agua y nadar hasta Charlotte. Nada más verme, se bajó de aquel chico y vino conmigo, quería presentarme a sus nuevas amigas. Estaba feliz, muy alegre.

Me siento en la cama y enciendo la luz de mi mesilla. Son las cinco de la mañana y fuera, en la calle, todavía está muy oscuro. Hacía mucho que no pensaba en eso. Nunca se lo conté a Charlotte. Lo atesoré solo para mí, para que me calentara el pecho todas aquellas veces en las que hordas de chicos, y después de hombres, se me acercaron con el único propósito de «conocer a mi amiga».

Esa fue una de las cosas que más valoré de Ernesto: que, desde el principio, yo fuera la primera opción.

* * *

Hace un rato que he llegado a la redacción. Supuestamente estoy con las consultas que se publicarán en el próximo número, pero, en realidad, espío con disimulo —desde hace unos quince minutos— cómo Viggo y Natalia coquetean de pie en el pasillo.

«¿Cuánto se puede retorcer una el pelo hasta que se le partan las puntas?».

Bufo y trato de prestar atención a mi selección de consultas. Dado que se publicarán en enero, estoy intentando que estén relacionadas con los nuevos comienzos; a la gente le encanta leer sobre este tipo de cosas a principios de año...

«¡Pero ¿cómo se puede ser tan obvia?!». Natalia se acaba de mojar los labios de una forma supersugerente (grado peli porno) y ahora se ríe apoyando su mano en el pecho de Lord Voldemort. Él también sonríe, debe de haber dicho algo gracioso... O no, a saber. Ella está muy desesperada, y Viggo es un idiota sin gracia.

Tal para cual.

Aunque él no es de los que se comprometen... Eso lo sé yo por Charlotte. Estuvieron juntos durante un verano, se fue a Londres por la universidad, la dejó y volvió desbocado: totalmente descontrolado. En vacaciones, cuando regresaba al pueblo, aprovechaba para liarse con todo lo que podía, cualquier cosa que llevara falda, no le hacía ascos a nada. Charlotte lo pasaba fatal, fueron muchas las noches que estuvimos sentadas en el bordillo del aparcamiento de la discoteca. Ella, borracha, diciéndome que nunca volvería a querer a nadie como a él, y yo sosteniéndole las lágrimas y evitando que el vómito le manchara el pelo. Fue entonces cuando lo apodamos El-que-no-debe-ser-nombrado.

Me encantaría desarrollar un poder para aniquilar con la mirada... Me asomo por detrás del ordenador y clavo los ojos en él. Unos segundos, con mucha intensidad. Pero nada, sigue riéndose despreocupado. Natalia le da un manotazo en el hombro divertidísima, seguro que esta mujer finge igual de bien en la cama.

Viggo es el prototipo de hombre *Golfus comunus*, una especie prolija y extensa de nuestra fauna nacional (más bien una plaga). Hablo mucho de estos especímenes en mi consultorio, advirtiendo a las lectoras de los peligros de encariñarse con uno de ellos. Las mujeres tenemos una fuerte pulsión con tratar de cambiar a los hombres, enderezar al «chico malo». Pero es mucho más sencillo volver a tirar la caña al mar que intentar convertir una sardina en lubina.

Quizá Natalia debería empezar a leer mi consultorio.

Me obligo a regresar a la pantalla de mi ordenador. Lidia trabaja muy callada a mi lado, parece que es la única productiva de las dos...

Pero me asomo otra vez (no puedo evitarlo), entrecierro los ojos y, muy concentrada, apunto a Viggo, como si mi mirada fuera un láser superpotente de esos desarrollados en secreto en la NASA.

Nada. El muy imbécil sigue riendo feliz (y vivo).

Mi móvil empieza a vibrar sobre mi escritorio, es el número de casa de mis padres.

—Hola, mamá.

—Ana, cariño. Llevo toda la semana llamándote. ¿Cómo estás?

Por lo general, nunca contesto las llamadas de mi madre en el trabajo por dos razones fundamentales: la primera (y más obvia), estoy en el trabajo, y la segunda, porque es insufrible. Los momentos de charla tortuosa con ella los reservo para mí en la más

estricta intimidad. Ya es malo lo que seguro que me dirá como para que encima otros —testigos— también lo oigan.

Pero hoy estoy de buen humor. Y tengo una cosa que le encantará oír.

—Muy bien. Justo ayer hablé con Ernesto, ¿sabes?

—¡No me digas! —Capto el tintineo de sus pulseras a través de la línea.

—Sí. ¿Y a que no adivinas qué? Va a dejar a Valeria.

—¡Nooo! ¡¿En serio?!

—Ajá. Me lo dijo, casi me suplicó que volviera con él.

—¡Eso es maravilloso, hija! ¿Y qué vas a hacer? —Voy a contestar, pero antes de que pueda se me adelanta—: Ana, no seas orgullosa, ¿vale? Un fallo lo tiene cualquiera. Quiero decir... A ver, Ernesto siempre ha sido un gran chico. Contigo se portaba de diez y con nosotros, con tu padre y conmigo, también. Lo de Valeria... lo de Valeria solo ha sido un traspié. El miedo a que las cosas se vuelvan más serias. A hacerse adulto, ¿entiendes?

—Sí, claro. Yo lo...

—No deberías condenar todo lo vuestro por un error —me interrumpe de nuevo—. No, Ana. Debes ser más inteligente. Vas a cumplir treinta. ¡Treinta años, Ana! A tu edad yo ya estaba casada y contigo en el vientre. No te puedes andar con exigencias a estas alturas. Estos años de fertilidad no vuelven. Ernesto es perfecto. Y no vas a encontrar nada mejor, eso te lo digo yo. La hija de la Chari empezó a salir con uno...

Me llevo el auricular al hombro. No sé cómo lo ha hecho (parecía imposible), pero ha conseguido deprimirme. Si hubiera un acantilado cerca, saltaría.

Oigo un carraspeo y levanto la vista. Viggo me observa desde lo alto con la cabeza ladeada. Me viene a la mente el sueño de esta

mañana: sus ojos turquesas, sus pestañas húmedas, ese pecho amplio y cuadrilongo, lampiño entonces pero que ahora imagino estará cubierto por una capa de vello esponjoso y... ¿cobrizo?

Los ojos se me van irremediablemente al cuello de su camisa. Me pongo roja.

—... ¡treinta! ¡Treinta! ¿Entiendes, Ana? Con Ernesto no te llevarás sorpresas, lo conoces...

—Mamá, perdona. Sí, todo estupendo. Ahora no puedo hablar. Un beso. ¡Muac!

Cuelgo y dirijo la vista a la pantalla del ordenador ignorando al enorme vikingo que hay frente a mi mesa (incluso Lidia ha dejado de trabajar y observa la escena). Tecleo, no estoy escribiendo nada. Pulso letras al azar.

—Ana.

—¿Ajá?

—Las llamadas personales deberías hacerlas fuera del horario laboral, por favor. En tu tiempo libre.

—¡No era una llamada personal! —protesto sin pensar. Me molesta el tono que ha usado, como reprendiéndome, como si yo fuera una total irresponsable—. Estaba informándome para una consulta..., eh..., de manera empírica.

—¿No era tu madre la del teléfono?

—Bueno, sí... Pero..., a ver... —«Piensa, Ana: ¡piensa!»—. Una de mis lectoras... tiene un pequeño problema con su... progenitor femenino. —«¿Progenitor femenino? ¡Joder, sonaba mejor en mi cabeza!». Lord Voldemort frunce el ceño—. Eh... Sí. Y quería, antes de darle una respuesta definitiva, tener una perspectiva experimental del problema. Y eso es lo que estaba haciendo: documentarme.

Echo la silla hacia atrás y cruzo las piernas con deje profesional. Ahora me encantaría llevar gafas, podría arrastrarlas hasta la punta de la nariz y dedicarle una mirada de desdén corporativo.

—¿Has bebido? —pregunta.

—¡¿Qué?! ¡No!

—¿Puedo ver la consulta en cuestión?

«Mierda».

—Esto..., eh..., ¡claro! —Comienzo a revolver los papeles de mi mesa, trato de ganar tiempo—. Qué raro. Estaba por aquí...

—Sí, cómo no. —Resopla. No me cree—. Cuando encuentres la consulta, mándamela por e-mail, por favor. Me intriga saber qué clase de problema justificaría que hablaras con tu madre en el trabajo.

Dicho esto, gira sobre sus talones y entra en su despacho.

# 5

## *Viggo*

«No hay quien la aguante, está hecha toda una payasa...». Sentado a mi mesa, aparto unos documentos y muevo el ratón para que se encienda otra vez la pantalla.

Recuerdo que de pequeña Ana era adorable, porque lo era: adorable. Incluso le decía a mi novia de aquel entonces (¿cómo se llamaba?... Eh... ¿Carla?) que la trajera de vez en cuando con nosotros, con mi grupo de amigos. Me hacían gracia las salidas que tenía; era aguda en sus comentarios, muy inteligente.

El tipo de chica que te despierta una ternura infinita, como los cachorritos de perro o tu hermana pequeña antes de que descubra el maquillaje. Daban hasta ganas de morderle esos cachetes con hoyuelos.

Era muy graciosa, sí. La Ana de quince años con su ropa paracaídas, de tío con sobrepeso, que le quedaba gigante, era...

Pero cambió. Creció (lo justito, porque nunca ha sido una chica alta), sacó curvas, se hizo bonita, femenina —aunque siguió vistiendo con ropa que no era de su talla, que le quedaba grande, como si quisiera esconderse—, y se volvió insoportable. Tan petarda como el resto de sus amigas, las *Súper Pop* del pueblo: unas creídas insufribles.

Cuando regresaba de la uni a casa de mis padres y me la encontraba por la calle, siempre me negaba el saludo y me dedicaba

una mirada de asco infinito. Estoy seguro de que hasta la ensayaba delante del espejo, le salía de maravilla. ¿Y por qué? Vete a saber, pero qué coñazo de tía.

Y no es que yo sea rencoroso, las cosas de la adolescencia ahí se quedan. Son boberías de la edad. Si no, que me lo digan a mí, que hice miles de estupideces. Ahora bien, haz tu puto trabajo. Es lo mínimo que pido: que trabaje. Porque desde que he llegado a esta revista solo me ha dado motivos para querer echarla... Y a la calle que se va a ir. Me da igual que su madre después le vaya llorando a la mía. Todos tenemos problemas en nuestra vida y no vamos por ahí dando por culo.

Un nuevo correo aterriza en mi bandeja de entrada, me lo notifica una pequeña ventanita que se abre en la esquina de mi pantalla. Es de ella.

¿Había consulta al final?

De: ANA RUEDA consultorio@deporteybienestar.es
Asunto: Consulta telefónica

Buenos días, Viggo:

Aquí la tienes, te copio y pego la consulta que te he mencionado.

Querida Ana:

Antes de nada quiero decirte que me encanta tu consultorio. Tus consejos son maravillosos, me ayudan muchísimo. Y no solo a mí, todos mis amigos también te leen. Eres nuestro faro de esperanza, nuestra luz en el camino. Por favor, no te vayas nunca, no sabríamos qué hacer sin ti.

Yo solo compro *Deporte y bienestar* para leerte, para ver cómo resuelves mes a mes tan inteligentemente los problemas que los lectores te plantean. ¿Cómo lo haces, Ana? Lo tuyo es un don. Me dejas siempre anonadada.

El consultorio debe permanecer en la revista, por siempre, ¡y debes atenderlo tú y solo tú! Si te despiden, dejaremos de comprarla.

A lo que iba...

Ana, tengo un problema. Mi madre me llama constantemente al trabajo. Se que no se deben atender llamadas personales en horario laboral (el capullo engreído de mi jefe no deja de recordármelo), pero tengo que cogerle el teléfono. Es maníaca-depresiva y debo controlar sus altibajos. Ahora mismo no tengo ayuda de nadie. ¿Qué hago?

Muchas gracias, Ana.

Eres la mejor.

Un beso,

Eloísa

Me ofende terriblemente que se dude de mi profesionalidad. No tengo más que añadir. Espero que en el futuro esto no se repita otra vez.

Un cordial saludo,

Ana Rueda

Necesito unos segundos. Vuelvo a leerlo y, mientras, comienzo a reír; no puedo parar.

Joder, es que... ¿Es en serio?

¡Vaya tela! Qué caradura.

# 6

## *Ana*

Este año la cena de Navidad está siendo distinta..., y no sé si mejor.

Desde siempre, en *Deporte y bienestar* nos hemos ido a cenar en grupos, según nuestras áreas, a los restaurantes cercanos a la redacción. Sin embargo, los de Goday Media hacen las cosas de otra manera y nos han reunido a toda la plantilla en un gigantesco restaurante a las afueras de la ciudad. El local es una sala inmensa, demasiado iluminada (con una luz blanca de hospital horrenda), donde también nos han juntado con el resto de los trabajadores de las publicaciones que el grupo editorial tiene aquí en Madrid. Ha sido una macrocena navideña para no menos de quinientos comensales.

Ahora estamos de pie, fuera del establecimiento, esperando en fila india para subir a uno de los autobuses que nos llevará a la discoteca donde terminaremos la —imagino también— macrofiesta. La gente está muy animada, muchos van bebidos ya. Yo no me he separado de Lidia en toda la noche, parece que no conozca a nadie aparte de ella. He visto de pasada a Natalia y a don Javier; a Viggo, por suerte, no me lo he cruzado.

Me contestó (el muy cretino); me dijo que si iba en serio y que «se», cuando es del verbo «saber», va con tilde. («Imbécil, imbécil, imbécil»).

Y puede que el dedo se me fuera demasiado rápido a la tecla de «enviar», un dedo poseído que no sabe contar hasta diez; que el e-

mail lo escribiera en modo simulacro, solo para desahogarme; que deba empezar a controlar mis impulsos (cosa que con Lord Voldemort me cuesta más de lo normal), o puede, simplemente, que ya vaya siendo hora de que el propio correo ofrezca un botón de «des-enviar», seguro que no soy la única de gatillo fácil.

Jugueteo con los cordones de mi abrigo. El frío es como si tuviera peso aquí fuera; es denso, incluso con el ambiente fiestero que se respira junto al autobús. Hace cinco minutos que he mirado Facebook, Ernesto todavía aparece «En una relación con Valeria Feguni». No entiendo nada. Si han roto, ¿cómo es que no ha cambiado su estado? ¿Y por qué no me ha llamado? Dijo que lo haría.

¿Habrán hecho las paces?

Se me contraen las tripas.

Si vuelve con ella, será por mi culpa, lo sé. ¿Por qué tuve que hacerme la dura? Cuando me llamó debería haberle dicho algo, que tenía ganas de volver con él..., o que lo echaba mucho de menos. Tampoco habría estado de más habérselo puesto por escrito en un mensaje del tipo: «Aquí estaré esperándote cuando lo dejes con ella. Te quiero muchísimo».

¡Soy tonta! ¡Tonta, tonta, tonta!

¿Y si se ha echado atrás por mi culpa?

Saco otra vez el móvil.

—¿Quieres dejarlo ya, Ana? —me riñe Lidia—. Olvídate de él. Nos vamos de fiesta.

Miro asqueada a mi alrededor. Estoy aquí de pie, en un lugar en medio de la nada, rodeada de borrachos y con el frío sobre los hombros. Le hago una mueca.

—Vale. Pero, cuando lleguemos a la discoteca, no quiero verte sacar el móvil ni una vez. Lo dejas en el bolso y te olvidas. No he

dejado a Marquitos con mi madre para esto. ¡Beberemos, bailaremos! ¿Y quién sabe? Puede que sea nuestra noche de suerte. —Me guiña un ojo.

Y me quiero morir. No quiero que sea mi «noche de suerte», no quiero ese tipo de noche: ¡solo quiero que Tito me llame!

Abro Facebook. Nada, su foto de perfil sigue siendo esa tan cursi con Valeria-apellido-chungo dándole un beso en la mejilla.

—Tú eres más guapa —oigo que dice. Levanto la vista y la veo con los ojos puestos en mi pantalla. Le sonrío: la amo por mentirme—. Ana, tu ex es imbécil. No merece la pena y, mucho menos, tu energía.

Arrugo el gesto y guardo el teléfono en el bolsillo de mi abrigo, bien a mano. Todas mis amigas son de la misma opinión. No le he contado a ninguna nada sobre la conversación del miércoles, seguro que Charlotte me requisaría el móvil de saberlo. Ellas no quieren que vuelva con Ernesto, y hasta cierto punto las entiendo. Pero su opinión no me vale, no son imparciales. Solo conocen lo malo, no saben lo dulce que es que él te abrace por las noches... Lo maravilloso que es tenerlo dentro. No, y como no lo saben, solo yo estoy capacitada para tomar esta decisión. Al fin y al cabo, es mi vida.

Cuando vuelva con él, se lo diré a todas tal cual y tendrán que aguantarse.

Es nuestro turno, subimos al autobús. Agradezco el calor, empezaban a castañetearme los dientes.

* * *

—¿Nos sirves dos rones con Coca-Cola, por favor? —pide Lidia a la camarera. Yo le dirijo una mirada de hastío, habría preferido solo el

refresco. La muchacha (que difícilmente supera los dieciocho) nos da la espalda y se pone a ello—. ¿Pedimos también unos chupitos?

—No, mejor que no.

La discoteca es enorme, una especie de nave industrial reformada para el ocio nocturno. Está aún más lejos de lo que ya lo estaba el restaurante, quizá nos encontremos por Toledo. Nos han informado durante el viaje que habrá tres salidas de regreso a la capital, la primera (la mía) dentro de una hora aproximadamente. El local ya está hasta los topes y la música está muy alta.

La chica regresa con las copas. Cuando ve que vamos a pagar nos informa de que hay barra libre. Al parecer, la discoteca entera ha sido reservada para nosotros; de hecho, toda esta gente es la misma del restaurante.

No me suena nadie.

—¡Ey, compis! ¿Cómo *eshtán* mis *chicasss preferidash*? —Pedro aparece de pronto, me pasa un brazo por los hombros y me estrecha contra él. Es periodista deportivo; trabaja varias mesas más allá de la nuestra, bajo un enorme foco de luz led. Divorciado, sin hijos; alto y moreno; a veces es algo tocón.

—Estás muy animado, ¿no?

—Todo lo que se *eshpera* de una fiesta —contesta a Lidia. Después se gira hacia mí—. Ana. ¡Anita! —Vuelve a apretarme contra él. Su cara queda muy cerca de la mía; huelo su aliento, apesta a alcohol—. Tengo que confesarte que estoy *superrcontento* de verte ya *ashí* de bien por lo de tu *exx*. Sé lo duro que es. —Arrastra las palabras al hablar, ¡menuda cogorza lleva!—. Pero yo sabía que lo *superaríassh*, ¿eh? Ninguno de la redacción daba un duro por ti. Pero yo sí, fui el único, ¡el único! —me zarandea— que apostó a que antes de enero lo tendrías *shuperado*. ¡Y mírate: ya te lavas el pelo!

«¿Apostó?».

—Esto..., Pedro... —Lidia le hace un gesto para que se corte.

—¿Apostaste? ¿Hici-hicisteis una apu-pu-esta?

—Oh, ya *shabessh*... —Pedro resopla y echa la cabeza hacia atrás, yo me inestabilizo bajo su peso—. En la redacción no se ha hablado de otra *cosha*. El bote ha sido enorme.

Abro mucho los ojos horrorizada y me giro hacia Lidia.

—¿Tú... tú lo sabías? —le pregunto. No me lo puedo creer. ¡Menudos cabrones!

—Sí, pero ¿qué iba a hacer? Yo no aposté nada...

—Ana, Ana, ¡Aniiiitaaaaa! —Pedro llama de nuevo mi atención; me vuelvo con el rostro desencajado. Me tiene bien sujeta y no me suelta, es muy incómodo—. ¿Sabes que toco la *guitarrrra*? También compongo mis propios temas. La luna de noche baila en tu peelo...

Pedro se arranca a cantar, lo hace a pleno pulmón para que lo oiga por encima de la música. ¿Esto está ocurriendo de verdad?

—Chicos, tengo que ir un momento al baño.

Me giro hacia Lidia. ¿Está de coña? ¿Piensa dejarme aquí sola con este Fran Perea?

—Ana, vuelvo ahora. Y te lo explico todo, ¿vale? Pero no me aguanto, en serio.

—Vete tranquila, *sho* te la cuido. —Pedro la despide con un gesto de la mano. Lidia aprovecha y desaparece rápido, antes de que pueda agarrarla de la manga del vestido y retenerla a la fuerza—. Ana, tú y yo *deberíamossh* quedar algún día. Tenemos un montón de cosas en común y hacemos buenas *migassh*... —Se echa hacia delante y derrama su copa en mis zapatos.

Lo que faltaba.

—¡Oh, mierda! Perdona, Ana. No te *preocupessh*, que te *limmpio*. —Se acuclilla frente a mí, hace equilibrios agarrado a mis tobillos.

—Pedro, déjalo. No te preocupes. —Trato de apartarme.

—No, no. Yo te limpio.

—Mejor voy al baño también, ¿vale? ¡Oye, suelta!

—Nooo. No te *vayassh*. Lo estábamos *pashando* tan *bienn* —dice ya sentado en el suelo.

—Vuelvo ahora. —Intenta sujetarme de nuevo, pero lo esquivo rápida. Esto está resultando demasiado lamentable, y la gente de alrededor empieza a mirarnos—. Tú no bebas más, por favor.

Dicho esto, me escabullo entre la multitud sin darle posibilidad a réplica. Va muy borracho, mucho. ¿Y lo de la apuesta? ¿Cómo pueden ser tan capullos? Trabajo con los seres más despreciables del planeta.

Atravieso la pista de baile hasta la otra punta de la sala. No sé dónde están los servicios ni dónde está Lidia, estoy rodeada de desconocidos. Miro el reloj, aún faltan veinte minutos para el primer viaje de regreso a la ciudad. Me acerco a una de las barras, a la más apartada del barullo, y saco el móvil. Voy a escribir a Ernesto, a darle ese pequeño empujón que le falta...

Tengo un mensaje de Rocío.

> ¿Crees que debería operarme la nariz?

Frunzo el ceño, ¿y esto a qué viene ahora?

—Hola, Ana. ¿Te diviertes?

Levanto la vista todavía confundida. Lord Voldemort en persona me examina con todo su metro noventa. Tiene una copa en la mano y una sonrisa maléfica en los labios.

«Mierda.

»Mierda, mierda, mierda».

—Esto... Sí, mucho. —Guardo el móvil—. ¿Y tú? ¿Te lo estás pasando bien?

Se encoge de hombros como respuesta.

Silencio.

Miro a mi alrededor. Él también lo hace. Ninguno añade nada.

Más silencio.

Echo de menos a Pedro.

—¿Y qué le contestaste?

—¿Perdón? —pregunto. Con la música tan alta, apenas oigo nada.

—Que qué le contestaste a Eloísa. —Se agacha hasta mi oreja. Huelo el whisky en su aliento y se me eriza la piel—. ¿O no te acuerdas de las consultas que te inventas?

—¡No me la inventé!

—¡Oh, vamos, Ana! —Se carcajea—. ¿Cómo era eso de «faro de esperanza»?

—Soy muy popular entre nuestras lectoras, no sé por qué te sorprende que haya usado esa expresión conmigo.

—Es muy cursi, ¿no te lo parece?

«¿Lo es?

»Puede que un poco... Mierda».

—Eloísa es una mujer maravillosa que está pasando por una mala situación personal —contraataco revestida de superioridad moral—, merece todo nuestro respeto, Viggo.

El-que-no-debe-ser-nombrado suelta una risa por la nariz; se lleva el vaso a la cara para ocultarla sin mucho éxito. Le dedico una mirada llena de rencor.

—Vamos, Ana. No te enfades —dice sonriente, y se inclina de nuevo hacia mí, tan grande que su cuerpo casi tiene que hacer una ce mayúscula—. De hecho, me parece creativo que te inventes las consultas. Y es mucho más común de lo que crees. Te has pasado echándote flores, pero...

—¡Que no me la inventé! —vuelvo a quejarme. Antes muerta que reconocerlo. Además, técnicamente, esa consulta no cuenta: no va a salir publicada, no pega con la temática de enero—. A mi correo no dejan de llegar miles de e-mails con regularidad. Me escriben todos los días.

Viggo sonríe y da un sorbo a su vaso. Dejo la vista clavada en su garganta. Es fuerte, está recién rasurada y parece áspera.

—Bueno, digamos que te creo, Ana. —Descontraigo el gesto—. Dime entonces, ¿qué le contestaste a nuestra lectora?

«Ay, Dios».

—Pues... le contesté..., esto..., eh..., que... que... —«Piensa, piensa. ¡Piensa, joder!»—. Que... que debería establecer otro sistema de comunicación. Quizá un busca...

—¿Quizá?

—Esto, sí. ¡Un busca! Y que pidiera ayuda. Necesita a alguien que se haga cargo de su madre... —No me cree, lo veo en la manera burlona en que se le curvan las cejas—. Que..., hum..., eso. Hay centros de ayuda..., de asistencia a personas enfermas. Que se informara, que ellos podrían cubrir seguramente las necesidades de su madre.

—Eres rápida. —Me guiña un ojo.

—No soy rápida. No me lo acabo de inventar. Me pasé todo el día estudiando el caso, ¡documentándome!

Vuelve a carcajearse. Lo censuro con la mirada mientras doy el primer sorbo a mi copa. ¡Joder, qué fuerte está! ¡Y de garrafón! Mañana toda esta gente se pasará el día con la cabeza metida en el retrete.

—¿Y qué vas a hacer con lo de tu ex? ¿Habrá reconciliación?

Por poco escupo la bebida. ¡¿Qué?!

Viggo me sonríe. Sus iris turquesas brillan incluso en la penumbra. La luz metalizada de uno de los focos confiere destellos púrpuras a su barba de pocos días. Es Barba Azul... No: ¡Barba Lila!

—¿Y a ti qué más te da?... No habrás apostado tú también... ¡Es eso, ¿verdad?! ¡Has apostado!

—¿Qué? No. —Contrae el ceño—. ¿Por quién me tomas?

Entrecierro los ojos aún desconfiada.

—Él quiere que volvamos... Yo... —Pienso unos segundos, ¿por qué estamos teniendo esta conversación?—. Sí, sí. Volveremos.

—Es una mala idea.

—¿Qué?

—Digo que es una mala idea —repite elevando la voz.

—¡Te he oído! ¿Y por qué, si puede saberse?

—Garbancita, no te enfades. —El principio de una sonrisa asoma en sus labios. Lo estrangularía ahora mismo—. A ver, es mi opinión. Tú haz lo que quieras...

—Lo haré. —Me cruzo de brazos, hostil.

Viggo resopla una carcajada.

—¿Quieres saber lo que pienso o no?

—Adelante —contesto.

—No deberías volver con alguien que te ha dejado por otra. Es muy de segundo plato.

Abro la boca y aspiro. Cuento: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, sieteochonuevediez... ¡¿De qué va?!

—¡Eso no es así! ¡Te equivocas! ¡¡No tienes ni idea!! —Viggo me hace un gesto para que baje la voz, lo cual me enerva todavía más: tampoco es que esté gritando—. ¡Todo el mundo se merece una segunda oportunidad! A veces nos podemos equivocar, y eso no significa que no valoremos a nuestra pareja, que no la queramos,

que no deseemos pasar el resto de nuestra vida con ella. A Tito le entró miedo...

Viggo suelta un bufido.

—¡Es la verdad! —insisto—. Le puede pasar a cualquiera. Llevábamos toda la vida juntos. Le entraron dudas...

—Vale, lo que tú digas. —Aparta un segundo la vista y le hace un gesto a la camarera.

—¡Sí, es lo que yo digo! ¡Porque sé de lo que hablo! ¡No opino porque sí!

—Garbancita...

—¡No, no! ¿De qué vas? ¿Me conoces acaso? ¿Conoces a Tito? Él me respeta, porque él respeta mucho a las mujeres, ¿sabes? No es como otros..., que parece que crean que las mujeres somos de usar y tirar.

—Mira, haz lo que te dé la gana, bonita. —Por fin parece cabreado, la estúpida sonrisa de suficiencia que hasta hace poco me irritaba la piel ha desaparecido de su rostro—. Y mejor: no lo sueltes. Dudo que encuentres a otro igual de loco para soportarte.

Abro mucho los ojos indignada. ¡Será...!

Lord Voldemort se yergue por completo; hemos tenido que discutir con las cabezas casi pegadas para oírnos por encima de la música. Entrecierro los ojos y le dedico la mirada más venenosa de mi repertorio, esa de «Eres un cretino-arrogante-estúpido-pichafloja que no merece ni un segundo de mi valioso tiempo».

Él sonríe sin gracia.

Me doy la vuelta y me alejo de él. Voy hasta la otra punta de la discoteca, bien lejos. Atravieso la maraña de gente que no deja de moverse, de bailar, que se divierte. Yo, en cambio, tengo una rabia que me quema el pecho. ¡Lo odio, lo odio con toda mi alma! ¡¿Cómo pudo salir Charlotte con un ser tan despreciable?!

¡¿Cómo pudo gustarme de pequeña?!

Llego al fondo, a una salita solitaria y resguardada de la música. Aquí las mesas son bajas y las sillas tienen respaldo. Solo hay un barman tras la barra y yo. Me mira esperanzado, soy su única posibilidad de hacer otra cosa que limpiar vasos.

Tomo asiento y saco el móvil. Ha llegado el momento, voy a escribir a Ernesto. Voy a tomar las riendas de mi vida.

> Tía, sería para después de la boda de Charlotte.
> No estoy loca, ¿vale?

Ignoro a Rocío y voy a Facebook. Quiero comprobar si Tito ha cambiado ya su estado. Tarda en cargarse, se ve que la cobertura aquí no es muy buena. Levanto el móvil por encima de mi cabeza.

La página se abre poco a poco.

Una imagen de él y Valeria-te-quedan-dos-telediarios aparece en mi pantalla. ¡Maldita sea, ¿todavía?! ¿A qué espera para dejarla? Bajo con el dedo haciendo *scroll*... Ernesto ha publicado algo nuevo, dos fotos... No se cargan del todo... «Vamos, vamos. ¡Venga, vamos! ¡Sí, sí...!».

Me quedo sin aire.

No puede ser... Esto no puede estar pasando.

Son de ellos dos, salen abrazados. Dos instantáneas llenas de luz en las que ambos comparten una sonrisa gigantesca. Llenan mi pantalla, la colapsan. Pero hay algo más..., un anillo. Valeria-miss-sonrisa-bonita lleva un diamante impresionante en el dedo y lo luce con orgullo.

Empiezo a hiperventilar. Necesito llenar de oxígeno el vacío de mis pulmones.

Creo que me mareo. Me sujeto a la mesa.

«No. No. No. ¡No! ¡No puede ser! ¡No, Dios, por favor!».

Leo el pie de la publicación:

Ha dicho que sí. Soy el hombre más afortunado del planeta. Te quiero, Valeria. Tú y yo hasta el infinito, siempre. #amordemivi
da #nosvamosdeboda #shesaidyes.

Vacío mi copa de un trago.

# 7

## *Ana*

—¡Yo quiero otro!... ¡Arriba, abajo, al centro y *pa* dentro!

[...]

—Él se va a casar... ¡Y con ella! Con esa...

—Venga, calla y bebe.

[...]

—Barba Lila, ¿por qué *mataabash* a tus *mujeresh*? ¿Ninguna te-te aguantaba?

—¿De qué hablas?

—¡¡Quiero bailar!!

[...]

—Siempre con ropas de señora mayor, *deshde* pequeños, Garbancita... Es como si *llevarras* puestas las cortinas de tu casa. Me encantaría *quemarr* tus vestidos. Son tan *feeoosh*. Y están *susiossh*.

—¿Y túú...? ¡¡Esta es mi canción!! ¡Vamos!

—*Espeeera*, antes termínate el chupi-ito.

—¿A la de *trres*? Una, *dass* ¡y tres!

[...]

—Pedro está *vopitando* en el *bañ-ño*. ¿De qué te ríes? ¿A dónde vas? ¡Bájate de ahí! No eres *gogóó*. ¡Y eso no es una tarima!... Bailas *fataall.*

[...]

* * *

La cabeza me estalla. Duele a parámetros desconocidos, como si tuviera eco, como si hubiera un martillo golpeando las paredes de mi cráneo desde el interior. Noto que los dedos de mis manos hormiguean (los de los pies ni los siento, y no sé si es normal o debería preocuparme) y tengo mucha sed, quizá no haya ahora mismo ni una molécula de agua en mi cuerpo. Estoy tan seca que ni tengo saliva; me quema la garganta, es el desierto.

También creo que voy a vomitar...

Abro los ojos. La claridad de la mañana apuñala mi frente, me impide ver, es demasiada. Poco a poco descontraigo la mueca de dolor; estiro los músculos faciales, duele y tengo miedo de que duela más. Un rectángulo luminoso entra por la ventana; no es muy grande en realidad, no tanto como esperaba (no tanto para el daño que me ha hecho). Las persianas están prácticamente bajadas.

Es una luz débil y grisácea, de día nublado.

Me gustan las ventanas con persianas, son muy prácticas. Las cortinas, en cambio, son una lata. Las mías se quedan escasas y no son del todo opacas. Están viejas, llenas de polvo. Tengo que cambiarlas. ¿Podría pedirle unas nuevas a Secuoya? Como arrendadora le tocan ese tipo de cosas, ¿no?

Un momento... Yo no tengo persianas.

¡¡YO NO TENGO PERSIANAS!!

Me incorporo de golpe. No estoy en mi cuarto y esta no es mi cama. Miro a mi derecha, necesito taparme la boca para no chillar. Junto a mí descansa una espalda musculosa, llena de pecas. Su dueño respira de forma acompasada. ¡Es un hombre! ¡¡Un hombre enorme!!

¡¿Estoy en peligro?!

Reviso mis muñecas. No hay esposas ni cuerdas, tampoco mordaza... ¡Joder, no llevo bragas!

Me cubro la cara con las manos; solo hacerlo duele, las agujas de mis sienes presionan mi cerebro disecado. No puede ser... ¿De verdad me he acostado con un desconocido?

Trato de recordar, rebobinar la película de mi cabeza. Todo es muy confuso y está troceado, con baja exposición y mucho contraste. Estoy en la discoteca. Me lo estoy pasando muy bien, no paro de bailar. Y me río mucho, una barbaridad. Con...

«¡No, no, no! ¡Por favor: NO!».

Me asomo por encima de mi acompañante... ¡Me quiero morir! ¡Es Viggo, VIGGO EKMAN!

Comienzo a chillar.

—¡Aah! ¡¿Qué cojones...?! —Lord Voldemort salta de la cama y se pone en guardia, en posición de ataque, con los puños levantados.

Está tal y como Dios lo trajo al mundo: un complejo entramado de músculos y nervios que encajan perfectos bajo su piel clara. Sí, tiene el pecho cubierto por una capa fina de vello pelirrojo; se extiende por este para después bajar en línea recta hasta la perfecta uve que forman los músculos de su abdomen inferior. Ahí otra vez se vuelven más prolijos, en torno a... a su... «¡Ay, la madre, le estoy mirando el pene!».

—¿Ana? —Levanto la vista. Aun en la oscuridad, compruebo que sus pupilas se agrandan hasta cubrir los iris—. ¡¿Qué demonios...?! —Tira de la sábana para taparse. Yo me aferro con fuerza a ella, estoy tan desnuda como él de cintura para abajo. Viggo alarga el brazo y se cubre con la almohada—. ¡¿Qué crees que estás haciendo aquí?! ¡¿Cómo coño has entrado?!

Arrugo el gesto.

¿Qué se cree?, ¿que me he colado sin su permiso?

Viggo se lleva la palma al centro de su frente y cierra los ojos.

—¡Dios, qué resaca!... La fiesta... —Vuelve a abrirlos y, lanzándome una mirada llena de incredulidad, pregunta—: ¿Nos hemos acostado?

Voy a vomitar, de verdad que sí. Me encuentro terriblemente mal. La cara me arde, me escuece. No contesto, porque no lo sé y porque tampoco estoy segura de querer saberlo. Escondo la cabeza entre las rodillas, trato de respirar, de que las náuseas remitan, de que el tamborileo de mi cabeza baje unos decibelios.

Esto es una maldita pesadilla.

—¿Qué recuerdas? —oigo tras lo que debe de ser un minuto. Levanto la vista, Viggo tiene una expresión desconocida en el rostro —. Yo, muy poco, y casi todo de la discoteca. De lo que ha ocurrido aquí... no tengo ni idea.

—Íbamos... íbamos muy borrachos —digo, cada palabra que pronuncio cuesta—. Yo creo que no pasó nada. ¿Cómo...? Quiero decir... Tú estabas... Bueno, estabas demasiado bebido para... para poder...

El gesto de El-que-no-debe-ser-nombrado cambia al instante, frunce el ceño. Parece mosqueado.

—Te sorprendería lo capaz que soy.

—No digo que no lo seas...

—Aun estando borracho, sí. ¡Soy muy capaz! —Asiente con la cabeza—. Ya puedes darte por follada si te has despertado en esta cama.

Abro la boca indignada. «¡¿PERDONA?!».

No lo pienso, cojo lo primero que encuentro y se lo tiro. Resulta ser el despertador, que le da con muy mala suerte en toda la cara.

—¡Joder, Ana! —Se cubre—. ¡¿Estás loca?! ¡Hostias, qué daño! ¡Mierda, me has hecho sangre!

Tiene razón, me enseña las manos. Hay bastante. Se me retuercen las tripas: asco y culpa.

Antes de que pueda... ¿pedirle perdón? (en verdad se lo merece, ¿no? Es un idiota, ¡¿de qué va?! Y debería trabajar los reflejos), sale del dormitorio a paso vivo. Sigue maldiciendo, lo oigo blasfemar desde la habitación contigua —imagino que el baño—; de «puta-loca-desquiciada» no baja.

Vaya...

Me desplomo sobre el colchón, mi cabeza rebota de manera infinita aunque ya está encajada en la almohada. Quiero morirme, y no solo por el dolor físico que atenaza todo mi cuerpo: ¡¿qué he hecho?! ¡¡¿QUÉ COJONES HE HECHO?!!

Me he acostado con Lord Voldemort, que...

a. Es el mal sobre la tierra. Belcebú, la reencarnación del anticristo. Todo lo malo y feo de este mundo.
b. Es mi jefe, el maldito director general de la revista, que me trata como becaria. Y no es uno de esos jefes guais y buenos, es uno que quiere rescindir mi contrato, que desea verme desaparecer y eliminar mi consultorio..., que me ponga a vender pañuelos en los semáforos.
c. Es un golfo, un promiscuo («Por favor, por favor, por favor, Ana Borracha, dime que usaste protección»).
d. Es el ex de Charlotte. El jodido primer amor de mi mejor amiga, el chico con el que perdió la virginidad.

Examino la mesilla de noche, quizá haya un cuchillo afilado con el que cortarme las venas.

Mi móvil empieza a sonar, me arrastro hasta el borde de la cama y me asomo. Tirado en el suelo, al lado de mi bolso (que parece haber vomitado todo su interior), vibra enfermizo exigiéndome que deje de

compadecerme de mí misma y vuelva a la realidad: «Sí, sí, Ana, eres basura, pero ¿me coges?».

Alargo el brazo (el gesto duele como si me golpearan en la cabeza), lo sostengo entre los dedos y, antes de que el nombre de la pantalla adquiera algún significado en mi mente, le doy a contestar.

—¿Ana? Ana, ¿dónde estás?

«Mierda. Es Charlotte».

—Eh... ¿Qué-qué? ¿Por qué? —Tengo palpitaciones. ¿Sabe que me he acostado con Viggo? ¡¿Cómo?! ¡Si yo me acabo de enterar!

Es el fin, mi fin.

—Estoy aquí, fuera de tu casa. Secuoya no me deja pasar hasta que vengas. He visto lo de Ernesto en Facebook. ¡Menudo cabrón! Pero tú tranquila, recibirá su merecido: una vida entera junto a esa imbécil.

—¿Qué? —Arrugo el gesto. ¿De qué narices habla? ¿Qué pasa con Ernesto?...

«Joder...».

Me cubro la cara con las manos. Noto que me sube la bilis.

Ernesto se va a casar con Valeria. Se va a casar con ella.

Cierro los ojos con fuerza. Las lágrimas se colocan detrás de mis párpados, luchan por salir, parece que arañen mi piel.

—Ana, ¿estás bien?

—Eh... —Aspiro un sollozo.

—¿Dónde estás? ¿Necesitas que te vaya a buscar?

—No... ¡NO! Eh... Estoy... —Me incorporo de golpe en la cama, recorro la habitación con la vista en busca de mis cosas—. Ahora voy para casa. ¡Tú no te muevas de ahí!

—Pero ¿dónde estás? ¿Qué pasa?

—Yo...

—Tía, me estás asustando. ¿Qué ocurre?

Oigo a Viggo insultarme desde el baño, algo de que van a tener que darle puntos. Ahora mismo, me gustaría estar en cualquier otro lugar..., en una mesa de operaciones a corazón abierto.

—No, no ha pasado nada. No te preocupes. —Parpadeo y se me mojan las mejillas—. Anoche me emborraché y...

Necesito a Charlotte, no puedo perderla. Ahora no.

—Y me acosté con un tipo del trabajo... ¡Pedro! —reculo—, el de Deportes.

—¡Vaya! Sí que lo pasamos bien entonces en la cena de Navidad. —Hay burla en su voz—. ¿Y qué tal fue? ¿Tenemos *plus one* para mi boda?

La primera vez que tengo sexo desde... desde hace mucho y no lo recuerdo.

—Sí, eh..., superbién. Pero, pero... para una noche. Yo... Él no es mi tipo.

Oigo que Charlotte se carcajea al otro lado de la línea, y duele, duele mucho: soy una mala amiga, mala y mentirosa.

—Vale, pues despídete de tu Romeo y vente para casa. ¡Queremos saberlo todo! Las chicas están de camino. —Me llevo la mano a la frente. Cada segundo que pasa, la cosa va a peor—. ¡Y date prisa! Hace un frío que pela aquí en la calle, se me va a congelar el trasero.

—Sí, vale...

—Por ahí viene Rocío. ¡Hola, preciosa! —Capto el murmullo de otra voz—. Te dejo, ¡no tardes! ¡Muac!

* * *

No me he despedido de Viggo, he agarrado todas mis cosas (o casi todas: las bragas no han aparecido por ninguna parte) y he salido

del piso echando leches. Ahora estoy sentada en mi cama, mis amigas me observan esperando que diga algo. He sopesado sincerarme, expiar mis pecados y rogar clemencia. Al fin y al cabo, iba tan borracha que casi no me acuerdo de nada. Eso hace que no cuente, ¿verdad?

—¿Y bien? ¿Qué pasó anoche? —pregunta Rocío rompiendo el silencio. Está sentada sobre una de las cajas con una bandeja de napolitanas en el regazo.

—¿Me podéis dar un poco de agua? —Carraspeo—. Estoy teniendo la peor resaca de mi vida.

Rebusca entre las bolsas y me ofrece una de las botellas que ha traído; creo que también hay café, pero en estos momentos no soporto su olor. Quito el tapón y doy un sorbo. No hay nada mejor que el agua, siento que mi sangre se refresca. La vacío entera.

Cojo aire.

—Anoche... —Me detengo. Las miro. Trago saliva—. La verdad es que no quiero hablar del tema. Me emborraché y me acosté con un impresentable, con el ser más despreciable de la revista. Un... ¡Dios, no me lo puedo creer! —Me cubro el rostro con las manos.

Noto un brazo sobre los hombros. Asomo la cara, es Charlotte, que se ha sentado a mi lado.

—Tía, da igual —dice—. No te tortures, no merece la pena. Estas cosas pasan.

—Dejémoslo en que hiciste una obra de caridad. —Belén me guiña un ojo.

—Sí, Ana, por favor, no seas dramática. Ni que te hubieras acostado con El-que-no-debe-ser-nombrado —bromea Rocío.

—¡No, fue con Pedro! ¡Con Pedro! —medio grito.

—Sí, si estoy de coña...

—Pues no tienes ni puta gracia —añade Charlotte, que la fulmina con la mirada.

Escondo la cabeza entre las rodillas, no puedo mirarlas. Y necesito unos segundos.

Necesito valor.

—Ana, venga... —Charlotte me deja un beso impreso en la coronilla.

¿Cuánto se puede odiar una a sí misma?

La mentira me quema la garganta. Quiere salir, quiere ser chillada («¡ME ACOSTÉ CON VIGGO EKMAN!»), pero me la trago, con fuerza, bajándola por la laringe para ocultarla en mi tripa, donde solo duela. Porque no tengo coraje, ni cuerpo, ni neuronas para defenderme, para justificar lo que hice. ¿Podría hacerlo? ¿Cómo?

Yo besé a Lord Voldemort, cuando bajamos del autobús, caminando juntos por las calles ambarinas de la madrugada de Madrid de vuelta a ninguna parte; en un principio a mi casa, pero después resultó ser la suya. Y estaba borracha, pero he conseguido recordar que, mientras acariciaba su lengua con la mía, por un instante pensé en Charlotte y me dio igual.

Y ahora ella está aquí, a mi lado, dándome consuelo, sin saber que es una tonta por preocuparse por mí, que yo no merezco su cariño, que la he traicionado y que la estoy engañando.

Aspiro mis lágrimas hacia dentro.

—Y lo de Ernesto... —Saco la cabeza de entre mis piernas evitando mirarla—. Ha sido un palo. Yo... yo creía que volveríamos jun-juntos. —Se me entrecorta la voz—. Estaba convencida.

—Ana...

—Él me lo dijo, ¿vale? Me llamó por teléfono hace unos días, iba a dejarla. Se arrepentía de haber roto conmigo, quería volver. Y yo creí que lo haría... —Rompo a llorar.

Charlotte me abraza con fuerza y me dejo. Soy ruin, pero la necesito: jamás la he necesitado tanto como ahora.

—Qué cerdo —masculla.

—Vaya capullo —secunda Rocío.

Belén se pone a mi otro lado y me sujeta la mano. Yo sigo llorando, lo hago contra el pecho de Charlotte.

—Ana, cariño, escúchame —dice apartándome el pelo de la cara —. En realidad has tenido suerte, eres muy afortunada. —Hago una mueca, estoy muy lejos de sentirme afortunada—. Sí, escucha... De buena te has librado. Con todo esto, Tito ha demostrado lo cabrón que es.

Niego con la cabeza. No, lo que ha demostrado es que yo no soy «suficiente» para que alguien sí quiera comprometerse conmigo para el resto de su vida; que por Valeria (en unos meses) ha perdido la cabeza y conmigo (en varios años) jamás lo ha hecho.

Y tampoco puedo ignorar ya una verdad que lleva torturándome desde hace semanas: que la persona que mejor me conoce del planeta me abandonó. Vio todo lo que soy, todo lo que esconden mis capas, todos mis secretos y todos mis sentimientos, y decidió que lo mejor era huir en dirección contraria.

¿Qué dice eso de mí?

Me aprieto más contra mi amiga, me hundo en el cuello de su camisa.

—¿Quieres saber una cosa, Ana? Ese anillo, el que le ha dado a Valeria, lo compró para ti.

Me aparto y la miro sin comprender. Charlotte asiente.

—Sí. Lo sé porque lo compró conmigo y con tu suegra. Iba a pedirte matrimonio. Hace apenas seis meses de eso y, de pronto, de la noche a la mañana, rompió con todo. Ernesto no sabe lo que quiere, Ana. ¿De verdad querrías pasar tu vida con alguien así?

—¿El anillo era para mí?

—Sí, Ana. Pero ese no es el tema.

—Tienes que pasar página, cariño —apunta Belén.

Yo las miro a ambas, estoy tan sorprendida por la última información que hasta he dejado de llorar.

—¡Bájate Tinder! —exclama Rocío.

Me vuelvo hacia ella.

—¡¿Qué?! ¡No! —digo.

Charlotte y Belén comienzan a reír.

—¿Dónde está tu móvil? —La rubia se levanta de la caja y empieza a revisar mi habitación, va hasta mi mesilla de noche.

—Eh... ¡No, no! ¡Rocío, deja eso! —Pero Rocío ya tiene mi bolso y rebusca en su interior.

—Terapia de choque —suelta con el móvil en la mano—. ¿Cuál es tu contraseña?

Bufo y me cruzo de brazos.

Ella pone los ojos en blanco y empieza a teclear.

—¿Qué haces? Lo vas a bloquear, ¡para! ¡Estate quieta!

Rocío sonríe de pronto con suficiencia.

—Tienes que cambiar la contraseña, Anita. No puede seguir siendo la de tu aniversario con Tito.

—Ahora SÍ que tengo que hacerlo, gracias.

—Venga, no creo que sea tan mala idea en realidad —me dice Charlotte. Rocío se ha ido a sentar en la caja más alejada de la habitación y maneja mi móvil concentrada—. Estaría bien que tuvieras unas cuantas citas. Puede que conozcas a alguien interesante... Te divertirás, intimarás con gente nueva. Y verás todos los chicos que hay ahí fuera, mucho mejores que Ernesto.

—Pero...

Quiero negarme. Quiero que volvamos al tema del anillo. ¿Por qué me lo compró si no era para pedirme matrimonio? ¿Qué significa? ¿Y si quería volver conmigo (porque me ama a mí en verdad) pero la otra se inventó un embarazo ficticio?

¡Hay miles de posibilidades!

Quiero regresar a ese momento en que todavía era muy pobrecita y tenía derecho a encerrarme en una cueva y compadecerme de mí misma.

—Ya está. —Rocío se acerca y me lanza el móvil. Vuelve a ocupar su lugar en la antigua caja—. Y te he eliminado el número de Ernesto para evitar tentaciones innecesarias.

—Se lo sabe de memoria —señala Belén.

—Da lo mismo —contesta. Después se gira hacia mí—. Tienes prohibido hablar con él sin nuestra supervisión. Luego te dice chorradas y tú te las crees todas.

Charlotte suelta una carcajada, aunque trata de evitarlo tapándose la boca. Las aniquilo a las dos con la mirada.

—Y... —Rocío mira a su alrededor, a mis cajas. De repente siento miedo—. Y ¿sabes qué? Me voy a llevar estas cajas. Porque están llenas de ropa de mierda con la que no te vas a comer ni un colín en tus futuras citas.

—¡¿Qué?! Ni de coña.

—Oh, sí, sí. —Asiente. Saca su teléfono y llama a alguien.

—Rocío, es que ni de coña —repito.

—¿Y qué se pondrá? ¿Los vestidos de flores? —pregunta Charlotte.

Rocío levanta una mano para hacernos callar.

—¿Javi? Hola. Mira, necesito que vengas. Ejem... Sí, y que te lleves unas cajas del piso de una amiga... ¿Cuántas? —Sondea mi habitación con la vista—. Unas nueve... Y ven ya. No, no. Déjalo

todo. Te quiero aquí ahora... Sí, te mando la dirección por WhatsApp. —Cuelga y nos mira—. Mi asistente viene hacia aquí, se lo va a llevar todo.

—¿Desde cuándo tienes asistente? —pregunta Belén.

—Bueno, técnicamente es el de Hugo. Pero también me hace recados cuando se lo pido. —Baja la vista y comienza a teclear en su móvil—. En cuanto a la ropa, no te preocupes por eso, Ana. Yo te la presto.

Charlotte aspira ilusionada. Me agarra fuerte de la mano y sonríe.

—¡Qué buena idea!

—¿Qué? No, es una idea malísima —respondo.

—Sí, Ana. ¡Terapia de choque! —dice Charlotte repitiendo lo de su prima—. Es una idea genial. Empiezas a tener citas, conoces chicos nuevos con nueva ropa... ¡Una nueva Ana!

—Tías, me estáis asustando...

Belén se suma al motín y empieza a reírse.

—¡Me encanta! —Charlotte da saltitos sentada en mi cama—. Yo también te puedo dejar algo de ropa si quieres. Tengo algunos vestidos que me gustaría verte puestos.

Rocío comienza a mover las cajas para acercarlas a la puerta. Su prima se levanta entonces y va a ayudarla muerta de la risa. Miro a Belén en busca de auxilio.

—Son unas ridículas —dice.

—Detenlas.

—¿Yo? Ni en broma.

—¿Javi? ¿Dónde estás? —Nos volvemos hacia Rocío, que tiene otra vez el teléfono en la oreja—. ¡Si te he llamado hace cuarenta minutos! —No han pasado ni cinco—. ¡Venga, por favor! ¡Esto es de máxima urgencia!

# 8

## *Ana*

Cruzo la redacción con paso seguro. Finjo que no ocurre nada raro, que no voy vestida como si fuera a salir de fiesta, que los vestidos minis elásticos y los tacones de aguja son la indumentaria correcta, la normal para ir a trabajar. Creo que la gente me mira... ¿Es a mí o me lo estoy imaginando?

«Mierda».

Llevo la ropa de Rocío, no me ha quedado otra: arrampló con toda la mía en menos de dos horas. Sentí lástima por Javi, su asistente, un hombre de cuarenta con pinta de guardaespaldas (o de haber servido en Irak) que, una vez que se llevó mis cajas, apareció con bolsas llenas de ropa de las que sobresalían plumas, lentejuelas y encajes. Le ofrecí una de las napolitanas —ahí estaba yo, sentada en la cama, enferma de resaca y autocompadeciéndome, mientras lo veía hacer y deshacer en mi habitación—, pero él, que era muy profesional, la rechazó.

Hoy me he decantado por el conjunto más «comedido» de todos, hay otros que no imagino cómo seré capaz de ponerme; quizá empiece a ir borracha al trabajo. Y es raro, porque, cuando veo a mis amigas así vestidas, siempre pienso que van estupendas, muy chic, muy a la moda. Sin embargo, en mí lo siento totalmente diferente, como si fuera disfrazada de prostituta..., y no sé si de las caras.

Sigo andando. Trato de respirar con normalidad, de que no se note que tiemblo. Muchos de mis compañeros ya me observan sin disimulo; algunos, incluso, intercambian comentarios. Me encantaría volverme y descubrir si Lady Gaga ha entrado detrás de mí, no es normal todo el revuelo que están causando mis pasos.

¿Y si es por algo de la fiesta de Navidad? ¿Hice mucho el ridículo? Creo que bailé sobre una de las tarimas, ¿lo vieron?

¡¿Nos vieron?!

Natalia se cruza en mi camino, casi tropieza al verme.

—¿Ana? —Su voz es un grito ahogado.

—Buenos días, Natalia. —No me detengo.

Alcanzo mi sitio al fin, las piernas me tiemblan tanto que necesito ocultarlas bajo la mesa. Me arde la cara y medio cuerpo: estoy muerta de vergüenza.

—¡Madre mía, Ana! ¡Pero qué guapa estás! —oigo de pronto.

Me giro y veo a Lidia, que sale de la cocina con dos cafés. Me ofrece uno.

—Eh... Gra-gracias. —Lo cojo y me lo llevo a la boca, aunque esté hirviendo: lo que sea con tal de esconder la cabeza.

Ella se sienta también.

—Me encanta cómo te queda ese vestido. Vaya cuerpazo, Anita. —Da un sorbo como si nada, como si fuera de lo más normal que tu compañera se hubiera transformado a lo *Tu cara me suena*—. ¿Qué tal lo pasaste en la fiesta? Después de lo de Pedro te perdí. Te estuve llamando, pero no había nada de cobertura en la discoteca. ¿También te fuiste en el primer autobús?

—Eh..., yo...

«Vale, esto es buena señal. Si no sabe lo que pasó, es posible que nadie en la redacción lo sepa tampoco».

—Pues... bebí mucho. Me pasé —digo sin mirarla, sin despegar los ojos del ordenador.

—¡No me digas!

—Sí, bueno... Llevo todo el finde con resaca. No me acuerdo de mucho en realidad.

Oigo que ríe.

—Eso significa que lo pasaste genial —dice—. Qué rabia habérmelo perdido. Yo no encontraba a nadie. Cuando regresé del baño, me quedé sola. Y me dio palo ponerme a bailar en medio de los desconocidos.

Asiento comprensiva. La pantalla de mi móvil se ilumina.

**Rocío:** ¡¡¡Madre mía!!!
¡ESTÁS TREMENDA!

Esta mañana he mandado una foto con la ropa que llevo puesta a nuestro grupo de WhatsApp, «The Fantastic Four». He pensado que las haría reflexionar, que se darían cuenta de que se nos había ido de las manos y recogerían cable: que me devolverían mis cajas. Parece que me he equivocado.

**Belén:** ¡Oixx! ¡¡Pibonaco!! Te queda mucho mejor que a Ro. 😜

**Rocío:** ¡Que te den!

**Charlotte:** Espectacular. ❤️❤️❤️ Ana, no olvides que necesito que hoy me acompañes a la prueba de maquillaje. 🙏

Contesto con un «Ok» y entro un segundo en Instagram. La foto de una mano con un anillo de pedida gigante ocupa de pronto toda mi pantalla; siento un *déjà vu* y un puñetazo en las tripas. Es una

publicación de Ernesto, concretamente de las falanges de su nueva prometida, Valeria-manicura-de-colores-hortera. Debe de haber pensado que tiene que compartir las buenas nuevas en todas sus redes, que Facebook se le quedaba corto para semejante notición.

Y yo —que soy masoquista y también estúpida— voy directa a fijarme en el número de *likes*: hay doscientas cincuenta y ocho personas que se alegran de que al final haya encontrado el verdadero amor y haya dejado de perder su tiempo conmigo.

Muy alentador.

El *post* tiene, además, ochenta y ocho comentarios. Y —como soy masoquista y también estúpida— pincho para leerlos.

Me quiero morir... Mi pulso se traslada a los oídos y casi veo negro. Las redes sociales son muy tóxicas. Y Mark Zuckerberg debería ir a prisión.

Todo son felicitaciones y todas de personas que me conocen, de amigos comunes, de familiares: todas de unos pedazo de traidores.

Inspiro. Espiro.

Inspiro. Espiro.

Inspiro. Espiro.

Inspiro. Abro Tinder.

Empiezo a dar *like* como una loca, a hacer *match* como si estuviera poseída. Se me van abriendo conversaciones, pero yo sigo con mi dedo en modo esquizofrénico, en modo turbo total, quiero provocarme un esguince.

«¡Capullo! ¡Cerdo mentiroso!», grita mi cerebro mientras le doy «Me gusta» a un hombre de cuarenta y tres años, muy entrado en carnes y con barba de Dumbledore.

—¿Ana?

Levanto la cabeza. Viggo está parado ante mi mesa, su expresión es seria. Al verlo, todo se me remueve por dentro.

Joder, joder, ¡¡JODER!!

—Necesito que vengas a mi despacho, quiero comentarte unos cuantos detalles sobre las consultas que has elegido para el próximo número.

—¿Las consultas?

Él asiente significativo.

Sé que he estado un poco lenta, pero los fuertes latidos que de repente ha empezado a dar mi corazón me impiden pensar con claridad: *Pum-pum, pum-pum, te acostaste con él, pum-pum*. Me retumba todo el pecho.

—Eh..., claro. Las «consultas». Sí, sí.

*Pum-pum, vello pelirrojo, pum-pum.*

Miro a Lidia. Está a lo suyo, enfrascada en un artículo sobre las propiedades y usos de la malva para las enfermedades respiratorias. Lo sé porque yo le pasé las notas. Me pongo en pie con cuidado de no caerme; entre los tacones que llevo y el temblor que se ha apoderado de todo mi cuerpo, la operación es casi titánica.

Camino delante de Viggo, me llega el aroma de su... ¿desodorante? Huele muy rico, a Axe-atrapamujeres, quizá lleve feromonas. Entro en su despacho y tomo asiento en una de las sillas que hay frente al escritorio. Oigo que cierra la puerta tras de mí. Me retuerzo las manos...

*Pum-pum, pum-pum, pum-pum.*

«¿Por qué estoy tan nerviosa?».

*Pum-pum, su lengua en mi ombligo, pum-pum.*

Cojo aire.

La habitación es amplia. Antes de su llegada a la revista era una sala de reuniones; ahora parece una copia rápida del despacho de don Javier: el mismo escritorio macizo, un sillón y varias estanterías que Viggo no ha conseguido llenar en los cuatro meses que lleva

aquí. Hay un gran ventanal que ocupa casi toda una pared, mi limonero sería muy feliz bajo ese despliegue de luz natural.

—Quería hablar contigo de lo que ocurrió en la cena de Navidad —dice sentándose delante de mí. Yo aparto la vista de la peperomia amarillenta que sobrevive en una esquina—. El sábado te fuiste sin que pudiéramos hacerlo.

—Ya..., tenía algo de prisa. Y tú no parecías muy contento. —Me fijo en el apósito que le cubre la ceja, él se lo toca.

—Me han tenido que dar puntos, ¿sabes? Eres una bruta. Y mi despertador no funciona.

Trago saliva. «¿Me puede despedir por eso?».

Lord Voldemort no añade nada más; me sostiene la mirada unos segundos interminables y azules en los que yo trato de no pestañear. Al fin, suelta un bufido y se recuesta en su sillón. Inhalo con disimulo, como si me hubiera dado permiso para respirar, y bajo la vista hacia su mesa. Está ordenada de forma milimétrica; llena de cosas, pero ninguna parece girarse en un ángulo superior a noventa grados. Hay un marco de fotos, solo alcanzo a ver la parte de atrás...

—De todas maneras —tose y vuelvo a mirarlo—, vamos a ser claros. Lo del viernes no estuvo bien... A nivel profesional, quiero decir —puntualiza incómodo.

A mí se me salen los ojos de las órbitas. Y a otros niveles. «¿Lo estuvo? ¿Recuerda algo?». Me ruborizo solo de pensarlo.

—Trabajamos juntos, soy tu jefe —continúa—. En Goday Media existe un estricto protocolo acerca de las relaciones entre compañeros de una misma publicación: no está permitido. Nos podríamos meter en un buen lío, Ana. *Los dos* —recalca—. No puede saberse, no es bueno que alguien en la redacción lo sepa...

Se queda en silencio para que sobreentienda algo. Pero yo me he perdido un poco después de saber que quizá recuerde el color de mis pezones. ¿Tengo que contestar?

—Tú... ¿Tú se lo has contado a alguien? ¿A Lidia, por ejemplo? —pregunta.

—No, no. ¡Claro que no!

—Bien, bien. ¡Uff! —Se lleva la mano al pecho con alivio—. Estaba preocupado por que nos convirtiéramos en la comidilla de la redacción, no sería ni serio ni profesional. Yo... no sé qué me pasó el viernes. Yo no hago esas cosas, jamás, nunca lo he hecho. Me tomo muy en serio mi trabajo.

—Yo tampoco he hecho algo parecido en mi vida, Viggo. *Yo* también me tomo muy en serio mi trabajo. —Me está empezando a mosquear.

—Ya, ya... —Hace un gesto como quitándole importancia, como si no me creyera del todo, como el cretino que es—. Bueno, aclarado este punto, solo me queda una cosa más... —Se inclina hacia delante y me mira de forma intensa, el turquesa de sus ojos parece hacerse corpóreo y acariciar mi piel—. Ana, no sería justo contigo si te hiciera creer...

Carraspea visiblemente incómodo.

—Quiero decir, a ver... Dentro de unos meses planeo regresar a Londres —prosigue—. Dentro de unos seis o siete meses aproximadamente. No me quedaré en Madrid. Goday Media me ha pedido puntualmente este favor, que me encargue de la revista, pero es temporal.

Se queda en silencio con gesto significativo.

Otra vez me he perdido. Sin embargo, asiento con la cabeza.

—Eres una mujer estupenda. De verdad que sí. Pero yo no te convendría, estoy muy centrado en mi carrera en estos momentos...

«¡Oh, Dios mío! ¿Me está dando calabazas?».

—En otras circunstancias..., quizá, quién sabe. Eres muy divertida. Y..., bueno, eres una chica preciosa. —Tose—. Muy bonita...

—¿Qué haces? —lo interrumpo, ha sido suficiente.

—¿Qué?

—Digo que qué haces. ¿Por qué piensas que yo querría algo contigo? ¿Que te tirara un despertador a la cabeza no te dice nada?

Su gesto cambia de golpe. El tono dulzón, empalagoso, no solo de sus palabras, sino también de la curva en su boca, desaparece.

«Gracias, así está mucho mejor».

—Con una sola noche he tenido bastante —añado. Él sigue sin decir nada, solo me observa; es incómodo, muy pasivo-agresivo—. Una sola ha sido suficiente para lo que me queda de vida.

Lord Voldemort deja escapar un bufido. Toma unos papeles de su mesa y comienza a ordenarlos.

—En tal caso, Ana, estupendo. Menuda bala esquivada. —Sonríe ahora con suficiencia.

«Es imbécil. Un imbécil de mierda».

Nos volvemos a sostener la mirada. Yo le lanzo todo mi odio, pongo en práctica mi visión mortal para ver si funciona de una vez por todas. Él tampoco se queda atrás: sus ojos son unas Maldivas bajo cero.

—¿Cómo puedes ser tan engreído?

—¿Perdona?

—Es que es increíble. No estoy tan desesperada. Vale que estoy pasando por un pequeño bache. Si no, en ningún universo paralelo me habría emborrachado tanto como para acostarme contigo. Aún me queda, por mucho que te sorprenda, un poquito de dignidad.

—Eso es genial, Garbancita. Parece ser que la «dignidad» es lo único que te queda, será mejor que no la pierdas.

Oh, Dios... Qué hijo de puta.

Me pongo en pie de golpe.

—Si no tiene nada más que decirme, señor Ekman, será mejor que demos por concluida esta reunión. —Voldemort me mira confundido. Sí, ya sé que lo de empezar a tratarlo de usted de repente es muy de telenovela, muy melodramático... Pero ahora mismo solo se me ocurren formas poco elegantes de insultarlo, y yo soy una chica con clase—. Está todo dicho, pues. Quizá deba salir un poco antes de la oficina esta semana, aún me quedan muchas, ¡muchas!, duchas que darme después de lo del finde.

—Lo que sea con tal de que no vengas con tus vestidos de flores sucios.

Lo fulmino con la mirada, de mis narinas sale auténtico humo: ¡ardo!

Me doy la vuelta y camino hasta la puerta. Estoy a punto de alcanzarla cuando oigo a mi espalda:

—Por cierto, Garbancita. —Me giro con la barbilla levantada—. Toma tus bragas, te las vas dejando en cualquier sitio.

Dicho esto, me lanza un paquete de plástico transparente. Mis reflejos no son buenos, se me escurre de entre las manos y cae a mis pies. Viggo me dedica una sonrisa amplia, triunfal, desde el otro lado de su mesa.

Esto es lo más humillante que me ha ocurrido en la vida.

Con toda la elegancia que puedo, me agacho y recojo el paquete. Me levanto aparentando muchísima «dignidad» y, tal como lo haría Beyoncé en uno de sus videoclips, giro ciento ochenta grados y cierro de un portazo.

* * *

«Fuera de servicio», informa el cartel pegado en la puerta del ascensor. «Como todo en mi vida», pienso, y comienzo a subir las escaleras. Estoy en el edificio de Belén, he quedado en su piso nada más salir del trabajo. Necesito que me preste algo de ropa, es mi única esperanza para no parecerme a Ariana Grande cada vez que salga de casa. Además, dice que tenemos que hablar y, sí, tenemos.

Llego a su planta y toco el timbre. Oigo pasos rápidos tras la puerta y acto seguido esta se abre.

—Estoy embarazada.

Tardo un momento en reaccionar. Después la abrazo aturdida, no por la información en sí («¡que vaya!»), sino por la manera en que lo ha dicho: sin pena ni gracia, como si me contara que ha elegido contratista para cambiar los azulejos del baño.

—¡Enhorabuena! ¡Qué gran noticia...!, ¿no?

Belén asiente débilmente, gira sobre sus talones y comienza a andar hacia el interior de la vivienda.

—Sí, claro. Buena. —Se vuelve y me mira. Yo acabo de cerrar la puerta de entrada y la sigo hasta la cocina—. Pero le prometí a Charlotte que esperaría hasta su boda para aumentar la familia. ¡Va a matarme! No entraré en el vestido de dama de honor, para entonces ya estaré de... —Empieza a contar con los dedos. Nos sentamos a la mesa—. ¡De siete meses! ¡Oh, Dios! Sí, va a matarme.

—Seguro que en la tienda tienen cosas para embarazadas...

—Ana, ya sabes lo que le gustaron esos vestidos verdes viridián. Y quiere que vayamos todas iguales. ¿No sabe que en España no se hace eso de las damas de honor? ¿Por qué ha tenido que importar justo lo peor de Estados Unidos? —Se tapa la cara con las manos—. Y encima es que me lo dijo: «¡Ni se te ocurra quedarte embarazada, no quedaría bien para las fotos!». ¡No ha sido adrede, ¿vale?! Ni siquiera estoy muy segura de cómo ha pasado.

—Bueno, alguna idea tendrás.

—Ja, ja. Muy graciosa. —Me dedica una mueca. Yo empiezo a reír —. No debería ir prohibiendo a las mujeres recién casadas tener hijos, es imposible que podamos cumplirlo.

Apoya la frente sobre la mesa. Yo aprovecho y le acaricio el pelo. Se gira y me observa desde ahí.

—Ana, estoy muerta de miedo.

—Lo harás bien. De las cuatro eres la más maternal...

—¡No, por eso no! —Se incorpora—. Por Charlotte. Va a matarme, ¿verdad?

—No, claro que no. Es una buena noticia. ¡Nos vas a hacer tías! —La abrazo y, sin soltarla, añado—: Además, después de lo que yo tengo que decirle, lo tuyo le hará hasta gracia.

Belén se aparta para mirarme.

—Yo..., esto... Me acosté con Viggo.

# 9

## *Ana*

—¿Con Viggo? ¿Qué Viggo? —Poco a poco su gesto se transforma: abre los ojos, los abre mucho—. ¡Nooo! ¿Viggo Ekman? ¡¿Tu jefe?! ¡¿El-que-no-debe-ser-nombrado?!

Asiento.

—¡¿Qué?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Por qué?!

Me confieso, vomito toda la verdad de cuanto pasó en la fiesta. Las palabras escapan de mi boca como una ametralladora, con urgencia por salir, por huir de mi cuerpo, donde estaban encerradas a presión. Mientras lo hago, examino su cara esperando que de un momento a otro la domine una mueca de total desprecio, de repugnancia: porque yo doy verdadero asco.

—No recuerdo mucho más —admito—. Todo se vuelve muy confuso al final. Él y yo... desnudos, despertándonos en su cama y con la peor resaca del mundo, y ya está.

—¡Ay, la madre!

—Lo sé, lo sé. Soy una mala persona. ¡Una mala amiga! ¡¿Qué voy a hacer?! —Me cubro la cara con las manos. Quiero desaparecer.

—Ana, oye. Venga, mírame. —Agarra mis dedos para apartarlos del rostro—. Tampoco es para tanto...

Le dirijo una mirada incrédula.

—Bueno, sí que lo es. Pero ya está. Está hecho, no te martirices más. Podría haberle pasado a cualquiera...

—¡Belén, me acosté con Viggo Ekman! ¡Lord Voldemort! ¡Yo odio a ese tío, lo odio! No solo por todo lo que pasó con Charlotte, ¡él ha hecho méritos propios! Hoy me ha reunido en su despacho y ha terminado tirándome las bragas a la cara.

—Perdona, ¿qué?

—Sí, dentro de una bolsa para congelar comida. Con las prisas me las dejé en su casa y...

Belén se empieza a reír. No puede parar, se agarra las costillas y todo.

—¡Tíaaa! —me quejo.

—¡Madre mía! —La tengo que sujetar para que no se caiga al suelo. Si no estuviera en estado, dejaría que se metiera la hostia—. Sí, perdona. Es que no me lo puedo creer. —Se seca las lágrimas mientras hace grandes intentos por no sonreír, por no descojonarse en mi cara—. ¡Joder, Ana!

—¿Cómo se lo digo a Charlotte? ¿Crees que me entenderá?, ¿se enfadará mucho? A ver, estaba superintoxicada..., superborracha. Y Ernesto se acababa de prometer...

—No puedes decírselo. —La sonrisa se le borra de golpe.

—¿Cómo que no? Tengo que hacerlo. ¿Y si se entera? Ella querría saberlo.

—Ana, no se va a enterar. ¿Alguien os vio?

—No, pero...

—Entonces olvídate.

Pestañeo. «¿Que me olvide?».

—Charlotte tiene una fuerte neura con Viggo, la ha tenido siempre; lo sabes, Ana —dice—. No va a ser una persona lógica, no se lo va a tomar bien. Y mira que nadie tiene mejores excusas que tú, pero no lo va a entender. Se enfadará, os pelearéis y le arruinarás la boda.

—¿Qué?

—¡Tía, yo no sé ni cómo decirle que estoy embarazada!

Sé que es posible que tenga razón, pero aun así... Belén debe de ver la duda en mi cara, porque añade:

—¿Quieres contárselo? Estupendo. Pero ahora no, espérate a después de que se case. Está siendo una época muy estresante para ella, solo le faltaría tener una megapelea con su mejor amiga.

Agacho la cabeza y fijo la vista en un punto indefinido de la mesa. ¿No se supone que siempre hay que decir la verdad? ¿Aunque duela?

Ella continúa.

—Además, tú no planeas volver a enrollarte con Viggo, ¿cierto? Te cogió con las defensas bajas, nada más.

Me giro rápida hacia ella, la pregunta es tan ridícula que me pilla por sorpresa.

—¡Claro que no volvería a hacerlo! Ya te lo he dicho: lo odio. Me da muchísimo asco. Sobria no lo tocaría ni con un palo.

—Pues ahí lo tienes. —Sube los hombros en un gesto despreocupado, a ella no le pesan como a mí—. Deja que pase todo esto, que Charlotte tenga su boda de ensueño, que disfrute con sus amigas, que se ponga en plan superprotagonista... Porque eso es lo que le toca ahora: disfrutar de su felicidad con la gente que la quiere.

Me recuesto en la silla y cruzo los brazos.

Me gustaría creer que Charlotte se reirá cuando se lo cuente, que incluso se compadecerá de mí. Al fin y al cabo, soy yo la que ha sido «mancillada» por un cretino pelirrojo. Pero Belén tiene razón: no lo hará, se enfadará mucho. Puede que fastidie su boda y nuestra amistad para siempre.

—Ana, cometiste un error. No hagas que sea ella la que pague las consecuencias.

* * *

«¿Me va a besar?

»¡Me va a besar! ¡¡Oh, Dios, no estoy preparada!!».

—Nos llamamos, ¿vale? —digo interponiendo la mano entre ambos. El chico, un tal... ¿Marcos?, arruga el gesto confundido, pero me la estrecha—. Me lo he pasado muy bien. Esto hay que repetirlo.

Me doy la vuelta y comienzo a andar dejándolo con la palabra (y el beso) en la boca. Camino con prisa (huyo, en realidad). Esta ha sido mi tercera cita con un chico de Tinder. Y no es que haya estado mal, salvo por esa gran paranoia con que todo lo que nos pusieran en el plato fuera orgánico («No sabes la de pesticidas que echan hoy a la comida»). Marcos —¿o era Rubén?— ha sido muy atento, muy simpático. Casi ni se le han notado sus esperanzas de que me metiera con él en la cama esta noche; ha soltado solo dos indirectas: que si soy activa o más bien pasiva, y cuál es mi opinión sobre los geles de calor.

¿He puesto acento ruso? Al final, digo, al despedirnos. A veces me pasa cuando estoy nerviosa.

Bajo las escaleras del metro, me confundo con la gente que ha salido un sábado por la noche. Muchos regresan acompañados, otros solo están empezando. Lo puedes saber por sus caras, están llenas de ilusión, de nervios, de «Quién sabe, a lo mejor tengo suerte». Me dan rabia. Mucha. Me caen hasta mal. A mí nada me hace ya ilusión, y me da miedo que ninguna cosa vuelva a hacérmela jamás.

Entro en el vagón. No hay asientos libres; me quedo de pie, agarrada junto a la puerta.

Abro Tinder. Marcos (sí, era Marcos) ya me está escribiendo. Lo ignoro. Tengo otras cuatro conversaciones, les echo un vistazo por encima. ¡Qué pereza, por favor!

Entro en Instagram. Nada interesante...

Y —como sigo siendo masoquista y también estúpida— busco a Valeria-publico-en-tiempo-real (he dejado de seguir a Tito, pero su flamante prometida lo tiene abierto). Y, sí, soy estúpida. Y, sí, parece que me guste hacerme daño a propósito, porque nadie me ha obligado a hacerlo, porque cada vez que fisgoneo en su perfil me dan ganas de meter la cabeza en el horno; de hundirme en una piscina muy profunda, de esas donde la gente practica apnea, con pesos atados a las piernas... Y, aun así, sigo haciéndolo.

Voy una a una. Miro sus fotos autoflagelándome, socavando toda mi autoestima.

Ella sonriendo. Ella con sus amigas (porque las tiene, a pesar de ser una cabrona). Ella dejando que Ernesto le bese la nariz. Ella en un concierto. Ella con su pelo rojo, su boca gruesa y su pecho exuberante. Ella hermosa. Ella y sus bonitos veintitrés. Ella más joven y fresca, más vital.

Ella siendo mucho mejor que yo.

Cierro la aplicación. Me pican los ojos y me duele la tripa.

Vuelvo a Tinder y contesto a Marcos. Quiere quedar la semana que viene; le digo que sí, que encantada. Abro una nueva conversación, le doy bola a otro chico e ignoro a uno que no deja de mandarme emoticonos de berenjenas (es una hortaliza hostil). Regreso a la página de inicio a ver las novedades, a ese expositor donde se ofertan hombres como en una tienda *online*: «Víctor, 32, busco a alguien que sepa disfrutar de la vida...»; «Pedro, 27, soy nuevo en la ciudad, quiero conocer chicas...»; «Luis, 40, géminis, me gusta leer y pasar tiempo de calidad...». Y les doy *like*. A todos.

Puede que alguno conozca a Tito, sea un nuevo compañero de trabajo o esté en el mismo gimnasio (ese al que se apuntó poco antes de dejarme). Me encantaría encontrarme con algún amigo suyo, mejor si fuera uno de esos de toda la vida, fantaseo con ello cada vez que entro a la aplicación. Que hubiera química, que me confesara que siempre sintió algo por mí, pero estando con Tito no podía, que luego se lo contara a ÉL y que, finalmente, Ernesto se muriera de celos.

«¿Su hermano sigue soltero?».

He pensado también en abrir mi perfil a mujeres, pero Charlotte dice que el hecho de que me sienta atraída por Dua Lipa no me convierte en bisexual.

Levanto la vista de la pantalla; al fondo del vagón, unos ojos me escanean. Son claros y pertenecen a un hombre moreno de nariz aguileña. No retira la mirada cuando lo pillo, se queda observándome hasta que soy yo la que baja la cabeza de vuelta al móvil.

Es normal que me mire... Tal y como voy vestida, raro es el que no lo hace.

Estamos en pleno invierno, con enero empezado y el frío espeso en el aire, a punto de cristalizar, y yo llevo puesto un minivestido —que debía de ser un top para Rocío, porque a mí me llega lo justo para taparme el trasero— de terciopelo verde, ajustado, de manga larga, con un escote pronunciado y un lacito en el centro. Es tan corto que, si se me cae el teléfono al suelo, ahí se quedará: no podría agacharme a recogerlo sin cobrar por el espectáculo.

Vuelvo a levantar la cabeza. Sigue mirándome. Me sonríe. Atiendo al móvil y corto el contacto visual...

«Es mono».

Marcos quiere saber si prefiero chino o japonés, conoce dos muy buenos y todo lo que sirven es de una huerta ecosostenible de las afueras, pero también conoce un coreano donde se puede comer muy limpio. Me ha mandado las ubicaciones para que elija yo.

—Hola, eh... Perdona...

Aparto la vista de la pantalla. Mi acechador particular, el hombre del asiento del fondo, está parado frente a mí. Tiene los ojos miel, un brazo apoyado ahora cerca de mi cuerpo y un pendiente en la oreja que le da un puntito macarra.

Lo miro sorprendida. Él sonríe de nuevo; tiene una sonrisa bonita.

—¿Cómo estás? He visto que me mirabas y he pensado en acercarme y presentarme —añade; arrastra un leve acento extranjero..., ¿portugués?, ¿o italiano?

Miro un segundo a la señora que está de pie frente a nosotros, la que finge que no nos presta atención, antes de regresar con mi interlocutor.

—¿Que yo te miraba?

—Sí. ¿No es así? ¿Me he equivocado?

—En todo caso, me estabas mirando tú a mí. —La señora que nos «ignora» se esfuerza por no sonreír con mi comentario.

—Puede ser... ¿Y cómo te llamas?

—¿Que cómo me llamo? —Miro a ambos lados—. ¿Esto es una cámara oculta? ¿Tu colega nos está grabando para después subirlo a TikTok? —Señalo a un chico que está sentado en el vagón con el móvil en las manos.

—No, no lo conozco. Y no tengo TikTok. —Él no lo sabe, pero acaba de ganar varios puntos por eso—. Mi nombre es Paolo. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Ana.

—Ana. Qué bonito.

—Seguro que se lo dices a todas. —Guardo el móvil, esto se está poniendo interesante.

—¿A quiénes?

—A todas a las que les haces este numerito. ¿Sueles abordar a chicas aquí, en el metro? Lo normal es hacerlo en los bares.

—No suelo coger el metro.

Me río ahora yo.

—Se nota.

—Ana, ¿tienes novio?

Abro mucho los ojos, esto es lo más surrealista que me ha pasado nunca. Y va a saco.

El metro frena de repente y choco sin querer contra su cuerpo. Huele bien, otro minipunto.

—Creo que esta es mi parada... —digo sin pensar, y me arrepiento. El tal Paolo parece interesante y, por primera vez, no porque piense que conoce a Tito de algo.

—Vale, te acompaño si quieres.

—¿Tú también te bajas?

—Sí. ¿Me dejas acompañarte?

—Eh..., claro.

La señora de enfrente pestañea o me guiña un ojo.

Salimos. Paolo pone su mano en mi espalda unos instantes, como intentando guiarme entre la gente que baja del vagón. Caminamos en silencio. Subimos las escaleras mecánicas en fila india, también en silencio.

—Y... ¿cuántos años tienes, Ana? —pregunta cuando el aire de la calle nos da en la cara. Hace frío y de pronto me doy cuenta de que está muy oscuro y de que no lo conozco de nada.

—Veintinueve. —Meto la mano en el bolso, quiero tener el móvil a mano. ¿Y si es un violador? Sería la víctima más fácil de la historia.

—¿Veintinueve? Aparentas menos.

No sé cómo tomarme eso.

—¿Y tú? —Carraspeo—. ¿Qué edad tienes?

—Treinta y cuatro.

Asiento y me froto los brazos para entrar en calor. No llevo abrigo, no he querido cargarlo por cinco minutos que tenía que caminar por la calle.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Toma mi chaqueta. —Paolo se la empieza a quitar.

—No, no hace falta. Vivo aquí al lado, ya casi estamos...

—Insisto. —Me la pone sobre los hombros. Siento calor y placer al verme cobijada del frío; su abrigo es mullidito por dentro.

Sonrío. Paolo parece simpático... ¿Aunque no lo son también todos los asesinos en serie?

—No eres de aquí, ¿verdad? Tienes como acento, ¿de dónde eres?

—De Italia. —«De la mafia italiana».

—¿Estás de paso?

—No, Ana. Ya llevo viviendo varios años aquí. —«Escondiéndote de la policía, claro».

Y silencio. Paolo mira sus pies. Yo pienso en algo rápido que preguntarle, algo que me ayude a no sentirme incómoda. Levanta la vista y me sonríe, pero en silencio, sin añadir nada.

Si planea asesinarme, no lo está haciendo muy bien. Me está obligando a llevar a mí sola todo el peso de la conversación. Por suerte, llegamos a la avenida y la calle está llena de gente, se le ha pasado la oportunidad.

—¿Qué prefieres, helado o pizza?

—¿Qué? —Me mira confundido.

—Es un juego, tú contesta rápido —insisto.

—Pizza.

—¿La torre Eiffel o el Empire State?

—El Empire State, adoro Nueva York.

—¿Has estado? —pregunto.

—¿En Nueva York? Sí, mucho. Sobre todo por trabajo.

Por trabajo... Debe de tener un trabajo muy guay si viaja a Estados Unidos con asiduidad.

—¿Carne o pescado?

—Carne.

—¿Montaña o playa?

—Playa.

—¿Cine o teatro?

—Cine.

—¿Cloroformo o burundanga?

—Burun... ¿qué?

«Vale, quizá no sea un delincuente sexual después de todo».

—Hemos llegado —digo ante su todavía mueca de extrañeza. Parada delante del portal de mi edificio, me quito su chaqueta y se la doy—. Muchas gracias.

—Eres un poco rara, Ana. —Sonríe.

Me encojo de hombros. Voy a añadir que él tampoco es muy normal abordando a chicas desconocidas en el metro para luego acompañarlas a casa en el más absoluto de los silencios, pero se me adelanta.

—Rara y preciosa. Muy bella. —Su sonrisa se vuelve luminosa y, de pronto, es como si se me aligerara una presión que tenía en el pecho.

Me veo reflejada en sus ojos y me gusta lo que hay en ellos: una Ana segura de sí misma, sexy, una chica misteriosa, de esas que complican la vida a los hombres, de las que les generan adicción, de

las que les hacen hacer locuras... Todo lo que no soy... o lo que nunca he sido en mi relación superformal y estable con Tito. Todo lo contrario a mi arquetipo de chica de al lado, de modosita buena que nunca se mete en líos, de chica arena.

Paolo introduce la mano en el bolsillo de su pantalón y saca una tarjeta, me la da.

—Ana, ¿podrías llamarme? Me encantaría volver a verte.

Pestañeo. Estoy tan sorprendida que ahora soy yo la que se ha quedado sin palabras. Él se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Buenas noches, *signorina*.

—Bue-buenas noches.

Vuelve a sonreír y se marcha. Desaparece en la oscuridad, como si fuera irreal, llevándose el espejismo de mujer que yo podría ser (que me encantaría ser)... algún día, quizá mañana, quizá con él.

No debería quitarme este vestido nunca.

# 10

## *Ana*

Llego tarde, tardísimo, al trabajo. Son las cinco y hace dos horas que debería estar sentada a mi mesa. Agacho la cabeza como si así pudiera pasar desapercibida por la redacción.

Hoy he acompañado a Charlotte a elegir las alianzas a la hora de la comida. Se suponía que sería un visto y no visto, ¿no son todas iguales? Pues no, o «no» para Charlotte. Nos ha vuelto locos al joyero y a mí. Este le ha ido sacando modelos, todos prácticamente idénticos, todos de oro amarillo, todos lisos. Pero no había manera, Charlotte no se decidía con los grosores: «demasiado fino», «demasiado grueso», «demasiado... Humm... No, no me convence».

Yo he tratado de mostrarme comprensiva, respirar hondo y aguantarme las ganas de chillar mientras veía que la manecilla del reloj avanzaba imparable. «Te acostaste con su ex, ahora te aguantas». Y ella, que lo sentía, pero que era muy importante porque ese anillo lo iba a llevar para el resto de su vida.

«Joder, no voy a volver a beber nunca más».

—Pero ¿dónde has estado? —me pregunta Lidia cuando alcanzo mi mesa, parece alterada—. Don Javier ha preguntado por ti varias veces.

—¡¿Qué?!

Ella asiente. ¿Por qué siempre pasan estas cosas? ¿No podría haber preguntado por mí ayer? Ayer no me levanté de la mesa ni

para ir al baño.

—Vamos, te está esperando. —Me ayuda a quitarme el abrigo. Lo lanzo sobre mi silla, pero resbala hasta el suelo—. ¿Por qué estás tan sudada?

—No había taxis, he tenido que correr.

Niega con la cabeza mientras me empuja hasta el despacho del director. Intento poner orden en mi pelo y ropa.

—¿Tú sabes por qué quiere verme?

Lidia no contesta; es más, baja la vista para no mirarme.

Noto que mi pulso se acelera. De pronto estoy muy asustada, puede que incluso esté sufriendo un pequeño infarto. ¿Qué brazo debería dolerme? ¿El izquierdo o el derecho?

Da igual, a mí me duelen los dos.

Me van a despedir. La semana pasada echaron a doña Úrsula y a uno de Contabilidad, y ahora me ha tocado a mí. Y puede que me lo merezca..., pero no estoy preparada. No lo estoy.

Me gustaría irme de aquí sin montar una escena, no ponerme a llorar delante del jefe y todo eso. No suplicar. Llevo pensando en ello desde que escuché a Viggo tras la puerta de la cocina. Me gustaría marcharme indemne, con el orgullo intacto (y, claro, con mi limonero).

—Venga, ¿a qué esperas? —insiste Lidia.

Toco a la puerta del despacho, está entreabierta.

«No llores, no llores. No llores, aguanta. No llores, por favor...».

Cojo aire y entro.

—¡Ana, al fin! Pasa, pasa. —Don Javier, sentado tras su mesa, me hace gestos para que me acerque y tome asiento—. ¿Dónde te habías metido?

Y me pongo a llorar.

«¡Maldita sea!».

—Pero, Ana..., ¿qué ocurre?

Las lágrimas corren por mis mejillas, trato de enjugarlas. Abro la boca para excusarme, pero la cosa empeora: solo consigo emitir un sollozo, un aullido de animal moribundo (doy putísima pena).

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Don Javier se levanta, me sujeta por los hombros y me ayuda a sentarme—. ¿Quieres algo de beber? No sé..., ¿agua? ¿Una tila? Dime, Ana.

—Yo... Yo... —Apoyo mi mano en su antebrazo—. Mi madre ha tenido un accidente de coche.

—¡Por Dios santo!

Asiento compungida. Voy a ir derechita al infierno.

—No ha sido grave. Solo un susto, pero yo...

—Claro, claro. —Me palmea el hombro—. Es normal que estés asustada. ¿Quieres que vaya a buscarte un poco de agua?

Niego con la cabeza aparentando dignidad (toda la que no tengo). Para una cosa que me había pedido a mí misma...

Don Javier regresa a su sillón al otro lado de la mesa, sigue contemplándome con gesto preocupado. Yo, mientras, me voy apartando las lágrimas a puñados. Al final voy a salir de aquí solo con mi limonero.

—Verás, Ana... Quería hablar contigo porque... —Carraspea incómodo—. Aunque podemos hacerlo en otro momento si lo prefieres.

Niego con la cabeza, no quiero arriesgarme a terminar accidentando a otro miembro de mi familia.

—Pero no ha habido ningún herido, ¿verdad?

—No, ninguno. Todos los implicados están bien —respondo con aplomo, como la perfecta víctima que soy—. Mi madre, que no se entiende con los pedales.

Ella ni siquiera tiene coche.

Don Javier asiente dudoso.

Quizá, cuando salga de aquí, deba plantearme lo de ser actriz. Puede que esta sea una señal del universo... Y cuando me entreviste *¡Hola!*, en mi gigantesca mansión de diez millones en las Seychelles, les hablaré a los periodistas de este momento: de cómo me di cuenta de que lo mío era la interpretación. Será una anécdota divertida; todos se reirán, brindaremos y, los más atrevidos, podrán acariciar mi tigre.

—Me alegro. Como te decía..., imagino que estarás al corriente de que Goday Media planea hacer cambios. —Don Javier me estudia con la mirada.

Ahí viene, contengo la respiración.

—Llevan tiempo dándole vueltas a cómo mejorar *Deporte y bienestar*. Los de arriba querían suprimir tu consultorio, yo les dije que era un error —añade—. Nuestras lectoras te adoran, Ana. Te has hecho tu propio hueco en la revista...

—Muchas gracias, don Javier.

—No, mujer. Es lo menos que podía hacer...

—Y no solo por defenderme —lo vuelvo a interrumpir—, sino por todo. Usted ha sido un jefe estupendo, siempre se ha portado genial conmigo. —Aspiro las lágrimas hacia dentro. Me doy cuenta entonces de lo difícil que tiene que ser también para él este momento, el despedirme—. Echaré de menos trabajar aquí, en *Deporte y bienestar*, ha sido una experiencia maravillosa. Ahora mismo vaciaré mi mesa.

Me levanto, no quiero alargar esto. Además, temo que, si me quedo aquí, ante su mirada triste, vuelva a derrumbarme. Camino hasta la puerta. Le daría un beso y un abrazo, pero tampoco creo que pueda soportarlo...

Quizá cuando vuelva un día de visita, cuando sea una actriz famosa.

—¿Ana? Ana, espera. ¿A dónde vas?

—A por mis cosas.

Él me mira sin comprender.

—Me está despidiendo..., ¿no?

—Ana, ¿puedes volver a tomar asiento, por favor?

Regreso sobre mis pasos. No entiendo nada.

—Goday Media va a dejar de publicar *Deporte y bienestar*... —Ahogo un chillido. Él asiente—. Sí, sacarán cuatro o cinco números más y ya está. En un principio, compraron la revista para hacerle unos pocos cambios, un lavado de cara. No era ningún secreto que estábamos perdiendo anunciantes. Pero Viggo los ha convencido...

—¿Viggo? —lo interrumpo.

—Sí, Viggo. Estoy casi seguro de que toda la idea de crear una nueva revista ha sido suya. A él nunca le ha gustado nuestra pequeña publicación, demasiado insignificante para lo que estaba acostumbrado a llevar en Londres. —Bufa con desdén—. El caso es que van a necesitar una nueva plantilla.

El corazón se me detiene de golpe: ¿plantilla?, ¿necesitan periodistas?

—Se quedarán con todos los de *Deporte y bienestar* que sepan encajar en el nuevo proyecto. Ana, eres una gran profesional y creo que podrás hacerlo; aunque, como el resto, estarás a prueba.

Asiento efusiva, muy efusiva. No me lo puedo creer, ¡no me van a echar! (no por el momento, lo cual es todo un alivio).

—Estará centrada en un público masculino, hombres de entre treinta y sesenta años a los que les guste el ejercicio. La idea es que el nuevo magazín sea muy deportivo, nada de dietas milagro ni salud familiar. Necesito que escribas cinco artículos que encajen en

ese formato. Los revisamos dentro de unas semanas y vemos si podemos incluir alguno en el número de lanzamiento.

Asiento otra vez. Deportes, hombres, testosterona... Sí, puedo hacerlo.

—Aunque lo tuyo es la psicología, tendrás que dejarla de momento de lado. Ahora te conviene asegurarte tu propio hueco.

—Claro.

—Pues ya está. Lo harás genial, no tengo ninguna duda. Y anímate, guapa, que no todo van a ser malas noticias.

—Muchas gracias, don Javier —digo con una sonrisa inmensa que ocupa toda mi cara.

Me pongo en pie y voy hacia la puerta. Sin embargo, a medio camino, una duda cruza mi mente y me detengo. Me giro hacia él, que teclea algo en su ordenador.

—¿Don Javier?

Aparta la vista de la pantalla y me mira.

—Usted será nuestro director también en la nueva revista, ¿verdad?

No dice nada, me observa unos segundos en silencio y después se recuesta en su sillón.

—No, Ana. Estando tan cerca mi jubilación, no tendría sentido.

—Pero...

—*Deporte y bienestar* ha sido toda mi carrera y la gente de esta redacción, como mi familia. Ya se lo dije a Viggo, que no contara conmigo. No me sentiría cómodo. No podría decidir con quién me quedo y con quién no, todos me parecéis unos grandes profesionales. Sois mi equipo. —Me vuelven a entrar ganas de llorar. Pestañeo—. Se llamará *Hierros*, ¿sabes? O *Mancuernas*, la nueva revista, digo. Aún no lo han decidido.

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, a mí también me parecen unos nombres horribles. —Ríe.

* * *

Cuando cierro la puerta tras de mí todavía sigo alterada (feliz, sí; aliviada, también; pero con el pulso a nivel taquicardia). Miro a Lidia, que ni se ha percatado de mi presencia, y después al resto de la sala. Todos mis compañeros trabajan con normalidad, como si no estuvieran al borde del precipicio.

¿Estarán al tanto? ¿Quiénes se irán a la calle?

Me dan ganas de chillar en plan apocalíptico: «¡¡El fin del mundo se acerca, la revista cierra!! ¡¡Sálvese quien pueda!!».

Don Javier me ha dicho que escriba algo tipo *Men's Health*. Creo que jamás he leído nada de esa publicación, aunque me suena de habérsela visto a mi padre.

¿Debería apuntarme a un gimnasio? Quizá de ahí saque ideas para los nuevos artículos.

¿O a uno de esos centros de *crossfit* que están tan de moda?

Tendré que esforzarme... Hablar con más hombres. ¿Qué les interesa? Aparte, claro, del porno, las barbacoas y el Imperio romano.

¿Y quién va ganando la liga?

Camino hasta la cocina, necesito beber algo... ¿Agua? Quizá fuera mejor vodka. Entro en la habitación y me doy de bruces con la persona que más odio del planeta, la fuente de todos mis dolores de cabeza (estoy segura de que el hambre y la pobreza en el mundo son también culpa suya): Viggo Ekman.

Él, precisamente él.

Está apoyado en la encimera, revisa su móvil mientras bebe tranquilo de una taza con un dibujo de Darth Vader (le va que ni

pintada).

Inspiro.

«Vamos, Ana, sé simpática. De este idiota depende, al fin y al cabo, que conserves tu trabajo».

Espiro y me bajo tanto como puedo el vestido, aún no me acostumbro a ir de furcia a todos lados.

«Necesitas tu sueldo. No quieres vivir en casa de tus padres, Ana. NO QUIERES. Tu madre te volverá loca, sería una auténtica pesadilla. Vamos, vamos, tú puedes. TÚ PUEDES».

Lord Voldemort levanta los ojos y me mira. Noto que mi pulso se acelera, me viene a la cabeza de pronto lo que ocurrió entre los dos en la fiesta de Navidad, un miniflashback de su boca contra la mía, de su aliento en mi espalda. De sus dientes en mi cuello.

*Pum-pum, pum-pum, te acostaste con él, pum-pum.*

Y ese turquesa... tan afilado que pincha, que traspasa por dentro.

# 11

## *Viggo*

Alzo la vista. Ana está parada en la puerta de la cocina. Me observa, parece no saber si entrar o largarse por donde ha venido. Tiene una mueca de total desconcierto en la cara, seguro que sigue enfadada. Desde la discusión que tuvimos en mi despacho, los dos hemos hecho grandes esfuerzos por no coincidir en ningún momento.

—Hola —digo antes de ignorarla y volver mi atención a la pantalla de mi móvil. Estoy leyendo los tuits de algunos columnistas, gente que quizá podamos fichar para la nueva revista.

—Buenas tardes, Viggo. ¿Todo bien?

La miro sorprendido. ¿Ana comportándose como un ser humano normal y educado?, eso es nuevo.

Pasa por mi lado, de pronto muy sonriente, a lo psicópata. Se para junto a mí, frente al fregadero, y se estira para alcanzar la única taza que queda limpia, esa que está en el estante más alto.

Sonrío.

Lo tiene complicado, y más con ese minivestido que apenas le cubre el trasero. Pero ella no desiste: con una mano se sujeta la tela por la parte de atrás y con la otra trata de alcanzar la taza. De reojo veo que da un saltito, luego otro más con disimulo. Es tan penoso que hace gracia.

Alargo el brazo y se la alcanzo.

—Toma.

—Eh... Gracias —dice recolocándose el vestido. Tiene las mejillas totalmente coloradas.

Aprovecho y deslizo mi mirada por su cuerpo, la repaso de pies a cabeza. Lleva unas botas altas que le llegan hasta las rodillas (muy dominatriz) y un vestido ceñido de color morado.

Cojo aire.

«Dios, Garbancita. Quién te ha visto y quién te ve...».

Está guapísima. Me tiene a media redacción despistada, perdiendo ahora mismo los papeles por ella, y no me extraña. Siempre ha tenido un culo espectacular; escondido, sí, bajo tres tallas de más de ropa. Pero ahora...

Ahora sobresale redondo y se contonea al compás de sus caderas, que desaparecen en una cintura estrecha de reloj de arena.

¿Y el pecho?

Como a mí me gusta, que me quepa en la mano.

«No vayas por ahí...».

Puede que haya estado pensando en ella más de la cuenta estos días; más de lo que debería, al menos. Y no como lo hacía antes, como esa loca depresiva que no hacía una mierda en el trabajo (hasta lo echo de menos). Me levanta empalmado cada mañana, todos los putos días. Tengo pequeños recuerdos de la cena de Navidad en los que Ana se convierte (o, más bien, se destapa) en una auténtica leona, una fiera. Una diosa del amor y del sexo.

¿Quién lo habría dicho? Siempre me pareció la típica mosquita muerta, la clase de chica que solo quiere que le hagan el amor, que se tumba en la cama y hace de estrella de mar.

Pero a Garbancita...

A Garbancita le gusta sucio, crudo y salvaje.

Noto que se me empieza a poner dura solo de pensarlo. Voy hasta una de las sillas para sentarme, necesito alejarme un poco de ella.

Huele a fresas, una fruta que hasta ahora nunca me había puesto cachondo.

—Y... ¿cómo te encuentras? —oigo que dice. Me vuelvo; remueve su café con una cucharilla, incapaz de mirarme a la cara.

Me quedo parado observándola.

Ana levanta la cabeza entonces y me clava los ojos, se la ve muy incómoda.

—Bien —contesto—. Muy bien. ¿Y tú?

—También muy bien. —Otra vez vuelve a su café, lo remueve más deprisa que antes.

Silencio.

Me siento en la silla y atiendo al móvil.

—¿Y... de la ceja?

La miro. Si no fuera porque no hay nadie más en esta habitación, dudaría que hubiera hablado ella.

—¿La ceja?

—Sí —susurra.

—¿Te sientes culpable, Garbancita?

Compruebo que toda la piel se le enciende; no solo en la cara, también en el escote. Disfruto solo con verlo.

—Bien —contesto al fin—. Creo que te lo dije, me tuvieron que poner puntos, pero ya no me molesta.

—Me alegro. Yo... —Inspira y me mira—. Yo... lo siento, Viggo.

Abro los ojos como platos, esto sí que no me lo esperaba.

Ella suelta el aire, como si por fin se hubiera quitado algo de encima, y regresa a su café. Lo remueve pensativa y en silencio.

—Quizá... —tanteo segundos después—. Quizá me lo mereciera.

Levanta la vista totalmente sorprendida.

—Puede... *puede* —recalco— que me comportara como un capullo.

Ana sonríe. Tiene una sonrisa preciosa, se le forman dos hoyuelos en las mejillas cada vez que lo hace. Es una chica muy bonita; desde niña, siempre lo ha sido.

—¿«Puede»? —me reta.

Yo me río.

—Sí, «puede». Está por ver. A un cuarenta por ciento, no lo tengo muy claro aún.

Ríe ahora ella y se baja un poquito más la falda. La mirada se me va a sus manos, a ese cachito de piel ínfimo de sus muslos que hay entre el vestido y sus botas. ¿Llevará medias o irá a pelo?

Noto cómo se me contraen los músculos.

—Bueno, por si acaso, hasta que se esclarezcan los hechos y ese cuarenta por ciento se convierta en un cien por cien —añade—, me alegro. Me alegro de que ya no te duela y de que no te haya dejado ninguna marca.

Sonríe, se da la vuelta y sale de la cocina.

Me quedo parado mirando cómo se va, cómo camina hacia la puerta hasta desaparecer: una visión que sé que también se añadirá al repertorio de imágenes que me torturan cada mañana.

# 12

## *Ana*

Hoy cumplo treinta años.

Treinta. Trein-ta. T-r-e-i-n-t-a. Un tres y un cero, vaya.

Es una cifra que da miedo, tiene demasiadas metas asociadas y pesa como una losa: «Tengo treinta, ¡BUM! No tengo hijos, no estoy casada, no tengo casa en propiedad ni un trabajo serio: ¡BUM!, ¡BUM!, ¡BUM!, ¡BUM!». Se supone que ya debería haber conseguido todos los propósitos con los que fantaseaba a los dieciséis, los que orientaron mi vida a los veinte...

Qué desastre.

No me encuentro cómoda en los treinta; tampoco creo que me definan. Me siento más en los veintinueve... o, puestos a elegir, en los veinticinco. Tengo demasiadas cosas que solucionar en mi vida para tener treinta. Me agobia este número, me da ansiedad.

Camino hasta el espejo de la pared y reviso mi cara. Busco nuevas arrugas, flacidez, descolgamiento de cuello... Entrecierro los ojos y cuento las líneas de mis patas de gallo. ¿Cuándo se supone que son demasiadas?

Estoy en casa de mis padres, vamos a celebrar mi fiesta de cumpleaños todos juntos aquí, en el pueblo. Quizá debería haber hecho caso a mis amigas y habernos fugado; he llegado hace solo quince minutos y mi madre me ha reñido nada más verme:

—¡Ana, cariño, qué tarde llegas!

—Había mucho tráfico.

Por lo general se tardan unos cincuenta minutos en coche, pero hoy he tardado un poquito más (puede que mi subconsciente no quisiera pisar el acelerador).

—Tendrías que haber salido antes, ya están todos aquí —me ha dicho arrugando la boca en una mueca—. La tía Felipa ha llegado con Mercedes hace una hora, y la tía Carla y el tío Dani, anoche. ¿Tus amigas vienen? ¡Venga, pasa! ¡No te quedes ahí plantada como una seta! Qué poca sangre, chica. ¿No traes llaves? —Iba a contestar, pero ella ha continuado—: Charlotte aún no ha llegado, y eso que sus padres ya están aquí. Viene con su prometido, ¿verdad?

Ha seguido hablando, lo ha hecho mientras yo subía las escaleras hasta mi cuarto.

Me quedaré aquí, escondida en mi habitación, hasta que mis amigas lleguen (ellas sabrán dónde encontrarme). Mis tías son incluso peor que mi madre, no se cortarán un pelo, me preguntarán por Ernesto y me avisarán —como cada vez que nos vemos— de que el tiempo pasa y que mi reserva ovárica disminuye con los años. Necesito alcohol para soportar este tipo de conversación, y solo Rocío es capaz de cargarme el refresco sin que nadie se dé cuenta.

Busco con la mirada mi móvil; está (con la pantalla apagada) sobre mi cama, sobre la colcha infantil de flores. Mi antiguo cuarto en casa de mis padres es como un mausoleo de la niña que fui, poco o nada se ha cambiado, y el contraste de los colores pastel con los pósteres de las bandas de rock permanece en su lucha. Me sorprende que mi madre no los haya retirado ya, declarando así vencedor al rosa, al beige y a las margaritas.

Vuelvo la vista al espejo. En la esquina de arriba sigue pegada la entrada del cine de mi primera cita con Ernesto; ha durado más que

lo nuestro..., y es triste, muy triste. Me giro y otra vez miro hacia el móvil; sigue (con la pantalla apagada) sobre mi cama.

Suspiro. Tengo miedo de que hoy, el día de mi cumpleaños, ÉL tampoco llame.

* * *

Existe el infierno en la tierra, y es mi fiesta de cumpleaños. ¿Qué hice mal en otra vida? ¿Por qué el universo me está castigando? Es posible que una reencarnación mía inventara la bomba atómica; visto lo visto, es más que probable.

Estamos sentados a la mesa, una mesa larga que mi padre ha construido sumándole a la del comedor otras de distintas alturas. Bajo el mantel de globitos y payasos —«Qué clase, mamá»—, se forman desniveles en las uniones. Yo estoy justo en medio de una, con las patas de ambas mesas encajadas entre las piernas; debo tener cuidado cada vez que apoyo mi vaso de Coca-Cola (con un generoso chorro de ron, gracias a Rocío).

Me habría gustado ponerme con mis amigas, pero mi madre ha dispuesto los sitios y lo ha hecho a su antojo: estoy rodeada por mis tías y a ella la tengo a mi derecha. Mi padre está sentado en la otra punta, al final de la mesa; habla con Charlotte y su prometido. Ha venido también el marido de Belén (seguramente obligado por ella); don Hugo Hernández Bolera, no (Rocío nunca lo molesta para estas chorradas). Analizando ahora los vasos de papel, a juego con el mantel, y los globos de las paredes, lo agradezco: la presencia del gran promotor inmobiliario solo me haría sentir ridículamente pobre y cateta.

Pincho una croqueta, son lo mejor de esta fiesta.

—La tarta de la boda está siendo todo un problema —cuenta mi tía Carla—. Mi consuegro es alérgico a la lactosa, al gluten, a los frutos secos... ¡Casi es un milagro que siga con vida, este señor!

Su hija, la pequeña, la que tiene dos años menos que yo, se casa dentro de unos meses. De hecho, contando con su boda, ya tengo cinco para este año, y no me sorprendería que la cifra fuera en aumento: todo el mundo se casa a mi alrededor, todo el mundo parece haber encontrado a su alma gemela en este mismo momento. Es como el juego de las sillas, sé que dentro de unos segundos se apagará la música y yo seré la única que se quede de pie, sola.

—Le he dicho a María que se olvide —continúa—. Serviremos una especial para él y el resto tendremos una como Dios manda.

—Claro —asiente mi madre también con la cabeza—. ¿Qué vais a tomar si no?, ¿sandía? Claudia, la madre de Tito, no podía con los arándanos. No sé qué le pasaba con ellos, pero era verlos y ponerse mala. —Chasquea la lengua. Durante mi cumpleaños se ha mencionado tanto a mi ex que me sorprende que no se nos haya aparecido cual fantasma—. Y qué quieres que te diga, si lo de mi Ana hubiera llegado a la iglesia, yo habría puesto la tarta de frutos del bosque que tienen aquí, en la pastelería del pueblo. Y ya ella que se comiera unas natillas, ¡hombre!

—¡Ay, nosotros hemos encargado justo esa! —dice Almudena, y lanza una rápida miradita a Charlotte, que ríe ahora con mi padre—. Es sin duda la mejor que hay. Hemos pedido que le pongan flores comestibles de esas, ¡tenéis que ver lo bonita que va a quedar!

Rebusca en su bolso y saca el móvil; nos enseña una foto de una tarta espectacular, de tres pisos, llena de fruta y flores. Tan perfecta que dará pena comerla.

—Muy bonita, sí. Es preciosa... —A mi madre se le quiebra de pronto la voz. Me giro hacia ella, ha cogido una servilleta de payasos y se enjuga los ojos. «¿Está llorando?»—. Qué bonita.

—¡Oh, Lourdes! Perdona. —Almudena guarda rápida el móvil—. ¿Estás bien?

Mi madre asiente cabizbaja, como si le costara un esfuerzo enorme contenerse.

—Nosotras aquí hablando de bodas cuando lo tuyo está todavía tan reciente —continúa la madre de Charlotte, y se estira para cogerle la mano—. Venga, mujer. No llores. Seguro que Ana se te casa al final. Todavía es joven.

El viaje de la siguiente croqueta a mi boca queda interrumpido. «¿Perdona?».

—Sí, Lourditas. Haz caso a Almudena, ya verás como sí —la apoya mi tía Felipa—. Con lo mona que te está yendo la niña vestida ahora... Y no aparenta los treinta que tiene.

«Vale. Vale».

Cojo mi vaso y le doy un buen sorbo, uno muy largo. De reojo miro a mis amigas en busca de ayuda, pero están distraídas. Trato de mandar un mensaje telepático, una onda SOS urgente.

Empiezo incluso a pestañear en morse.

—No sé yo... Ya no es la chica dulce de antes, se le está avinagrando el carácter con los años —dice mi madre en tanto se suena la nariz—. Además, todos los buenos ya están cogidos.

Nada, no hay forma. Charlotte se ríe, Belén habla con su marido y Rocío... Bueno, Rocío es Rocío, siempre está a su bola.

—¡Pues con un divorciado, Lourditas! Ya no es como en nuestra época. Estos jóvenes no se casan para toda la vida —resuelve mi tía Carla.

«Soy invisible».

—¡Cierto! El hijo de la Manoli se va a separar —dice una, no sé cuál—. Y Óscar, el mayor de Amanda, también.

«¿Podría salvar el mundo con este superpoder de invisibilidad?».

—Lourdes, ya lo verás. Tu Ana no se te va a quedar para vestir santos, eso te lo digo yo, que soy medio bruja.

«No, mejor debería robar bancos...

»Y mudarme bien lejos de aquí, a las Maldivas».

—Si no, nos la mandas a Badajoz. Dani tiene un amigo con un taller de coches y su hijo está soltero. Espera, le voy a enviar una foto ahora mismo de nuestra Ana, a ver qué le parece al muchacho... Nena, suelta el vaso. ¡Venga! ¡Y sonríe un poco, mujer!

—¡¡ANA TIENE NOVIO!! —gritan de pronto y a lo bestia. Toda la mesa enmudece.

Me vuelvo hacia los lados, ¿quién ha sido?

—Esto..., sí. Ana tiene novio —repite Charlotte.

La miro incrédula, ella se encoge de hombros como respuesta.

—¡¿Tienes novio?! —Mi madre me agarra del brazo, aprieta con demasiada fuerza—. ¡¿Quién?! ¡¿Lo conozco?!

—Eh...

—¡Pedro! Se llama Pedro. —Charlotte carraspea—. Es periodista, trabaja con Ana en la revista.

—Sí, Lourdes. El chico está buenísimo. Te van a salir unos nietos... ¡muac! —añade Rocío lanzando una especie de beso. Debería soltar ese vaso de payasos, lo tiene más cargado que yo.

—Ana Francisca, ¿quién es ese Pedro? ¿Desde cuándo estáis juntos? —insiste mi madre.

—Llevan muy poco —responde Charlotte, mi madre se gira hacia ella—. Pero la trata muy bien, como a una princesa.

—¿Sí? —Mi madre me mira para que se lo confirme, asiento forzada. Después se vuelve otra vez hacia Charlotte. Hablan de una

punta a otra de la mesa: mi fiesta de cumpleaños mejora por momentos—. ¿Y cuántos años tiene? ¿Hace ejercicio? ¿Cuánto cobra un periodista?, ¿mucho? ¿Va a la iglesia? Anda, cuenta, que la setita de mi hija nunca dice nada.

Charlotte me mira asustada, no sabe dónde meterse.

—Mamá —la tomo del brazo para que me mire—, todavía es pronto. Estamos empezando. Por eso no te he contado nada. Es... majo. Seguro que te encanta.

Puestos a inventarnos un novio imaginario, ya podríamos haberlo hecho mejor, ¿no? «Sí, mamá. Todo empezó cuando me apunté a clases de salsa. Oh, sí, voy mucho. Me deslizo sobre la pista con mucho arte, tendrías que verlo. Total, que él era mi profesor y la química entre los dos resultaba explosiva. Entonces un tío superimbécil, uno que también iba a clases de salsa, no quería dejarme bailar. Él también estaba enamorado de mí; todos en la clase están enamorados de mí, mamá. Pero el profesor me defendió, dijo: "No dejaré que nadie te arrincone, Baby". Así es como me llama él. El resto ya puedes imaginártelo. Hoy, Patrick —¿o era Chayanne el de *Dirty Dancing*?— no ha podido venir, porque tenía una actuación en un hotel».

Pero no. Hemos elegido al salido-tocón de la oficina, a Pedro. Así está el nivel.

—¡Ay, ya sé quién es! —exclama mi madre—. El pelirrojo, ¿verdad? Ese tan alto.

—¿Quién? —Arrugo el ceño.

—Oh, ya sabes. El que me atendió hace unas semanas cuando fui a llevarte tus libros de plantas. El chico guapo y fuerte.

—¿Viggo? ¿Te refieres a Viggo? —pregunta Charlotte—. No, Lourdes. Ese es el jefe de Ana, Pedro es otro.

—¿Y Viggo está casado? —Mi madre la ignora y se vuelve hacia mí; me pongo roja como un tomate—. ¿Tiene novia?

—Eh... Viggo no me gusta.

—¿Y por qué no, hija?

*Pum-pum, pum-pum, me acosté con él, pum-pum.*

—Porque está con Pedro —suelta Charlotte. Eleva un pelín la voz, es solo un poco, pero la conozco: el tema la irrita—. Pedro es su novio. Y Viggo es mi ex, Lourdes.

—¿Tu ex? Ya decía que me sonaba. El chico es del pueblo, ¿verdad? Qué bueno sería que te echaras un novio de aquí, Ana. Vendrías mucho más a vernos. —Mi madre habla para mí dándole la espalda a Charlotte.

—Mamá, Viggo no me gusta, en serio.

—Pero ¿por qué no? Un hombre guapo, educado y con un buen puesto, ¿qué tiene de malo?

—Eh... —Miro a Belén, que observa la escena horrorizada.

*Pum-pum, pum-pum, disimula y respira, pum-pum.*

—Es el hijo de Britt, ¿verdad? —pregunta mi tía Felipa—. La sueca, la de la librería. Es una mujer encantadora.

—Pues su hijo no lo es, te lo aseguro —la corta Charlotte—. Además, está solo de paso. Vive en Londres, dentro de unos meses se habrá ido.

—Qué pena. —Mi madre asiente y, por fin, deja el tema.

Espiro aliviada.

Ahora mismo soy incapaz de mirar a Charlotte. Sé que Belén tiene razón, que no es el momento, que es el suyo y que no debo estropeárselo... Pero me mata no ser sincera con ella. Este secreto me pesa en el pecho, me oprime y, en ocasiones, no me deja respirar.

Se lo confesaré todo más adelante. Quizá cuando regrese de su maravillosa luna de miel, embarazada de trillizos, y descubra que le he regalado un bolso de Louis Vuitton (que no sé cómo voy a pagar). Mientras desenvuelva el paquete, retirando papel de seda tras papel de seda, se lo diré. Y tendrá que elegir si perdonarme o renunciar al bolso.

—Sí, Lourdes. Viggo no merece la pena —comenta de pronto Rocío cuando todos ya hemos cambiado de tema. Me vuelvo hacia ella: está borracha, siempre que lo está bizquea un poco, como ahora—. Además, Pedro está forradísimo. Tiene un montón de pasta. Invierte en bolsa y... en criptomonedas —concluye, y me guiña un ojo.

La madre que la parió.

* * *

Compruebo el reloj; es casi medianoche, solo quedan siete minutos para que mi cumpleaños acabe. La casa está en silencio, todos se han marchado a la hora de la cena y mis padres hace rato que se han acostado. Se supone que yo también lo he hecho, me he metido en la cama y he apagado la luz. Y llevaba una hora tumbada (como un vampiro que trata de descansar en paz), hasta que me he dado por vencida (no podía coger el sueño, y menos en esa postura antiarrugas). Llevo treinta minutos de pie junto a la ventana de mi habitación, a oscuras.

Fuera la calle está tranquila, desierta. No hay luces en la casa de enfrente y la farola de la esquina —la única cercana— titila estropeada. Tengo miedo de fijar demasiado mi atención en ella y sufrir un ataque de epilepsia (no es que haya sufrido ninguno antes, pero nunca se sabe, y los achaques empiezan con la edad).

He recibido muchas llamadas y mensajes de felicitación a lo largo del día, pero quedan —ahora mismo— cinco minutos y cuarenta segundos para que este termine y no he recibido nada de ÉL. He mirado en la parte de solicitudes de mi Instagram a ver si había dejado algo por ahí; una frase breve, de dos palabras, o quizá un triste emoticono fiestero.

Porque sé que no se ha olvidado... Pero también sé que es poco probable que esté haciendo lo mismo que yo: mirar el infinito a la espera de una señal.

Pensé que estaría siempre en mi vida. Pensé que era un hombre bueno, uno sincero. Me equivoqué. Y es una putada equivocarse en algo tan importante.

La puerta de mi cuarto se abre un poco más, la tenía entornada.

—¿Ana? Cariño, ¿qué haces levantada? —Mi padre se asoma por mi puerta entreabierta—. ¿No puedes dormir?

No contesto, y se sienta en mi cama. Preferiría que no supiera que estoy triste; él no es como mi madre, sé que se preocupa de verdad por mí.

—Nena, ven. Ven conmigo.

Obedezco. Como una niña, me ayuda a tenderme en el colchón y me arropa con el edredón.

—¿Qué pasa? ¿No tienes sueño?

—Yo... No mucho. No sé... Es una tontería —contesto bajando la barbilla tanto como puedo; estoy prácticamente inmovilizada, ha conseguido convertirme en un burrito acolchado (tiene una técnica muy pulida).

—¿Qué te preocupa?

—Nada. No es nada.

No quiero decirle que tengo miedo a quedarme sola, que nadie más quiera estar conmigo; que no sé hacer la compra para una

persona y que estoy tirando un montón de dinero que no tengo; que me preocupa no haberme dado cuenta de que ÉL me había dejado de querer, lo hizo un día y no puedo situarlo con exactitud en el calendario; que creo que dormir bocarriba es no dormir, que puede que Rocío tenga razón y así me salgan menos arrugas, pero tendré unas bolsas enormes bajo los ojos...

Que su niña, la que él ve tan perfecta, tan maravillosa, no lo es, no lo es en absoluto: es una gran fracasada.

Me da miedo decírselo y explotarle su burbuja.

Mi padre me acaricia la frente.

—Nena, a veces en esta vida nos ocurren cosas que no queremos. Cosas malas. Enfermedades, pérdidas, desengaños... Y no podemos hacer nada por evitarlas, vienen y ya está. —Levanto la vista y lo miro. Él sigue con su mano en mi frente, dibuja circulitos en una de mis sienes—. Lo que sí podemos hacer es decidir cómo afrontarlas. Al fin y al cabo, la vida no es tanto lo que te pasa, sino cómo reaccionas a eso que te pasa.

Asiento, pero solo porque sé que trata de animarme.

—Aunque ahora te cueste creerlo: en cada revés hay siempre una oportunidad, solo tienes que encontrarla.

Vuelvo a asentir.

—Y además...

—¿Qué?

—Hija, Ernesto era un imbécil.

# 13

*Ana*

Es tarde en la redacción, tanto que soy la única que queda. Mi ventana es un fondo negro tras mi limonero, parece tintada, y los de la limpieza se han ido hace horas: han pasado entre las mesas, fregona en mano, mientras yo no dejaba de teclear. El trabajo se me acumula, se desborda de mi escritorio. A mis consultas debo añadir ahora los cinco artículos de don Javier, y no ayuda —no ayuda lo más mínimo— que Charlotte me tenga todo el rato haciéndole recados para su boda.

La quiero, la adoro. Y sé que la boda la estresa... o le hace una ilusión tremenda (de una forma un tanto masoquista), pero no me da la vida. De verdad que no tengo tiempo.

Releo el artículo que ocupa la pantalla de mi ordenador. Llevo toda la tarde con él y solo he conseguido alcanzar las ciento veinte palabras.

Da asco. Es malo malo.

Me froto los ojos, no puedo más. Necesito un descanso o, por lo menos, otra taza de café. No sé hasta qué hora me quedaré en la redacción, pero tengo que salir hoy de aquí con al menos uno de los artículos de don Javier escrito —como mínimo enfocado— para mi paz mental.

Me levanto y voy a la cocina. Entro, cojo una taza y meto una de las cápsulas en la máquina de café. Inspiro; apoyo los codos en la

encimera, está fría. El ruido de estertor de la muerte que hace la cafetera inunda la habitación.

¿Y si al final no sirvo para escribir en *Hierros*?

¿Cómo se escribe para una revista solo para hombres? Y encima de deporte... ¿Los machitos levantapesas del gimnasio también leen? ¿Saben hacerlo? ¿O tengo que escribir para comprensión lectora menos cinco y así incluirlos?

Suspiro, cojo la taza y me la llevo a los labios.

¿De verdad que hay una «oportunidad» en todo esto?

Lord Voldemort entra de repente en la estancia, a punto estoy de echarme la taza de café hirviendo por encima del susto que me da. ¡¿Qué demonios hace él aquí?!

—¡Vaya, Ana! —Se detiene al verme—. Pensaba que ya no quedaba nadie en la redacción.

Permanezco callada, con la mano en el pecho, mientras trato de recuperar el aliento.

—¿Te he asustado?

Asiento. Él sonríe.

—Perdona. —Camina hasta la nevera y saca una botella de agua.

Dejo la taza sobre la encimera. La cocina huele de pronto increíblemente bien, a ese desodorante cítrico que usa. Algún día tengo que preguntarle dónde lo compra; me haré con uno, rociaré un cojín con él y me pondré a esnifarlo como una auténtica yonqui...

Porque huele superbién, no porque El-que-no-debe-ser-nombrado me guste.

Porque él no me gusta.

Viggo se sienta en una de las sillas; la gira para mirarme y da un sorbo a su botella. Un calor me sube de golpe a la cara, seguro que me he puesto roja. Él me pone nerviosa, muy nerviosa. Siempre lo ha hecho, desde pequeños; pero ahora... Después de...

«¡Ay, Dios!».

Mi corazón empieza a latir con fuerza. *Pum-pum, pum-pum, sus dedos acariciando mi ropa interior, pum-pum.*

Recorre con sus ojos mi cuerpo. Todo su azul me analiza, me repasa, me escanea, desde la punta de mis tacones hasta mi blusa negra. Hoy llevo una minifalda que se ajusta a mis caderas; estoy segura de que, si no fuera tan elástica, jamás podría haber entrado en ella. Es de Charlotte, que tiene un estilo más elegante que Rocío, pero aun así...

Desde pequeña, al haber crecido con unas amigas tan (tan tan) guapas y tan (tan tan) populares, jamás he intentado llamar la atención usando ropa provocativa, lo que habría sido lo normal en una adolescente. Siempre me decanté por un estilo más clásico, mucho más holgado.

No sé... Pero es que me sentía tan ridícula intentándolo..., tan desubicada. Al lado de ellas era como un «quiero y no puedo» andante.

Soy bajita, de cadera ancha y pecho estrecho. ¿Mona? Sí..., quizá sí, supongo que tengo mi público. Pero mis amigas (las tres, porque Belén madre mía también) podrían salir en un videoclip de Ricky Martin.

Y ahora tener que vestir así... me cuesta horrores. Que entiendo lo que pretenden, lo entiendo. Pero ¡vamos! ¿Quién se supone que soy?, ¿la Cenicienta?

Este conjunto hace que me sienta como un perro verde. Un perro verde que se encuentra en estos momentos bajo el escrutinio (probablemente perverso) de Viggo Ekman. Estoy indefensa y soy vulnerable sin mi ropa ancha (y segura).

Tanta atención por su parte me resulta incómoda; más viniendo de él, más sin saber qué piensa...

*Pum-pum, pum-pum, y estamos solos, pum-pum.*

—¿Qué tal vas? —pregunta al fin, cuando sus pupilas se detienen en mi cara—. Quiero decir, ¿qué haces aquí?, ¿a estas horas? ¿Todavía con el consultorio? No me lo digas: ¿una urgencia menopáusica que no podía esperar a mañana? —Ríe.

Suelto el aire. «Qué cretino es».

Hago un esfuerzo y, como no quiero acabar colocando tomates en un supermercado a las afueras de Madrid, me muerdo la lengua y contesto.

—No, en realidad estoy escribiendo un artículo.

—¿Un artículo? —Me mira sorprendido. Yo me arrepiento de inmediato; no sé si estará al tanto de que don Javier me va a proponer para la nueva revista, pero estoy segura de que la simple idea le parecerá absurda.

Aun así, no me achanto.

—Sí..., para *Hierros*.

Voldemort asiente, parece que de pronto comprende la situación.

—No sabía que escribieras. Más allá de tu consultorio, quiero decir.

—Pues sí, sí lo hago. Antes, recién llegada a la revista, le proponía muchos artículos a don Javier... —Me callo de repente; dudo que este dato, cómo después el director los rechazaba todos, me dé puntos ante él. Cojo mi taza y me la llevo a la boca para disimular.

—Ah, ¿sí?

—Ajá.

—Vaya, me encantaría leerlos.

Pongo los ojos en blanco con disimulo y miro hacia la ventana. Uno, dos, tres segundos, ninguno dice nada.

*Pum-pum, pum-pum, sus labios en mi trasero, pum-pum.*

—¿Y cómo lo llevas?

Lo miro confundida.

—El artículo para *Hierros*, quiero decir —añade.

—Eh..., superbién. ¡Muy muy bien! Me encanta el deporte. Sí, todo eso de ir al *gym*, las mancuernas, las bebidas isotónicas..., el *mood* entero, ¿sabes? Me rechifla. —Viggo frunce el ceño. Yo me pongo más nerviosa. ¿Y si se da cuenta de que no sé nada del tema, ¿de que soy una analfabeta deportiva? «Joder, joder, joder»—. También me gusta el fútbol, no me pierdo ningún partido. Eh... Sí, soy del Liverpool City, muy muy fan. Desde pequeñita. —«Por favor, que alguien me calle»—. Hasta tengo toda la equipación. ¡*Vizca* Liverpool!

El-que-no-debe-ser-nombrado no aguanta más y suelta una risotada con la que casi me escupe el agua. No puede parar de reír, y lo hace en toda mi cara.

—¿Qué pasa? ¡Oye!

—¿Qué? Nada, nada —logra decir.

—¿Te estás riendo de mí? ¿No crees que me pueda gustar el deporte? ¿Por qué, a ver? ¿Porque soy bajita? ¿Porque soy mujer? Estoy muy fuerte, entérate.

Dicho esto, vuelve a soltar otra carcajada, que parece vibrar en toda la habitación.

—¡Viggo!

—Ay, perdona. —Se frota la cara, la risa todavía le come las palabras—. Entonces, ¿eres del Liverpool City? ¡Qué equipazo! Pelé está haciendo una temporada increíble, ¿no te parece?

—Eh..., sí.

Él asiente mientras sonríe y a mí de repente se me calientan las orejas, no sé si por la vergüenza o por lo bonita que es su sonrisa; lo que sí tengo claro es que el corazón se me salta un latido: un «pum» y silencio. Porque Viggo Ekman es un cretino, un imbécil, el mal sobre la tierra; pero... ¡Dios, también es increíblemente guapo!,

¡como una estrella de Hollywood! A veces pienso que pierde el tiempo trabajando en Goday Media, debería estar en alguna alfombra roja sonriendo para miles de flashes.

También es posible que tenga algo, no sé explicarlo... Algo que me eriza la piel.

*Pum-pum, pum-pum, su boca cubriendo la mía, pum-pum.*

—Yo soy más del *Manchester City* —dice, y esto último lo pronuncia despacio, casi como si lo deletreara. Pestañeo—. Antes, cuando vivía en *Londres* —vuelve a recalcar—, seguía mucho la Premier. Aquí, en España, solo consigo verla cuando voy a un bar inglés.

La mandíbula se me cae al suelo.

Mierda.

Mierda, mierda. ¡Mierda!

Bueno, pues ya está... Me ha pillado, ¿no? Me yergo en mis tacones de doce centímetros y, como si no tuviera nada de lo que avergonzarme, le hago frente.

—Está bien. Quizá no sea una experta en todo esto del deporte. —En los ojos de El-que-no-debe-ser-nombrado titila la diversión—. Pero puedo serlo, ¿vale? Si es necesario para conseguir un puesto en la nueva revista, lo seré. Seré la maldita Chuck Norris de los deportes. Porque nadie, te lo aseguro, me supera en ganas. —Solo me falta la puesta de sol a la espalda y alzar el puño a lo Escarlata O'Hara, pero continúo en modo dramática total—: Tengo un máster en periodismo, y también puedo hacer cursos para formarme como entrenadora personal..., como monitora de gimnasio, como fisioterapeuta, como... como... ¡Me apuntaré a un equipo de fútbol femenino, ¿vale?! Porque... —«A Dios pongo por testigo»— porque...

—Ana, por favor, para. —Viggo me interrumpe, la sonrisa le baila en la cara. Me cruzo de brazos—. Estás como una cabra, ¿lo sabías?

Al nuevo director no le va a importar nada de eso. Muchos de los mejores periodistas deportivos no han pisado un gimnasio en su vida; incluso hay entrenadores personales que no están en buena forma y nadie los despide por ello.

Relajo los hombros. Lord Voldemort vuelve a sonreír, achica los ojos cuando lo hace, y a mí otra vez se me para el corazón.

«¡Joder!».

Me observa sin decir nada. Yo le sostengo la mirada por puro orgullo, aunque todo mi interior parece haber empezado a aletear.

—Fíjate en ti, por ejemplo —añade—. Hace unas semanas ni siquiera te peinabas para venir a trabajar, pero ibas dando consejos a otras personas para que llevaran una vida equilibrada. —Abro la boca ofendida, él vuelve a reír—. Cuando yo empecé en Goday Media, redactaba notas de prensa de novelas románticas. ¿Sabes cuánto me interesa el género romántico? —Hace una mueca—. Más bien poco o nada. Preferiría leer un recetario de postres sin gluten que la última ardiente pasión entre el pícaro duque y la virginal debutante.

Sonrío ahora yo.

—Y, sin embargo, hacía unas notas de prensa fantásticas. Era el mejor —concluye.

Nos quedamos otra vez en silencio; aprovecho y lo estudio con la mirada, desde sus hombros anchos hasta esas piernas tan largas que tiene que cruzar para no alcanzarme. Y lo hago con una sensación extraña agitándose en mi cuerpo. Quizá porque estoy demasiado sorprendida de que no me haya descartado de antemano para la nueva revista. Quizá porque jamás pensé que se pudiera tener una conversación normal con El-que-no-debe-ser-nombrado. Quizá porque su desodorante contiene químicos letales, muy nocivos, que lo vician todo. Quizá...

—¿Cuántos artículos llevas escritos? —pregunta.

—Eh... Uno. Medio.

—¿Uno y medio?

—No. —Mis mejillas vuelven a colorearse—. Medio artículo. Estoy ahora mismo muy atascada...

Viggo asiente y se rasca el pulgar.

—¿Cómo los estás enfocando?

—Pues... Estoy escribiendo sobre los peligros de no calentar antes de empezar el entrenamiento. Sobre las lesiones y... cómo...

—No me refiero a eso, Ana —me interrumpe—. ¿Quién es tu avatar?

—¿Qué?

—¿En quién piensas cuando escribes los artículos? Te vendría bien tener a alguien en la cabeza a la hora de redactarlos. Alguien que conozcas, de tu entorno cercano, mejor si le tienes cariño, al que le gustaría leer una revista como *Hierros*.

—Eh... ¿Mi padre?

—Genial. Pues bien, sin perder de vista el contenido editorial, ¿sobre qué le gustaría leer a tu padre? ¿Qué deportes hace? ¿Cuánto tiempo les dedica? ¿Lo hace por salud o por afición?

Me quedo en shock. Escribir para mi padre... ¡Claro!, si a él le encantan este tipo de revistas.

—Lo de los estiramientos es perfecto —continúa Viggo—, lo que trato de decir es que no lo escribas de una forma impersonal, para un ente abstracto que no conoces ni te interesa. Verás como todo fluye mejor ahora, con un lector concreto en la cabeza.

Cierro la boca (no me había dado cuenta de que la tenía abierta). Me dan ganas de abrazarlo: me tiraría a sus brazos, me sentaría en sus rodillas y le llenaría la cara de besos.

Lo haría si no fuera Lord Voldemort, claro.

—¿Bien?

Cabeceo. Él sonríe satisfecho y da otro sorbo a su botella de agua.

—Gracias —digo al rato.

Se gira hacia mí. Su turquesa es tan intenso que vuelve a quemar mis mejillas, hace que se me enciendan los sentidos, que me sude la piel.

—Para lo que necesites, Garbancita —dice, y se levanta para ir hacia la puerta.

«¿Se va?».

—Espera. ¿Y tú...? ¿Por qué sigues aquí... a las once de la noche? —Se detiene para mirarme. Carraspeo—. Quiero decir..., también es tarde para ti, ¿no?

—No creas. Todo lo de la absorción, la nueva revista, la jubilación de don Javier, tener que buscarle un sustituto, alguien bueno, que lo sepa hacer... —Espira ruidoso mientras tira la botella vacía a la papelera—. Es mucho trabajo.

—¿Echas de menos Londres?

Sonríe, mete las manos en los bolsillos y camina hacia mí. Es tan grande, tan alto, que a medida que se acerca tengo que ir estirando el cuello. Su cuerpo parece invadirlo todo y a mí se me acelera el pulso.

—Sí, mucho. Aunque solo fuera por volver a la normalidad y dejar atrás estos meses de tanto estrés. —Se detiene a poco menos de medio metro y su desodorante vuelve a hacerles cosas extrañas a mis sentidos—. El clima de España es mucho mejor. Y tengo a mi familia aquí, pero ¿de qué me vale si estoy todo el día trabajando?

Bajo los hombros, de pronto siento algo de lástima por él...

¿Yo sintiendo pena por Lord Voldemort?, ¿El-que-no-debe-ser-nombrado? Ver para creer.

—Es temporal, ¿no? ¿Cuánto planean que te quedes? —pregunto.

—En principio me queda medio año, pero no sé... Estas cosas muchas veces se alargan.

—Imagino que sería más fácil si don Javier no se jubilara.

Viggo me estudia con la mirada, me observa dos segundos (cronometrados) más de lo necesario. Noto que me sonrojo y la garganta se me seca. ¿Qué hace?, ¿por qué me mira... así?

Bajo la vista rompiendo el contacto visual.

Siento un calor incómodo recorriéndome el cuerpo, un calor pegajoso, un calor que no entiendo ni quiero entender, que contamina el aire. ¿Lo notará él también?

*Pum-pum, pum-pum, su pulgar dentro de mí, pum-pum.*

—Sea como sea —dice reanudando la conversación—, terminará tarde o temprano. Son gajes del oficio, alguien tiene que hacerlo y a mí se me da muy bien.

Río nerviosa.

—¿Qué? —Se aproxima un poco más. Apoya su mano en la encimera, a pocos centímetros de mi espalda.

—Nada, nada. Es que me sorprende tu modestia.

También sonríe. Le brillan los ojos y está muy cerca, con su brazo casi rodeándome por detrás y su respiración sobre mi hombro.

Esto no es normal.

—Yo... Eh... —Cojo mi taza—. Voy a seguir un poco más.

—Sí, claro —dice, y se aparta—. Mucho ánimo.

—Gracias.

Salgo de la cocina tratando de andar con normalidad, sin que se note que mis piernas se han convertido en auténtica gelatina.

# 14

## *Ana*

Es temprano para llegar de una cita, más si esta ha sido una buena cita.

Me tiro bocarriba sobre la cama. El techo de mi cuarto está desconchado y junto a la ventana hay una mancha de humedad. Exhalo y cierro los ojos, la luz de la habitación traspasa mis párpados volviéndolos naranjas; me llega el ruido del tráfico de la ciudad...

«Paolo Zurina, hombre extraño y de intrigas».

Hemos estado en un mexicano de Malasaña. El local era bonito; con las paredes llenas de murales, retratos antiguos y mesas y sillas de distintas formas y colores. Música alegre, mariachis. Nachos con mucho guacamole.

—¿Qué quieres beber? —me ha preguntado. Estaba muy guapo con el pelo húmedo echado hacia atrás y sus pestañas infinitas. He pensado que la cosa iba bien.

—¿Margaritas?

Tenía miedo de que se repitiera su mutismo de nuestra primera «cita» en el metro; pero, no, Paolo ha estado hablador, más incluso de lo que lo había estado por mensajes. Me ha hecho un montón de preguntas: estudios, *hobbies*, familia, lugar donde me crie, aspiraciones de futuro... Eso es que está interesado, ¿no?

Sí, ha sido una buena cita. No ha habido beso, pero creo que lo que le ha faltado a Paolo ha sido valor y no ganas.

¿Debería haberme lanzado yo?

Tocan a la puerta.

—¿Ana? —Me incorporo sobre la cama. Secuoya asoma la cabeza y clava la mirada en la esquina del armario empotrado. Se queda quieta, absorta, y no dice nada más.

—¿Querías algo?

Me mira sorprendida, como si recordase de pronto por qué ha venido.

—¿Tú también oyes ese zumbido? ¿Ese «bzzzzzz-bzzzzzz»?

—Eh..., no —contesto. Ella ya tiene la vista fija otra vez en el armario.

—Puede que sea la vecina. Suena a sierra eléctrica, pero ella no tiene. —«Y nosotras tampoco, menos mal»—. ¿Te apetece una infusión?

—Va-vale... —tartamudeo confundida por el cambio de tema.

Secuoya sonríe y desaparece tras la puerta.

Miro el reloj de mi mesilla. Son las diez y media de la noche, muy temprano para una buena cita. Resoplo y me quito los tacones; los he elegido pensando en Paolo: son altos, pero no lo suficiente para sobrepasarlo. Saco el pijama de debajo de la almohada.

Debería haberlo besado yo, ¿verdad? O quizá haberle hecho una señal, un gesto... Pero ¿cuál? Estoy muy verde en el tema.

Me bajo la cremallera del vestido y me lo quito por la cabeza. Examino mis medias...

¿Quiero besarlo? Debería al menos, es perfecto: educado, inteligente y, lo más importante, está buscando algo serio. Me ha lanzado como unas doscientas indirectas —entre pregunta y pregunta— de lo formales que eran sus intenciones. Si hubiera

sacado un catálogo de Ikea para que eligiéramos los muebles del cuarto de nuestros futuros hijos, no me habría sorpredido: «¿La camita Sundvik o la Släkt? ¿En roble o en blanco mate?».

Vuelvo a tumbarme sobre la cama con el dos piezas de las Supernenas puesto. Inspiro concentrada en esa mancha junto a la ventana que, mirándola bien, parece una ovejita.

¿Me gusta Paolo?

Mentiría si negara que no he pensado en Ernesto. He pensado mucho en él. En lo que opinaría si nos viera juntos, sentados compartiendo confidencias, mientras los margaritas desplegaban su magia. ¿Se pondría celoso? ¿Le gustaría mi cambio de look, mis nuevos vestidos, mis tacones y mi nueva forma de pintarme los ojos?

No he sentido mariposas con Paolo. Aunque aún es pronto, ¿no?

¿Y Viggo?

¿Y por qué pienso en Viggo?

Viggo no me gusta.

Viggo ni siquiera me cae bien.

Es mi jefe, el ex de Charlotte... Se marchará a Londres.

Secuoya vuelve a aparecer; esta vez abre directamente, sin tocar. Lleva dos tazas, cruza mi habitación con cuidado de no derramar su contenido.

—Toma, te va a encantar.

Cojo la taza que me ofrece. Dentro hay un líquido oscuro, como si hubiera cogido barro y lo hubiera calentado en el microondas. Huele muy fuerte, hace que me pique la nariz.

—Venga, bebe —me anima con la suya en los labios—. Va genial para despejar las energías que nublan el tercer ojo.

«Vamos, para alucinar».

Hago como que me la llevo a la boca.

—Humm, qué bueno —digo, y ella sonríe—. Muchas gracias, Secuoya. Aunque ahora creo que me voy a acostar, estoy muy cansada.

—Claro, claro. Buenas noches, Ana. —Cabecea mientras regresa a la puerta; va a cerrar, pero se detiene y añade—: Si notas calor en la tripa, es normal y se pasa al rato.

Asiento con mi mejor cara de póquer.

—Son unas hierbas muy fuertes. Pero te irán bien, son justo lo que necesitas.

Vuelvo a asentir. Ella me dedica una última sonrisa y cierra. Me levanto y dejo la taza en el alféizar de la ventana, bien lejos. No me sorprendería que algunas de sus «hierbas» ni siquiera estuvieran dentro del comercio legal.

La luz de la pantalla de mi móvil se enciende; está sobre la mesilla, junto al despertador y *La torre oscura* de Stephen King (sigo sin poder leer nada de romántica, y eso que antes me encantaba). Es Charlotte.

> ¿Qué tal ha ido? ¿Tenemos plus one para mi boda? ❤️

* * *

Cruzo las piernas. Muevo el talón: un, dos, tres... Descruzo y vuelvo a cruzar.

Estoy sentada en los probadores, frente a unas altísimas cortinas que esconden otra habitación. Todo es blanco y está increíblemente limpio, hace que me sienta sucia con mi ropa demasiado oscura (me dan ganas de poner una bolsa de plástico entre mis vaqueros y el tapizado). Charlotte se está probando un vestido de novia, creo que vamos ya por el vigésimo tercero. Ninguno la convence, todos tienen

algo: que si una florecilla de más, poco encaje, mucho encaje, una cola corta... Hasta ha rechazado uno por tener una botonadura demasiado ancha.

Yo la veo estupenda en todos, con el cuerpo que tiene es imposible que algo le quede mal. Sin embargo, cada vez que descorren las cortinas y veo su ceño fruncido, automáticamente me aguanto la ovación que tengo preparada desde hace hora y media.

Hora y media larga, casi dos horas. Hoy volveré a llegar tarde al trabajo.

—Ana, llama a Rocío y pregúntale dónde está —oigo que dice tras la cortina.

—Valeee. —Saco el móvil y marco.

Rocío se ha ido hace cuarenta minutos en busca de un sujetador de esos adhesivos, Charlotte era incapaz de visualizar cómo le quedaría el imponente vestido once con el sostén que llevaba puesto.

—Hola, Ana. Estoy llegando, no quedaban en Etam y he tenido que ir al Corte —suelta de corrido—. Dile a Charlotte que tardaré unos... quince o veinte minutos más. Lo que me cueste aparcar.

Me despido y cuelgo.

—Charlotte, ya viene —vocifero—. Tardará un cuarto de hora más.

—¡Pero si ha salido hace una hora! ¡¿Cómo se puede tardar tanto para una cosa tan sencilla?!

—Eh... —En estos momentos agradezco las cortinas que nos separan: está histérica. Lleva así desde que entramos en la tienda—. No quedaban. Ha tenido que ir a varios sitios.

—¡¿Se puede estar quieta, por favor?! —Oigo que le grita a la dependienta que está dentro con ella—. Necesito unos segundos. ¡Y este ni siquiera me gusta, no lo cierre! ¡No es blanco!

—Sí lo es: blanco champán —contesta la mujer en un tono normal, muy educado—. Este año es lo que más se lleva.

—Pues es horroroso, parezco un helado de vainilla. Quiero quitármelo.

Oigo el frufrú del cancán, un tirón, un «¡Ay!», y segundos después la dependienta sale de detrás de la cortina. Me fulmina con la mirada, nos odia, y no la culpo. Tira de un perchero lleno de vestidos, todos los que Charlotte ha descartado, además de uno que lleva en el brazo y que, efectivamente, es demasiado amarillo.

—¿Qué tal con tu madre? —pregunta Charlotte desde el otro lado. Su tono sigue siendo irritado, me la imagino recorriendo el inmenso probador como una fiera enjaulada.

—Esto... Bien, supongo. Soporta con dignidad el hecho de que su hija ya sea toda una señora.

—No le hagas caso. Sabes que la quiero, pero se está pasando un montón contigo.

Suelto un bufido y descruzo las piernas. Trato de no mirar el reloj, solo hace que me ponga más nerviosa. Tal como está Charlotte, si le digo que tengo que irme, me matará.

—¿Y con el italiano? —pregunta al rato—. ¿Te ha vuelto a escribir?

—Sí, nos veremos la próxima semana.

—Qué bien.

Pasan los minutos. Muevo el talón, sin parar, como si tuviera un tic.

La dependienta regresa, tira otra vez del perchero. Trae nuevos vestidos, todos de un blanco lejía, ninguno champán. Parece más tranquila y despide un ligero olor a tabaco. Cruza las cortinas, la oigo hablar con Charlotte.

«Llego tarde. Llego tarde».

Charlotte le grita algo, no entiendo muy bien lo que le dice. Siento verdadera lástima por la dependienta, no sé si esto es normal, si está acostumbrada. ¿Se les puede dejar propina?, ¿algún tipo de indemnización?

Cruzo y descruzo las piernas. Dentro de media hora debería estar sentada a mi mesa, y se tardan cuarenta minutos en llegar desde aquí a la redacción.

De repente descorren las cortinas, pego un sobresalto y...

«¡Oh, Dios! ¡¡OH, DIOS!!».

Charlotte está sobre la tarima, lleva el vestido de novia más increíble que he visto en mi vida. Parece una princesa de cuento... ¡No, una reina! ¡La reina de las hadas! Algo mágico, de otra galaxia.

No puedo contenerme, me levanto y voy hasta ella con la boca totalmente abierta, arrastrando casi la barbilla contra el suelo.

—¡¡MADRE MÍA!! —chillo—. ¡Estás...!

—¡¡Lo sé!! —Asiente enérgica, su sonrisa es gigantesca—. ¡Es este, Ana! ¡Este!

Recorro la distancia que nos separa para abrazarla. La dependienta hace un amago de interceptarme, imagino que no quiere que mi ropa barata entre en contacto con el vestido más bonito del mundo, pero recula y se limita a poner los ojos en blanco.

—¡Eres la novia más hermosa que ha habido jamás! —Creo que estoy llorando—. ¡Dios, Charlotte! ¡Te vas a casar!

Ella cabecea emocionada, por sus mejillas resbalan las primeras lágrimas. La dependienta corre a por pañuelos.

—¡¡QUÉ PEDAZO DE VESTIDO!! —oímos de pronto. Me vuelvo, Rocío acaba de entrar en el probador—. ¡Estás impresionante, prima! ¡¡Guapísima!!

Suelta las bolsas y se reúne con nosotras para un abrazo grupal.

—Chicas, chicas..., por favor... ¡Cuidado! —La dependienta nos obliga a separarnos. Carraspea—. Vestido blanco perla con guipur sobrepuesto, palabra de honor con escote corazón y falda sirena. Se llama Aurora. —«¡Vaya! ¿El vestido tiene nombre?»—. La cola es de dos metros. De corte ligero, es perfecto para una boda primaveral como la tuya, Charlotte.

Rocío y yo asentimos; la futura novia, sin embargo, se sostiene los pechos mientras se examina en el espejo, ya no parece tan contenta.

—Humm... Creo que preferiría que el vestido llevara tirantes. No me siento del todo «sujeta».

¿Está de coña? ¿Qué ha cambiado en estos dos últimos segundos?

—Podríamos ponerlos —responde rápida la dependienta.

—Y el cancán... No sé, es demasiado. Estaría mucho mejor si lo quitaran.

—Ya..., pero...

—¿Vosotras qué pensáis, chicas? —la interrumpe Charlotte.

Miro a la dependienta, su sonrisa se ha transformado en una especie de rictus.

—Puede ser una buena idea —contesta Rocío—. Haría que el vestido se viera más liviano.

—¡Exacto! —Charlotte sonríe.

—Voy a preguntar a la modista si se pueden hacer estos cambios. Ahora te lo confirmo. —La dependienta sale del probador a paso rápido, sin esperar respuesta.

Esta chica se merece un bonus.

—Es ideal... —dice Rocío mientras examina la tela—. Y el brocado, una preciosidad.

—¡¿A que sí?! —Charlotte mueve la falda ante el espejo—. ¡Vamos a estar tan guapas!

—¿Has hablado ya con la prima de David?

—Ah..., sí. Lo hará. —La futura novia deja de observar su reflejo y se gira hacia Rocío, toda la felicidad de su rostro se ha esfumado—. Es una chica un poco rarita, pero está emocionada con la idea.

¿De qué demonios hablan?

Charlotte se da cuenta de mi confusión y me explica:

—Como Belén no ha podido esperar para quedarse embarazada, voy a necesitar otra dama de honor. David tiene una prima de nuestra edad y se lo he pedido.

—¿Belén no va a ser dama de honor?... ¿En serio?

—Ana, no entrará en el vestido.

—Ya, pero...

—¿Y qué se supone que hago ahora con él? A ver, cuéntame. ¿Lo troceo en cachitos y lo sirvo en el cóctel? ¿Lo vendo a precio de saldo en Wallapop? Me he gastado casi mil putos euros en ese vestido.

—Sí, claro... Es solo que...

Rocío asoma por detrás de la cintura de su prima y me lanza una mirada de «Tía, no la provoques». Charlotte sigue sin apartar la vista de mí, respira de manera agitada. Se ve que he tocado flota y voy a hundir el barco: está furiosa, da auténtico miedo. Tan alta, en la tarima, es igual que Godzilla... Y no dudará en arrancarme la cabeza de un mordisco como me atreva a discutirle.

—Es verdad, tienes razón —concluyo.

—Todo va a salir genial, Charlotte. Ya lo verás —afirma Rocío, y le acaricia el brazo.

Nos fulmina a ambas con la mirada. Estoy segura de que sería capaz de echar fuego por la boca ahora mismo de proponérselo.

La dependienta regresa justo entonces, viene acompañada de una señora vestida con una bata blanca y una cinta métrica colgada al

cuello. Rocío y yo soltamos el aire agradecidas por la interrupción.

—Charlotte, esta es Maricruz, nuestra modista —explica—. Te va a tomar medidas y a hacer algunas preguntas.

Las cuatro se ponen a hablar en tanto Maricruz pasea la cinta métrica por el cuerpo de Charlotte; Rocío escucha principalmente y, de vez en cuando, hace sus propias aportaciones, secundando siempre lo dicho por la futura novia. Yo regreso al banco.

Cruzo y descruzo las piernas. Hace tres minutos que debería haber llegado a la redacción.

# 15

## *Viggo*

—Si tomas café a estas horas, no pegarás ojo en toda la noche —digo mientras echo un vistazo a la cestita de infusiones.

—No creas, me gusta demasiado dormir.

Me giro hacia Ana, está sentada sobre una de las mesas de la cocina. Lleva una minifalda corta; muy muy corta, tanto que tengo que esforzarme para que sus piernas no acaparen toda mi atención.

«A los ojos, mírala a los ojos».

—Ajá. —Cabecea divertida al ver mi gesto—. Si me lo propusiera, estoy segura de que podría dormir semanas enteras. ¡En serio! —exclama ante mi mueca de recelo—. Siempre me cuesta horrores levantarme de la cama. Es como... una enfermedad, una maldición. Pero he aprendido a vivir con ello.

Sonrío y me pongo a calentar agua. Seguimos en la redacción, en la cocina, son las once de la noche pasadas y, otra vez, nos hemos quedado solos en la revista. Cuando he salido de mi despacho para estirar un poco las piernas, me la he encontrado sentada tras su escritorio. Se había puesto un bolígrafo sobre el labio, creo que intentaba que no se le cayera, y leía en la pantalla de su ordenador muy concentrada. Le he preguntado si me acompañaba a hacer un pequeño descanso, ha parecido aliviada.

—No en mi guardia, Bella Durmiente —digo, y cojo dos tazas. La oigo reír—. La cafeína es malísima a estas horas. Te voy a poner un

roibos, que no tiene y es muy sano.

—¿Sabías que el roibos se usa precisamente para combatir el insomnio? Es justo lo peor que le puedes dar a alguien con mi «patología».

Me río con fuerza; me vuelvo y le ofrezco una taza. Compruebo entonces que Ana balancea las piernas de delante hacia atrás sentada todavía sobre la mesa. No para quieta, parece una niña traviesa.

«A los ojos, mírala a los ojos».

—Tampoco es que tengamos mucho donde elegir. —Le muestro la cestita de infusiones—. Hay manzanilla, menta poleo..., anís...

—Café, Coca-Cola —termina por mí.

Niego con la cabeza, lo hago categórico.

Ella resopla y apoya la taza en uno de sus muslos. Con el gesto, la mirada se me escurre involuntariamente hacia la franja de piel descubierta. Recuerdo de pronto lo suave que es (justo ahí) y noto un pequeño estremecimiento.

Cojo aire.

—Te comportas como el Grinch de la cafeína, lo sabes, ¿no? —dice.

—Y tú eres un poquito yonqui.

—Es mi medicina, la necesito para curarme. Para trabajar —se defiende.

Exhalo una risotada, ella también se ríe. Coge su taza y se la acerca a los labios, le da un pequeño sorbo y, de repente, se hace la dormida.

—Eres una payasa —digo divertido.

Vuelve a reír. Creo que trasnochar y trabajar tantas horas seguidas le afecta, y en el buen sentido. Doy también un trago a mi bebida, el amargor de la taza invade mi boca. Paladeo.

—Humm... No soy mucho de té —comento—, pero ¿es normal que sepa tan mal?

—En primer lugar, el roibos no es té. Proviene del *Aspalathus linearis*, la planta del té es la *Camellia sinensis*. —La miro sorprendido—. Y en segundo lugar... Sí, este es horrible. Me da que está pasado.

Deja la taza a un lado, yo hago lo mismo sobre la encimera.

—Bien, pues..., ¿quieres agua? —digo frotándome las manos como si fuera un barman. Ella suelta una carcajada; es de esas eléctricas que te sacuden todo el cuerpo—. No te rías, es lo único que puedo ofrecerte, lo único que hay aquí sin cafeína. —Pero no deja de reír—. ¿Con hielo entonces?

—No, gracias. He tenido suficiente. —Coge aire, tratando de respirar—. ¡Ay, Dios! —Niega con la cabeza y vuelve a inspirar—. ¿En Londres no tomabas té?

—¿Qué?

—Has dicho que no eras mucho de té —insiste.

—Ah, sí. No, qué va. Lo odio.

—Pensé que en Inglaterra era obligatorio tomarlo. —La diversión le curva las comisuras de la boca y le forma esos hoyuelos adorables en las mejillas.

Qué guapa es, por favor.

Es bonita hasta decir basta.

Mis ojos vuelven a descender hasta sus piernas, se deslizan por su cuerpo, por esas curvas (tanto tiempo y tan injustamente escondidas), hasta alcanzar de nuevo su minifalda.

Garbancita me pone nervioso.

Garbancita me pone... ¿tenso?

Garbancita me pone, y mucho.

—¿Viggo? —inquiere mientras contrae el ceño.

—Eh..., sí. Sí, muy obligatorio lo del té. —Carraspeo tratando de regresar a la conversación—. De hecho, si no amas su earl grey, directamente los ingleses te marginan. Te conviertes en un paria.

Ella cabecea afirmativa sin dejar de sonreír.

«Le daría un mordisco a su labio inferior... Pondría mis manos sobre sus muslos y...

»¡A los ojos, joder!».

Vuelvo a toser.

—Esto... Son muy estrictos allí con todo lo del té.

—Ya veo...

—Unos auténticos cabrones —añado—. Tenía que beberme el café a escondidas, les decía que era té con leche.

La risa se le escapa de repente por la nariz, se tapa la boca. Yo también me río.

—Vaya, pobrecito... Todo lo que tuviste que hacer para no ser un pobre paria.

—Qué te puedo decir, no siempre es fácil integrarse. —Encojo los hombros—. De vez en cuando, por si acaso, también gritaba muy fuerte y sin venir a cuento un *«God save the Queen»*. Así, de pronto, mientras todos trabajaban. Y ya, con eso, los despistaba a todos. Me tomaban por uno más.

—¿Cómo dudar de ti?

—¿Verdad? —Sonrío también—. Emigrar es más complicado de lo que dicen.

—Lo tendré en cuenta si algún día decido marcharme a Inglaterra.

—Tú no podrías irte a Inglaterra.

—¿Cómo que no? ¿Por qué? —protesta indignada, y está guapa incluso así.

La observo unos segundos con suficiencia, solo para molestarla. Ella insiste con un gesto.

—Eres demasiado impuntual, Garbancita —digo—. Desde que estoy aquí, creo que no te he visto llegar ni un día a tu hora. Los ingleses no son como yo, te odiarán.

Abre la boca sorprendida...

Y la cierra de golpe.

Se me escapa una carcajada mientras compruebo que se le colorean las mejillas.

—Eh..., sí, bueno..., pero... —Carraspea, no sabe dónde meterse. Yo sonrío; estoy siendo cruel, lo sé—. Pero... mírame ahora —añade —, son casi las doce y aquí sigo, en la redacción, dando el callo. Eso compensa, ¿no?

—Sí..., en cierta forma...

—Y no se va a repetir —me interrumpe—. Yo no quiero llegar tarde... No es que no me importe mi trabajo. Me importa mucho conservarlo, ¿sabes? —Me doy cuenta entonces de que se ha puesto nerviosa de verdad, de que la conversación ha dejado de ser divertida y yo, en el fondo, solo estaba bromeando, quería vacilarle un poco—. Ha sido por algo personal, pero esta semana lo soluciono sin falta. Te lo prometo, Viggo...

—Ana, Ana. Tranquila. —Me acerco a ella y le pongo una mano en la pierna, lo hago en un acto reflejo, sin pensar, pero noto de inmediato una especie de corriente eléctrica.

¡Joder!

—Eh... Quiero decir que... —continúo. Si antes estaba roja, Garbancita parece estar ahora en llamas. Hasta le cuesta respirar con normalidad—. Creo que estás haciendo un trabajo genial. —Hago una pausa—. Por fin.

Pestañea confundida.

—¿Por fin?

—Nada, estoy de coña. —Sonrío—. En serio, sé que te lo estás currando mucho.

Durante unos segundos, me observa detenidamente. Tiene los ojos entrecerrados y no dice nada, como si no las tuviera todas consigo.

—Sí... —comienza a decir—, me lo estoy currando mucho. Y encima sin café.

—Cierto, y sin café.

—Y con infusiones caducadas —dice también.

—Y con infusiones caducadas. —Asiento con la cabeza; a ella también se le empiezan a curvar las comisuras de la boca hacia arriba.

—Quizá hasta deberíais subirme el sueldo —apunta, y dejo de asentir al instante.

«¿Qué? ¿Perdón?».

Suelta una carcajada. La miro sorprendido, pero ella es incapaz de parar de reír, hasta apoya una mano en mi hombro para sostenerse. La imito, la situación es surrealista: aquí los dos, juntos, y tan tarde.

—¿Estás seguro de que eso era roibos? —pregunta casi sin aliento.

Noto como si el pecho se me hinchara; se me llena de calor, me quema... No sé explicarlo, pero es muy placentero. No aparto la vista de ella, y tiene una sonrisa preciosa... Aunque con esa boca es imposible que no lo sea. En forma de corazón o de fresa, dan ganas de besarla.

Porque Ana es una fresita, huele como ellas.

Sabe como ellas.

Y sus piernas... «Dios». Sigue sin dejar de moverlas, de delante hacia atrás y vuelta a empezar. Con esa minifalda al límite del saber estar que me impide pensar con claridad.

La tensión se me empieza a acumular en una parte muy estratégica del cuerpo. Tomo una bocanada de aire, siento que de pronto me falta oxígeno en el cerebro. Ella continúa riendo, ajena a todo lo que provoca en mí. Me recuerdo que tiene novio y, más importante, que yo soy su jefe y que estamos en el trabajo.

Carraspeo incómodo por la situación.

—Vamos, cielo. Es tarde, tenemos que irnos —digo.

Ana deja de reír.

Y cómo me jode que haya dejado de hacerlo.

# 16

## *Ana*

Febrero es sin duda el mes más frío del año. Contra el cristal de mi ventana, en la redacción, golpea una lluvia furiosa. Siento pena por mi limonero, lleva días sin ver el sol. Mi móvil vibra otra vez sobre mi mesa, suelto un bufido. Es mi madre, ha estado toda la mañana llamándome. Lo guardo en el cajón: sea lo que sea, ahora no puedo, estoy trabajando.

Cliqueo con el ratón y cierro el segundo de mis artículos. En este analizo las virtudes de aplicar el *feng shui* donde practiquemos deporte para generar una influencia positiva y armonía del espacio. Básicamente: dónde colocar las pesas (para que quede guay) y la importancia de que la bicicleta estática esté orientada al este. Me pareció una idea original y, sinceramente, mi padre lo agradecerá. Su sótano es mitad gimnasio, mitad taller carpintero, no hay influencia positiva ni nada, todo huele a cerrado y, si te despistas, puedes tropezar con un martillo o con una banda elástica.

Los clips de mi cajón chocan entre sí. Resoplo, al final me va a dejar sin batería. Saco y descuelgo el móvil.

—Mamá, estoy trabajando y tengo mucho lío...

—Con una madre siempre hay tiempo para hablar —replica—. Además, tengo algo que decirte, hija. Y es muy importante.

Silencio.

Espero.

Tose.

¡Qué dramática es, por Dios!

—No me gusta Pedro.

—¿Quién? —pregunto.

—¡Pedro! ¿Quién va a ser, hija? ¡Tu novio!

Ah, sí. Pedro, mi novio ficticio, el que se inventó Charlotte en mi cumpleaños, el periodista tocón de la redacción, el que canta borracho.

—Ana, tienes que saberlo. —Pausa deliberada—. Te es infiel.

«¡Vaya!».

Mi madre carraspea al otro lado de la línea y continúa.

—No tengo pruebas todavía, pero tampoco dudas. Lo he agregado a Facebook y me ha aceptado. ¿Qué clase de hombre con pareja acepta a una total desconocida? Y...

—¿Facebook? —la interrumpo; mi madre, del ordenador, solo sabe cómo funciona el *Buscaminas*—. ¿Desde cuándo tienes Facebook?

—Desde hace una semana..., para hacer mis pesquisas. *Por ti* —recalca—. Tú nunca me cuentas nada. He tenido que hacerme un perfil falso...

—¡¿Te has hecho un perfil falso?! —grito. Lidia se vuelve hacia mí sorprendida.

—Ajá, y él me ha aceptado. No me gusta, cariño. No es trigo limpio. Hemos estado hablando y coqueteaba conmigo. ¡Uy, sí! ¡Un montón! Es un fresco, Ana. Quiere que quedemos.

—Pero ¿qué foto te has puesto?

—Unas que encontré por internet, de una modelo...

—¡MAMÁ!

Lidia arruga el ceño, ha dejado incluso de escribir.

—Hija, te lo digo para que lo dejes. Es un sinvergüenza. Además, se está quedando cerilla, en las últimas fotos que me ha mandado

se le ven unas entradas enormes. ¡Y divorciado, Ana! No podrás casarte por la Iglesia. Tú no quieres eso. No, no, no. No es para ti.

Me froto los ojos. No falla, es hablar con ella y darme dolor de cabeza.

—¿Ana? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, mamá. No tienes de qué preocuparte. Rompimos hace unos días. —Ignoro la mueca de confusión de Lidia, está flipando con los retazos de conversación—. ¿Vale?

—Me alegro, hija. No sabes cuánto.

—Bueno, mamá. Tengo que trabajar, te llamo...

—Espera, Ana. Quería decirte otra cosa más —me interrumpe—. He encontrado al chico perfecto para ti, por eso te llamo en realidad. —El tono de voz se le ilumina—. Se llama Jaime, tiene treinta y cinco años y es abogado. Le gustan los perros, ¡y es católico practicante!

—Mamá...

—No, no, espera. Vive muy cerca de ti. O tiene el despacho muy cerca, no me he enterado del todo bien. Justo en la calle de atrás de tu trabajo.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? ¿De qué lo conoces?

—De Facebook.

—¿De Facebook?... ¿Has hablado también con él?

—No, con él no. Jaime no ha aceptado mi solicitud de amistad. Te lo digo, Ana, es un buen chico...

—¿Y entonces?

—De lo que he visto también en su perfil y en internet. De algo llamado Linki.

«¿Linki?...».

—¿LinkedIn?

—¡Eso, LinkedIn! Le he escrito para ver si quería conocerte, le he dicho que eras una chica...

—¡¡QUE HAS HECHO ¿QUÉ?!!

Lidia me hace un gesto para que baje la voz, algunos compañeros de las mesas cercanas se asoman por detrás de sus ordenadores (Pedro incluido).

—Hija, lo he hecho por ti. Pero no me ha contestado, ¡y mira que le he escrito como unas siete veces!

Apoyo la frente en la mesa y me golpeo con ella. ¡Está loca, está loca...!

—Creo que sería bueno que te acercaras a su oficina, como quien no quiere la cosa, y hablaras con él...

—¡¿Qué?! —grito en un susurro.

—¡Ay, ya sabes! Finge que tienes un problema laboral o... con el alquiler, algo que te haga necesitar un abogado.

Mi madre está para que la encierren; en una de esas habitaciones acolchadas, con una camisa de fuerza (muy muy prieta)... ¡y sin nada de internet!

—Mamá, tengo que colgar, en serio.

—Pero ¿lo harás? Te paso ahora la dirección. Ah, y ponte la blusa que te regalé por tu cumpleaños, ¿vale? Vete mona, Ana. Nada de vestidos con flores.

Cuelgo.

* * *

Es de noche y aquí sigo, en el trabajo. Las luces led iluminan la estancia y el murmullo constante de los sonidos de la redacción son ahora sustituidos por un silencio pesado y mi tecleo solitario en el ordenador. Estiro el cuello hacia un lado, después hacia el otro: no despego los ojos de la pantalla.

Estoy agobiada, y es en gran parte por culpa de Charlotte: dispone de mi tiempo, de mi agenda, como si le perteneciera. Hoy he vuelto a llegar tarde al trabajo por su culpa, y eso que se lo he dicho, la he avisado, le he repetido varias veces que me tenía que ir; pero no ha habido manera: «Ay, Ana, solo es un momento», «¡Jolín, Ana! Ya acabamos», «Esto es importante, Ana, solo me voy a casar una vez»... Sabe que las cosas van mal en *Deporte y bienestar* y todo lo de la nueva revista, está siendo muy egoísta.

Y no me gusta esta versión de ella, casi parece una desconocida. Charlotte siempre ha sido una chica positiva y relajada, una chica amiga de sus amigas, que se preocupa de verdad por ellas. Cuando éramos pequeñas recuerdo que incluso se pegó con Carla Báez —una niña de sexto que nos sacaba tres años y siete cabezas—, todo porque esta, que había cogido por costumbre meterse conmigo a la hora del recreo, decidió dar un paso más y bajarme el pantalón de gimnasia delante de todo el mundo. Charlotte se pasó el verano entero con el brazo escayolado (Carla era una mala bestia), pero consiguió que dejara al fin de meterse conmigo.

Así ha sido siempre ella, o al menos hasta ahora.

Estiro la espalda en la silla levantando los brazos. Uno, dos segundos. Me duele toda la zona lumbar. Regreso al ordenador y cliqueo con el ratón para abrir mi correo electrónico.

Me he estado quedando toda la semana en la redacción hasta casi las doce de la noche para recuperar horas. Aquí. Sola. Aquí sola con...

Miro hacia el despacho de Viggo. La puerta está cerrada, pero sé que está dentro. Hemos tenido varios «descansos-encuentros» más en la cocina, cada noche que hemos coincidido los dos solos en la redacción. El martes, por ejemplo, probamos juntos el menta poleo (no imaginé que pudiera ser tan cabezón con lo de la no cafeína), y

ayer nos atrevimos con el anís (culpa suya, desde el principio le dije que sería una mala idea).

Hoy, jueves, imagino que tocará la manzanilla...

Sonrío (mucho, como una auténtica imbécil).

Abro el siguiente e-mail de mi bandeja de entrada. San Valentín se acerca y tengo muchas más consultas, especialmente del tipo «¿Cómo saber si le gusto?», «¿Cómo consigo que se tome en serio lo nuestro?» o, como la última que acabo de leer, «¿El sexo oral cuenta como regalo?, estoy algo escachada de pasta este mes».

Viggo sale de su despacho, me busca directamente con la mirada.

*Pum-pum, pum-pum, sus brazos alrededor de mi cuerpo, pum-pum.*

Trago saliva.

Hoy está especialmente guapo. Lleva una camisa azul que realza el turquesa de sus ojos; es de algodón y está un pelín arrugada de todo el día. No se ha afeitado y una fina capa de vello le cubre la mandíbula. Tiene pinta de canalla, de dejado sexy, de venir de hacer cosas malas...

—¿Vamos? —Cabecea hacia la cocina, la sonrisa le llena la cara.

Me levanto recolocándome la falda.

Una parte de mí jurará que el minivestido rojo cereza que llevo lo he elegido esta mañana por casualidad, de forma inocente. Pondrá la mano sobre la Biblia y declarará, si es preciso, que nada ha tenido que ver en la elección la esperanza vaga de acabar bebiendo infusiones caducadas a altas horas de la noche con el jefe (el cual es un calco del prota de *Outlander*).

Por supuesto que no. Es culpa de Rocío, que tiene un estilo muy de estrella del porno.

Porque lo que Lord Voldemort y yo tenemos es cordialidad. Somos solo dos personas educadas que tienen que coexistir en el mismo

espacio. ¿Coqueteamos? Yo no diría que tanto. Porque él no me gusta y yo segurísimo que no le gusto tampoco. Porque trabajamos juntos y él respeta muchísimo las normas de la empresa (que yo también, claro). Porque nos llevamos mejor ahora, pero han sido muchos años odiándonos (al menos por mi parte). Porque siempre será El-que-no-debe-ser-nombrado.

Porque... mil cosas más.

Viggo me cede el paso y entro primero a la cocina.

—Hoy tengo una sorpresa —oigo que dice a mi espalda—. Ya verás.

Me siento sobre una de las mesas y cruzo las piernas. Este vestido es tan corto que, si no me ando con cuidado, perderé toda mi elegancia. Viggo se planta frente a mí, muy cerca, con mis rodillas tocando la tela de sus vaqueros. Saca un sobre marrón del bolsillo y me lo enseña; es pequeño, como una minibolsita *kraft*.

—No pienso tomar cocaína —digo muy seria.

Se queda a cuadros, flipando durante unos segundos. Suelto una risotada al ver su cara sin poder evitarlo. No sé qué me pasa últimamente con él, pero me da siempre como la risa boba.

—Genial, Garbancita. Eso sería mucho mejor que un café a las tantas. —Sonríe también—. ¿Sabes qué es?

—No, ¿qué?

No contesta, se gira hacia la encimera dándome la espalda.

—He creído que ya habíamos tenido suficiente con el muestrario de infusiones rancias de la oficina. Trabajamos mucho —continúa, y levanta el brazo para alcanzar las dos tazas—, nos merecemos algo bebible para nuestros más que justos descansos.

—Siempre podríamos tomar café como la gente normal.

—No, señorita. Nada de cafeína pasadas las seis, lo sabes. No es bueno para la salud.

Trato de camuflar mi risa con un ataque de tos.

El-que-no-debe-ser-nombrado se pone a calentar agua. No veo muy bien lo que hace, su espalda lo cubre todo. Se pueden distinguir muchos músculos bajo la tela, se dibujan como una máquina bien engrasada. Viggo debe de ser el típico machito levantapesas del *gym*.

¿A qué gimnasio irá?

¿Y a qué horas?

Se gira y me ofrece una de las tazas.

—Dime qué te parece.

La cojo. Huele muy bien, como dulce... Es un olor que me es familiar.

—¿Qué es? —Acerco la nariz a la taza.

—Regaliz.

—¿Regaliz? ¿En serio? —Me la llevo a los labios, está riquísimo.

—Sí, con hojas de estevia y clavo. La mezcla la preparan en una tetería que he encontrado.

—¿Dónde? —pregunto.

—Qué más da, ¿está rico? —Lo prueba también.

—¿Sabías que el regaliz es un antidepresivo natural?

—¿Y de sabor qué? ¿Te gusta?

—Está riquísimo. Aunque dicen que no es bueno abusar del regaliz —digo, y bebo un poco más.

—Siempre puedo darme otro salto a Las Rozas y comprar la mezcla que tenían de frutos del bosque, casi me la llevo también.

—¿Te has ido tan lejos? ¿Hasta Las Rozas? —Lo miro sorprendida.

—Sí, pero me pillaba de camino. —Viggo va hasta la encimera y se estira para alcanzar la parte alta del armario (es un hombre enorme, yo necesitaría una escalera de bomberos). Al hacerlo, la camisa se le

levanta por detrás y se le tensa sobre la piel: puro músculo—. Lo voy a dejar aquí escondido para nosotros, para la próxima vez.

Me llevo la taza a los labios para ocultar la sonrisilla de pava que se me ha formado en la cara. Me siento como una niña mimada: Las Rozas está a media hora del centro con suerte...

¿Y ha dicho «próxima vez»?

Un calor nervioso me recorre todo el cuerpo.

—¿Qué tal vas con los artículos? —Se gira hacia mí.

Carraspeo. Sé que me he puesto roja.

—Bien, muy bien. Mañana espero empezar con el cuarto si termino con las consultas. —Viggo asiente mientras bebe. Yo trato de respirar con normalidad, de que no se note que de pronto me he montado mis propias películas—. Eh..., sí. Tu consejo ha sido de gran ayuda. Lo de pensar en un lector ideal. Me ha salvado.

—Me alegro.

—Y... ¿y tú? ¿Pensabas en alguien cuando escribías notas de prensa de novelas románticas?

Viggo sonríe, pero no dice nada.

—¿Tenías un avatar?... ¡Lo tenías! ¡¿Quién?! —insisto. Él niega con la cabeza sin dejar de sonreír—. ¡Oh, venga, dime! ¿Quién era? ¿Una amiga?... ¿Una novia?

«¿Viggo tiene novia?».

Suelta una risotada y deja la taza sobre la encimera. Espero expectante una respuesta mientras tengo cuidado de que con el movimiento mi falda no descubra el color negro de mis braguitas.

—¿Quieres saberlo?

—¡Sí! —casi grito.

Se rasca la barbilla pensativo. Debe de divertirle la situación, tenerme en ascuas y pendiente de él.

—¡Oye!

—Mi madre.

—¿Tu madre? —Arrugo el gesto.

—Sí, mi madre. ¿Algún problema?

—No. Pero es que no te pega eso de ser un «niño de mamá» —pronuncio con retintín.

—Quiero a mi madre.

—Como todos los «niños de mamá».

Viggo suelta una carcajada, yo también lo hago. Me resulta extraño, tan grande, tan serio en el trabajo, con esa pinta de leñador vikingo..., ¿y luego tan blandito?, ¿como un osito de peluche?

—Tú piensas en tu padre y yo pensaba en mi madre. —Se encoge de hombros—. A ella le encantan todas esas chorradas románticas.

—¡No son chorradas!

—Cómo no, Garbancita. ¿A ti también te gustan? —Pone los ojos en blanco—. Lo mejor de esas novelas era cuando la autora escribía los pensamientos del personaje masculino. Muy cómico.

—¿Qué quieres decir?

—Que ningún hombre en la vida real pensaría así: «obsesionado con el olor envolvente de su pelo» o «la luz ambarina de sus ojos»..., «que le hace sentirse fuerte y débil al mismo tiempo» —pronuncia burlón—. Un tío normal estará a otras cosas, a otras partes de su anatomía, de hecho.

Abro la boca entre asombrada e indignada; al ver mi gesto, vuelve a reír.

—Te equivocas —digo.

—¿Tú crees?

Asiento. No me va a fastidiar *Amor en la tarde*, *Y entonces tú*, *Cuando el cielo se vuelva amarillo* o... ¡prácticamente todos los libros de mi estantería! Ni de coña.

—Garbancita, cuando estamos con una chica, no pensamos. Muchas veces ese es justo nuestro problema.

—Dirás que tú no piensas, a secas.

Lord Voldemort se carcajea.

—No, ninguno, Ana.

—Eso es muy triste.

—Pero muy cierto. —Sonríe pícaro y tengo que hacer un esfuerzo para que las comisuras de la boca no se me vayan hacia arriba, no quiero darle la razón: me niego.

—Me da igual lo que digas, prefiero la versión de la escritora —contraataco—. Seré una cursi, pero me gustan los amores profundos, inteligentes, que lo superan todo para estar juntos; los atardeceres en un lugar escondido, en ese sitio secreto donde el prota masculino, *lleno de profundidad emocional* —recalco, y a Viggo se le escapa otra carcajada—, reflexiona en soledad y donde termina haciendo el amor con la chica que le ha roto todos los esquemas. Una versión de hombre que no solo se haya fijado en el culo y las tetas de la heroína, sino que además sepa el color de sus ojos.

—Cuánta presión debe de tener tu novio.

La sonrisa se me muere al instante, toda la alegría se evapora de mi cuerpo. Me quedo fría, hueca. Acerco mi taza a los labios para disimular.

Silencio. Viggo deja entonces de reír.

—¿Ana?

—Eh..., sí, sí.

—Oye, estoy de broma. —Se aproxima y me pone las manos en los hombros—. No te enfades.

—Ernesto se va a casar con otra. —Veo cómo los ojos de Viggo se abren de golpe. Asiento—. Sí. Él me había dicho..., o yo le entendí... Me enteré por Facebook.

—Ana... —Me abraza, el gesto me coge totalmente por sorpresa.

Su pecho huele a limón, a feromonas adictivas que doblegan la voluntad..., y creo que también un poco a almizcle. Espiro como si soltara un peso. Siento muchas ganas de acurrucarme, de esconderme entre sus brazos, de no salir jamás.

Pero mi corazón...

Mi corazón ha empezado a latir como un conejillo asustado, tan rápido que es doloroso.

—Ahora estoy con otro. No importa, estoy genial —añado un poco agobiada.

Viggo se aparta para estudiarme la cara; preocupado también está terriblemente guapo.

—Ajá. —Cabeceo—. Paolo, un chico italiano. Nos conocimos cuando salía de otra cita y quedamos la semana pasada, nos va bien —vomito las palabras muy nerviosa. Su turquesa me atraviesa por dentro, parece que pueda ver mi interior—. Sí, sí. Bueno, aún no nos hemos besado, pero es pronto, quiero decir...

«¿Por qué le estoy contando esto?».

—No sé..., nos estamos conociendo todavía —añado—. No creo que signifique nada que no nos hayamos besado; no significa que seamos solo amigos ni nada por el estilo. Él me ha vuelto a escribir.

*Pum-pum-pum-pum-pum-pum-pum-pum-pum-pum-pum-pum-pum-pum-pum...*

Viggo me dedica una mueca extraña, entre alucinado y divertido. El calor me sube a la cara: ME QUEMA.

—Tú, como hombre...

—¿Yo, como hombre? —repite, la risa entrecorta sus palabras.

—Sí, tú, como hombre..., ¿qué opinas? ¿Es normal que no me haya besado?, ¿una mala señal? Porque la cita fue superbién, hablamos un montón y me hizo muchísimas preguntas. Si no le

gusto, ¿por qué tanto interés, a ver? —Sé que sueno un poco indignada, y puede que lo esté.

—Ana, ¿qué quieres saber? ¿Por qué no te besó? No sé, a lo mejor...

—¿Tú me habrías besado?

# 17

*Ana*

Es decirlo y darme cuenta, desear desaparecer, que la tierra me engulla entera. «¿Le acabo de preguntar a mi jefe si me besaría? Joder, joder, joder». Viggo abre mucho los ojos, estamos a menos de medio metro y tengo que alargar el cuello para verlo flipar en colores. «¡No, no, NOOO!».

—¿Cómo?

—Esto... Quiero decir. —Me muero por la vergüenza—. Si tú hubieras tenido una cita muy agradable con una chica, no conmigo, sino con una chica..., eh..., que yo no conozco, desconocida. Y le hubieras dicho que es bonita y hubieras mostrado todo el rato interés por ella, sería porque en realidad querrías besarla, ¿no?

Lord Voldemort trata de no reír. Me arden las mejillas, debo de tener quemaduras de tercer grado.

—Sí, claro. Si la chica me gusta, por lo menos lo intento y la beso.

—Vaya... —Suelto el aire y hundo los hombros—. Tendré que volver a Tinder.

—¿Estás en Tinder?

Lo miro de soslayo, Viggo sonríe burlón.

—Estaba —contesto—. ¡Maldita sea, creí que le gustaba!

—¿Y a ti te gusta ese comerraviolis?

Levanto la cabeza asombrada, asombrada porque ni siquiera me lo he planteado en serio: ¿me gusta Paolo... o solo quiero gustarle?

—¿Ana?

—Claro que me gusta. Eh..., sí. Es muy buen chico.

—¿Y dices que te ha vuelto a escribir?

—¡Sí, sí! Quiere que nos veamos este sábado, se lo pasó muy bien... ¿Crees que quiere que seamos amigos? ¿O significa que le gusto? —Él no contesta. Meneo la cabeza agobiada—. Qué complicado es todo esto de las citas, no debe de ser ni bueno para la salud.

El-que-no-debe-ser-nombrado resopla una carcajada.

—Ana, relájate. —Me pone otra vez las manos sobre los hombros. Me encanta sentir su peso, son cálidas y grandes, dan cobijo. Hacen que todo se me remueva por dentro—. Si te ha vuelto a decir de salir, quizá solo le faltaron agallas para dar el paso. Puede que ahora mismo esté en su casa dándose cabezazos contra la pared por no haberse lanzado.

—¿Tú crees? —pregunto esperanzada.

Él se encoge de hombros.

—¿Y si no me besa otra vez? ¿Y si volvemos a tener una cita maravillosa, en la que saca al fin un catálogo de Ikea, la cita termina y de nuevo no nos besamos? —Ignoro la mueca de confusión de Viggo y continúo—: ¿Y si quiere que solo seamos amigos?, ¿es gay y está buscando una tapadera porque su familia es del Opus y trabaja para el Vaticano?

—¡Pues bésalo tú!

—¡¿Yo?!

—¡Claro, mujer!

—¡Dios, no! Imagínate que me rechaza.

—Pues pasas de él. ¿Tanto te gusta?

—¿Qué? ¡No! Pero me moriría de vergüenza. Seguro que me desmayaría, me daría un ataque y caería fulminada al suelo.

Viggo no puede parar de reír, se lo está pasando pipa a mi costa. Lo fulmino con la mirada para que pare.

—También podrías insinuárselo. Darle pistas para que le eche huevos.

—¿Cómo se hace eso? ¿Hay algún tipo de señal? ¿Algún gesto que en el argot de ligar signifique que quiero que me besen? ¡¿Te puedes dejar de reír?! ¡Oye, venga, dime!

—No puede ser... —Lord Voldemort se cubre la cara, entre los dedos veo que le brillan los ojos.

—¿Cómo sabes tú que una chica quiere que la beses? ¿O te lanzas siempre en plan kamikaze, así, al peligro? Hay señales, ¿verdad? ¡Tiene que haberlas!

—Sí, claro que las hay...

—¡¿Cuáles?! —Estoy sentada tan al filito de la mesa que parece que le vaya a saltar encima.

—Humm... Que te mire la boca.

—¿En serio? ¿Eso es todo?

—No, Garbancita. Si la chica se rasca la ceja izquierda con el dedo anular de la mano derecha, es que quiere tema. Pero si se rasca la otra, ni lo intentes.

Abro la boca. «¿De verdad?».

El-que-no-debe-ser-nombrado empieza a descojonarse. Apoya un brazo en la mesa, cerca de mí, para sostenerse incluso.

—Eres imbécil.

—¡Ana, por Dios! ¿Qué esperabas? ¿Señales de humo? ¿Una palabra contraseña?

—¡Pues sí! —«¿Cómo es que esto no se le ha ocurrido a nadie antes?, lo simplificaría todo».

—También puedes..., no sé..., sonreírle de forma sugerente, buscar cualquier excusa para tocarlo. Mojarte los labios...

¡Mordértelos!, eso nos vuelve locos. Quizá... —Me estudia con la mirada—. Acercarte lo suficiente, acercarte bastante, ponérselo fácil.

—¿Cómo? —Me levanto y me quedo frente a él.

—¿Qué?

—¿Que cómo lo hago? —Lo miro a los ojos y me inclino hacia su cuerpo—. ¿Algo así? ¿Sería suficiente?

—Ana, por favor... —Vuelve a reírse, noto que las mejillas se le colorean un poco. ¿Se ha ruborizado como una colegiala?, ¿está nervioso?

—Venga, esto es importante. ¿Así? —Me inclino un poco más. Su desodorante hace que me den ganas de incrustar la cara en su camisa, de ponerme a inhalar como si estuviera buscando trufas. Es muy frustrante.

«¡Vamos, concéntrate! No quieres volver a Tinder», me digo para no despistarme.

Levanto la cara en busca de algún gesto de asentimiento que confirme que lo estoy haciendo bien. Viggo me observa desde arriba, ya no hay ningún resquicio de diversión en su rostro, me examina muy serio. De pronto siento que las rodillas me vencen y el corazón comienza a tamborilearme por dentro de un modo salvaje.

*Pum-pum-pum-pum-TURQUESA-pum-pum-pum-pum-TURQUESA.*

Va a toda leche.

—No, Ana. Tienes que acercarte un poco más.

Trago saliva y obedezco. Estoy tan cerca que mi pecho (que sube y baja muy rápido, de una forma delatora) toca el suyo, duro.

—Más —dice con voz ronca.

Su aliento roza mi cara, manda un cosquilleo a mi tripa. No dejo de mirarlo a los ojos, a ese azul infinito, sin fondo. Viggo baja la vista a mi boca y algo se agita con más fuerza en mi interior, algo que corre hacia abajo, que quema, que me humedece.

«Dios...».

—Sí, Ana. Así —susurra.

Tardo unos segundos en reaccionar, retiro mis manos de él (no sé en qué momento las he puesto sobre su camisa azul) y me echo hacia atrás confusa, mareada y con el pulso a mil por hora.

—Gracias —consigo decir, me cuesta respirar.

—Para lo que necesites, cielo.

* * *

Hoy viernes hemos quedado en la boutique de Serrano donde Charlotte encargó los vestidos de las damas de honor; vamos a buscar uno para Belén. En un principio, pensaba librarme usando el trabajo como excusa (lo que habría sido mucho mejor que lo que había dicho Rocío: «Tengo cejas, no puedo»), pero Belén me pidió (o, más bien, me suplicó) que viniera, que ella sola no podría con la *bridezilla*.

—Tienes que venir, Ana. Dicen que el estrés es malísimo para el feto y, últimamente, no puedo con Charlotte, me pone de los nervios.

—Estoy a tope de trabajo...

—Vale, pero, cuando tu sobrina nazca con once dedos —está convencida de que es una niña—, será por tu culpa.

No podría vivir con eso en mi conciencia, y aquí estoy.

Empujo la puerta de cristal de la boutique, un local coqueto de paredes mostaza y techos altos. Belén se me echa encima nada más verme.

—Qué bien que al fin hayas llegado —dice junto a mi oreja mientras me abraza—. La voy a matar, no hay quien la aguante. —Levanto la cabeza por encima de su hombro. Charlotte está al fondo,

hablando con la dueña de la tienda—. Te juro que va a conseguir que termine no yendo a su boda.

—Tranquila, tú respira —respondo, y aprovecho para poner la mano en su vientre, una costumbre que he cogido desde que su embarazo se hizo oficial—. No es ella misma últimamente.

—Ya, pero, si alguna tiene excusa para que se le vaya la pinza, esa soy yo: no sabes cómo tengo las hormonas ahora mismo.

Sonrío.

—¿Chicas? —Nos giramos, Charlotte nos hace señas para que nos acerquemos.

Caminamos hasta ellas. La dueña del establecimiento es una señora elegante de edad indefinida; creo que se llamaba Agatha. Las saludamos con dos besos.

—Necesitamos un vestido para Belén —comenta Charlotte—. ¿Recuerdas el «problemilla» que te conté? Pues dentro de unos meses ya será imposible de ocultar.

Apuesto la mano y no la pierdo a que ahora mismo Belén le sacaría los ojos por llamar «problemilla» al fruto de sus entrañas. Sin embargo, veo que mi amiga inspira hondo, como en una de esas inhalaciones tan típicas del parto.

—Enhorabuena —dice la señora—. Tenemos unos vestidos preciosos para embarazadas, estoy segura de que encontraremos el perfecto para ti.

La toma del brazo con delicadeza y la guía hasta otra sala de la tienda, nosotras las seguimos. Hay filas de percheros en las que cuelgan vestidos para invitadas de boda, vamos hasta una sección más apartada.

—Tenemos algunos vestidos premamá de un verde muy parecido al que has elegido para las damas de honor, Charlotte —comenta Agatha—. Iría perfectamente conjuntada con el resto.

—No. Como ella no va a ser ya dama de honor, prefiero que vaya de un color totalmente distinto.

Me pongo al otro lado de Belén y la cojo del brazo.

—Vale. —Agatha examina los vestidos hasta sacar uno rosa—. Mirad este, le iría estupendo. Es muy elegante.

—¡Hala, qué bonito! —Sonrío y doy un apretón cariñoso a Belén. Ella me devuelve la sonrisa un poco forzada.

—Sí, está bien. Pero ¿qué más tienes? —pregunta Charlotte.

Agatha nos va sacando vestidos. Finalmente, nos decantamos por uno azul marino, de corte recto, y por otro rojo, en seda. No sabemos cuál elegir y los hemos colgado juntos para analizarlos mientras Agatha nos ha ido a buscar algo de beber; es una mujer muy dulce.

—Yo creo que el rojo —comento—. Es espectacular.

—Humm... No sé —dice Charlotte.

—¿A ti cuál te gusta más? —pregunto a Belén.

—Los dos son superbonitos. Pero creo que también me gusta más el rojo. —Sonríe, parece más animada que cuando he llegado.

—Ya, pero el azul oscuro estiliza. Te verás mucho más delgada con él —apunta Charlotte.

Y lo veo, el minigesto en la cara de Belén; dura un nanosegundo, como una pulsación. Lo oculta tras una inhalación forzada y suelta la tela del vestido rojo como si este le hubiera dado un calambrazo.

Miro a Charlotte, tan absorta en sí misma que parece no darse cuenta (o no interesarse) de lo que ocurre a su alrededor, de nada que no tenga que ver con su estúpida boda, cosa que sucede ya desde hace demasiado tiempo.

Y me sube una rabia... Una rabia que crece en mi estómago, me arde en las costillas y escala hasta mi laringe. Me dan ganas de cogerla de los hombros y zarandearla para que reaccione. O quizá

para sacarle ese demonio que se le ha metido dentro, para exorcizarla, porque ella nunca, jamás de los jamases, ha sido tan hija de puta.

Inspiro, trato de imitar a Belén. Vuelvo a inhalar, como ha hecho ella hace un rato, como lleva haciendo toda la tarde ante los desplantes de la rubia...

Pero la situación me supera.

—¿Puedes dejar de comportarte por un segundo como una auténtica cabrona?

Charlotte, sentada en un silloncito, levanta la cabeza y me mira asombrada. Yo también lo estoy, que recuerde nunca le he hablado de forma semejante.

—¿Qué? ¿Qué he dicho? Es la verdad, solo quiero que esté guapa.

—Belén siempre está guapa. Ella es preciosa.

—Ay, vale, Ana. Ya sé que es preciosa. Sabes que no me refería a eso. —Pone los ojos en blanco—. Pues el rojo y ya está. ¿Contenta?

Se levanta y se aleja de nosotras enfadada.

* * *

Cuando llego a casa, me siento como basura. No sé si he sido yo la que ha sacado las cosas de quicio, si me ha faltado paciencia o si, en realidad, ya se estaba saliendo de madre. Porque últimamente me cuesta no estar tensa con Charlotte, que no me moleste cada cosa que hace.

Sé que quiere a Belén, sé que piensa que es preciosa. Y también sé que ahora debe de estar molesta conmigo por lo que he insinuado, indignada por atreverme a pensar que ella ha podido decir que Belén no estaría guapa por estar embarazada.

Cruzo el pasillo hasta llegar a mi cuarto, pero antes de abrir la puerta me detengo. En el pomo hay colgado un ramillete con flores y hierbas secas; distingo ruda, malva, romero..., pero hay muchas más. Lo quito y lo examino mejor. «¿Qué narices...?».

Camino hasta el salón, Secuoya está en el sofá viendo la tele.

—¿Qué es esto?

Gira la cabeza y me mira, entrecierra los ojos tras sus gafas de culo de botella como si le costara enfocar lo que tengo en la mano.

—Ah, eso. Un ramo de chirivisco. Mejor déjalo colgado en la puerta, es pronto todavía.

—¿Un qué?

Resopla, baja el volumen de la tele y añade:

—Un ramo de chirivisco. Sirve para espantar espíritus, limpiar energías, depurar auras... Tenías mucho mal concentrado en tu habitación, he tenido que ponerme a fondo con ello. Puede llegar a contaminar toda la casa si no se hace.

—¿Has entrado en mi cuarto? —«No me lo puedo creer, ¿eso no es ilegal?».

—He tenido que hacerlo, Ana. Tienes mucha energía negativa, infecta cada estancia en la que permaneces demasiado tiempo. Hay que limpiar con asiduidad o pronto tendremos *poltergeists* rondando por aquí.

—*¿Poltergeists?* ¿Te refieres a... fantasmas?

Ella asiente muy seria antes de regresar a la tele y subirle el volumen. Yo me quedo plantada en la entrada del salón, paralizada con el ramo de hierbas en la mano.

Al final, vivir en el centro de Madrid sí me va a salir caro.

# 18

## *Ana*

Después de dos entrantes, un plato principal y un postre compartido, aquí estamos, Paolo y yo, esperando la cuenta. Aún no ha habido beso y estamos al final de la cita. No hay más plan después de esto, no ha dicho nada de tomarnos una última copa en su casa ni tampoco ha insinuado que vaya a haber próxima vez. Estoy a un no beso de volver a Tinder, cosa que no he podido quitarme de la cabeza ni por un segundo.

He barajado la posibilidad de lanzarme yo, rezar un «Jesusito de mi vida» y meterle boca. Pero ¿y si me rechazaba? ¿Y si no había leído bien las señales y solo quería que fuéramos amigos? ¿Ahora hay que pedir permiso para besar a alguien?, ¿te pueden denunciar por eso? No estoy muy puesta, llevo demasiado fuera del mercado.

He estado toda la cita analizando cada gesto de Paolo, hasta el más mínimo, para clasificarlo como proamigo o proamante. Pero ahora estoy hecha un lío y he perdido la cuenta de qué va ganando.

La cosa ha empezado bien. Para esta ocasión ha venido a buscarme a casa (proamante). Ha tenido que tocarme el claxon, yo no podía imaginar que su coche fuera el Lamborghini metalizado que estaba parado en doble fila frente a mi portal.

—¡Vaya! ¿Sabe Batman que le has cogido el coche? —he bromeado mientras tomaba asiento en un sillón de cuero que olía a nuevo.

Creo que no le ha hecho gracia; ha farfullado una excusa, me ha dicho que se lo habían prestado en el concesionario donde trabaja y que no tenía la menor importancia. Se ha quedado tan cortado que ni me ha dado dos besos para saludarme (proamigo).

El restaurante que ha escogido es un tailandés encantador, de luz suave y dorada, que por el ambiente resulta muy romántico. Todo el local está lleno de parejitas que hacen lo imposible para cogerse de las manos entre las fuentes de comida (proamante). Luego me he enterado de que hoy es su *happy day* y que los menús están a mitad de precio (proamigo).

Le he mirado la boca; me he retorcido el pelo; ha llegado la comida; he seguido enredando de manera más o menos sensual un mechón entre mis dedos mientras él daba buena cuenta del *pad thai*, ajeno —o inmune— a mis armas de seducción (proamigo).

Hemos hablado; me he mordido el labio seductora; ha empezado a contarme no sé qué de una enfermedad que tiene su tío y me he reído coqueta, como si fuera algo supergracioso («¡Joder!»), él me ha mirado extrañado (lógico, pero a mí con tanto análisis me estaba costando seguir la conversación). Me he puesto tierna y he acercado mi mano hasta la mitad de la mesa, un poquito más allá del pan de gambas, a ver si, tras superar la funesta historia de su tío, nos sentíamos más unidos y nuestras palmas se tocaban (lo de parecer bipolar tampoco lo estoy llevando bien). No se ha dado cuenta o ha ignorado mi mano suplicante (proamigo).

Me ha dicho que estaba muy guapa esta noche (proamante); le he mirado otra vez la boca, me ha preguntado si tenía algo entre los dientes (proamigo).

Ha sugerido que compartiéramos el postre (proamante), después me ha dicho que estaba muy lleno y que solo no podría (proamigo). He lamido la cuchara llena de helado de forma sugerente y he

soltado una especie de gemido muy a lo anuncio rancio de champú. Me ha mirado contrariado.

—El chocolate es todo un afrodisíaco —he dicho justificándome, como si no empezara a parecer que hubiera salido de una mala peli porno.

—Ah... Aunque dicen que todo eso de los afrodisíacos es mentira, en realidad...

Proamigo, proamigo, proamigo.

El camarero regresa con la cuenta de repente. Paolo saca rápido la cartera sin darme la posibilidad de pagar.

—A la próxima invitas tú —dice, y me guiña un ojo.

Sonrío con un halo de esperanza, pero mi acompañante suelta entonces un bostezo enorme. «¿Se aburre? ¿O solo está cansado?... ¡Dios, esto es una maldita tortura!».

¿Y dicen que somos siete millones de solteras en España? ¿Siete millones de mujeres que tenemos que pasar por esto en cada cita? ¿Cuándo va a empezar a tomar cartas en el asunto la Seguridad Social? Entiendo que nos deberían dar algún tipo de prestación, esto es inhumano.

Salimos a la calle, caminamos en dirección al aparcamiento; está bastante cerca, a unos cinco minutos más o menos. Ando pegadita a él, lo suficiente para que «sin querer» nuestros dedos se rocen. Pero Paolo termina quejándose del frío y mete las manos en los bolsillos.

—¿Sabes?, creo que el tailandés ha perdido calidad. Antes se comía mejor —comenta mientras trato de recordar mi contraseña de Tinder—. ¡Eh, mira eso!

Despego la vista del suelo. Al otro lado de la calzada se ve un parquecito; está muy oscuro, pero parece que hay una fuente cobijada por los árboles.

—¡Venga, vamos! —Me agarra del codo y me obliga a cruzar la calle.

No entiendo su emoción repentina, ¿no estaba cansado? Hace frío y uno de los zapatos me roza sin piedad el dedo pequeño del pie. Paolo se acerca a la fuente y mete la mano en ella; yo me quedo parada en la acera sin decidirme a pisar la gravilla, estoy bastante desanimada.

—Vaya, está helada —suelta, y me busca con la mirada—. Ven, Ana, ven aquí.

Resoplo y camino hasta él, me paro junto a la fuente. El agua es oscura y puede que esté sucia, ¿qué tiene de extraordinaria?

Levanto los ojos y me encuentro con los de Paolo. Está muy cerca de pronto, a menos de un palmo. Baja la mirada hasta mis labios y mi corazón empieza a latir con mucha fuerza: ¡Es esta la señal, ¿verdad?! ¡¿Qué fue lo que dijo Viggo?! ¡¿Qué era lo que tenía que hacer?!

—Ana, yo...

Me lanzo a su boca sin dejar que acabe la frase. Por un segundo pienso que lo he malinterpretado, lo noto tieso, muy rígido, pero después es como si Paolo soltara el aire de los pulmones, se relaja, me rodea con los brazos y me aprieta más contra sí. Abre los labios y entra en mi boca...

¡¡Proamante, proamante, proamante!! ¡¡Adiós a Tinder!!

* * *

«Es normal, en la adolescencia, aislarse y coger espacio propio. Pero vuestra hija debe entender que no está viviendo en un hotel y que vosotros, sus padres...».

Dejo de teclear.

¿Me gustó el beso? ¿Cuándo se considera que hay demasiada lengua?

De refilón miro la mesa de Lidia. Está vacía, hace horas que se ha marchado a casa, como el resto de los compañeros. Le he contado lo de mi cita con el italiano, parecía eufórica con todo lo que le decía, me ha hecho sentir hasta incómoda: ella, tan alegre, tan emocionada por mí, y yo en plan... «Ok, sí, bien, bien, todo correcto». Al final he tenido que sobreactuar un pelín para igualarla.

Y, sí, estoy contenta. Pero... sigo sin sentir mariposas. Ni un insecto alado en la tripa. Fue como besar al chico que hace chistes malos en una fiesta en la que tú vas muy borracha, que no sabes si lo haces para que se calle o por lástima.

¿Es por Paolo? ¿O es por mí, que ya no funciono bien?

—¿Garbancita, vamos?

Giro la cabeza, El-que-no-debe-ser-nombrado está junto a la puerta de su despacho, no lo he oído salir. Sonrío, de repente más animada.

—Sí, sí. —Cierro el consultorio y voy hasta él.

Debe de notar algo raro, porque me pregunta:

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Eh..., sí. —Me vuelvo y lo miro de reojo mientras entramos en la cocina. Tiene cara de cansado, pero de cansado sexy, de cansado al que te encantaría tumbar en una cama... ¿Es que este hombre nunca está feo? Parece que no—. Paolo y yo nos besamos.

—¡Hombre, enhorabuena!

Asiento distraída y voy hasta la encimera, esta vez me siento sobre ella, más cerca. Llevo pantalones, no estoy segura de si son de cuero de verdad o de imitación, pero van pegados a mis piernas como una segunda piel. Viggo se pone a calentar agua a mi lado, parece que hemos instaurado entre los dos un pequeño ritual.

—En realidad, lo besé yo.

—Vaya tigresa que estás hecha. —Ríe sin volverse.

—Me puse nerviosa... Vi que iba a hacerlo, que iba a besarme, y me hice un lío. No recordaba cuánto tenía que acercarme, dónde tenía que detenerme, y me pasé de frenada.

Vuelve a reír.

—Qué más da quién besara a quién, Garbancita. Lo importante es hacerlo, ¿no?

—Ya...

Se gira con las dos tazas listas y camina hasta mí. Nunca deja de sorprenderme lo grande que es, parece ocupar toda la habitación. Hoy lleva una camisa blanca, la tiene remangada de manera que se le ven los antebrazos (son fuertes, como los de un escalador); unos vaqueros claros y unas deportivas. Normalmente viste muy casual, no parece que toda la plantilla dependa de él. Don Javier, por ejemplo, siempre va de traje y corbata y manda menos.

Lo miro a los ojos, me sonríe. Algo se agita en mi vientre, me calienta las mejillas e, incluso, parece subirme la temperatura de las piernas varios grados (mal día para ir de cuero). Chocamos las tazas en una especie de brindis.

—¿Qué pasa? ¿No estuvo a la altura? —Parece contento.

Hundo los hombros. Viggo coge una de las sillas y se sienta frente a mí, delante de mis piernas (adecuadamente cruzadas). Me da que no lo ha pensado bien, pero que al hacerlo se da cuenta, un pequeño gesto lo delata. Sea como sea, actúa con normalidad, no mueve la silla, se queda ahí: a un palmo de mis rodillas, en modo ginecólogo.

Carraspeo, no sé si abochornada o excitada por la situación.

—Yo... yo no sentí nada.

—¿Qué quieres decir? —pregunta desde abajo—. ¿No te gustó?

—Quiero decir que... no hubo química. —Doy un sorbo a mi taza, hoy la infusión la ha hecho de frutos del bosque—. No hubo fuegos artificiales, ninguna explosión. Nada.

Lord Voldemort comienza a reír.

—Ay, Garbancita. Me da que lees demasiadas novelas románticas.

—No, no es eso. Es que el beso fue más bien como...

—¿Como qué?

—Como una especie de transacción, ¿sabes? Algo frío. Paolo tiene el perfil perfecto, es el chico ideal con el que sentar la cabeza, y yo aún soy fértil. Además de que tengo unas caderas con las que podría parir diez hijos gorditos y hermosos.

Viggo suelta una carcajada.

—¡Joder! Creo que me he manchado la camisa —dice.

Ignoro ese contratiempo y continúo.

—No sé. Parece que los dos tenemos demasiadas ganas de formar una familia, hemos encontrado a una persona que reúne las aptitudes y listo. Como en una entrevista de trabajo. O como pillar un taxi: no es que yo le encante, simplemente he sido la primera en cogerlo con la luz verde y llevar dinero encima.

—Lo de llevar dinero entiendo que es metafórico.

Lo fulmino con la mirada, él me observa divertido.

—Por supuesto. Es un símil de que tengo la bandeja repleta de óvulos y parezco cuerda. —Vuelve a reír—. Pero la verdad es que me gustaría que hubiera algo de romance. Un poco al menos, ¿sabes?

Viggo me sujeta de repente del tobillo, no me había dado cuenta de que lo estaba moviendo en una especie de tic nervioso. Sentir sus manos fuertes ahí me produce una especie de descarga eléctrica. Creo que hasta se me para el corazón.

—Me vas a sacar un ojo —dice sin soltarme.

—Lo siento.

Sonríe de esa forma suya tan canalla y me libera. Yo aparto la mirada, trato de ordenar mis pensamientos, de reanudar mi ritmo cardíaco, de no perder el hilo de mis palabras...

*Pum-pum-pum-pum-élentremispiernas-pum-pum-pum.*

—Quiero decir... —Me aclaro la garganta. «Joder, pero ¿qué me pasa?». Toso nerviosa—. Eh..., que estaría bien un poco de pasión, aunque fuera solo al principio. ¿No se supone que tarde o temprano vendrá la rutina a fastidiarlo todo? No sé... Me gustaría..., ya sabes, que me subieran a un barco, a la parte de delante...

—¿A la parte de delante? ¿Te refieres a la proa?

—Eso, que me llevaran a la proa, me cogieran en brazos a lo *Titanic* y me dijeran que soy la reina del mundo.

Viggo vuelve a reír.

—Eso ni siquiera lo hizo con la chica, fue con su colega Fabrizio.

—No me interrumpas —digo. Él se cubre la boca para ahogar una risa—. Con Ernesto todo fue también muy pausado, muy casto y tranquilo. No es que yo lo volviera loco. No fue como lo que le pasó con Valeria, que fue verla y quedarse en el sitio, como él mismo me explicó. —Hago una mueca—. Yo siempre he sido la niña buena, la opción conveniente, la sensata, la tranquila, la aburrida... La chica arena.

—¿La qué?

«Mierda, ahora voy a tener que explicarle mis pedradas».

Inspiro.

—A ver, Viggo. Hay dos tipos de mujeres en este mundo —comienzo a hablar poniéndome muy seria de golpe, como si le fuera a revelar algo de vital importancia. Él sonríe divertido anticipándose —. Están las mujeres cal y las mujeres arena. Es una teoría mía propia; aún la estoy trabajando, pero pronto la patentaré.

Cabecea fingiendo seriedad también.

—La mujer cal es la «problemática» —dibujo unas comillas en el aire—, la complicada pero adictiva. La *femme fatale*, esa que despierta una pasión que enloquece a los hombres, que los hace meterse en problemas. Sharon Stone en *Instinto básico*. ¿Me sigues?

Lord Voldemort asiente y echa el cuerpo hacia delante para prestarme mayor atención. Si la tela de mi pantalón no fuera impermeable, estoy segura de que sentiría ahora mismo su respiración contra la piel.

—Y luego está la mujer arena. —Me señalo—. Que somos aparentemente las «sosas», con las que todo es muy sencillo, tranquilo y cuerdo. Muy metódico, muy sobre ruedas. El amor supuestamente sano. —Viggo vuelve a asentir—. Las mujeres cal protagonizan casi todas las historias románticas del cine y la literatura, les dedican todos los poemas, pero, en la vida real, los hombres se casan con nosotras, las mujeres arena. Salvo en mi caso, que soy la ley de Murphy para todo.

Voldemort no puede aguantar más la pose seria y empieza a reír. Me coge de nuevo de los tobillos, solo que en esta ocasión es para agarrarse a algo y no caerse de la silla.

—¿Crees que estoy loca? No estoy loca, ¿vale? Me darán el Premio Nobel por esta superteoría. Revolucionaré el mundo. —Sonrío.

—Menos mal que has llegado, Garbancita. Vas a abrir los ojos por fin a toda la humanidad.

—Tú sigue burlándote, que no pienso mencionarte en mi discurso de agradecimiento.

Los dos nos reímos.

—¿Es por lo de «una de cal y otra de arena»?

—Exacto. —Asiento—. Lo malo de ser una chica arena es que no tienes nada de romance, ni siquiera al principio. Al chico no le estalla el pecho al verte ni tampoco lo deja todo por estar contigo. Os

queréis con tranquilidad, de una forma superequilibrada y superaburrida. Y yo ya estoy un poco harta de ser la chica arena, ¿sabes? Además de que me siento un poco estafada, porque tampoco es que haya recibido lo bueno de mi categoría.

—Entiendo. —Cabecea con la diversión todavía impresa en los labios—. Y tú lo que quieres es que arda Troya por ti.

—Un poquito al menos.

—Que hagan odas a tu belleza.

—Sí, justo eso.

—Que declaren una guerra en tu nombre —añade conteniendo la risa en un gesto grave.

—Es lo mínimo que se merece una chica, ¿no crees?

—Que miles de inocentes y esclavos derramen su sangre en el Peloponeso por ti...

—No, para. Me acabas de cortar el rollo. Nada de muertes ni esclavos. —Viggo vuelve a reír. Qué capullo—. Lo que quiero por una vez en mi vida es romance del bueno, del peliculero. Quiero que un hombre se suba a un escenario y me cante una canción. Que me saquen a bailar en mitad de la calle sin importar que todas las personas nos miren. Quiero...

—Quieres vivir dentro de un musical.

—Eres idiota.

Se carcajea.

—Estoy de coña, Garbancita. Sé lo que quieres decir. Pasa entonces del italiano. Si él no te da lo que quieres, búscate a otro.

—No es tan sencillo. —Bajo los hombros—. Y de verdad que no tengo nada de ganas de volver a Tinder. Pero sería bonito que algún tío, alguna vez, antes de que sea vieja y me muera, me escribiera poemas y me regalara flores.

Lord Voldemort me sonríe con dulzura, tan tierno que me deja perpleja; esa sonrisa no me la conocía. Apoya una mano en mi rodilla y me mira a los ojos. Su turquesa es profundo, tanto que estoy segura de que podría ahogarme en esas aguas; hundirme hasta el fondo y no regresar jamás a la superficie.

—Cielo, no es por ti. Siento decirte que tu teoría es una mierda. Si nadie te escribe poemas es por los tíos que eliges, no porque tú no merezcas ningún verso.

# 19

## *Ana*

Este año es bisiesto y he sobrevivido a San Valentín.

Entro en el metro y tomo asiento, voy de camino al trabajo. Algunos de los pasajeros beben café en sus termos; los envidio, hoy he salido de casa sin tomar mi dosis de la mañana.

Paolo terminó llamándome el viernes, y menos mal, porque San Valentín cayó este año en domingo y ya me veía pasándolo entero con Secuoya encerrada en casa. Fuimos al parque de El Retiro, dimos un paseo junto a otras mil parejas, todas superenamoradas, casi parecía que competíamos entre nosotras. Nos volvimos a besar, lo hicimos varias veces durante la tarde. Y estuvo... bien.

Aunque a Paolo se le acumula un poco de saliva en los bordes de la boca, una fina capa blanca en las esquinas. No es mucho, pero me da que me la acabo tragando yo, porque esta desaparece tras cada beso. ¿A dónde va? No es agradable..., pero tampoco me parece un fallo insuperable en un hombre. Paolo es muy majo y muy guapo, y, siendo sinceros, hacemos una pareja preciosa, quedamos muy bien juntos, muy compensados.

Creo que el problema está en que todavía no me gusta tanto (que me gusta, sí, pero a nivel básico, estándar). Estoy segura de que, con el tiempo, cuando me empiece a enamorar de él, ni siquiera notaré lo del exceso de saliva (o ya tendremos más confianza y le podré pasar una servilletita con cariño antes de besarlo).

Una señora se sienta en la silla que hay libre a mi lado. Saca un libro, veo que se trata de *Amor en la tarde*. Pienso en Viggo y no puedo evitar reírme por lo bajo. La mujer se da cuenta y me sonríe.

—¿Lo ha leído? Me lo ha dejado mi hija, dice que es muy entretenido.

—Sí, sí. Es muy bueno, de mis favoritos —contesto.

Me dio la impresión de que Paolo tenía la esperanza de que lo invitara a subir a casa. Después del paseo insistió en acercarme en coche y no se detuvo en doble fila, sino que aparcó, pagó el parquímetro y, como si fuera una niña pequeña, me llevó de la manita hasta el portal de mi edificio. Ahí volvió a besarme, lo hizo de una forma más pasional, incluso llegó a la segunda base (con disimulo, porque solo eran las siete de la tarde y había gente en la calle), y no acababa de despedirse, no había manera de que se fuera.

Al final aproveché la llegada de una vecina muy torpe con la cerradura para despacharlo. No sé si estoy preparada para ir «a más», lo que sí tengo claro es que Secuoya estaba en casa y que Paolo no está preparado para conocerla (seguro que me devuelve a Tinder como empiece a hablarle de fantasmas).

—Lo que no entiendo —dice de pronto la señora que está a mi lado— es por qué él es tan maleducado con ella. Parece un niñato, nadie diría que es un héroe de guerra.

—Ya, pero cambia más adelante. ¿Hasta dónde ha leído?

—Acaba de regresar de Crimea.

—Uy, pues ahora viene lo bueno. La historia empieza a avanzar más rápido, y ella... —mi móvil comienza a sonar, meto la mano en el bolso para sacarlo— y ella no se achanta, le va a dejar las cosas muy...

Me callo de golpe. En la pantalla de mi teléfono se lee «HERPES VAGINAL». Los ojos se me abren como platos. «¿Quién? Perdona, ¿qué...?».

HERPES VAGINAL me está llamando, hace que mi móvil vibre en mi mano. Levanto la vista confundida, la señora de mi derecha tiene la mirada clavada en mi pantalla, su cara es todo un poema.

—Eh..., sí... —Noto que me ruborizo. Doy a rechazar la llamada, la mujer me examina de arriba abajo como si fuera contagiosa—. Estoy segura de que le gustará el libro.

Asiente sin decir palabra, sujeta bien su bolso y se aparta con disimulo de mí.

«¿HERPES VAGINAL?».

Mi móvil vuelve a sonar, HERPES VAGINAL insiste en que conteste. ¡Pero ¿qué demonios?! Me levanto para bajar en la próxima parada, aunque todavía no he llegado a la del trabajo. Salgo del vagón y subo las escaleras mecánicas, mi teléfono no deja de vibrar. Cuando empujo la puerta del exterior hacia la calle, contesto:

—¡¿Sí?!

—Hola, Ana. ¿Te pillo bien?

—Eh...

«¡Joder, espero que no!».

—¿Ana? ¿Me oyes?

—¿Ernesto? —Descontraigo el gesto—. ¿Tito?, ¿eres tú?

—Sí, claro. ¿Quién, si no?

¡Voy a matar a Rocío!

¡La voy a matar, de verdad que sí!

La descuartizaré en trocitos pequeños, ¡muy pequeños!, y luego los tiraré al mar para que se la coman los tiburones. ¿HERPES VAGINAL? ¡¿En serio?!

—Ana, ¿estás bien?

—Sí, sí, dime. ¿Querías algo? —Comienzo a andar en dirección al trabajo.

—Sí, te llamo porque mi madre quiere que vengas a su cumpleaños. Se ha puesto muy pesada para que te invite.

—¿Qué? —Me paro en mitad de la acera.

Es cierto que yo adoro a Claudia, mi exsuegra; nos llevamos superbién. Pero, tal y como están las cosas, pensé que este año con una llamada sería suficiente.

—Ya la conoces —continúa—, no ha dejado de insistir. Será una barbacoa en casa de mis padres, el sábado, este no, el 19 de marzo, que es cuando todos pueden. Sabes que ella te quiere mucho, aún no se hace a la idea de que tú y yo...

—¿Hayamos terminado?

—Eso, que yo te haya dejado —puntualiza, y a mí la bilis me sube por la garganta—. Total, he intentado explicarle que sería muy incómodo, especialmente para ti...

—¿Por qué especialmente para mí?

—A ver, yo estaré con Valeria, pero ¿tú? Tú estarás con toda mi familia y sola.

—¿Y por qué das por supuesto que estaré sola? —Cruzo la calle sin mirar, a paso vivo—. Seguro que a tu madre no le importa que lleve a alguien.

—Vamos, Ana —dice con desdén.

—Vamos, Ana, ¿qué?

—¿Has conocido a alguien?

—Pues sí.

Lo oigo resoplar.

—¿Estás tratando de darme celos? —pregunta—. ¿De verdad?

—No, Tito. No trato de darte celos, no todo gira en torno a ti —contesto con la sangre ya burbujeando en mis venas: me va a

encontrar como siga por ese camino.

Él, por su parte, deja escapar una carcajada resignada.

—Está bien, lo que tú digas. Solo quería avisarte, porque mi madre te va a llamar. Dile que no puedes y listo, ¿vale? Que tienes planes con ese novio imaginario tuyo.

«Será... ¡GILIPOLLAS!».

—Tranquilo, Tito. Le diré que estoy ocupada, que desde que me dejaste he empezado a disfrutar por fin del sexo y que ahora me tengo que poner al día.

Cuelgo llena de rabia. Me dan ganas de gritar en plena calle, me arden los pulmones de aguantarme. Inhalo hondo, cuento hasta veinte y suelto el aire.

«Qué cabrón. Qué cabrón. ¡Qué cabrón!».

Entro en el edificio de la redacción, subo en el ascensor y sigo encendida, como una maldita falla valenciana. Paso entre las mesas de mis compañeros y juro de verdad que me sorprende que los papeles no salgan volando a mi paso: porque soy un vendaval, un maldito huracán.

¿Cómo no me di cuenta en tantos años de que Ernesto era gilipollas?

Alcanzo mi sitio y tiro mis cosas sobre la mesa. Lidia se vuelve hacia mí al oír el golpe.

—Buenos... ¿días?

Resoplo.

—Acabo de hablar con Tito.

Lidia asiente con la cabeza.

—Vale, no te preocupes. Ahora mismo voy a por galletas y dos cafés con doble de leche condensada —dice. Sé que me está aplicando el protocolo especial de crisis con los ex; Lidia ha

sobrevivido a su divorcio y al de muchas de sus amigas—. No te preocupes, lo tengo todo bajo control. Tú respira.

Pone su mano en mi hombro cuando se levanta y me da un apretón cariñoso. Después se dirige a la cocina.

Miro la pantalla apagada de mi ordenador. Aún me queda un último artículo por redactar para don Javier, me pregunto si podría escribir sobre narcisistas que no aguantan en la cama y... que... ¿levantan pesas?

Apoyo la frente en mi mesa, luego ruedo hasta dejar pegada mi mejilla. Venía tan contenta al trabajo... Había sobrevivido a San Valentín, cosa que este año pintaba difícil, y ese imbécil ha conseguido cabrearme como nadie, recordarme todo lo que va mal en este mundo: las guerras, las crisis, el cambio climático... Lo siento por Claudia, pero, si tengo que aguantarle la cara a su hijo durante toda una tarde, lo asesinaré, estoy segura. Cuando llame, le diré de tomar un café y punto.

De repente me doy cuenta de que debajo del teclado de mi ordenador hay un papelito amarillo doblado. No entiendo qué hace ahí, no me suena de nada. Alargo la mano y lo cojo, es un pósit. Lo desdoblo con la mejilla aún pegada a la mesa. Tiene un mensaje escrito:

Adoro tu sonrisa,
es mi pausa favorita.

Me incorporo de inmediato. «¿Qué demonios...?».

Sigo leyendo:

Porque, cuando alzas tus mejillas,
la luna en el sol brilla
y por fin,
por fin,
por fin...

calla esa boquita.

«¡No me lo puedo creer!».

Miro a ambos lados con una mano tapando mi boca, sorprendida. Mis compañeros están a lo suyo, me ignoran. Vuelvo los ojos a la notita y comienzo a reír. Mi risa es estridente y hace que estos ahora se giren o asomen sus cabezas por detrás de los ordenadores.

«¡¿Me ha escrito un poema?!».

Intento amortiguar el sonido de mis carcajadas con la mano, pero es imposible, estas son altas e infinitas.

«¡¿Cómo?! ¡¿Por qué?! ¡¿Cuándo?!...».

Releo la notita, lo hago varias veces mientras me enjugo algunas lágrimas. Después la doblo con cuidado y la guardo en la cartera. Sonrío, o no dejo de hacerlo: mi corazón, más que latir, ahora mismo centellea.

* * *

Horas más tarde, mientras comía con prisa una ensalada mustia al mediodía, Claudia me ha llamado. Mi querida exsuegra deseaba con todas sus fuerzas que acudiera a su fiesta de cumpleaños. Me ha dicho que me echaba de menos (mucho), que su hijo era tonto y que no soportaba al pendón de su nuera.

Con eso le ha bastado para persuadirme.

* * *

A don Javier no lo ha convencido ninguno de mis artículos. Esta tarde hemos estado en su despacho revisándolos; ha empezado con un «Bien, bien..., ajá, esto me gusta», y después —no sé cómo— ha sacado un rotulador rojo y ha comenzado a desangrarlos anotando

comentarios en los márgenes, tachando párrafos enteros..., quitando especialmente.

—Bueno. No está mal, Ana —ha dicho al fin al devolvérmelos—. Reescríbelos y piensa en otra idea para este, lo del *feng shui* no me termina de encajar.

Cliqueo con el ratón y reviso el primero de los artículos en mi pantalla, luego echo un vistazo a su copia impresa, la que está tan llena de tachones rojos que dan ganas de ponerle una vía con suero. Son las once de la noche, estoy en la redacción a la espera de que Viggo salga de su despacho. Necesito desahogarme, rajar un poco de don Javier y, quizá, pedirle una idea nueva, una que deje a nuestro director alucinando. Porque confío en que hay una oportunidad, por mucho que a mí me esté costando encontrarla.

Esta mañana mi «admirador secreto» (así es como lo ha apodado Lord Voldemort) ha vuelto a hacer de las suyas dejándome otra notita. Yo sé que las escribe él (estoy convencida en un noventa y nueve coma nueve por ciento), pero Viggo se niega a reconocerlo y ya de paso me vacila un poco: «¿Quién?, ¿yo? Ojalá tuviera tanto talento, Garbancita. Tanta "profundidad emocional"».

Es imbécil, pero un imbécil demasiado lindo.

En estas últimas semanas El-que-no-debe-ser-nombrado y yo hemos hablado un montón, nuestras sesiones a medianoche en la cocina no han dejado de repetirse, incluso me he descubierto a mí misma alargando la jornada para quedarme hasta tarde y así encontrarme con él.

¿Raro?

Nuestra «relación» tiene un hándicap importante, estamos en una especie de limbo. Somos colegas... o amigos, pero no amigos que se han intercambiado teléfonos y puedan llamarse y quedar cuando quieran: nosotros tenemos que coincidir.

La puerta de su despacho se abre, Viggo dirige la vista hacia mí.

—¿Qué?, ¿vamos, Garbancita? —Señala con la cabeza la cocina.

Sonrío y me levanto; voy hasta él. Como siempre, me deja pasar primero.

—No te puedes imaginar el día que he tenido —lo oigo decir a mi espalda—. De locos. DoSport quiere anunciarse en la revista, lo cual es bueno, muy bueno. Es un gran cliente. Pero Carlos, el que les lleva todo el tema de marketing, es un tocapelotas. Me están dando ganas de mandarlo a la mierda.

Me siento sobre la encimera. Quizá sea toda una declaración de intenciones; pero después de lo de la última vez, se ha convertido en mi lugar favorito de la cocina (ni loca pienso renunciar a la posibilidad, aunque sea remota, de contemplar a Viggo desde las alturas).

Llevo una falda de cuadritos escoceses. Es corta, tanto que es posible que formara parte de un disfraz de colegiala que Rocío adquirió en un sex-shop. Sea como sea, le va genial a mi blusa, y tenía muchas ganas de ponérmela hoy.

Lord Voldemort comienza a calentar agua.

—Lo bueno es que puede que pronto tengamos nuevo director —continúa mientras se mueve por el espacio—. Néstor, el de *Corredores*, parece muy interesado en el puesto, y hemos quedado el próximo jueves para almorzar. Me gusta Néstor, es un tío serio. —Rellena las dos tazas y se gira hacia mí, me ofrece una—. ¿Y tú qué?, ¿qué tal tu día? ¿Tu admirador secreto te ha vuelto a escribir?

Chocamos nuestras tazas.

—¿Tú qué crees?

—No sé... ¿Cómo voy a saberlo?

Me río y me llevo la taza a los labios. Hoy ha tocado regaliz, es mi infusión favorita. Viggo coge una silla y se sienta frente a mí.

Contengo el aire, casi puedo notar su aliento sobre mis rodillas. Toda la piel se me eriza, sube en un hormigueo ardiendo por mis piernas.

Espiro forzada. Trato de imprimir normalidad a mis movimientos, de que no se note que tenerlo ahí abajo me encanta, pero también me distrae.

—Te ha escrito, ¿verdad?

Sonrío, pero no digo nada.

—Venga, Ana. Déjame leerla.

Pongo los ojos en blanco y meto la mano en la cinturilla de mi falda, saco el pósit y se lo ofrezco. Viggo me observa de pronto muy interesado.

—¿Qué más cosas guardas ahí, señorita?

—Cosas. Cosas mías.

Ríe y desdobla la notita.

# 20

*Ana*

—¡Menudo genio! —Levanta la vista y sonríe de manera canalla—. «Admirar tu silueta es fácil para este poeta. Pero verte a tu hora, en tu mesa, es toda una proeza».

Río y me tapo la boca para no escupir la infusión. ¿Son cosas mías o lo ha recitado de memoria?

—Ya ves, Neruda era un aficionado a su lado —digo, y Lord Voldemort suelta una carcajada.

—Este tío es un crack. Eres una chica con mucha suerte, Garbancita.

—Sí, sí. Pero es una pena que sea secreto, me encantaría poder darle las gracias como se merece.

—Eh... Yo... no me preocuparía por eso —suelta, y agacha la cabeza.

Apostaría un millón de euros a que se ha sonrojado. ¿Por qué? ¿En qué estás pensando, Viggo?

Carraspea y me devuelve la notita.

—Estoy seguro de que con hacerte feliz le vale.

—No sé. Mi madre siempre dice que hay que ser agradecida —aprieto un poco más, divertida—. A mí me da que es Pedro, ¿sabes? Sí —asiento ante su mueca de sorpresa—, siempre está cerca cuando encuentro alguna notita.

—¿Pedro? ¡¿Cómo va a ser Pedro?! Si no sabe distinguir lo que es un determinante de un pronombre.

—Mañana hablaré con él, quiero averiguar cómo podría darle las gracias...

—Yo creo que es don Javier —me interrumpe, y a poco estoy de atragantarme.

—¡¿QUÉ?! Si podría ser mi padre. ¡Y está casado!

—No le debe de ir muy bien en el matrimonio, ¡pobre hombre! —Chasquea la lengua, yo no puedo aguantarme la risa—. Le encanta la poesía, y el otro día vi en su despacho que tenía pósits como estos en su mesa.

—Estoy segura de que, si yo entro en tu despacho, también encontraré estos pósits.

—Ya te he dicho que no soy yo —se defiende desde abajo con una sonrisa llenándole la cara; siento un calorcillo moverse entre mis costillas—. Estoy muy ocupado, me paso el día hasta arriba de trabajo. No tengo tiempo para escribir poemas *superchulos* —recalca, y me río— a las chicas de la redacción. Además, ¿por quién me tomas? Soy tu jefe, se me caería el pelo si lo hiciera.

—¿Te despedirían?

—Puede.

Curvo los labios hacia arriba, lo hago sin apartar la vista de sus ojos; saboreo ese «puede». Ninguno dice nada, pero los dos sonreímos como si calláramos un secreto.

Y, de repente, así de pronto, se me va la gracia...

Se diluye en el azul de sus ojos, que poco a poco me invade. Es como si su turquesa entrara por mis retinas para recorrerme la piel en un cosquilleo: avanza ardiendo por todo mi cuerpo hasta incendiarme la cara.

*Pum-pum, pum-pum, turquesa, pum-pum.*

Pienso en qué pasaría si ahora, justo en este instante, abriera mis piernas para él. Si desdoblara la de arriba para hacer un arco perfecto sobre su cabeza, como una putigimnasta profesional...

Aparto la mirada. De golpe, soy consciente de mis pensamientos.

—Don Javier no es. —Toso para ganar tiempo, la voz me tiembla (MUY MUY CONSCIENTE)—. Hoy se ha cargado todos mis artículos.

—¿Todos?

—Sí. Los tengo que reescribir.

—Es normal, Ana. Poco a poco.

—En realidad, no. Cuando empecé en *Deporte y bienestar* también hice algunos, pero don Javier nunca quiso publicarlos.

Me estudia con la mirada y me siento de pronto un poco perdedora: yo contándole mi fracaso, cómo no conseguí convencer al director para que me diera una oportunidad. Tampoco creo que sea una buena forma de venderse para la nueva revista, así que añado:

—Siempre he querido escribir, tener mi propia columna. Y no es que no me guste mi consultorio, es solo que tenía miles de ideas para *Deporte y bienestar*. Esta revista es muy «yo». Me encanta el *mindfulness* y todo lo relacionado con las plantas y sus propiedades. —Sonrío avergonzada, él me devuelve la sonrisa—. ¿Sabías que hay una terapia que usa el cuidado de las plantas con fines psicológicos? Pues yo soy *coach*.

Lord Voldemort suelta una risotada que se abre camino por su nariz.

—Ajá. Y está superbién, por cierto. Un día deberías probarlo —digo—. El caso es que le pasaba muchos artículos a don Javier, pero él siempre terminaba rechazándolos. —Me encojo de hombros—. Aunque era bonito escribirlos, y me salían solos, prácticamente los vomitaba.

—Escribir sobre deportes también puede ser divertido. Y siempre puedes darle tu propio toque.

Hago una mueca disfrazada de sonrisa y me llevo la taza a los labios. Doy un sorbo.

—Me encantaría leer alguno de esos artículos —añade—. Quiero saber cómo de friqui puedes llegar a ser con todo lo de las plantas.

No lo pienso, con la punta del pie le doy un toque en el hombro.

—¡Ay! —se queja riendo.

—Eres imbécil.

—La mujer que susurraba a los cactus...

Voy a darle de nuevo, pero esta vez Viggo es más rápido y atrapa mi tobillo. De pronto me quedo sin aire y dejo de reír. Sus dedos me sujetan con firmeza inmovilizando la pierna que cruza justo por encima de la otra, la que impide que me abra para él...

Trago saliva, esta falda es muy muy corta.

Examina mi pierna. Lo hace muy despacio, desde el talón hasta la parte alta de mis muslos, ahí donde la piel desnuda corre a esconderse bajo la tela. Analiza el dobladillo de mi falda —la frontera —, cada hueco que queda expuesto a la vista. Y no suelta mi pierna, pero tampoco la devuelve.

Exhalo el aire con cuidado, como una presa acorralada en la sabana.

Su mirada asciende azulada por mi cuerpo. Sin prisa, pasa por mi vientre hasta alcanzar mi pecho; este sube y baja con una respiración que no consigo sujetar con éxito: mi corazón de repente parece haber decidido abrirse paso a través de las costillas. *PUM-PUM-PUM-PUM-PUM-PUM-PUM-PUM-PUM.*

La expresión se le endurece y yo ardo en plena combustión espontánea.

Como un rayo de sol, avanza sobre mi piel hasta llegar a mis clavículas, a mi cuello desprotegido, a mi mentón, a mi boca... Ahí se detiene unos instantes: recorre mis labios calentándolos con las pupilas.

Inspiro largo y nerviosa.

Viggo sube hasta mis ojos, su gesto es serio y yo siento que tengo húmedos todos los escondites. Le sostengo la mirada sin soltar el aire, esperando quizá que me dé permiso para hacerlo.

Uno, dos, tres...

*Pum-pum-pum-TURQUESA-pum-pum-pum-TURQUESA-pum.*

Aún retiene mi pie en su mano. Cuatro, cinco... Ocho segundos y entonces reacciona: baja otra vez la vista hasta mi tobillo y lo suelta con mucho cuidado.

Espiro temblorosa. «¿Qué acaba de pasar?».

—¿Cómo te va con Paolo? —pregunta.

—¿Paolo?

Viggo arquea una ceja.

—¡Ah! Bien, bien.

—¿Sigue sin escribirte poemas?

Se me seca la garganta.

—Ninguno como los de Pedro. —Sonrío en un intento de restar presión al momento. Sin embargo, Lord Voldemort no me devuelve la sonrisa. «¡Joder!»—. Eh... Paolo es buen tío, un poco ameba, pero el resto... Pero el resto bien. Además, necesito que alguien me acompañe al cumpleaños de mi exsuegra.

—¿Cómo? —Por fin cambia de expresión. «Gracias».

—Va a celebrar su cumple y me ha llamado para invitarme.

—Pensaba que uno se libraba de esos compromisos cuando rompía con el hijo.

—Ya ves que no. —Hago una mueca—. Prefiero ir acompañada. Ernesto estará. Y Valeria..., ella también.

Se me apaga la voz.

—Ana, todo el mundo entenderá que no vayas. Sería lo normal.

—No, no. Tengo que ir. Si no voy, Ernesto seguramente difundirá el rumor de que he muerto devorada por un grupo de gatos domésticos, todos los que tuve que adoptar para superar la ruptura.

—Tu ex es un poco imbécil, ¿no? —Una sonrisa presiona en la esquina de su boca.

—Sí, yo diría que bastante imbécil, en realidad. El problema es que acabo de darme cuenta ahora.

—Suele pasar.

—¿A ti te ha pasado? —pregunto.

—No.

Una bocanada de aire se me escapa por la nariz. Meneo la cabeza.

—¿De qué te ríes, Garbancita?

—De cómo lo has dicho. Tan seguro, como si la simple idea fuera ridícula. —Compruebo que el músculo de la mandíbula se le contrae al oírme—. Viggo Ekman, dime la verdad: ¿alguna vez te has enamorado?

—¿Por qué usas mi apellido?

—No ignores la pregunta.

Lord Voldemort reflexiona unos segundos, lo hace con la diversión pintada en la cara. Sea lo que sea lo que haya pasado hace apenas cinco minutos, parece haberse disuelto del todo (aunque no soy capaz de cambiar de postura ni mover la pierna por mucho que la de abajo se me haya quedado dormida).

—No —dice al fin.

Otra vez la risa me sacude el pecho.

—Pero ¿de qué te ríes?

—No sé. —Encojo los hombros—. Me hace gracia. O será que no me sorprende: eres el perfecto ejemplar de *Golfus comunus*.

—¿Otra vez inventándote términos *random*? Tienes que dejar alguna posibilidad al resto de los participantes del Nobel.

—¿Acaso eres de relaciones serias?

—Quizá no he encontrado a la indicada —contesta, y no sé por qué, pero es oírselo decir y ponerme supernerviosa, hasta dejo de reír—. Quizá estoy muy ocupado. O no he tenido suerte. Pero no es una elección: yo no he elegido no enamorarme ni encontrar a la chica perfecta. Nadie hace eso, cielo.

* * *

Estamos en la boutique de Serrano, hoy hemos quedado todas las que seremos damas de honor para hacer la prueba de los vestidos. Mientras Charlotte habla con Agatha, yo deambulo entre los percheros a la espera de que lleguen las demás (juego a adivinar precios, no acierto ni uno). El ambiente es tenso entre nosotras dos, me da la impresión de que hasta le ha costado darme los dos besos al vernos.

—¡¿Hola?! Perdón por el retraso. —Giro la cabeza hacia la puerta. La cuñada y la que entiendo es su prima (y sustituta de Belén) entran en la tienda.

Charlotte interrumpe su conversación y va a saludarlas; la imito.

—Esta es mi prima Guadalupe —me presentan a la recién llegada. Parece ser que en la familia de David todos son muy altos y morenos, estas dos mujeres casi doblan mi estatura (voy a ser la dama de honor champiñón).

—Encantada. —Le doy dos besos.

—Solo falta Rocío, pero no sé dónde está y no da señales de vida —comenta Charlotte revisando su teléfono—, así que vamos a empezar ya, aunque sea sin ella.

Agatha asiente y nos guía hasta los probadores. Es una habitación semicircular, distinta de aquella en la que estuvimos con Belén hace unas semanas. Hay varios cubículos acortinados.

—Se han hecho todos los arreglos —explica la dueña, y coge uno de los vestidos que cuelgan en el perchero de la entrada. Son de ese verde tan brillante, tan satén, que le encanta a Charlotte—. Si no hay ningún fallo, hoy mismo os los podríais llevar a casa.

Algunas aplauden (en realidad, solo la parte sevillana). Agatha comienza a repartir los vestidos. Tomo el mío y entro en uno de los pequeños compartimentos; cierro la cortina.

—El verde es un color muy bonito. —Por el acento, creo que habla la prima de David—. Pero ¿no es poco favorecedor?

—¡Lupe, no digas tonterías! Es el color de la esperanza —la riñe la cuñada de Charlotte—. Además, con lo morenas que estamos nosotras, este tono nos sienta muy bien.

—Sí, y es un color muy de temporada —oigo que dice... ¿Agatha? —. Este esmeralda que ha elegido la novia es muy elegante.

Me he quitado el sostén y tiro de la cremallera hacia arriba, pero no sube. Insisto. Creo que está atascada, no hay manera de que cierre por encima de mi cintura. Veo entonces el precio del vestido...

«¡Ay, Dios!».

Dejo de forcejear tan a lo bruto.

—Sí, es muy elegante. No digo que no. Pero este modelo en un rojo pasión habría sido increíble, ¿no creéis? —Otra vez la prima—. Además, no tiene mucho escote. ¿No se podría bajar un poco?, ¿hasta aquí?

La cremallera sigue sin subir y me da que ya están todas fuera con sus vestidos puestos. Resoplo, me estoy poniendo de los nervios.

—La ceremonia será en la iglesia, el protocolo en estos casos es poco escote.

—¿Y si nos ponemos un chal? Luego nos lo quitamos para la fiesta...

Mi cortina se abre de golpe, pego un chillido.

—¡¿ESTÁS CON PAOLO ZURINA?! ¡¿CON EL GRAN HEREDERO, EL DUEÑO DE TODA LA FORTUNA RIDE?!

Rocío está al otro lado, me observa con ojos de loca. Lleva un moño descompuesto, uno que no le pega a su estilo siempre impecable, de recién salida de la peluquería.

—¡Pero ¿qué haces?! ¡Cierra, joder! —Trato de esconder mis pechos dentro del vestido.

—¡CONTESTA!

—¿Qué? ¿Que yo qué?

Me pone su móvil de última generación delante de la cara.

La pantalla está apagada.

—Ro, no se ve nada. —La tela del vestido se me escurre como aceite entre las manos y hoy me he puesto las bragas de emergencia, unas viejas y desteñidas. Doy un tirón a la cortina para cerrar, pero Rocío no la suelta.

—¡Ay, joder! Espera. —Teclea su contraseña con una mano—. ¡Ya! ¡Dime, ¿eres tú?!

Los ojos se me abren como platos, no puedo creerlo. ¡Claro que soy yo!, en la oscuridad, enredada a un italiano despeinado y con una fuente bastante cutre al fondo. La foto pertenece a una revista de cotilleos.

«¿Qué está pasando?».

—¡Tía, qué fuerte! ¡¡Qué fuerte!! —dice sin esperar mi confirmación, y me abraza. Le quito el móvil de las manos, no puedo despegar los ojos de la pantalla—. ¡Ana, estás con Paolo Zurina! ¡Con Paolo Zurina! ¡¡Qué pasada!!

Empieza a dar saltitos sin soltarme, creo que se me escapa una teta del vestido.

—¿Qué ocurre? —preguntan más allá. Yo hago *scroll* mientras leo el texto que acompaña la imagen; según eso, Paolo (¡mi Paolo!) es el hijo de no sé qué empresario multimillonario (de los que tienen muchos ceros en paraísos fiscales y hasta un club de fútbol) y yo soy su nueva «amiguita».

—¿Que qué ocurre? Que aquí la señorita está saliendo con uno de los hombres más ricos de Italia —responde Rocío—. En realidad, con el hijo de uno de los hombres más ricos de toda Italia, pero para el caso viene a ser lo mismo: algún día tendrá que morirse el padre.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo? —pregunta Charlotte.

La miro confusa, no sé qué decir.

—¿Sabías que el año pasado estuvo con los reyes en la regata de Palma? —añade Rocío. Siento que me mareo y le devuelvo el móvil —. Y siempre va a Cannes. Dicen que la fortuna de la familia está valorada en... —continúa, ¡es peor que la *Forbes*!

—Ana, ¿te encuentras bien? Estás muy pálida. —Charlotte me coge de la cara y me obliga a mirarla.

—Yo... No-no sé... No sé.

—Tía, tienes el vestido abierto. —Rocío tira entonces de mi cremallera y la sube, así, como si nada, como por arte de magia—. Mejor. ¡Uy, qué guapa!

Pestañeo y la miro.

—Agatha, ¿podrías traernos algo de agua, por favor? —Charlotte no aparta los ojos de mí, su gesto es de preocupación.

—¡¿Cómo que agua?! ¡Que traiga champán, tenemos que celebrarlo! —suelta Rocío—. Ana, ¿crees que podrías enchufarme en los Goya del año que viene? Seguro que a Paolo lo invitan, las productoras siempre buscan nuevos inversores.

«¿De qué habla? ¿Los Goya?».

—¿Tú lo sabías, Ana? —me pregunta Charlotte.

Niego con la cabeza.

—¡Pues vaya! —exclama.

Asiento, esto es surrealista.

—Aunque solo hemos tenido tres ci-citas... —consigo verbalizar, y sin querer tartamudeo un poco—. Yo... tampoco diría que es serio, ¿no?

—Por ahora. No es serio por ahora —me corrige Rocío—. Ana, a este no lo puedes dejar escapar.

—¿Vendrá a la boda? —pregunta Guadalupe.

Me doy cuenta entonces de que no estamos solas y de que todas nos observan con atención, incluso Agatha, que no ha ido a por el agua.

—Eh... No sé. No-no se lo he preguntado.

—¡Tienes que hacerlo ya! —apunta Rocío—. Estos hombres tan importantes siempre están hasta arriba de compromisos: ¡coge hueco en su agenda! ¡Charlotte, tu boda saldrá seguramente en la prensa! —dice esto último para su prima.

—¿Tú crees? —El rostro se le ilumina—. Ana, tienes que invitarlo. ¡Venga, escríbele ahora!

Necesito sentarme, estoy empezando a tener una fuerte jaqueca. Voy hasta uno de los banquitos y tomo asiento. ¿Paolo es millonario? ¿El heredero de una gran fortuna? ¿En serio?

Eso explicaría...

Nada. Absolutamente nada.

Mi Paolo viste normal, habla normal, me lleva a sitios normales. No se le van cayendo los billetes por la calle, no usa prendas de Gucci o de Prada (aunque, en realidad, no me he fijado). Tampoco emplea palabras del tipo «o sea», ni frases rollo «el otro día en mi yate» o «mientras cepillaba a mi caballo».

«¿Y el Lamborghini?».

Dijo que se lo habían prestado en el concesionario, que era un modelo que no se podía vender por no sé qué cosa y que se lo pasaban entre compañeros de trabajo...

Qué mentira más mala.

Me froto las sienes, me están entrando ganas de vomitar.

—Ana, una cosa, que no se me olvide —oigo que dice Charlotte de repente. Levanto la vista con la bilis todavía en la garganta—: la próxima prueba de mi vestido será con Maricruz a las dos y no a las siete. Tuve que cambiar la hora.

Arrugo el gesto. «Perdona, ¡¿qué?!».

—Sí. Es el aniversario de los padres de David y vamos a salir todos juntos a cenar.

—Pero, Charlotte, yo no puedo a las dos. Después siempre llego tarde al trabajo.

—Mujer, por una vez... —Se vuelve hacia Rocío, que habla animada con Agatha sobre códigos de vestimenta para las grandes ceremonias del cine.

Y me cabreo. Así, de golpe: me pongo de una mala hostia terrible. Porque es ya lo que me faltaba. ¿De qué va?

—Pero es que no solo es un día, Charlotte —replico con algo de retraso; procuro controlar la rabia en mi voz. Ella se gira hacia mí—. ¡No paras de hacerlo! ¡Y ya te lo he dicho, no puedo llegar tarde a la redacción!

Hago una pausa (me obligo a respirar) y añado:

—Te lo digo desde ya, no pienso ir.

—Ana, si tú no vas, tendré que ir sola. Nadie puede ese día. De hecho, pedí la cita en su momento pensando en que tú vinieras —dice completamente seria.

—Sí, y podía ir a las siete, pero no a las dos. Tardo casi una hora en metro de vuelta al trabajo.

—¡Eres mi dama de honor! ¡Se supone que tienes que ayudarme!

—Chicas... —Rocío trata de poner paz, de calmarnos, pero la ignoramos.

—¡No soy tu esclava! ¡Tienes que dejar de organizar mis días sin preguntarme antes!

—¿Cómo quieres que te lo explique, Ana? ¡NO-HA-SI-DO-A-DRE-DE! No tenían ningún otro hueco libre. —El cabreo que tiene ahora ella también es importante—. ¿Quieres dejar de ser tan protagonista? ¡La novia soy yo, no tú!

—¡¿Protagonista?! Mira, Charlotte, entérate: pienso salir por la puerta a las dos y media en punto, te hayas probado el vestido o no.

# 21

## *Viggo*

No tenía ni idea de que escribiera tan bien.

Sonrío a la pantalla y abro otro de los documentos. Cuando Ana me contó que al empezar en *Deporte y bienestar* estuvo redactando artículos para que don Javier los publicara, no creí que estos todavía permanecieran archivados en una carpeta virtual. Parece ser que la organización sí es una de las pocas cosas que hacía bien la antigua revista (seguramente gracias a Miranda, la secretaria del director).

Ana es fresca, aborda los temas de forma directa y con enunciados sencillos. Se ve que controla mucho sobre el tema... «¿No dijo que era *coach* de plantas o algo por el estilo?». Río mientras me rasco la barbilla. «¡Vaya con Garbancita!».

Me vienen a la cabeza sus minifaldas, cada día parecen más cortas: me está volviendo loco. Cuando se ríe, cuando se mueve, la tentadora tela que cubre la piel de sus muslos se eleva un poquito más hacia ese lugar...

Suelto un suspiro y me recuesto en la silla, la tensión (o, más bien, la sangre) se me acumula por debajo de la cintura.

La primera vez que me senté frente a sus piernas ni lo pensé. Solo agarré una silla y la puse delante de ella, como es lógico, para mirarla a la cara mientras hablaba. Pero fue sentarme y darme cuenta de que sus rodillas estaban frente a mi nariz, a un beso de

distancia, y que las falditas cada día parecían encoger un poquito más en la lavadora.

¿Debería recular? ¿Mover la silla a un lateral?

Es como un placer culpable, un pequeño vicio. Solo somos amigos, claro; ella sale con otro tío y yo soy su jefe. En la vida me complicaría con algo así por muy guapa que fuera la chica o por muy ocurrente que me pareciera todo lo que sale de su boca. No creo que sea ético, y mucho menos profesional.

Ahora bien...

También es cierto que no aparto la silla porque me encanta estar ahí, cerca de sus piernas. Me encanta mirarla desde abajo.

Tocan a la puerta.

—¿Sí? —digo al tiempo que cierro el artículo de Ana en mi pantalla.

—Hola, Viggo. —Natalia asoma la cabeza—. ¿Tienes un momento?

Asiento. Ella sonríe y cierra tras de sí. Camina hasta mi mesa contoneándose; apoya sus manos sobre el tablero y se inclina hacia delante. No sé si es consciente —aunque viniendo de Natalia diría que sí—, pero en esa postura puedo ver todo su sujetador: es negro con lacitos rojos.

—Ayer estuve tomando un café con Mercedes, la de *El Confidencial*. ¿Y a que no adivinas qué? —Hago un gesto para que continúe, ella vuelve a sonreír—. Néstor Artiles, el director de *Corredores*, no ha renovado contrato.

—Vaya.

Y no lo hará, dentro de dos días firmará con *Hierros*.

—Dicen que los de *Men's Sport* quieren ficharlo y él se está haciendo de rogar. ¿No sería estupendo para la nueva revista?

—Sí, sería un candidato ideal.

—Ya ves, una que no solo es guapa. —Me guiña un ojo.

Sonrío y me echo hacia atrás en el sillón. No añado nada más y nos quedamos en silencio.

—Creo que trabajas demasiado, Viggo —dice entonces, varios segundos después.

—¿Demasiado? No creas.

—Oh, sí. Mucho. —Hace pucheros—. Tienes que disfrutar un poco más de la vida. Me he fijado en que todos los días te quedas hasta muy tarde en el despacho. ¡Eso no es vivir!

Río por compromiso.

—Ya, ya... Pero hay mucho que hacer, estamos en una cuenta atrás, lo sabes. Dentro de unos meses sacamos nuestro primer número.

—¿Qué haces esta noche?

—¿Esta noche? —pregunto confundido—. Eh..., trabajar.

—No. —Niega con la cabeza—. Te vas a venir conmigo a cenar.

—Natalia, no puedo.

—¿Por qué no? ¡Vamos! ¡Una copa al menos, solo una! Así te despejas un poco.

—No puedo, de verdad. No sería correcto.

—¡Anda, venga! ¡No seas muermo! —Une las manos en un ruego, resulta algo embarazoso—. ¿Como amigos? ¿Como compañeros?

—Con las chicas bonitas de la oficina, nunca.

Vuelve a hacer una mueca infantil, pero termina asintiendo.

—Bueno, te lo volveré a pedir cuando nos dejes, antes de que te vayas a Londres. Y no aceptaré ninguna excusa. —Me guiña un ojo, se aparta de mi mesa y sale de mi despacho, de nuevo, contoneándose.

# 22

*Ana*

Sentada en la cocina de mi piso, observo mi móvil sobre la mesa. No hago otra cosa, solo lo miro. Tengo que escribir a Paolo y pedirle que me acompañe a la barbacoa de Tito. Es algo que he estado postergando desde que me enteré, hace aproximadamente una semana, de que es multimillonario. Una semana (o ciento sesenta y ocho horas) en la que he hecho una superinvestigación sobre su vida, la propia Rocío estaría orgullosa del monstruo que ha creado.

**Nombre:** Paolo Zurina.

**Edad:** Treinta y cuatro años.

**Familia:** Luca Zurina (padre), Renata Campillo (madre), Matteo Zurina (hermano).

**Estudios:** International School of Milan, Princeton University (sí, la de Estados Unidos, la de las películas), habla cinco idiomas (italiano, inglés, francés, español y chino) y tiene carnet para pilotar aviones.

**Parejas conocidas:** Olga Sharapova (una modelo rusa que ahora desfila para Chanel) y Romina Álvarez (actriz venezolana que ha tenido un pequeño papel en la última película de Ben Affleck).

**Curiosidades:** Fue campeón de natación de niño, tiene un barco atracado en Ibiza y es un gran aficionado a la Fórmula 1.

Y yo me pregunto... ¿en qué momento no me contó nada de esto? ¿A qué hacerme tantas preguntas sobre chorradas cuando él tenía tanto que contar?

Cojo el móvil.

«Será como quitarse una tirita. No lo pienses, tú solo escribe...».

Hola, Paolo. El próximo sábado.

Me detengo. Quizá Paolo no me ha contado nada de su vida porque no quiere que sepa nada de ella. Porque, mientras yo creía que lo nuestro iba a alguna parte, él solo estaba pasando el rato con la tía más alelada de España.

¿Por eso es a veces tan callado? ¿Porque deliberadamente no puede abrir la boca?

Suelto el móvil sobre la mesa. Me cruzo de brazos y lo observo.

La puerta de casa se abre justo en ese momento; Secuoya aparece segundos después en el umbral de la cocina, va cargada con bolsas de la compra.

—Hola, Ana.

—Hola —contesto mientras cojo el móvil para que no acabe debajo de todas sus cosas.

Se aparta el pelo de la cara como puede, algunos mechones se le pegan a la frente por el sudor; lo tiene despeinado, leonino, como Hermione Granger un día de ventolera. Se gira hacia mí y me observa; de pronto lo hace con mucho detenimiento, de arriba abajo, varias veces.

—¡Uy! Qué aura traes, ¿no?

¿De verdad que esas cosas se pueden ver?

Mi casera comienza a sacudir el aire por encima de mí como si estuviera lleno de humo, como si yo fuera un incendio. Empieza a toser y se tapa la boca.

¿Se está atragantando con mi aura?

—Ana, esto no puede ser. Ya me estás ensuciando la casa otra vez —me increpa—. ¡Cuánto negro!

—Eh..., lo siento.

—Pero ¿qué ha pasado? —No deja de sacudir el aire mientras con la otra mano se tapa las vías respiratorias—. ¿Tu ex otra vez?

Me sorprende que lo mencione, estoy casi segura de que nunca le he hablado de Tito. De hecho, no le he hablado de nada de mi vida.

—Yo...

Secuoya va hasta la ventana y la abre de par en par.

—Ah, mucho mejor —dice, y, acto seguido, sale de la cocina dejándome con la palabra en la boca.

Vuelvo a soltar el móvil sobre la mesa. Tengo que escribir a Paolo, no quiero ir a la fiesta sola. Justo después de hablar con Claudia —mi exsuegra—, escribí a Tito y lo hice con recochineo:

El sábado estaré en la barbacoa
con mi CHICO.

Sí, «CHICO» en mayúscula. Y si supiera cómo subrayar o poner los mensajes en negrita en WhatsApp, seguro que también lo habría hecho. Cuando lo envié di por sentado que Paolo vendría conmigo; él solo era un chico majo —con exceso de saliva— que daba las gracias a los cielos por habernos encontrado, pero ahora que es multimillonario (y quizá el ex de la futura Ana de Armas)..., no sé, tal vez tenga cosas mejores que hacer. Ir a una fiesta con futbolistas del Real Madrid, por ejemplo.

Secuoya reaparece en la cocina. Lleva en la mano una baraja de cartas; son más grandes de lo normal y tienen dibujos muy elaborados.

—Para tu mal lo único que podemos hacer es desentrañar el futuro —dice como si tal cosa, y se sienta frente a mí.

La miro expectante. Las baraja ágil con las manos —parece una crupier— y se ha puesto muy seria de pronto. Después, deja las cartas sobre la mesa, inspira hondo y mira hacia el techo unos segundos. Suelta el aire.

—Bien, Ana. Vamos a ver qué tienes aquí... Corta el montón con la mano izquierda.

Después de hacerlo, recompone la baraja y empieza a colocar las cartas bocabajo sobre la mesa; lo hace en torno a la primera, que ha dejado descubierta. Cuando ha dispuesto siete cartas, se detiene y me mira.

—¿Estás lista?

Cabeceo afirmativa. No es que yo crea en estas cosas, pero ya que estamos...

Las comienza a levantar; a medida que va descubriendo las figuras va haciendo ruiditos de sorpresa o de asentimiento.

—Me lo esperaba. Hummm... Por supuesto. —Suelta un bufido—. Esto sí es sorprendente...

—¿El qué? ¿Qué es sorprendente?

¿Ese hombre con un bastón le ha dicho que salgo con un italiano mentiroso que conduce un Lamborghini? ¿En serio?

Descubre entonces la última carta y aspira el aire con fuerza mientras se tapa la boca horrorizada.

—¡Oh, no!

—Oh, no, ¿qué? ¡¿QUÉ?!

Me ignora; cierra los ojos y se lleva una mano al pecho, trata de acompasar su respiración. Me está poniendo de los nervios... ¿Qué pasa? ¡¿Qué significa?! Pero ella no dice nada, vuelve a abrir los ojos

y fija la mirada en la tirada de siete cartas. Se frota la barbilla con gesto preocupado.

Inhala otra vez (en modo *full* dramática) y me mira.

—¿Quieres saber su significado?

—¡Sí, por favor! —casi chillo.

Secuoya asiente y deja escapar el aire de forma ruidosa, como si hubiera estado esperando que le dijera que no y ahora la hubiera puesto en un compromiso.

—A ver, Ana... Estás en medio de dos caminos... Dos hombres. Y uno de ellos te bloquea.

¿Tito? Tito me bloquea un montón.

¿O Paolo? Lo de que tenga tanto dinero me ha dejado también paralizada.

¿Viggo?

¿Solo dos hombres?

—Tú quieres ascender. Evolucionar. Casarte y formar una familia.

«¡Ostras!».

—Necesitas dejar de lado tu pasado... —«Tito entonces»—. Los prejuicios. —«No, Paolo»—. Y dejarte llevar, escuchar el origen de tus deseos... Solo eso te traerá la felicidad.

Y vuelvo a pensar en Viggo.

En su sonrisa canalla. En el turquesa que quema sobre mi piel, sobre mis piernas cuando noto que las recorre con la mirada. En la forma que tiene de pronunciar mi nombre, como si le raspara la garganta.

Su olor, su voz, su risa... Hace que algo me pique en el pecho.

—Pero nada de eso importa, porque te vas a morir —concluye.

—¡¿QUÉ?!

—Sí, dentro de unos días. No creo que llegues al próximo viernes con vida —suelta como si nada, y empieza a recoger las cartas—.

Será un accidente, muy repentino, y no podrás hacer nada para evitarlo. Pero yo tendré que empaquetar todas tus cosas y buscar una nueva inquilina.

¿Que me muero? ¡¿QUE ME MUERO?!

—Tu contrato es de mínimo un año. Como te vas a ir antes de tiempo, no tendría por qué devolverte la fianza, por si es lo que estás pensando.

Pestañeo.

Secuoya se levanta, va a salir al salón (dejándome totalmente noqueada), pero en el último momento recula y se gira hacia mí. Apoya una mano en mi hombro.

—Ana, tienes que mirar el lado positivo. —Frunzo el ceño. «¿Lado positivo?»—. Te vas a morir dentro de pocos días, así que haz lo que de verdad te apetezca.

Dicho esto, abandona la cocina satisfecha, como si hubiera realizado una acción encomiable.

Cojo el móvil y escribo a Paolo para invitarlo a la barbacoa.

* * *

Paolo no puede venir, me contestó el sábado casi al momento (lo que es buena señal). Me dijo que estaba en Alemania, que se quedaría por lo menos dos semanas, pero que tenía muchas ganas de verme a su vuelta y que me traía una pequeña sorpresa (¿un *bretzel*?, ¿un Cartier?, con él ya no sé qué esperar).

La pantalla de mi ordenador se ha apagado a causa de la inactividad; muevo el ratón y aparece el artículo sobre la práctica de *kitesurf* en Tarifa que llevo escribiendo desde hace horas. Son ya las nueve de la noche y sigo en la redacción junto a otros compañeros a

los que también se les está haciendo tarde. Estamos a martes y dentro de unos días será la barbacoa. ¿Qué voy a hacer?

¿Y si voy al cumpleaños con un recorte del artículo de cotilleos para que sepan que Paolo no solo existe, sino que es toda una celebridad? ¿Puedo hacerlo?, ¿o es muy de loca?

Resoplo y me recuesto en la silla. No estoy lista para soportar las miradas de compasión de los que hace tan poco eran mi familia. Vuelvo la vista hasta el despacho de Viggo; todavía faltan unas dos horas para nuestro descanso, aunque hoy no lo he visto en todo el día y no sé ni siquiera si está dentro.

«Quizá Secuoya esté en lo cierto y muera antes del viernes... Sería casi un alivio».

Giro la cabeza otra vez hacia el despacho. Estoy nerviosa, desesperada, no me puedo concentrar: me importan un pepino los descuentos en tablas de las tiendas de Tarifa. Necesito ayuda (urgente) y estoy segura de que a Lord Voldemort se le ocurre algo o alguna excusa para ese fin de semana.

En un impulso, me levanto directa hacia su despacho. Toco a la puerta.

—¿Sí? —oigo al otro lado. El corazón me aletea como un colibrí. Entro.

Viggo está sentado tras su escritorio. Hoy lleva una camisa verde, remangada hasta los codos como parece ser costumbre en él. Tiene la mirada cansada, pero al verme se le abre.

—¡Ana! ¿Qué pasa?, ¿necesitas algo? —Deja el ordenador.

—Yo...

¿Qué se supone que le digo ahora? Hace quince segundos, cuando todavía estaba sentada a mi mesa, me ha parecido lo más lógico abordarlo en mitad del trabajo para llorarle mis penas, contarle que mi ex es muy muy malo y mi supuesto novio un

mentiroso..., pero en estos momentos, viéndolo tan ocupado, tan serio, tan de oficina, me siento ridícula.

—¿Sí? —insiste.

Me retuerzo las manos.

—Garbancita, pasa y siéntate. No te quedes ahí.

Obedezco, eso sí puedo hacerlo. Bajo la mirada y recorro la superficie de su mesa, tan ordenada como la última vez que estuve aquí, cuando...

Inspiro y el aire entra ardiendo en mis pulmones solo con recordarlo.

—Ana, ¿qué ocurre? ¿Va todo bien?

—Sí, sí. —Levanto la cara y me obligo a mirarlo. Que sea tan jodidamente guapo la verdad que no ayuda a mis nervios, pero continúo sin romper el contacto visual—: Tengo un problema. ¡Una tontería! —reculo rápido al ver su gesto de alarma—. Una chorrada sin importancia. Bueno, no. Por lo menos no para mí. Pero no es nada grave, en plan... enfermedad mortal. O sí, no sé. —Hundo los hombros, creo atisbar un amago de sonrisa en su rostro—. Eh... Paolo no puede ir a la barbacoa, la del cumple de mi exsuegra.

—Vaya.

—Sí. Es horrible. No estoy preparada para ir sola, Viggo.

—¿No quieres ir?

—Sí quiero, pero sola no.

—Pues no vayas. Invéntate algo. Un jefe cabrón que te hace trabajar ese fin de semana. —Me guiña un ojo y, por primera vez, me dan ganas de reír.

—Sí..., podría ser una buena excusa... —Me quedo en silencio. Pienso en mis opciones. Pienso, pienso, pienso, sin decir nada y ante su mirada atenta.

Resoplo e, incapaz de aguantarme por más tiempo, añado:

—¿Sabes lo que me fastidia? —Viggo arruga el entrecejo al oírme —. Que Tito vuelva a ganar.

—¿Qué? —Ahora sí, sonríe.

—Sí, será inmaduro, pero me molesta un montón. No para de salirse con la suya, de pisotearme ante todos. Primero me deja, pero me deja por otra —puntualizo—. Una chica superexplosiva mucho mejor que yo: más guapa, más divertida, más joven. Queda como un megacrack que ha salido ganando con el cambio.

—Yo no creo que nadie esté pensando eso, Ana.

—Luego se va a casar con ella —continúo, ignorando su comentario—. Lo que no tuvo claro conmigo en doce años, con Valeria lo ve cristalino a los treinta segundos, que es básicamente el tiempo que hace que se conocen. —Viggo ahoga una carcajada—. Es decir, que encima hizo bien en dejarme, porque ha encontrado al amor de su vida, a la indicada. Y ahora dan una fiesta a la que me invitan, porque los conozco a todos de toda la vida, ¿y no voy? ¿Porque tengo mucho trabajo o porque estoy enferma?

Suelto el aire llena de fastidio. Pensar en todo eso me cabrea, me pone de muy mala leche, me hace hervir la sangre en las venas.

Lord Voldemort me observa sin pronunciar palabra, ahora otra vez serio.

—¿Sabes lo que yo quiero? —digo al fin—. Quiero justicia. Después de todo lo que he pasado, del daño que me ha hecho, quiero restregarle por la cara lo bien que me va a mí también. Dejar de ser tan patética a ojos de todos. —Al decirlo, al confesarlo, me tiembla hasta la voz—. Quiero que todo el mundo vea que yo también soy muy feliz, que me he quitado un muerto de encima. No me da la gana que se vaya tan de rositas, como un megatriunfador, ¿sabes? Le he estado dando vueltas y esta es mi oportunidad de hacerlo, la única que voy a tener, porque el año que viene, cuando

ella ya esté superembarazada —pongo los ojos en blanco— y mi exsuegra ya no me eche de menos, no me invitarán. Tengo que vengarme, Viggo. Y necesito que todos lo vean.

Nos volvemos a quedar en silencio, siento que el eco de mis palabras resuena justiciero en la habitación.

—Eres la peor psicóloga de la historia —dice con una sonrisa punteando en su labio superior.

Abro los ojos sorprendida y momentos después me echo a reír.

—Vale, quizá mi actitud sea un poco infantil —reconozco—, mi autoestima no debería depender de las apreciaciones del resto. Pensaba comportarme como una adulta después de la barbacoa, aunque ahora tendré que hacerlo desde ya... —Se me apaga la voz —. Quizá sea lo mejor después de todo.

La nariz me pica. Y los ojos. Y es por la impotencia.

—Te acompañaré yo —dice.

Levanto la cara y lo miro.

—¿Qué?

—Si tú quieres, Ana, iré contigo.

Pestañeo. ¿Es una broma?

—Pero... pero... —No me salen las palabras—. Pero tú no eres mi novio, eres mi jefe. O amigo —digo rápido para no ofenderlo.

Suelta un bufido y me echa una mirada de arriba abajo.

—¿Me estás rechazando? —pregunta, y yo me río por los nervios.

—No, pero...

—A ver, Garbancita, tampoco es que dispongas de muchas más opciones. Además, tengo muy buena presencia, saldrás ganando seguro con el cambio —suelta el muy flipado.

Vuelvo a reír. ¿Está hablando en serio?

Cuando he entrado aquí ni siquiera he barajado esa posibilidad; sería una locura, una grandísima locura. ¿Lord Voldemort y yo?,

¿fuera de la oficina?

Tito se moriría al vernos.

—¿De verdad lo harías? ¿Fingirías... esto...? —Carraspeo y la cara se me enciende—. ¿Estar conmigo?

—Sí, será divertido.

—Pero ¿por qué?

Viggo se recuesta en su sillón y me estudia con la mirada, lo hace pensativo. De pronto me siento desnuda, como si estuviera sentada en esta silla sin nada de ropa, ridículamente vulnerable.

—Tu ex me cae fatal. Quiero que hagas justicia de esa y lo pongas en su sitio —dice. Suelto una risita, él también sonríe—. Además, es importante para ti y con eso a mí ya me vale.

Trago saliva, tengo un nudo en la garganta y unas ganas inmensas de llorar.

—Gracias.

—No hay de qué —contesta, y debajo de la mesa me da una patada juguetona.

Sonrío y agacho la vista, soy incapaz ahora mismo de soportar su turquesa. Veo entonces en su mesa los pósits, son idénticos a los que me encuentro como notitas cada mañana bajo el teclado.

—¡Ajá! ¡Prueba B! —Los cojo y se los enseño.

—Vamos, Garbancita. —Sonríe—. Eso no significa nada, ningún jurado me condenaría.

Se me escapa una carcajada divertida.

# 23

## *Ana*

Las cosas están tensas, pero que muy tensas, entre Charlotte y yo.

Miro al techo y después bajo la vista hasta mis zapatos. El suelo blanco de la tienda de vestidos de novia parece recién pulido, alcanzo a ver mi reflejo en él. Arrugo la boca, de pronto mis tacones se ven sucios en contraste.

¿Debería haber entrado con los pies metidos en un par de bolsas de esas que te obligan a ponerte en los aeropuertos?

Me rasco el codo. Inhalo, exhalo. Miro a un lado, a ese vacío que se abre al pasillo y no a mi izquierda, donde mi amiga espera también a que nos atiendan, sentada junto a mí. Nunca he tenido que soportar un silencio incómodo con Charlotte, y este —el primero de nuestra vida— es tóxico, tanto que escuece la piel.

Vuelvo la vista al frente, sin superar en el giro los noventa grados. Pensé que, más o menos, nuestra riña del otro día había quedado zanjada por WhatsApp, pero me equivocaba. Lo he notado en su gélido saludo a la entrada de la tienda, en esos dos besos que me ha dado sin garantías, unos de «porque soy educada».

Espiro hondo y saco el móvil. Tengo un mensaje de Secuoya.

Ana, ¿estás ahí?

Contraigo el gesto y acto seguido le contesto para saber qué quiere. Lleva toda la semana persiguiéndome por la casa con la mirada, muy atenta, como si en cualquier momento fuera a caer fulminada al suelo. Guardo el teléfono cuando la dependienta regresa; viene acompañada de Maricruz, la modista.

—Bien, chicas. Ya está todo listo. Por favor, acompañadme.

La seguimos; el silencio también viene con nosotras, creo que terminará provocándome ronchas.

—Todo lo que nos pediste se ha hecho —comenta la muchacha sin dejar de andar—. Ahora vemos cómo te queda. Muchos de los arreglos solo están hilvanados...

—¿Eso qué significa?

«¡Milagro, si habla!».

—Que están cosidos con un hilo suelto a mano. Maricruz lleva todo el mes en ello —explica, y Charlotte le dedica entonces una tímida sonrisa a la modista que camina a su lado—. Si nos das hoy tu *okey*, lo pasarán a máquina.

Entramos al inmenso probador con tarima y corren las cortinas tras nosotras. Mientras Charlotte se desviste, yo voy directamente a sentarme en uno de los banquitos acolchados. Mi móvil vibra de nuevo.

> Bien, bien. Sigue así: mantente a salvo. ✨
>
> Y evita conducir.
>
> Y los ascensores: son trampas mortales. 🙏

Soplo por la nariz una risotada. Las mujeres se giran hacia mí para saber qué es lo que me hace gracia. Hago un gesto para que me ignoren. Charlotte, en braguitas de color marfil, aprovecha y me fulmina con la mirada.

«Joder. Y solo acabamos de empezar...».

Echo un vistazo al gran reloj que cuelga en la pared del probador. Son las dos y siete, dentro de veintitrés minutos se supone que debería irme. ¿Seré capaz?

Comienzan a cerrar la larga botonadura del vestido de novia; no veo bien, la dependienta está justo delante. Son rápidas, Maricruz orea ya la tela de la falda del vestido. De pronto, se apartan las dos y dejan a Charlotte sola subida en la tarima. El vestido es, si cabe, más impresionante que la última vez.

—Bonito, ¿verdad? —pregunta la dependienta, que se ha puesto a mi lado.

Asiento levantándome y noto que los ojos se me aguan, es como si fuera alérgica a la imagen de mi amiga vestida de novia.

—Charlotte, estás... maravillosa —consigo decir.

Ella me ofrece una mueca que trata de convertirse en sonrisa, pero que no lo consigue.

—Como ves, hemos eliminado el cancán —explica la modista sosteniendo la falda—. El corte sirena es ahora más fluido; cae casi recto. Tienes más encaje sobrepuesto, y flores en el escote y en la espalda, tal y como sugeriste. Los tirantes son perfectos. Finos, de modo que no se pierde la esencia del vestido.

—Me gustaría que fueran algo más gruesos —señala Charlotte.

—¿Cuánto más? ¿Uno?, ¿dos centímetros?

—Humm...

La modista se descuelga la cinta métrica del cuello y le enseña cuánto serían los centímetros en cuestión. Charlotte parece indecisa.

—Tengo unos retales abajo en el taller. Si te esperas un momento, los subo y así ves cómo podrían quedar —propone la mujer.

—No sé, es que no podemos liarnos mucho. Mi *amiga* —recalca con retintín— tiene algo de prisa hoy.

—No tardaré nada.

—Ya, pero es que mi *amiga* no puede esperar.

La modista se gira hacia mí buscando explicaciones, la dependienta también lo hace.

—Eh... Por supuesto, baje a por ellos. Esperaremos —respondo cortada.

Maricruz sale entonces del probador, dejándonos a las tres envueltas en el gangrenante mutismo de antes.

—No tardará mucho —comenta la dependienta pasados tres minutos sin que ninguna abra la boca, es una pobre víctima colateral.

—Yo tengo tiempo. El problema lo tiene mi *amiga*. —«¡Y dale con lo de *amiga*!». Me está poniendo de los nervios—. Ella no puede esperarse, aunque soy yo la que se casa.

—Ya veo... —La dependienta me lanza una mirada significativa.

—Yo..., es que...

—Tranquila, Ana. Tienes cosas mucho más importantes que hacer. Lo entiendo. —Pero Charlotte no lo entiende—. Eres una chica importante, la revista se hunde sin ti. No puedo pedirte que compartas algo de tu valiosísimo tiempo con tu mejor amiga para decidir el vestido más importante de su vida. ¡No, por Dios! ¿Cómo se me ocurre?

El sarcasmo se le da de pena.

No contesto y siento cómo el silencio vuelve a treparme por las rodillas, ahora acompañado de las miraditas de recelo de la dependienta.

Levanto la vista con disimulo otra vez hacia el enorme reloj de la habitación. Son las dos y veintiocho, dentro de dos minutos, supuestamente, tendría que estar saliendo por la puerta; debería estar despidiéndome en estos momentos de ellas...

—¡¿Sabes lo que me molesta?! —exclama Charlotte de repente—. Te comprometiste conmigo desde un principio a venir a estas citas, ¡hace ya meses! Si hubiera sabido que te pondrías así, ni se me habría ocurrido pedírtelo. Podría haber buscado un día en el que las demás sí pudieran venir.

—Voy a ver cómo va Maricruz. —La dependienta sale rápida del probador.

«¡Vuelve aquí, cobarde!».

—¡Y ahora has estropeado un recuerdo que debería ser de los más felices de nuestra vida! —continúa Charlotte.

—¡¿Que yo lo he estropeado?! —contesto gritando también.

—Sí, tú. ¡Es mi momento, Ana! ¿Tanto te cuesta entenderlo? Se supone que deberíamos estar ahora aquí alegres, disfrutando juntas de algo que hemos planeado desde niñas. ¿Cuántas veces nos disfrazamos de novia, eh? ¡¿Cuántas?! Ha llegado el día, *mi día* —recalca—, y tú, en vez de estar feliz por mí, de darme todo tu apoyo, ¡estás con cara de culo mirando EL PUTO RELOJ DE LA PARED!

Mierda.

Charlotte tiene el rostro completamente rojo y respira con dificultad; yo aparto la vista. «¿Tiene razón?».

No digo nada. Pasan los segundos, los minutos... ¿Dónde diablos se han metido esas dos?

«... Sí, puede que tenga algo de razón».

El tictac parece resonar en mi cabeza como una cuenta atrás. Son las dos y treinta y cuatro, no me he ido y estoy teniendo una bronca monumental con mi mejor amiga un día que entiendo es muy importante para ella.

Me siento como basura.

—Charlotte... —comienzo a hablar, ella se vuelve para mirarme. Si ya de por sí es alta, ahora, subida a la tarima, es casi omnipotente

—. Lo siento. Esto, estar aquí contigo, también es importante para mí. No me lo perdería por nada del mundo.

Mi amiga me observa conteniendo el aire, tiene los ojos entrecerrados y la boca arrugada en un mohín. Sin embargo, poco a poco cede y relaja la expresión.

—Está bien. ¡Venga, ven! Dame un abrazo —dice, y alarga la mano, me estrecha como puede y sin demasiadas ganas—. Yo también estoy contenta de que estés aquí.

Algo es algo.

La modista y la dependienta entran en el probador justo en ese momento, da la impresión de que estuvieran escuchando detrás de la cortina.

—Bien, Charlotte. Aquí están los retales. Vamos a ver por cuál nos decidimos.

* * *

He llegado con una hora de retraso al trabajo, afortunadamente nadie ha parecido darse cuenta. Hoy tendré que quedarme hasta tarde en la redacción; aprovecharé y pondré al día mi consultorio, lo he tenido un poco abandonado con tanto artículo. Cliqueo y abro un nuevo documento. Una sonrisa se me abre en la cara al pensar que después coincidiré «sin querer» con Viggo. Intento contenerla, sofocarla, pero es inevitable: se curva caprichosa hacia arriba.

La última noche ya intercambiamos números de teléfono...

Me muerdo los labios para dejar de sonreír. Trato de concentrarme mientras leo el texto abierto en mi ordenador. Vuelvo a empezar; tengo que hacerlo hasta tres veces, la cabeza no deja de alejarse de la pantalla, de irse a la cocina a por una infusión.

«Vamos, Ana. No seas tan coneja».

De repente mi móvil comienza a sonar, este se encuentra sobre mi mesa. Le echo un vistazo... Mi madre. Dudo unos segundos (quizá no los suficientes) y le doy a contestar.

—Mamá, estoy en el trabajo...

—¡¿ESTÁS CON EL ZURINA?!

«Ups».

—Eh...

—¡Nunca me cuentas nada! ¡He tenido que enterarme por Almudena y fingir que ya lo sabía todo! ¡Que hasta conocía al muchacho! A ver si va a pensar que no estamos tan unidas, que la relación que ella tiene con Charlotte, que sí le cuenta TODO —apuntilla—, es mejor que la nuestra.

—Solo nos estamos conociendo, no sé ni siquiera si estamos juntos. —«Voy a matar a Charlotte».

—¿Te avergüenzas de tu familia? ¿Es por eso, Ana?

—¿Qué? ¡No, claro que no! —grito sin querer.

Lidia se vuelve y me mira. Hago un gesto para decirle que no es nada.

—Pues no entiendo por qué tanto secretismo. ¡Esto no se hace, hija!

Resoplo mientras me masajeo las sienes. «No le cojas el teléfono en el trabajo, en el trabajo no». Es que no aprendo.

—Ya me dirás qué hago yo ahora con Jaime.

—¿Con quién?

—¡Con Jaime, Ana! ¡El abogado, el que tiene el despacho cerca de tu piso!

«¡Ay, no!».

—Le he dado todas las facturas para que nos prepare la declaración de la renta —continúa—, que verás tú para qué necesitamos eso, que tu padre todos los años la ha hecho él solo

estupendamente. Si hubiera sabido lo de Zurina, no le entrego nada. Que encima es carero, ¿eh? Nos va a salir por un ojo de la cara. Pero yo pensaba que bien, y que por mi niña lo que fuera.

—Pero, mamá...

—¡Es que sabía que tú no ibas a ir! Porque nunca me haces caso, hija. Y encima el chico te ha hecho ojitos, que lo sepas. Sí, Ana. Me ha costado lo mío, pero tanto hablar de ti... Y el otro día por error, bueno, por error no, pero le dije que lo fue, le mandé esas fotos tuyas tan bonitas, las del verano en Galicia que sales en biquini...

Me muero.

—Y me dijo que eras muy guapa. ¡Ja, muy guapa! —añade—. Menuda decepción se va a llevar ahora el pobre cuando le diga que ya no estás disponible. Yo no se lo cuento, Ana, que me da mucha pena.

Pestañeo. No sé ni qué decir, estoy flipando demasiado. Ella sigue hablando.

—¿Y si le mandas un mensaje?

—¿A quién? —pregunto.

—¡¿A quién va a ser?! ¡A Jaime, hija! Le dices que estabas muy interesada, pero que te has enamorado. Te mando mejor la dirección de su despacho, estas cosas hay que decirlas a la cara. ¡Ah!, y dile que ya no hace falta tampoco que nos haga la declaración de la renta, que tu padre...

—Mamá, en serio, ahora no puedo hablar, te llamo después, un beso.

Cuelgo.

Me froto los ojos, por unos instantes hasta olvido que llevo rímel. Está como unas maracas, como unas maracas de Machín. ¿Que vaya a hablar con un completo desconocido para explicarle que la

película, que seguramente solo existe en la cabeza de mi madre, ya no podrá ser?

Es que me dan ganas de reír, hasta de ir a conocerlo de verdad y...

—¿Hola?, ¿disculpa?

Levanto la cabeza. Frente a mi mesa hay una chica imponente, una rubia de metro ochenta y cara angelical.

—Estoy buscando el despacho de Viggo Ekman —añade con una sonrisa preciosa, es un calco de Cameron Diaz en *La máscara*—. ¿Me podríais decir dónde está?

—Es justo ese que está ahí —contesta Lidia mientras mi móvil vuelve a sonar. Le quito el volumen y lo guardo en el cajón.

—Gracias.

La muchacha, de apenas veinte años (tendrá cuerpo de mujer, pero la cara la tiene de niña), se dirige en sus plataformas de Bershka hasta la puerta en cuestión. Toca y entra.

Lidia me lanza una mirada de «¡Vaya, vaya, con el jefe!». Yo sonrío imitando la misma mueca burlona; finjo que no estoy molesta, que no me importa que modelos de Victoria's Secret se paseen hasta su puerta, y me pongo a trabajar...

O, más bien, simulo que me pongo a trabajar. No logro apartar del todo de mi cabeza lo que esos dos puedan estar haciendo encerraditos en su despacho.

Un tic nervioso invade mi pierna derecha.

¿Qué les pasa a los hombres de treinta con las chicas de veinte? Deberían estar pensando en sentar la cabeza, en madurar, y se van con niñas de instituto.

Bufo y tecleo con demasiada fuerza.

* * *

Pasada la hora, ahí siguen. Los dos, a puerta cerrada. Y, no, lo siento si soy prejuiciosa, pero ella no parecía la típica chica con mucha conversación.

Trato de agudizar el oído, ¿se lo estarán montando?

El despacho de Viggo se abre de pronto (sesenta y siete minutos y once segundos después), me da un susto de muerte y me pongo rápida a trabajar, como si no los viera, como si me fueran indiferentes. Sin embargo, con el rabillo del ojo no puedo evitar comprobar que salen los dos, muy juntitos; caminan hacia la salida de la redacción. Ella no le quita las manos de encima; lo tiene bien sujeto del brazo en actitud posesiva, marcando territorio, que todo el mundo se entere de que es suyo por si quedaba alguna duda.

Y él...

Él sonríe encantado.

Suelto el aire, me molesta la garganta y los ojos me escuecen. Puede que hasta el pecho me duela; es una sensación extraña, como si me lo apretaran por dentro. Quizá por la pena de pensar que todos los hombres son iguales: las prefieren bonitas y, mejor, inexpertas (o directamente ingenuas). Porque no hay esperanza para las de treinta. Porque no importa la conversación, la buena compañía, el humor, la amistad... Porque Ernesto era igual y se quedó con la veinteañera. Porque...

Pestañeo, noto que la vista se me nubla. Me siento tan estúpida, tan ridícula y patética...

Inspiro llevándome la pena hacia dentro.

Sí, quizá sea por eso.

# 24

*Ana*

Tecleo. Borro. Tecleo. Vuelvo a borrar.

Son casi las diez de la noche y aquí sigo en mi mesa, en la redacción. Lidia se ha ido como siempre a su hora, a las seis.

—No trabajes mucho, cariño —me ha dicho antes de darme un beso en la mejilla y dirigirse a la salida.

Ojalá sí trabajara mucho, porque han pasado casi cinco horas y no he hecho nada, nada productivo al menos. Incluso he tenido que dejar de lado mis consultas para otro momento, uno en el que estuviera más «inspirada». No sabía qué contestarle a la señora de Alcobendas que quería contratar a un detective porque tenía la firme sospecha de que su marido le era infiel. Solo me salía decirle que no gastara su dinero, que todos los hombres eran unos cerdos y que lo mejor era estar sola. Pero no me ha parecido una respuesta muy zen, muy de psicóloga cuerda.

Tecleo. Borro. Tecleo. Vuelvo a borrar.

Estoy supuestamente con uno de los artículos de don Javier, un trabajo mucho más mecánico, en el que no tengo que pensar tanto y en el que puedo dejar casi de lado esta sensación de «Quiero matar a todo el mundo y especialmente a todos los hombres pelirrojos que vengan de Suecia o que tengan relación con la península escandinava» que me abrasa el pecho.

Resoplo y borro un párrafo entero.

Qué contento se lo veía agarradito de la piernilarga. Y a mí me da igual, que conste. De verdad que sí. Me importa cero. Menos que eso, me importa un pimiento. Un pimiento pasado con moho, que huele mal: eso es todo lo que me importa lo que haga Lord Voldemort con chicas a las que dobla la edad.

Noto que el corazón me late con demasiada fuerza, que pierdo rápido el hilo de lo que estaba escribiendo...

Si estoy cabreada es porque... porque es un cínico. Sí. Y un sinvergüenza. Dice muy poco de él la escenita de esta tarde, de su profesionalidad.

Gruño y dejo de teclear. Esto es una pérdida de tiempo, será mejor que me vaya a casa. Hoy no es mi día.

Doy a guardar los documentos y apago el ordenador. Ya estoy recogiendo mis cosas cuando Viggo sale de su despacho. Parece que se ha adelantado, ¡maldita sea!

—¿Cómo vas, Ana? —pregunta. Pero yo lo ignoro, sigo metiendo mis cosas en el bolso—. ¿Hoy tienes notita de tu admirador secreto?

Suelto un bufido como respuesta.

Sí, esta mañana he encontrado un pósit debajo de mi teclado, y hasta he de reconocer que se ha convertido en un aliciente para llegar temprano al trabajo. Me encanta leerlos y, más aún, me gustaría cogerlo dejándolos, pero Viggo madruga demasiado, es imposible pillarlo infraganti. De todas formas, la sensación cálida que me ha producido ha quedado del todo disipada a estas horas; más que eso, ha sido vilmente pisoteada. Y puede que en estos momentos pensar en el dichoso pósit me genere justo la reacción contraria: pura rabia.

Me giro hacia él y le lanzo la mirada *turbo-asesinator* más potente de mi repertorio. La sonrisa se le deshace en los labios.

—Ana, ¿va todo bien?

—Sí, claro. No pasa nada —contesto mientras cierro el bolso; él ya está junto a mi mesa. Me jode lo bien que huele y me jode cómo mi pulso se acelera siempre que lo noto cerca.

—Pues, venga. —Cabecea hacia la cocina—. Tenemos que hablar de la barbacoa de este sábado, de todo lo que vamos a decir.

Me ofrece la mano para que me levante. La miro, pero no se la cojo.

—Creo que al final no va a ser buena idea, será mejor que vaya sola y punto.

Reviso el móvil, finjo estar atenta a las cero llamadas recibidas en toda la tarde.

—¿Ya no quieres vengarte de tu ex? ¿Has optado por comportarte como una mujer seria y madura? —Ríe.

Otro día me haría gracia, pero hoy no. Hoy tengo ganas de arrancarle la cabeza.

Giro mi silla hacia él y le hago frente, lo miro a los ojos. Sonríe con las manos en los bolsillos, inocente, divertido, sin saber que me ha hecho pedazos.

—La verdad es que no creo que le parezca buena idea a tu novia.

—¿Mi novia? —Frunce el ceño.

—Sí, la chica rubia de esta tarde. ¿No crees que le molestará?

—Ana, ¿estás celosa? —pregunta con una sonrisa socarrona. Se balancea con las manos aún metidas en los bolsillos, adelanta la pelvis hacia mí con el movimiento y me doy cuenta entonces de que mis ojos quedan a la altura de su entrepierna. Mal que me pese, le echo un vistazo.

«Hay bastante bulto».

Carraspeo, creo que me he puesto como un tomate.

—¿Celosa? ¿Yo? Por favor, no flipes.

Y se ríe. Suelta una carcajada gigantesca que hace que la única persona que también queda en la redacción (al fondo, junto a la puerta) nos mire. ¡Qué cabrón! Tengo ganas de darle con el bolso.

—Vale, Garbancita. No estás celosa. —Niega con la risa todavía colgada de los labios—. Elinor no es mi novia. No sé cómo se te ha ocurrido siquiera pensarlo, ¡si es una cría!

—Que me da igual. De verdad.

Pero Viggo no deja de reír. Achica los ojos como siempre cuando lo hace, y también me jode, porque esa risa me encanta, y puede que —no sé cómo ni en qué momento— se haya convertido en una de mis cosas favoritas; al menos está en mi lista de *top ten*. Sin embargo, ahora... ahora me hace daño, y me pone de muy mal humor.

Voy a sortearlo por un lado, pero Lord Voldemort me coge del brazo antes de que pueda hacerlo. Me sujeta con fuerza: no es una solicitud, sino una imposición. Me gustaría que toda mi piel no se erizara al tacto, que no hubiera trescientas mil mariposas revoloteando en mi vientre, que no sintiera cómo me deshago por dentro, cómo mis huesos se convierten en cartílago y cómo mi cartílago se transforma en plastilina.

Me gustaría no tener ganas de llorar, no tener ganas de pegarle, de morderle.

De abrazarlo y comerlo a besos.

—Vamos, Garbancita. Hablemos —dice, pero yo no cedo. En lugar de eso, lo fulmino con la mirada—. No seas orgullosa, sabes que me necesitas.

Dirijo la vista hacia la puerta de la redacción. Sus dedos alrededor de mi antebrazo no me sueltan.

—He comprado un nuevo sabor —añade, y me vuelvo hacia él—. Sí. Te va a encantar: chocolate con fresas.

—¿Has encontrado una infusión de chocolate con fresas?

—Ajá. Me ha costado. Pero pensé que te gustaría.

Y me sube el azúcar... O me baja. No lo sé, él me confunde.

—Venga —añade, y aprovecha mis dudas para guiarme hasta la cocina—. Vamos, bobita.

Le lanzo otra mirada de odio que lo hace reír y menear la cabeza.

Entramos en la habitación. Viggo se pone a calentar agua y yo me siento esta vez sobre una de las mesas. Hoy llevo un vestido cortito, es nuevo y está lleno de flores. Jugueteo con los volantes.

—Vale, diremos a todos que estamos saliendo juntos —comienza a hablar de espaldas a mí mientras rellena las tazas de agua—. Llevamos... ¿Cuánto? ¿Tres meses?

—Eh, sí. Ernesto y yo rompimos en octubre, así que tú y yo podríamos haber empezado perfectamente en diciembre.

—Genial.

Se da la vuelta. Y ahí está su turquesa, afilado, puntiagudo, que me rebasa, que me desborda por dentro.

«Joder», suspiro.

—No diremos que trabajamos juntos —dice, y me ofrece una de las tazas. Brindamos como de costumbre, de manera automática—. Sí que trabajamos para la misma empresa, pero no en la misma redacción. Así no daremos pie a que alguna de las respuestas sea «Ana trabaja para mí». De todas formas, también paso mucho tiempo en el edificio central de la avenida de América.

Asiento, me parece bien. Doy un sorbo.

—Está rico —suelto.

—Sabía que te encantaría. —Me imita y se lleva la taza a los labios —. ¿Y qué más?

—Soy buenísima al *FIFA*.

—¿Qué? —Lord Voldemort comienza a reír.

—Tito y yo siempre discutíamos porque él se pasaba el día jugando a la maquinita. Sería genial que él me hubiera dejado y yo me hubiera vuelto de repente una crack de los videojuegos.

—Vale... —Viggo se queda en silencio, pensativo—. Diremos que estamos apuntados a torneos *online*, de parejas, y que vamos genial en el *ranking*.

—¡Perfecto!

—Sabes cómo funcionan los mandos al menos, ¿verdad? —pregunta.

—Eh..., no.

Suelta una carcajada.

—Triángulo, pase al hueco; cuadrado, pase en largo, y círculo, tiro. ¿Lo recordarás?

—No. ¿Me lo puedes escribir?

—Ok, te lo dejo apuntado antes de irnos hoy —contesta mientras ríe—. Sigue, ¿qué más?

—También te cocino un montón de comida mexicana.

—¿Perdón? —Pestañea sorprendido.

—Sí, sí. Diremos que me he apuntado a un curso y que no dejo de prepararla en casa. A Tito le flipa, siempre que salíamos a cenar íbamos a un mexicano.

—Ok...

—Y te hago masajes.

Lord Voldemort no puede evitar que una carcajada le salga por la nariz con demasiada fuerza. Lo ignoro y continúo.

—Les contaremos que también me he apuntado a un curso de masaje tailandés, que me paso todo el día haciéndotelos para practicar. Y... ¡Y *twerking*! —Es oírme y a punto está de escupir la infusión.

—¡¿Qué?!

—Es un baile supersexy —me defiendo.

—¿También me haces *twerking* todas las tardes para practicar?

Me quedo unos segundos reflexionando, Viggo está que casi no puede respirar por la risa.

—Sí —confirmo muy segura—. Y soy buenísima. Bailo genial.

—Así, por la cara. Cuando llego a casa de mi novia, ella, es decir tú —puntualiza—, se convierte en una especie de loca que tiene tacos y enchiladas en el horno, que se pone a bailar *twerking* porque sí —hace un gesto gracioso con la mano, me río—, después, cuando se cansa me hace un masaje, y luego, antes de dormir, si le queda algo de energía, me anima a echar una partidita juntos al *FIFA*.

—Lo has pillado.

—Te has apuntado a muchísimos cursos en muy pocos meses, ¿no?

—Es lo bueno de que te deje un gilipollas, que recuperas mogollón de tiempo perdido.

—Muy *buenaaa*. —Cabecea sonriente y alza la palma para que se la choque—. ¿Se lo vas a soltar así?, ¿tal cual?

—Depende de las cervezas que me haya tomado. —Le guiño un ojo. Lord Voldemort sonríe. Es la sonrisa dulce, esa que le he visto en tan pocas ocasiones.

—Vale, ya está, ¿no? ¿Alguna cosa más? —pregunta.

—¿Hay cursos de felaciones?

Veo cómo los ojos se le abren de golpe, está alucinando con lo que le acabo de soltar.

—¡Ana! ¡Diooos! —Suelta la taza, la deja sobre la encimera y se cubre la cara. No puede parar de reír.

—¡Estoy de coña! —digo tratando de que me oiga por encima de sus carcajadas, aunque también me río.

Viene a mi lado y se sienta junto a mí sobre la mesa, la risa sigue escapando de su boca. Ignoro el cosquilleo que me recorre cuando su piel entra en contacto con la mía. Está muy cerca, pegado a mí: mi muslo con su vaquero, mi cadera con su cadera y mi hombro con su antebrazo.

Es un hombre enorme, que desprende calor, que huele a limones (esto también está dentro de mi *top ten* de cosas que más me gustan del mundo mundial, y no sé si debería preocuparme cuántas de las antiguas ha desplazado Viggo Ekman).

—En conclusión —comienza con dificultad, la diversión entrecorta sus palabras—, ¿la novia perfecta para tu ex es una pirada adicta a los cursos?

—Puede... No sé. —Me duele la tripa de tanto reírme. Trato de respirar normal y recuperar el aliento—. Tú y yo nos adoramos, ¿vale? Estamos muy enamorados y pensando en adoptar un gato.

—¿Un gato? —Se gira y me mira. Los ojos le brillan.

—Adoptar un animal siempre da impresión de compromiso, de que vamos muy en serio. Llevamos poco, pero nos queremos. Nos hemos dicho «Te quiero» incluso. —Él asiente—. No vivimos juntos, porque es temprano... Aunque, bueno, ellos se van a casar después de solo unos meses. —Suelto una risa, pero esta vez suena distinta de las anteriores, es amarga.

Viggo se da cuenta al instante y el gesto le cambia.

—Ana, ¿estás bien? —Aparto la mirada—. Si no lo ves claro, los mandamos a todos a la mierda y tú y yo nos vamos por ahí.

No digo nada. Él me coge del antebrazo y enreda sus dedos entre los míos. Tiene la palma dura, ridículamente grande en comparación con la mía. No puedo pensar en nada más, mi corazón parece haberse vuelto loco dentro de mi pecho.

*PUM-PUM-PUM-PUM-PUM-PUM-PUM.*

No sé si él también puede oírlo. Joder, espero que no.

—Estoy bien —digo, y levanto los ojos para mirarlo. Su turquesa está muy cerca, quizá nunca lo ha estado tanto—. Solo un poco nerviosa por todo lo que implica. Tengo miedo de verlos juntos, como pareja, y no saber reaccionar. Que me duela. —Suspiro, y él me da un apretón en la mano, uno que hace que le regale una sonrisa sincera—. Pero también creo que es necesario enfrentarme a ello. Me los puedo encontrar en cualquier momento juntos a los dos, por la calle por ejemplo. Mejor estar preparada y que no me coja en el supermercado por sorpresa.

—Yo estaré contigo, no te dejaré sola.

Le sonrío y, por primera vez, le he perdonado un poco lo de tener un ligue tan macizorro. Puede que Viggo Ekman nunca haya sido para mí, pero casi que mejor: cuanto más conozco a Lord Voldemort, más me doy cuenta de lo valioso que es tenerlo como amigo.

—Gracias. —Noto que mis pensamientos me traicionan y me sonrojo—. Además, así también me preparo para cuando las fotos de su boda contaminen sí o sí todas mis redes sociales. Es lo malo de estar toda tu vida con el mismo chico, que sus amigos son también los tuyos.

—Todo saldrá bien. Yo como novio soy el mejor.

Me río.

—Tú, ¿como novio? ¿Cuándo ha pasado algo parecido? A mí no puedes engañarme, somos del mismo pueblo, te gustaba todo lo que llevara falda.

Viggo ríe también.

—Alguna novia sí que hubo... Tu vecina, por ejemplo. ¿Cómo se llamaba?

De repente se me corta la gracia.

Charlotte.

Charlotte.

Charlotte, Charlotte, Charlotte. Charlotte, Charlotte, Charlotte, Charlotte. Charlotte, Charlotte, Charlotte, Charlotte. Charlotte, Charlotte, Charlotte, Charlotte. Charlotte, Charlotte, Charlotte, Charlotte. Charlotte, Charlotte, Charlotte, Charlotte. Charlotte, Charlotte, Charlotte, Charlotte. Charlotte, Charlotte, Charlotte, Charlotte. Charlotte, Charlotte, Charlotte, Charlotte.

—Solo estuvimos unos meses, éramos muy críos. Pero ¿no te acuerdas?

—Sí... —consigo decir al fin, a pesar del nudo en mi garganta—. Charlotte.

—¿Aún os veis?

—Claro, somos muy amigas. —«Hermanas».

—Bueno, pues ahí lo tienes. Pregúntale si necesitas referencias. —Me guiña un ojo mientras juguetea todavía con mis dedos.

Sonrío con un rictus dominando toda mi cara.

# 25

## *Ana*

Decir que estoy nerviosa sería un eufemismo. Estoy que me muerdo los puños, taquicárdica, a punto de vaciar la caja de Valium ficticia que guardo en el cajón de mi mesilla de noche... Si fumara, habría terminado cuatro cartones enteros.

Esto es surrealista. No puedo creer que dentro de unas horas Viggo Ekman —Lord Voldemort en persona— vaya a venir a buscarme a casa, a este piso, para ir juntos al cumpleaños de mi exsuegra. ¿En qué momento me pareció una buena idea hacerlo partícipe de mi particular tragedia griega?

Me detengo frente a la ventana de mi habitación y clavo la vista en el exterior. Está oscuro, son las dos de la madrugada, y el aire está cargado de un silencio lenitivo, interrumpido solo por el tráfico escaso de coches.

Y no sé qué es peor, si que él sea mi jefe o el ex de mi mejor amiga, la cual no tiene ni idea de lo cercana que se ha vuelto nuestra relación en los últimos meses.

Hace unas horas escribí a Charlotte, llena de paranoia, para saber de su día, de cómo se encontraba. ¿Le gustaron los centros de mesa?, ¿qué tal con el DJ? Después le mandé un *reel* graciosísimo sobre la amistad y esas amigas que son familia.

Soy una hipócrita (y al bolso de Louis Vuitton quizá tenga que añadirle una pulsera de Pandora).

Suspiro y giro la vista hacia la cama, llena de ropa, de ropa que no me convence, que nada tiene que ver con mi estilo anterior: nada es holgado, todo es ajustado y muy elástico. ¿Qué pensará mi exfamilia política cuando me vea así vestida? ¡Y maquillada!

Van a flipar.

He separado un conjunto para la barbacoa que me encanta cómo me queda (vaqueros pitillo con top de cuello *halter* relativamente corto que, además de los hombros, deja gran parte de la espalda al descubierto); sin embargo, ahora, mientras lo examino de cerca, me hace sentir como una farsante en mi antigua vida. ¿Tiene sentido?

La pantalla de mi móvil se ilumina, tengo varios mensajes de WhatsApp de Charlotte.

> Jajajaja. ¡Es buenísimo!
>
> Pásalo bien mañana con Paolo
> en la barbacoa. ❤️
>
> Y cuéntamelo todo después.
>
> Quiero saber si tuvo que venir el SAMUR a
> recoger a Tito cuando lo atropellasteis con el
> Lamborghini. 😉
>
> Tía, en serio.
>
> Mataría por verlo.
>
> MATARÍA. Karma, karma. ¡Muac! 😘

* * *

Pasamos delante de la casa de mis exsuegros; hay globos atados a los chopos y en la valla de su jardín, y mucha gente, caras conocidas que no veo desde poco antes de mi fatídico martes 13. Me escurro en el asiento; le he dicho a Viggo que siga de largo, que frente al ayuntamiento, que está más adelante, siempre hay hueco para aparcar. Él no conoce la zona, pero me mira de reojo mientras ignora la acera vacía.

Esta mañana, cuando ha venido a buscarme a casa, ha flipado con los libros que tiene Secuoya en la estantería. Yo le he abierto la puerta y dejado ahí, convencida de que no pasaría del recibidor, pero, cuando he regresado en su busca (después de tardar quince minutos de más en conseguir el maquillaje *nude* perfecto), me lo he encontrado en el salón enfrascado en la lectura de *Claves del mal de ojo, cómo hacerlo y deshacerlo*.

—Pensaba que solo te iban las plantas —ha dicho divertido (y creo que asustado).

—Es de mi compañera de piso. Pero, pasa, ponte cómodo.

Ha soltado una carcajada y ha devuelto el libro a su sitio.

—Tardabas mucho... —Se ha excusado con una sonrisa, una demasiado irresistible, de las que te remueven las mariposas por dentro.

De las que te hacen darte cuenta de que tienes mariposas por dentro.

Viggo gira el volante y da marcha atrás para terminar de aparcar. Cojo aire; lo hago despacio, en una especie de cuenta atrás. «Siete, seis, cinco, cuatro...». Lo mete a la primera, ni pisa las líneas blancas del suelo, y apaga el motor.

«Tres, dos, uno...».

Sé que espera que abra la puerta y salga. O que diga algo, pero de pronto me he puesto muy nerviosa: me he dado cuenta de que a

menos de cien metros se encuentra todo mi pasado; de que harán comparaciones entre la Ana con Ernesto y la sin él, y tampoco es que me haga mucha gracia ahora mismo ponerme al lado de la flamante prometida de mi ex y convertirme en el gran elefante rosa de la habitación.

Suelto el aire, escapa tembloroso de mi pecho.

Viggo me coge de la mano; levanto la vista y lo miro.

—¿Lista? —pregunta mientras me da un apretón cariñoso, cálido.

Inspiro hondo y noto que mi pulso se ralentiza; un poco al menos, lo suficiente. «Él estará conmigo, no me dejará sola».

Asiento.

—Estás preciosa, Ana. Venga, vamos a por ellos.

Diez minutos más tarde empujo la verja de la casa donde perdí la virginidad; Lord Voldemort camina a mi lado en silencio, sin soltarme.

—¿Ana? ¡Ana! —Claudia, mi exsuegra, se acerca corriendo a saludarme; lleva un plato lleno de comida en la mano—. ¡Chica, casi ni te reconozco! ¡Vaya cambio, estás guapísima! ¡Y qué alta, ¿no?!

Corto su escrutinio con dos besos.

—Este es Viggo, mi...

Deja de examinar mis botas de tacón y se centra en mi acompañante. La pobre mujer tiene que estirar su cuello al máximo para conseguir verlo entero.

—... mi-mi...

—Su novio —dice Viggo, y mi corazón se salta un latido.

Se inclina para darle dos besos y, acto seguido, me coge por la cintura de forma posesiva. Sus dedos tocan la piel de mi espalda y un cosquilleo danza en mi tripa.

—Mucho gusto. Yo soy la mamá de Ernesto. No sabía que ya... tuvieras novio, Anuchi. ¡Qué bien! ¡Me alegro! —añade con una

sonrisa forzada—. Eh... ¡Pasad, pasad! Todos tienen muchas ganas de verte, cariño.

Caminamos hasta el centro de la fiesta, es una barbacoa en el jardín de su casa. Mi exsuegra ha invitado a sus más allegados, unas veinte personas que ahora se acercan a saludar y seguramente también a cotillear. A Tito y a Valeria no los veo por ninguna parte.

—Hola, soy Félix, el hermano de Ernesto. —Viggo le estrecha la mano que le ofrece—. Estoy encantado de que hayas venido, de verdad. —Sonríe—. Me muero de ganas de ver la cara que pone mi hermano cuando te vea.

Le doy un golpe en las costillas por su comentario, él se carcajea.

—A nuestro Tito no creo que le importe —interviene Silvia, su tía. No estaba en la conversación en un principio, pero ha reptado hasta nosotros como la víbora que es—. Está tremendamente feliz con Valeria. Esa chica es un encanto.

—Claro, si hasta se casan. —Me obligo a sonreír.

—Pero es muy joven, ¿no? ¿Qué tiene?, ¿veinte años? —pregunta Viggo.

—No, veintitrés —contesta Silvia corrigiéndolo—. Pero es muy madura para su edad.

—Debe de serlo —dice mi falso novio, y da un sorbo al botellín de cerveza que le ha ofrecido uno de los parientes con los que ya hemos hablado—. Cómo, si no, se prometería tras solo un mes de relación.

La bebida a punto está de salírseme por la nariz. Silvia le dedica una mirada asesina, le envía todo su odio; sin embargo, Lord Voldemort no deja de sonreír, lo hace en toda su cara mientras Félix se parte de risa a su lado. Se ve que hemos venido a ganar y, si tenemos que llevarnos a toda esta gente por delante, que así sea.

—Si me disculpáis, voy a remover la ensalada de patata —anuncia molesta antes de echar a andar hacia el interior de la casa.

—¡Vamos, Silvia! ¡No te enfades! —le grita su sobrino. Después se gira hacia mí y me dice—: No le hagas caso, ya sabes cómo es. Estamos muy contentos de verte así de bien y de guapa. —Me palmea el hombro cariñoso—. Yo, al menos, te he echado mucho de menos.

Relajo la expresión y sonrío también.

Viggo comienza entonces a trazar circulitos con sus dedos sobre la piel desnuda de mi espalda. Ahogo un jadeo sobresaltada.

—Ernesto dijo que no vendrías —continúa Félix—. Que seguro que te inventabas una excusa en el último momento. Esto le pasa por bocazas.

Asiento totalmente acalorada. Nunca he sido tan consciente de mis lumbares como ahora mismo.

—Cuídamela, ¿vale? —añade para Viggo—. Esta chica es oro puro.

—Descuida, lo sé —contesta, y el corazón se me detiene unos segundos.

—Genial. Voy a ver cómo van las cosas en el fuego. —Félix señala hacia la barbacoa de ladrillos—. Encantado, colega.

Nos guiña un ojo y se aleja.

Lord Voldemort y yo nos quedamos en silencio. Sus dedos siguen con sus circulitos, despacio y muy suave, pero con el diámetro en aumento; entran sutilmente dentro de la tela de mis vaqueros, quizá en busca de calor.

«Pero ¿qué hace?».

Inspiro con el corazón en la boca, su tacto logra que un leve hormigueo se extienda por mis muslos.

—Menudo percal tienes aquí montado, cielo.

Asiento. Noto que sus yemas detienen su avance al toparse con el elástico de mi ropa interior. Emite un gruñido ronco, como una especie de tos seca. Después, sin cortarse un pelo, comienza a leer en braille el encaje.

—Estamos a tiempo de huir. Tú solo pídemelo —dice aproximándose todavía más. Su aliento me hace cosquillas en el cuello, acaba por encender el resto de mis terminaciones nerviosas —. Te cargo sobre el hombro y cruzamos la verja de vuelta al coche sin mirar atrás.

Me giro hacia él. Está inclinado sobre mí con su boca peligrosamente cerca de la mía, y yo ya no sé si está actuando, si es el mejor falso novio del mundo o si está sacando algún tipo de rédito a la situación.

Aunque... ¿en realidad importa?

Tiene la mirada fija en mis labios. Pasan los segundos. ¿Cuántos? No lo sé, puede que menos de una hora o más de medio minuto, el tiempo que tardo en reunir el valor para mordérmelos para él, porque quiero volverlo loco: necesito volverlo loco. Quiero enviarle esa señal —que debería estar recogida en algún documento oficial, sellado por la ONU, la OMS, el FMI—, ese «Bésame, por favor, o te juro que me muero».

Sea como sea, necesito que se acerque más.

Detiene de golpe los circulitos y nuestros ojos se encuentran. El escaso aire que nos separa de pronto parece crepitar entre los dos.

«¿Una pregunta?».

No sé qué quiere, qué significa esa mirada. «¿Una respuesta?».

—*Mayday, mayday* —pronuncio en un soplo sobre sus labios.

Sus comisuras se curvan en una sonrisa hambrienta, seguramente la misma que le dedicó el lobo feroz a la pobre Caperucita antes de

intentar comérsela. Trago saliva y él retoma los circulitos sin apartar sus ojos de los míos.

Teatro o realidad, lo único que sé es cuánto lo deseo.

Un revuelo de voces llama de repente nuestra atención. Como si nos sacudieran de un sueño, miramos confundidos a nuestro alrededor. Justo a la entrada del jardín acaban de aparecer los futuros señores Dávila en persona: Ernesto, con su casi metro ochenta y un nuevo estilo desenfadado de ropa que no va nada con él, y ella, que debería empezar en algún momento a comprar camisas de su talla.

Noto que mis articulaciones se tensan. Lord Voldemort me da un pequeño pellizco en la cintura y lo miro.

—Tranquila, cielo. Verás como al final nos divertimos —susurra.

Sonrío y asiento; el turquesa de sus ojos es sin duda el azul más bonito de todos los que he visto en mi vida.

—¿Ana?

Me vuelvo. Tito está parado en mitad del jardín, a metro escaso de nosotros. Me examina de pies a cabeza y vuelta a empezar. Repasa mis botas de tacón hasta las rodillas, los vaqueros pitillo ajustados y mi top de hombros descubiertos y espalda al aire. Se detiene en mi cara, en mis recientes aptitudes para hacerme un *eyeliner* parejo, que no tenga que borrar después; en mi pelo, quizá más largo, suelto y ondulado, un pelín salvaje.

—Pero ¿qué...? —se interrumpe. Viggo ha dado un paso hacia delante interponiéndose entre ambos. Le ofrece la mano.

—Hola, ¿tú eres? —pregunta mi falso novio, aunque sabe perfectamente quién es.

Ernesto levanta la vista (no es que mi ex sea bajo, pero Viggo es Thor, todo un dios vikingo) y, por primera vez, repara en él, en que no estoy sola. Baja la mirada hasta su mano y, tras unos segundos

(demasiados dentro de la cortesía), se la estrecha. Creo que los dos aprietan con más fuerza de la necesaria.

—Ernesto —dice—. Su ex. ¿Y tú?

—Viggo, su chico.

Dicho esto, regresa a mí y me agarra de la cintura, me pega a su cuerpo. Ernesto observa el gesto con cara de pocos amigos, después se vuelve a mí interrogante.

Muero. Literalmente: me va a dar un chungo. Doy un sorbo a mi cerveza y echo un rápido vistazo al jardín; me doy cuenta de que muchos de los invitados nos observan con disimulo.

—¿Amorcito? —Valeria asoma entre nosotros y, por primera vez en mi vida, me alegro de verla.

Con esta es la segunda vez que coincido con ella. La primera fue cuando se presentó en mi antiguo piso con sus maletas mientras yo aún metía mis cosas en las cajas. Es una chica... ¿guapa? Vale, sí: lo es. No me gusta reconocerlo. Tiene el pelo rojo a lo *El quinto elemento* y unos grandes ojos castaños sobre una tez llena de pecas. Alta, delgada y con una delantera que ya la quisiera el PSG (he estado haciendo mis deberes en cuanto al fútbol).

—Hola, amor. —Ernesto imita a Viggo y la toma por la cintura; o, más bien, la estrella contra él—. ¿Te acuerdas de Ana, mi ex?

—¿Ana? ¡Madre mía, qué diferente estás sin tus botas de agua! —Ríe.

«Puta, puta, puta».

—Yo soy Valeria —dice ahora para Viggo—. ¿Eres su novio?

—Podría decirse que sí. Gracias por eso, por cierto —contesta, y, sin que Ernesto lo pueda evitar, choca el botellín de cerveza que lleva en la mano con el suyo.

«¡Va muy loco, en modo *destroyer* total!».

Los ojos de mi ex chisporrotean, nunca he visto tanta hostilidad en el rostro de un ser humano. Viggo finge no darse cuenta, me planta un beso en la mejilla y después da un trago largo a su bebida.

Nos quedamos en silencio, pasan los segundos sin que ninguno abra la boca. La situación es verdaderamente incómoda; por suerte (y en contra de lo que vaticinó Tito), no lo está siendo solo para mí.

# 26

*Ana*

—¿Y cómo os conocisteis? —pregunta Valeria.

—En el pueblo.

—En el cine de mi pueblo —corrijo a mi acompañante. Si hay algo que no quiero es que Ernesto ate cabos y descubra que Viggo es, en realidad, el ex de Charlotte. No llegaron a conocerse, no coincidieron en el tiempo, pero a todo el mundo que tuvo contacto con nuestra adolescencia le suena su nombre (no siempre lo llamábamos El-que-no-debe-ser-nombrado)—. Nos conocimos por casualidad en la cola de las palomitas.

La mueca de asco de Tito es todo un poema.

—Ana andaba despistada y tropezó conmigo —corrobora Viggo—. Todas las palomitas cayeron al suelo, recién hechas. Decidió compensarme invitándome a cenar comida mexicana en su casa. Es una gran cocinera, prepara unas enchiladas espectaculares.

—¿Qué? —Tito arruga aún más el gesto.

Tengo que fingir un ataque de tos para ocultar mi risa. ¡Vaya chorrada les acaba de soltar! Miro a Viggo, le brillan los ojos y las comisuras de su boca parecen tirar hacia arriba. No mentía cuando ha dicho que nos divertiríamos, ya veo que no.

—¡Qué romántico! —exclama Valeria—. ¿Y cuánto tiempo lleváis juntos?

—Tres meses —digo.

—Dos —dice él.

Nuestros interlocutores nos miran confundidos. «¡Habíamos quedado en tres, ¿no?!».

—Es que yo cuento desde enero y Ana desde diciembre —añade adelantándose—. Porque cortamos un tiempo y nos dimos un pequeño descanso. Fue Ana la que rompió conmigo, acababa de salir de una relación y no estaba preparada para comprometerse de nuevo.

Valeria asiente comprensiva. Tito lo mira como si quisiera darle un puñetazo en la cara.

—Me dijo que necesitaba salir y conocer gente nueva —continúa Viggo—. Estar con otros hombres. Con *muchos* otros —recalca, y me tambaleo en mis botas. «¡Pero ¿qué dice?!».

—Tampoco fueron tantos —intervengo roja como un tomate.

—Ana, no pasa nada, somos adultos. Es normal que quisieras explorar tu sexualidad; experimentar cosas nuevas después de haber estado tantos años en una relación monógama y aburrida.

Aspiro para no reírme. «¡Lo mato, lo voy a matar!».

Valeria me observa de repente muy interesada; Ernesto, por su parte, se ha puesto blanco, parece incluso enfermo.

—Es una chica preciosa, no quiero ni pensar en las colas que se tenían que formar en la puerta de su casa —sigue Viggo. Empiezo a pellizcarle con disimulo para que pare—. Lo bueno es que después, cuando al fin se cansó de tanto *experimentar* —puntualiza significativo, y yo me muerdo los carrillos para no reír—, regresó conmigo.

—¡Tenemos un gato! —casi grito para cambiar de tema.

—¿Un gato? —Valeria me mira extrañada.

—Sí, Calcetines. Es nuestro gran amor.

—¡Ay!, yo adoro a los animales —comenta entonces la pelirroja, la única que parece capaz de hablar de la parejita—. Cuando llegué a la empresa y Tito y yo empezamos, le dije que lo primero que haríamos al mudarnos juntos sería adoptar un perro. Ha pasado ya casi un año y aún sigo esperando. —Resopla.

Pestañeo.

Vuelvo a pestañear.

Las cuentas no me salen. «¿Cuánto tiempo dice que llevan juntos?».

Le dirijo una mirada de confusión a Tito, este parece de pronto demasiado interesado en la composición del suelo del jardín.

—A mí también me gustan mucho los perros —dice Viggo—, pero hay que estar más pendientes y Ana y yo nos acabamos de apuntar a un torneo de *FIFA* en parejas que nos quita mucho tiempo. Además de que ella no deja de hacer cursos: de masajes, de *twerking*...

—¡Vaya! *¿Twerking?* —pregunta Valeria alucinada—. Yo también lo bailo. Y masajes, ¿de qué tipo?

Tito es incapaz de mirarme a la cara. Sus ojos me evitan, se mueven por la tierra, por el césped, por sus zapatos..., por la gente a lo lejos que ha comenzado a rodear la barbacoa. Si antes estaba incómodo, ahora no sabe dónde meterse.

—Genial —dice de repente, interrumpiendo la conversación de nuestras parejas—. Me alegro de veros. Disfrutad mucho de la fiesta.

Coge a Valeria del brazo y tira de ella para irse.

—Sí, un placer. ¡Encantada de conocerte, Viggo! —añade la muchacha al tiempo que se alejan por el césped.

Me quedo estática viéndolos marchar, mi ex la arrastra al otro lado del jardín a paso rápido. Noto que de pronto los brazos de Lord

Voldemort me rodean por la espalda, me cubren entera, y el aire se llena de limones.

—No sabes lo que me ha costado no reírme todo el rato —oigo que susurra muy cerca de mi cuello.

—Creo... —comienzo a decir— creo que Tito me puso los cuernos.

—¿Qué? —El cuerpo de Viggo se tensa a mi alrededor.

—Sí, Valeria, sin querer, lo acaba de reconocer.

—Ana...

—No, no pasa nada. —Me giro para mirarlo. Compruebo que tiene el gesto lleno de preocupación y no puedo evitar enternecerme—. Me da igual, en serio. Casi es un alivio saberlo. Al final, no es que perdiera a un chico bueno, perdí a un mentiroso. Y eso... está bien, ¿no? —Él no dice nada, parece no tenerlas todas consigo todavía, así que añado—: De verdad, estoy bien... Estoy bien.

«¿Estoy bien?».

Abro más los ojos dándome cuenta de golpe: estoy bien.

La sonrisa se abre paso en mi rostro de la forma más natural. Viggo se contagia de ella, aparece a un lado de su boca.

—Vaya... —murmuro sorprendida—. ¡Vaya!

Se le escapa una risa por la nariz; menea la cabeza y se inclina para abrazarme con fuerza. Es un hombre enorme, y peligrosamente placentero.

—Cielo —murmura en mi oído—, el único que ha perdido aquí ha sido él.

* * *

Me lo estoy pasando superbién.

Viggo es el «novio» perfecto: atento, divertido y guapo a rabiar. A todos parece caerles genial, y eso que es el enemigo. Ernesto no ha

vuelto a acercársenos. Lo veo charlar con su tía Silvia mientras Valeria se saca selfis a su lado.

¿Por qué la pelirroja me hacía sentir tan insegura?

Vale que tenga un físico espectacular, pero ¿y qué? La verdad es que no parece que tenga mucho más donde rascar.

De reojo miro a mi acompañante. Charla con Martín, un amigo de la familia, mientras su brazo me rodea y sus dedos acarician mi vientre por debajo de mi top. Y sé que estamos fingiendo, pero también sé que me encuentro demasiado cómoda actuando en este papel. Paso mi mano por su espalda para acariciarlo; notar los músculos fuertes de Viggo Ekman bajo las yemas de los dedos es una delicia.

Sí, le estoy sacando mucho partido a mi gran interpretación.

—Ana, ¿tienes un momento? —oigo a mi derecha. Mi exsuegra me hace un gesto para que la acompañe.

—Ahora vuelvo —aviso a Viggo, y me estiro para darle un beso en la mejilla, tan cerca de la comisura de su boca que hasta las rodillas se me aflojan.

Claudia me coge del brazo y, rápida, me aparta del resto.

—¿Quién es ese? ¿De verdad es tu novio, Ana?

—Eh... —Mariposas, mariposas aleteando por mi estómago, las noto chocar entre sí.

—Ana, por favor. No me digas que vais en serio. Es un hombre... —Se interrumpe para buscar las palabras exactas—. ¡Demasiado grande! ¡Te partirá en dos!

«Uy, ojalá».

—Tú necesitas a alguien de unas dimensiones más normales —continúa—. Alguien como mi Ernesto. Ernesto y tú sois perfectos el uno para el otro. Tendríais que estar juntos.

—Claudia, tu hijo me dejó.

—No sabe lo que hace. —Le resta importancia con un gesto.

—¡Pero si se van a casar!

—¡Qué va! Lo conozco, ese no se casa. Ana, ¡por favor! —Me coge de las manos suplicante—. Estoy convencida de que, si hablas con él, si le insistes un poco, volverá contigo. Te quiero, lo sabes. Me dolió mucho cómo terminó todo. Estuve días sin hablarle.

—Claudia, yo creo que están enamorados. —Ella niega con la cabeza—. Puede que no fuera para mí. Y Valeria... seguro que es encantadora. —Esto último no sé ni cómo consigo pronunciarlo, probablemente por ella, por Claudia, porque ha sido una madre para mí—. Dale una oportunidad.

—Ana... —replica. Me apresuro a abrazarla; creo que le falta poco para llorar—. No me digas que voy a tener nietos zanahorias.

Río.

—Es teñido. No es su color natural de pelo.

—¿Cómo? —Se vuelve para mirarla, Valeria sigue toqueteando su móvil—. ¿Quién se pondría ese tono a propósito?

Me encojo de hombros.

—Aun así...

—Lo sé, Claudia. A mí también me da mucha pena. Eres la mejor suegra del mundo.

* * *

A última hora de la tarde nos despedimos de la gente. Claudia insiste en que me lleve varios táperes con sobras de comida, dice que así tendré una excusa para devolvérselos y tener que visitarla. Se lo agradezco, y más cuando me da otro para mi «amigo». Caminamos de vuelta al coche, ya no nos cogemos de la mano. No

sé qué es lo que esperaba, pero me siento un pelín desinflada ahora que no tengo nada que justifique el contacto.

Abro la puerta y me siento. Viggo arranca el motor y mete primera. Saco el móvil, tengo varios mensajes: uno de Secuoya (seguramente asegurándose de que sigo con vida), otro de Paolo y varios de Charlotte. Los ignoro y vuelvo a meter el teléfono en el bolso. Miro a Lord Voldemort, concretamente su perfil. Detesto esta distancia que de golpe se ha impuesto entre los dos.

—¿Todo en orden? —pregunta con los ojos en la carretera.

—Sí, todos los incendios apagados.

Sonríe y me derrito.

Apoyo la cabeza en el respaldo, aprovecho que está atento al asfalto para mirarlo tanto como me apetece. Me gustan sus manos sobre el volante, sus antebrazos rectos, sus hombros anchos, su cuello, la nuez que le sobresale. Me gusta todo, me gustan hasta sus pestañas descoloridas.

—Oye —digo entonces—, ¿a qué ha venido eso de «experimentar con hombres», con muchos hombres?

Lord Voldemort ríe en una tos.

—Ya te vale. Casi te mato —añado—. Lo sabes, ¿no?

Gira la cara brevemente para mirarme. El turquesa le brilla tanto en los ojos que parece que lleven purpurina.

—Quizá me he pasado un poco.

—¿Quizá? —pregunto, y él se ríe.

—En realidad no me acordaba de cuántos meses habíamos dicho y he intentado arreglarlo. Aunque creo que ha salido genial. Y sería lo lógico después de una relación tan larga. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Doce años, desde los dieciocho.

—¡Vaya! —Se frota la barbilla. ¿Son cosas mías o es terriblemente sexy cuando lo hace?—. Dejaste entonces demasiado rápido Tinder. Tendrías que seguir ahí y explorar tu sexualidad a saco.

Abro más los ojos indignada; él me mira y se ríe al ver mi expresión.

—He tenido mis citas —me defiendo.

—Vale. —Asiente con la cabeza—. Has ido a cenar a muchos restaurantes.

Suelto una carcajada. «¡Qué cabrón!».

—A lo mejor el que tiene que ir a Tinder eres tú —contraataco—. Vas muy de sobrado. Me gustaría saber con cuántas has estado.

Veo que hace un esfuerzo por no sonreír, pero no dice nada.

—¿Viggo?

—¿Sí?

—¿Con cuántas chicas has estado?

Ríe por la nariz.

—No te cortas ni un pelo, ¿eh?

—¡Venga, di! —insisto, y me giro hacia él en el asiento. Esto se pone interesante—. ¿Con cuántas? ¿Muchas?

Es extraño. Porque tengo un interés pseudomasoca en la respuesta: quiero saberlo, pero por otra parte me da miedo saberlo.

—Eh... Pues no sé, Ana. No las he contado nunca.

—¿Tienes que contarlas? —Abro la boca—. ¿Tan puti eres?

Lord Voldemort deja escapar una carcajada.

—¿Diez? ¿Treinta? ¿Doscientas? —digo. Él niega con la cabeza divertido—. ¿Un millón?

—No soy tan «puti» como crees.

—Ya, ya. Eso dicen todos. —Pongo los ojos en blanco.

—¿Y tú? ¿Con cuántos? —dice poniendo el indicador para entrar en un pequeño tramo de autovía—. ¿Lo sabes?

—Con dos —contesto como si fuera lo más obvio del mundo, y lo digo demasiado rápido para haberlo pensado antes de soltarlo.

Y me doy cuenta.

Y él también se da cuenta.

Y de golpe dejamos de reírnos. Me pongo roja como un tomate.

Una borrachera en la fiesta de Navidad. Parece que hayan pasado siglos, que el imbécil de aquella noche nada tenga que ver con este hombre fantástico y maravilloso que conduce aquí a mi lado. Pero fue solo hace unos meses y él...

Noto que el silencio se tensa entre los dos, se solidifica en un muro. Y no me gustan los silencios con él, menos los incómodos.

—¿Es normal que el pene se curve hacia abajo? Como un plátano deprimido —suelto de improviso, lo que sea para volver a abrir hueco entre los dos.

—¡¿QUÉ?! —Viggo aparta los ojos de la carretera para mirarme. Me río al ver su expresión, él afloja un poco el gesto y sonríe.

—¡Estoy de coña!

Comenzamos a reír. La tirantez del ambiente escapa con nuestras carcajadas, como si hubiéramos bajado las ventanillas del coche para hacerla salir.

—Vale, vale. Porque ya te iba a enseñar yo lo que... lo que es... —No termina la frase. Abro mucho los ojos y lo examino interrogante.

—¿Qué me ibas a enseñar?

Lord Voldemort hace una mueca con la boca para no reírse. Noto que las mejillas se le han coloreado un poco.

—Estás loca, como una puta cabra. —Menea la cabeza y otra vez miles de mariposas revolotean en mi estómago.

—Quizá sí debería hacer el curso de felaciones.

No aguanta más y sonríe.

—Cielo, como sigas así, vamos a tener un accidente de coche —dice, y enciende la radio.

# 27

## *Viggo*

Ana tararea la canción que sale de los altavoces de mi coche mientras mira por la ventanilla. Llevamos veinte minutos de camino y aún seguimos en la sierra. Vemos los árboles pasar junto a nosotros, nos escoltan cargando el aire de clorofila. Trato de clavar la vista solo en la carretera, de no fijarme en ella, en lo que hace, en cómo mueve la rodilla al compás de la música, en cómo sonríe cuando acierta con el estribillo.

Pero...

Le lanzo una mirada rápida, una que casi ni cuenta porque es de reojo. Es solo medio segundo, puede que menos, pero contengo el aire y noto cómo después los músculos de las piernas se me tensan.

Me muevo incómodo en el asiento.

Quiero besarla y por eso no la miro. Porque no puedo creer siquiera que me esté planteando hacerlo, parar el vehículo en el escaso arcén de mi derecha y llevármela a la boca. Como si fuera una fruta, comérmela.

Espiro. Pienso en la alineación del Madrid.

Y después en la del Barça.

Me prometo a mí mismo que sabré comportarme, la dejaré en casa y luego conduciré solo hasta la mía. Porque ella trabaja para mí, porque su vida es complicada, porque la mía también: me espera en Londres o no termina de empezar.

Vuelvo a mirarla y esta vez Ana me pilla con los ojos puestos en ella. Me dedica una sonrisa, una de las suyas con hoyuelos, de las que saben a fresa. El corazón se me aprieta en el pecho; se expande con cada latido, y son muchos y muy seguidos.

¿Hoy ha sido uno de los mejores días de mi vida? Puede, y asusta. Asusta que una barbacoa casera esté al nivel del día que vi al Real Madrid ganar la Champions en Lisboa con todos mis colegas.

Pone los pelos de punta.

Otra vez la miro. Sonrío. Canta con los ojos cerrados, desentona que da gusto sin que le importe; no llega a ninguna nota y me encanta. Porque Ana me vuelve loco, me tiene totalmente hechizado. ¿Qué tendrán sus dedos que solo quiero enredarlos con los míos? ¿Qué tendrá su boca que necesito verla sonreír?

¿Y su cuerpo?

Suelto el aire.

¿Cómo ha ocurrido? ¿En qué momento perdí el norte y ella se convirtió en mi brújula?

En la radio empieza a sonar «El roce de tu cuerpo», de Platero y Tú. Es todo un temazo, una de mis canciones favoritas de cuando era adolescente. Ana arruga el gesto, parece que no la conoce. Veo que va a cambiar la emisora, pero atrapo su mano y subo el volumen.

Me mira sorprendida.

—«Te pilla la tarde en tu cuarto, otra vez —comienzo a cantar. He tocado la guitarra toda mi vida; no seré David Bisbal, pero oído no me falta—. No suena el teléfono y tú sabes por qué».

Compruebo que una sonrisa tironea de las comisuras de su boca, me da valor para continuar.

—«Cervezas vacías en tu habitación. El cenicero, lleno, humea en un rincón».

Ana no aparta sus ojos de los míos; yo los tengo entre los suyos, verdes, que me dan oxígeno, y la carretera. Sigo cantando, me doy cuenta entonces de que al sol le queda muy poco para descolgarse del cielo, para que este rosa grisáceo se convierta en un intenso naranja melocotón. Los atardeceres en esta zona son preciosos.

Cojo aire, viene el estribillo.

—«Y creo que muero si no siento el roce de tu cuerpo junto a mí —canto, le canto a ella; lo hago sin soltar su mano, saboreando el color rojizo de sus mejillas—. Recuerdo tus labios. Y esos ojos que, al mirar, casi hacen daño...».

Pongo el indicador y salgo de la carretera general. Y entonces lo sé: he perdido la puta cabeza, la he perdido por ella.

# 28

## *Ana*

Dejamos el asfalto y entramos en un caminito rústico, una especie de vereda recubierta de pinocha. Es estrecha, serpentea entre los árboles, que de pronto están muy juntos entre sí. Toda la luz de antes ha desaparecido bajo sus copas y es como si se hubiera hecho de noche de golpe. Viggo sigue cantando, yo soy incapaz de apartar los ojos de él.

El corazón me retumba bajo las costillas. *PUM-PUM-PUM-PUM.* Compite con el batería de la canción, a ver quién golpea más fuerte.

—«Y creo que muero si no siento el roce de tu cuerpo junto a mí —repite cuando otra vez llega el estribillo y me mira a los ojos. Inspiro y retengo el aire en mi pecho, como si quisiera encerrar todas las mariposas que de pronto aletean en él, para que no me salgan por la boca y Viggo descubra todo lo que me hace sentir—. Recuerdo tus labios. Y esos ojos que, al mirar, casi hacen daño».

«¿Me canta... a mí?».

Suelta mi mano y cambia de marcha, de tercera pasa a segunda. El camino se vuelve más angosto en este tramo y debe tener cuidado si no quiere dejarse los bajos del coche entre las piedras. La canción está en las últimas, ya solo suenan los instrumentos antes de que esta finalice. No quiero que termine, no quiero que pare de cantar, tampoco me gusta que me haya soltado la mano. Quiero regresar dos minutos atrás en el tiempo y detener el momento.

O repetirlo en bucle de manera infinita.

—¿Me has cantado una canción? —pregunto sin poder reprimirme cuando el locutor de la radio comienza a hablar.

Lord Voldemort me mira y sonríe. Sus ojos son lo más luminoso del entorno, tienen luz propia. Coge otra vez mi mano y, para mi más absoluta sorpresa, se la lleva a la boca y le da un beso, un beso que se teletransporta futurista al vértice de mis muslos, que siento entre las piernas.

Suelto el aire. De repente necesito recogerme el pelo en una coleta alta del calor que me entra.

—Decías que te encantaría que alguien te cantara una canción...

—En un escenario, con micro y ante millones de personas —puntualizo para picarlo—. Esta es una versión un poco *hacendada*.

Él suelta una carcajada. Otra vez se lleva mi mano a la boca para imprimir sus labios sobre mi piel. Me derrito, él parece disfrutar tanto de besar como yo de ser besada.

¿Desde cuándo un beso casto en la mano, de príncipe que conoce a princesa en un castillo cuando sale de la calabaza, se puede volver en algo tan erótico? ¿Ponerme tan (tan tan) caliente?

¿Eso fue lo que sintió la Cenicienta antes de que se le cayera el zapato?

Inspiro, el oxígeno me falta y estoy a punto de convertirme en un charco sobre el asiento. Viggo me da otro beso en la mano; después, otro, y otro más. Enciende las luces del coche mientras lo hace, me doy cuenta entonces de que el paisaje se vuelve más tenebroso a cada metro que avanzamos.

—¿Ahora es cuando me asesinas?

—Sí, por desagradecida —dice, y me da un mordisquito.

«Guauuu...». El escalofrío que me recorre la columna vertebral me deja totalmente recta en el asiento.

Los siguientes minutos avanzamos en silencio; yo, con el corazón dando botes junto al coche, y él, con mi mano en su pecho. De vez en cuando le da un apretón o se pasa el canto por la nariz..., o deja un beso huérfano en la palma. Y, por primera vez, siento que quizá lo quiera, que quizá me esté enamorando perdida e inevitablemente de Viggo Ekman.

El cielo se abre ante nosotros. Es como si de golpe los árboles hubieran decidido plegarse y dejar espacio a las estrellas, solo que no hay ninguna, sino un intenso naranja que lo tiñe todo: el aire, las ramas, los troncos, las piedras... Todo parece estar bajo un filtro de Instagram, uno precioso y muy cítrico.

—¡Oh, vaya! —exclamo casi sin aliento—. Qué pasada.

Viggo me dedica una sonrisa y para el motor. Estamos en una especie de mirador, hay un acantilado enfrente y, a lo lejos, se aprecian las primeras luces de la ciudad.

—Desde fuera es incluso más impresionante —dice quitando las llaves del contacto—. Vamos, cielo. Falta muy poco para que anochezca.

Sale del vehículo, lo imito. El aire fresco me coge desprevenida; no hace un frío glacial, pero sí uno que consigue ponerme la carne de gallina bajo la fina tela de mi top. Viggo avanza hasta el final del desfiladero, se gira hacia mí y me hace un gesto para que me aproxime.

—Qué bonito —digo cuando llego a su lado; él asiente. Mis manos quieren encontrar las suyas, pero no se atreven a buscarlas.

—Muy pocas personas conocen este sitio. A mí me encanta venir de vez en cuando; es un lugar muy tranquilo y las vistas son impresionantes.

—¿Aquí es donde reflexionas sobre la vida y me escribes los poemas que dejas debajo de mi teclado? —digo vacilándole, y lo

miro. Tiene la vista puesta en el horizonte, veo cómo su perfil sonríe.

—¿Te refieres a esos tan chulos que te escribe tu admirador secreto?

—Uno «secreto» también un poco *hacendado* —añado, y ríe por la nariz. Pero sigue sin mirarme y yo quiero que lo haga, porque me voy a lanzar a besarlo en el mismo momento en que gire suficientemente la cara. Así, a lo kamikaze, y, si me rechaza, siempre podré tirarme después por este acantilado.

Levanto una de las piedras grandes del suelo con el pie, y luego otra que también tengo cerca.

—Seguro que debajo de alguna de estas rocas escondes los pósits —digo, y él pone los ojos en blanco.

Continúo levantando piedras para molestarlo o, por lo menos, para que me mire.

—Ana, siempre dices que te encanta el romance —comienza a hablar de repente, lo hace todavía sin mirarme—, que quieres más en tu vida, pero después eres demasiado payasa para protagonizar ninguna historia romántica.

Se gira al fin hacia mí, contengo el aire.

Y voy a lanzarme, pero Viggo se me adelanta: coge mi mano y se la pone detrás del cuello.

—Ven, loca. Deja que salve la escena.

Pasa sus dedos por detrás de mi nuca y los entierra entre mis cabellos, tira de mí y me lleva a su boca. Es toda una explosión, el corazón me revienta por dentro, estalla en miles de fuegos artificiales.

Su lengua se roza contra la mía, las piernas me fallan y sé entonces que solo me sostengo en tanto me sujeto más y más contra su cuerpo. Dejo que ahonde en este beso, que bucee en mí y acaricie las alas de las mariposas.

—Viggo... —suspiro sobre sus labios, me encanta su sabor. Me cuelgo de él y lo aprieto más contra mí, contra mi boca. Noto cómo sonríe y que sus manos se desplazan a la parte más baja de mi espalda haciendo que mi deseo se dispare.

También noto su erección, presiona contra mi vientre por debajo de la ropa.

—Me vuelves loco —susurra descendiendo por mi cuello para luego volver a subir y así mordisquear mi oreja—. No dejo ya de pensar en ti.

Caminamos de espaldas de vuelta al coche, yo con mis manos en su pelo y Viggo repartiendo besos alrededor de mi mandíbula. Me apoya contra el capó y deja sus brazos a ambos lados de mi cuerpo, encerrándolo. Mis manos son viajeras, curiosas, se pierden por todos los recovecos de su piel, suben por debajo de su camisa, resbalan por su espalda, rodean sus hombros, tratan de encontrar el final de la línea oscura que desaparece en sus vaqueros...

Viggo se abre hueco entre mis piernas y presiona su dureza ahí donde me convierto en agua.

Jadeo.

—Ay, Dios...

Se inclina hacia delante y, al hacerlo, me obliga a tumbarme sobre el coche, la superficie fría y metálica me hiela la piel, me la pone toda de gallina. Introduce una mano debajo de mi top, sube peregrina para rozar la redondez de mi pecho y se detiene, lo hace de forma abrupta.

—¿Tienes frío, cielo?

Pienso unos segundos la respuesta, no quiero que pare. *Pum-pum, pum-pum, estoy en el mejor lugar de la tierra, pum-pum.* Tirito bajo su peso, bajo ese turquesa tan cálido.

—Vamos dentro —dice, y se aparta.

Tira de mí y, después, sujetándome por las caderas, me guía hasta la parte de atrás del coche. Abre la puerta dejándome pasar primero. Agradezco el calor del interior, pero echo de menos su cuerpo.

Se sienta a mi lado; yo no espero para ponerme a horcajadas sobre él.

—¿Este es tu picadero? —digo agarrándole del cabello hacia atrás para que me mire a la cara; observo cómo su cuello se estira y la nuez le sobresale—. ¿Aquí traes a todas tus conquistas?

Se ríe y levanta mi top para quitármelo por la cabeza.

—La verdad que es un buen sitio para follar —murmura.

Lo fulmino con la mirada, lo he dicho para que lo negara, para que me dijera que yo era especial, que era la única, no para que el muy cretino me diera la razón. Hago un intento por quitarme de encima de él, pero Viggo me sujeta de los muslos impidiendo que me mueva.

—Ana, tengo treinta y dos años y casa propia. Hace años que no follo en un coche —dice, y, antes de que pueda rechistar, hunde su boca en mis costillas. Gimo y me aprieto un poquito más a él.

—Más te vale...

—Nunca he traído a nadie aquí —lo oigo decir, sube hacia mi esternón mientras imprime corrientes eléctricas por toda mi piel—. Y, por desgracia, mi yo adolescente desconocía este lugar.

Me aparto otra vez ofendida. Viggo observa mi reacción con una sonrisa canalla. Tengo ya el botón de mis vaqueros desabrochado y un sujetador negro que eleva mis pechos al nivel de diosa. Compruebo cómo entonces sus ojos se pierden por mi desnudez, cómo su torso se eleva cuando inspira hondo al mirarme, cómo parece retener el oxígeno en los pulmones, cómo el turquesa se derrite por todo mi cuerpo y cómo la gracia se le deshace en la cara.

Vuelve a mí, a mis ojos. Y ya no hay nada de diversión.

—Está claro que mi yo adolescente no tenía ni puta idea de nada —dice en una especie de declaración de amor.

Las mariposas revolotean nerviosas en mi vientre, me llenan de cosquillas y de magia.

Me inclino hacia delante y lo beso con ternura, imprimo mil caricias con mis labios. Todos y cada uno de los años, meses, días y horas en los que amé a Viggo Ekman y jamás se lo confesé a nadie; todas y cada una de las veces que lo extrañé, que soñé con él, que deseé odiarlo; todas y cada una las dejo escritas en su piel, en toda la que tiene a la vista: en sus pómulos, en el arco de su mandíbula, en su garganta y en el inicio de su pecho.

Comienzo a desabrochar los botones de su camisa. Él inspira hondo, serio, sin dejar de mirarme. Noto bajo la yema de mis dedos que el corazón le va a mil. Acerca una de sus manos y tira de mi sujetador hacia abajo para dejar mis pechos a la vista.

—Eres preciosa —suspira, y rodea mi pezón con el pulgar.

Abro el último botón de su camisa y le paso las manos por el torso, lo tiene recubierto de vello. Deslizo una hasta abajo, hasta la línea que le parte el vientre. Los calzoncillos apenas ocultan su erección y el capullo le sobresale rosado por encima del elástico. Acaricio la punta, es suave.

Su mirada de pronto se oscurece, me agarra de la nuca y tira de mí para de nuevo conquistar mi boca. Ya no hay dulzura, solo fuego, que quema, que abrasa. Me toma por las caderas y, en un movimiento, me obliga a recostarme en los asientos. Por suerte, soy pequeñita y quepo sin dificultad. Coge mis vaqueros y los arrastra por mis piernas, al hacerlo se lleva también mis bragas; trato de agarrarlas, de quedarme con algo mientras él siga tan vestido. Pero Viggo sujeta mis muñecas impidiéndolo.

—Chist... No las vas a necesitar. —Sonríe y me estremezco.

Se incorpora como puede en el espacio y saca de su cartera un preservativo.

—¿Qué clase de hombre lleva un condón siempre encima?

—Uno precavido —contesta, y rompe el envoltorio con los dientes.

Río, pero solo unos segundos, hasta que se baja los pantalones, se los quita sin ningún pudor y veo toda su erección en plenitud. Es gruesa y curvada ligeramente hacia el vientre, como un gancho erótico o como uno de esos vibradores que están hechos para encontrarte el punto G. Aprieto los muslos en un acto reflejo en tanto noto que un cosquilleo me recorre, acumulando calor entre mis piernas.

Es un pene bonito.

El más bonito que he visto en mi vida. Podrías ponerle un lazo y regalarlo tal cual; hasta quedaría bien en una foto enmarcada, podrías colocarla en un estante para decorar un salón y las visitas asentirían y dirían: «¡Hala, qué preciosidad!». Así de bonito es el pene de Viggo Ekman.

Alargo la mano para acariciarlo, sus dedos tropiezan con los míos mientras desliza el preservativo por el tallo. Veo que el turquesa le chisporrotea y a mí se me seca la garganta.

Se sienta y tira de mí para que me vuelva a poner encima.

—Cielo, no quepo a lo largo —me explica—. Tendrás que subirte tú.

—Qué excusa más mala para dejarme a mí todo el trabajo —digo burlona, y él me muerde un hombro.

—Créeme, después de hoy pienso quemar este coche y comprarme una furgoneta gigante.

Una bocanada de aire se me escapa divertida por la garganta mientras alzo la pelvis. Viggo me tiene sujeta por las caderas para

guiarme y, con cuidado, sin apartar los ojos de los míos, me obliga a estocarme en él.

«Muero...».

Me quedo sin aire, él exhala un jadeo y me clava los dedos en la piel. Otra vez vuelvo a subir y otra vez me dejo caer, mi placer se roza contra su vientre y la curvatura perfecta de su miembro me toca ahí, justo donde debe hacerlo, por dentro.

«El paraíso...».

De nuevo me dejo caer, me llena entera.

«Diooss...».

Viggo se inclina para besarme en el centro del pecho, cerca del corazón. Un escalofrío me sube por el cuello, y él lo persigue con los labios hasta encontrar mi boca. Entra también en ella y noto que el deseo se derrama líquido entre mis piernas.

—Ana...

Lo miro, estoy ardiendo.

—Eres increíble —dice.

Vuelvo a bajar y, a cada bajada, estoy más cerca del clímax. Y ya me cuesta pensar, me cuesta respirar. Su mano acaricia mi cadera y se comprime en mi cintura, me ayuda a subir como si tratara de auparme a las estrellas.

Otro descenso, mis piernas flaquean. Me voy a ir, de un momento a otro voy a desaparecer del mapa de la tierra. Y él no se pierde detalle de nada, es como si quisiera ver cómo lo hago, como si quisiera descubrir cuánto se me eriza la piel, de qué tono exacto se vuelven mis mejillas cuando el placer lo ocupa todo y ya no queda espacio para nada.

Y avanza, noto que el orgasmo empieza a subir...

Echo mi cuerpo hacia atrás para que el roce se haga más profundo, para permitirle ver lo que quiere, cómo me deshago entre

sus brazos.

Otra bajada... y estallo. Miles de chispas saltan en el aire, lo llenan todo de color, de luces, de suerte.

De cariño. De adoración.

De amor...

Suelto el oxígeno, o trato de recuperarlo. Estoy desmadejada sobre él con mi pelo cubriéndonos la cara a los dos. Y no me puedo mover. Exhausta, plena, satisfecha.

Desnuda.

—¿Qué tal? —dice en mi oído, y levanta la pelvis para introducirse hondo otra vez. La electricidad crepita por mis terminaciones nerviosas.

Ladeo la cara y lo miro. Asiento, él sonríe orgulloso.

—A mí no me queda mucho —añade, y otra vez empuja su erección dentro de mí.

Se me escapa una carcajada. Viggo también se ríe y de nuevo levanta la cadera, contenido.

Me inclino y lo beso suave. Después me acerco a su oreja y le susurro.

—Tranquilo, amor. Ahora nos ocupamos de ti.

# 29

*Ana*

Aprieto la almohada con los dedos.

Viggo vuelve a moverse dentro de mí. Estamos en su piso, en la cama.

Cuando terminó de anochecer en el coche, Lord Voldemort me propuso irnos a su casa a cenar o, técnicamente, a comernos juntos las sobras de la barbacoa. Acepté. Comimos rápido, volvimos a acostarnos, hablamos durante horas desnudos entre las sábanas y aquí estamos, de nuevo venciendo al sueño.

«¿Se pueden coleccionar atardeceres?».

Otra vez se introduce en mí, lo hace despacio. Me tiene sujeta por detrás, noto su aliento en la nuca y sus dientes en mi piel. Vuelvo a gemir.

—Cielo..., quédate para siempre. No te vayas nunca —susurra, y su voz parece atravesar mis huesos.

Murmuro un jadeo y se hunde más, apretándose con fuerza dentro. Noto que el placer cosquillea en todas las esquinitas de mi cuerpo.

«Quiero coleccionar atardeceres, llenaré un álbum con miles de ellos».

* * *

Me despierto en mitad de la noche. El cuarto está prácticamente a oscuras, solo unas pocas líneas paralelas de claridad artificial atraviesan la habitación desde las persianas, que no hemos cerrado del todo. Viggo duerme a mi lado; tiene la cara hundida en mi pelo y un brazo rodeando mi cintura. Sonrío, qué inocente se lo ve cuando duerme.

Tanteo la mesilla de noche en busca de mi móvil, doy con él y miro la hora: son las cuatro de la mañana. Con cuidado de no despertarlo, me escurro de debajo de su cuerpo, necesito ir un momento al baño. Rodeo la cama y salgo de la habitación; voy a tientas por el pasillo, evitando hacer ruido.

De pronto choco con una especie de aparador, un mueble ligero y esquinado que me hace un daño horrible en el muslo. Gran parte de su contenido cae al suelo con el golpe.

—¡Mierda! —susurro.

Presto atención unos segundos para comprobar si he despertado a Viggo (o a todos los vecinos del edificio), pero no se oye nada, todo parece muy tranquilo. Comienzo a recoger, me agacho en el suelo y enciendo la linterna del móvil para ayudarme. Llaves, un recipiente cerámico que por suerte no se ha roto, una cajita con... ¿puros? —«¿Viggo fuma puros?»—, sobres y papeles, especialmente papeles. Lo voy colocando de nuevo todo.

Hay un tipo de notita en el suelo. ¡Un pósit! Tengo que taparme la boca para ahogar un gritito de ilusión. Me estiro para cogerlo con una inmensa sonrisa en los labios; es idéntico a los que me deja debajo del teclado. Al fin tengo una prueba, pienso pegárselo en la frente cuando regrese a la cama.

Lo estudio con cuidado. Sí, es el mismo, el mismo amarillo biónico. Vuelvo a sonreír. Tiene algo escrito, apunto con la linterna para leerlo.

Importante: Llevar a Eli al musical de Cats. No lo olvides, una promesa es una promesa. ¡Besitos!

«¿Perdón?».

La sonrisa se me agrieta en los labios. ¡Es una notita de otra mujer! Escrito, de hecho, del puño y letra de otra mujer. Una que encima es una cursi, le ha dibujado tres corazones en los márgenes.

Inspiro...

«Lo voy a matar, lo asfixiaré con su almohada mientras duerme».

Suelto el aire, estoy tan cabreada...

¿Será de la rubia? Sí, de la piernilarga, la que según él (y todas las personas con dos ojos en la cara) era una «cría».

¡Qué cabrón!

Voy metiendo las cosas en el aparador, ahora sin cuidado de no hacer ruido. Cojo un fajo de folios grapados y me detengo de golpe, es de una inmobiliaria de Londres. No puedo evitarlo y leo por encima..., pero ya, después, me siento en el mismo suelo y leo con más detenimiento. Avisan a Viggo de que han recibido correctamente el contrato de arrendamiento firmado y que este se hará efectivo con la entrega de llaves en junio... en junio de este año.

Eso es dentro de poco más de dos meses.

Apoyo la espalda contra la pared. De repente me encuentro fatal, como si me hubiera puesto mala de la tripa, como si tuviera una neumonía pinchando mis pulmones. Todos los huesos, todo el cuerpo me duele.

Y sigo cabreada, pero...

¿Se va?

«Claro que se va. Ya lo sabías. Lanzará *Hierros* y volverá a su vida, a su vida a miles de kilómetros de aquí».

Inspiro, la garganta me raspa y los ojos me escuecen.

«Se va».

Una lágrima resbala por mi mejilla, me la enjugo. ¿Qué cojones estoy haciendo? ¿Qué demonios hago, en serio? ¿No he perdido ya suficiente el tiempo con Ernesto para ahora hacerlo con...?

1. Mi jefe.
2. Que vive en Londres.
3. Que tiene notitas cariñosas con corazones de otras mujeres en su piso.
4. Que es el ex de...

¡Charlotte!

Cojo el móvil, el icono de WhatsApp me anuncia que tengo nuevos mensajes sin leer. Pincho y voy al grupo que comparto con las chicas.

**Charlotte:** Ana, manda fotos de hoy. De todo. De la cara de Ernesto cuando te vea aparecer con Paolo. 🐓🐓🐓🐓

**Rocío:** ¿Paolo va a la barbacoa?
MUEEERRROOOO. 🤩🤩🤩

**Charlotte:** ¿Qué te has puesto de ropa?

**Belén:** Ana, ¡¡contesta!!

**Rocío:** Nada. Estará dándose besitos con Zurina.
😚😚 Muac, muac.

**Rocío:** ¡¡Nena, déjalo respirar y contesta a tus amigas!!!

**Belén:** 🤣🤣🤣🤣

**Charlotte:** 🤣🤣🤣🤣

**Rocío:** La ex de Zurina, Romina Álvarez, está saliendo ahora con un jugador de los Chicago Bulls.

**Charlotte:** ¡¡¡¿Es la de *Arma mortal*??!!!

**Rocío:** Sí.

**Belén:** Me encanta esa actriz, es superguapa. Y muy maja. 😍😍❤️❤️❤️

**Rocío:** Ejem... Ahora la odiamos, Belén.

**Belén:** Ah, ya. ¡Claro! Sorry!! ¡Menuda estúpida! En la gala de los Oscar parecía una loca, el vestido le quedaba fatal.

**Rocío:** 🤣🤣🤣🤣🤣

**Charlotte:** 🤣🤣🤣🤣🤣 ¡¡Total!! Menos mal que no ganó. 😏

Hay como veinte mensajes más.

Apoyo la cabeza contra la pared. Tengo muchísimas ganas de llorar; trato de contenerme, pero las lágrimas escapan de mis ojos sin que pueda evitarlo. He mentido a toda la gente que me importa, ¿y para qué? ¿Para un rollete de unos meses?

También tengo unos cuantos mensajes de Paolo; dice que tiene muchas ganas de verme este miércoles y adjunta una foto en la que sale con un osito de peluche, que entiendo es para mí.

Soy basura.

* * *

No sé cuánto tiempo llevo aquí a oscuras, sentada en el suelo de Lord Voldemort, quizá el suficiente para darme cuenta de que estoy en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Voy al baño y cuando salgo me visto en silencio, tengo que largarme de aquí ahora.

—¿Ana? —murmura Viggo desde la cama mientras recojo mis cosas y busco mi bolso.

—Ey, sigue durmiendo. Me voy a casa, ¿vale? Es muy tarde y mañana tengo que trabajar —digo casi en un susurro.

No sé si me ha oído. Se gira sobre la cama y otra vez se queda dormido.

Salgo del piso y cierro la puerta con cuidado tras de mí.

* * *

Respondo la última consulta que me queda, es lunes y estoy en la redacción. Lidia me ha traído un café, pero puede que necesite otro. Anoche no conseguí dormir nada bien, estaba nerviosa, casi tanto como lo estoy ahora.

Dirijo una rápida mirada hacia la puerta de la revista, la mirada número seiscientos cuarenta y dos del día, y solo son las nueve de la mañana.

Estoy esperando a que Viggo aparezca, ya no sé si fue tan buena idea lo de irme de su piso de madrugada. Si me hubiera quedado, podríamos haber hablado con calma y haber dejado unas cuantas cosas claras. Por ejemplo: que lo del sábado fue una locura (muy agradable, sí, pero una locura), que seguimos siendo amigos, que

tiene que darme los táperes de mi exsuegra, que me alegro de que tenga nuevo piso en Londres...

Incluso quizá podría mentir y decirle que *Cats* es una obra magistral y que es fantástico que vaya a ir a verla.

Sin embargo, ahora...

Ahora estoy con un ojo en la pantalla y otro en la entrada, en modo camaleón. Deberíamos haber discutido los nuevos parámetros de nuestra amistad (¿una con derechos?) como dos personas adultas y razonables, pero se ve que yo no soy ni lo uno ni lo otro.

—Ana, ¿estás bien?

—Eh..., ¿qué? —Me giro hacia Lidia, me estudia con la mirada—. Sí, muy bien. Claro.

Doy otro sorbo a mi taza, solo quedan los posos y están fríos, pero estoy tratando de disimular, de actuar como alguien que no está nada preocupada. Me examina un poco más, creo que no está del todo convencida, y regresa a su ordenador.

Suelto el aire. Nunca he fumado, pero quizá necesite un cigarrillo.

Ayer, domingo, le mandé un mensaje a Lord Voldemort por la tarde, cuando ya no aguantaba más, después de hacer una clase *online* de yoga, pasar de los mensajes de mis amigas, ignorar la llamada de Charlotte, la de Paolo, pintarme las uñas, tratar de hacer un reto en TikTok, borrarlo al darme cuenta de que toda la gente que lo estaba haciendo no pasaba de los veintiún años, ordenar mi armario, suscribirme a una *newsletter* de cuidado facial...

Le puse:

> ¡Ey! ¿Qué tal? Me lo pasé genial ayer. Gracias por todo. 😉

Me dejó en visto hasta poco antes de que me fuera a dormir; cuando ya apagaba la lamparita de mi mesilla de noche vi que había

respondido, hacía unos minutos, con un «Ok». ¡¡Un «Ok»!! ¿Se puede ser más cutre?

Para eso preferiría que no hubiera contestado. Así, por lo menos, podría autoengañarme inventándome que a buen seguro Viggo había sufrido un trágico accidente, que había sido atropellado por un camión y que, ingresado en el hospital, milagrosamente le habían dicho que no tendría secuelas, y que él había implorado que le dejaran ver si Ana, su compañera supersexy del trabajo, le había escrito, pero la enfermera solo le había permitido ver mis mensajes (¡menuda zorra!) alegando que, si movía los dedos y me respondía en las próximas horas, moriría.

Ahora, sin embargo, tengo que asumir que pasa de mí.

Echo un nuevo vistazo hacia la puerta. Nada. Pedro aprovecha que estoy mirando en su dirección y levanta la mano en un saludo, se lo devuelvo algo comprometida.

¿Toda la tarde de ayer revisando mi móvil cada minuto y medio para un triste «Ok»? ¿De verdad? Qué cruel.

Cojo mi teléfono y entro en Instagram. Valeria-me-hago-selfis-en-eventos-familiares ha subido fotos de la barbacoa. Bueno, en realidad, instantáneas de su cara haciendo morritos con el fondo de la casa de los padres de Ernesto. Compruebo que no aparezco en ninguna, compruebo que El-que-no-debe-ser-nombrado no aparece en ninguna.

Todo bien, ya me lo esperaba: su cara lo ocupa todo.

Guardo el móvil y vuelvo la vista a la entrada... El corazón se me para de repente.

Lord Voldemort cruza el pasillo. Camina con paso seguro; guapo, inmenso, jodidamente sexy. Es un hombre capaz de embarazarte con la mirada, estoy segura.

Mi pulso se acelera de golpe, pasa de latido medio, casi grogui, a ritmo final de una maratón de cuarenta y dos kilómetros. Me va a dar algo...

No lo pienso y me escondo tras mi ordenador, siento que tengo fuego en las mejillas. De pronto se me han venido a la cabeza un recopilatorio de los mejores momentos del sábado, todos ellos con Viggo desnudo entre mis piernas.

«Joder, joder, joder».

Inspiro. Espiro. Inspiro. Espiro. Inspiro...

«¡Ana, da la cara y saluda! ¡SÉ UNA ADULTA NORMAL!».

Vuelvo a coger aire y construyo mi sonrisa tras el ordenador. Frente al reflejo de la pantalla apagada compruebo que es de persona cuerda, no de loca esquizofrénica.

Un, dos, tres... Me asomo.

Pero Viggo Ekman no busca mi mirada, está parado en mitad del pasillo hablando con Natalia. Yo sigo sonriendo con la vista puesta en él. La rubia suelta una carcajada y le acaricia el brazo, Viggo también se ríe. Mantengo mi sonrisa estoica, sintiéndome a cada segundo más ridícula. Pedro se gira hacia mí y me devuelve la sonrisa, lo ignoro.

«¿Por qué no me mira? Sabe que estoy aquí, conoce mi mesa a la perfección y está incómodamente cerca de ella».

Dejo de sonreír; aun así, no aparto la vista de ellos esperando hacer contacto visual. Viggo me ignora, toma a Natalia del brazo y, sin girarse hacia mí para saludarme brevemente, sale con ella otra vez de la redacción.

«¿En serio?».

Me siento morir, noto incluso el escozor de las lágrimas tras los ojos.

«¿Eso es todo? ¿Ya está?».

Pestañeo.

El estómago se me contrae. Son las mariposas, que han hecho el camino inverso a la crisálida y se han convertido en gusanos. Se retuercen en mis tripas llenándome de náuseas.

«Pero ¿de qué va ese gilipollas?».

*PUM-PUM.*

«Pero ¿quién coño se cree que es?».

*PUM-PUM.*

«¡¿Cómo se puede ser tan cabrón?!».

El corazón me late demasiado fuerte y siento que la piel me arde. Porque soy imbécil, ¡una tonta de manual! Yo creía... creía que era diferente, que mis amigas y yo estábamos muy equivocadas con él. Pero aquí está la prueba, se ha acostado conmigo y parece haber perdido ya no solo el interés, sino también la educación.

Aprieto los puños hasta dejarlos blancos.

Mi móvil empieza a sonar y no puede hacerlo en peor momento. Miro la pantalla, HERPES VAGINAL me está llamando.

—Dime, Tito.

—Hola, Ana. ¿Qué tal?

—Bien —gruño, y muevo el ratón.

—Eh..., vale. Te llamo porque quería preguntarte si te habías dejado una chaqueta en casa de mi madre. Una vaquera.

—No. —Vuelvo a leer la consulta por encima.

—Ah, bueno. Es que ha aparecido una y no sabemos de quién es.

—Yo no llevé chaqueta.

—Cierto... Ibas un poco fresca, ¿no? —añade.

Dejo de teclear.

—¿Perdona?

—Es la verdad, Ana. Traías unas pintas...

—Iba preciosa —sentencio.

—No, si no digo eso. Pero...

—Tito, ¿qué quieres? ¿Para qué narices has llamado?

Silencio. No dice nada, hasta miro la pantalla del móvil para saber si ha colgado.

—¿De verdad estás con ese tipo? ¿Con el pelirrojo?

Suelto una carcajada. ¡No me lo puedo creer! Lidia se gira para ver de qué me río, pongo los ojos en blanco para que me ignore.

—No creo que sea de tu incumbencia, Ernesto. Pero, ya que preguntas, te diré que solo es un amigo. En realidad, me gusta otro, Paolo. Él no podía ir y llevé a mi reserva.

Otra vez silencio.

—¿Tito?

—Estás un poco suelta, ¿no?

—¿Qué?

—¿Te vas acostando con todo el mundo por ahí, Ana? ¿Qué cojones te pasa?

—¡¿Y a ti qué te importa lo que yo haga?! ¡Ya soy mayorcita! Además, eres el menos indicado para hablar.

Cuelgo.

Es posible que hoy asesine a alguien.

# 30

## *Ana*

—Hola, mi *bella signorina* —saluda Paolo, el gran heredero, nada más me subo a su Lamborghini—. Te he echado de menos.

Se inclina para besarme en los labios. Yo me aparto; lo dejo suspendido en el aire sobre el cambio de marchas.

—Tenemos que hablar.

A Paolo le cambia el gesto, analiza mi semblante y regresa a su asiento.

—Te he traído un regalo —añade rápido, y alarga el brazo hacia atrás. Me ofrece un osito de peluche, es el de la foto.

Lo cojo. Es blanco, muy mono. Hacía mucho que no me regalaban un peluche, desde que tenía quizá... ¿siete años?

—Gracias. Esto... —aparto los ojos del osito y lo miro—, ¿eres famoso?

Si antes se había puesto serio, ahora ya no queda ni un atisbo de diversión en su cara.

—A ver..., no. Sé que eres famoso —continúo—. Y superimportante en Italia. Me enteré hace unos días por una revista que me enseñó una amiga. Lo que quiero decir es... ¿por qué no me lo contaste?

Resopla regresando de nuevo a su asiento. Estamos parados en doble fila delante de mi portal, pero no arranca, mira hacia delante

sin decir nada. La sonrisa de bienvenida que tenía preparada a mi llegada ha muerto en el trayecto de retirada.

—Y este coche seguro que no te lo prestan, ¿verdad?

Vuelve la cabeza hacia mí. Entiendo que esté buscando las palabras para explicarse, tiene que ser difícil. Es como si Mary Jane pillara a Spiderman lavando el traje, Spiderman tendría muchos problemas en aclarar por qué la ha estado engañando durante todo ese tiempo.

Que yo no soy Mary Jane, vale, y él tampoco es Spiderman, pero al caso viene a ser lo mismo y, al parecer, los dos son igual de famosos.

—No es que me importe —intento ayudarlo, me está dando apuro incluso a mí la situación—. Pero es raro. Me contaste que *Origen* es tu película preferida, que crees que ponerle piña a la pizza es vandalismo, pero ¿no que el año pasado lo pasaste con David Guetta en Ibiza? No es muy coherente, ¿no?

—Verás, yo... —No termina la frase, hunde la cabeza en el volante.

—Me caes bien, Paolo. De verdad. Pero no lo entiendo. ¿Es una especie de experimento? ¿«Cómo vivir a lo mileurista» o algo así? —Suelta una risita débil—. Yo pensé que te gustaba. Pero quizá solo estabas pasando el tiempo conmigo para jugar a ser normal...

—No, Ana. —Me coge de las manos, lo hace tan de improviso que me sorprende—. O puede que sí... un poco al principio. Pero me gustas un montón, quiero seguir conociéndote.

Abro los ojos como platos. Él aprovecha y pasa un mechón de pelo tras mi oreja, es tierno cuando lo hace.

—Te vi en el metro y pensé: «Qué sexy, qué guapa». Y fue divertido hablar contigo de manera espontánea, sin presiones. No tenía que preocuparme de si estabas tratando de sacar rédito a tu

carrera gracias a mí o pensando en el dinero de mi familia. Resultó muy relajante. —Sonríe y yo empiezo a comprender—. Quizá debería habértelo dicho, pero ojalá no lo supieras.

—Paolo, tú me gustas. Me gustas a pesar de ser tan asquerosamente rico y obligarme a pagar el mexicano a medias.

Ríe, yo también. Se vuelve a inclinar y me besa.

Y nada, cero burbujitas en el estómago, cero mariposas.

Dejo que siga ahondando en mi boca, que enrede sus manos en mi pelo, pero lo hago con miedo de que, después de todo, de su confesión y de que nos estemos poniendo más serios, lo nuestro jamás llegue a funcionar, de que no pueda enamorarme de él. No sé si podré dejar a un hombre como Paolo; es posible que ni siquiera esté permitido dejar a hombres como él: guapos, sensibles y millonarios.

—¿Quieres que vayamos a mi piso? —pregunta con su mano en mi rodilla—. Ahora que lo sabes todo, puedo pedirle a Misha que nos prepare algo de cenar. Es un chef excelente.

—¿Misha?

—Sí, mi cocinero.

Río.

—No, no. Mejor vamos al japonés de la reserva. Una cosa es saber que eres rico y otra muy distinta verlo. Estoy segura de que me dará algo, me pondré muy nerviosa y quizá acabemos en Urgencias —suelto divertida, y él asiente sonriendo. Lo que no quiero decirle en realidad es que no estoy preparada para acostarme con él, que aún no sé si quiero—. Más adelante, cuando te conozca mejor y ya me gustes demasiado.

Paolo vuelve a besarme, otra vez me dejo. Pone el indicador y se incorpora al tráfico.

* * *

Reviso otra estantería. Busco zapatos de novia en los siguientes tonos de blanco: puro, chantillí, perla, hueso, cáscara de huevo, marfil o *nude* (que no es blanco, sino beige de toda la vida).

Charlotte me ha dado un listado con los tonos que son aceptables, el folio consta de siete cuadrados con los colores y sus nombres debajo; es muy práctico. Solo tengo que coger un zapato (cualquiera que sea razonablemente blanco), ponerlo sobre la hoja y ver si se corresponde con alguno de los recuadritos. Si es así, se lo llevo; aunque ahora mismo no sé dónde está.

La planta de calzado de este almacén es como un laberinto enorme, y está lleno de locas adictas al saldo que caminan por los pasillos rebosantes de agresividad. Avanzo unos metros y analizo otra fila en la estantería.

«¿Y ese de ahí? ¿Es demasiado gris?». Cojo una de las cuñas y la pongo sobre la hoja. Parece chantillí, pero no estoy segura. Lo devuelvo al estante.

Esto es una auténtica pérdida de tiempo, los zapatos ni siquiera se ven bajo el vestido. ¡Podría ponérselos violetas, que nadie se daría cuenta!

Suelto un bufido. No debería estar aquí, debería estar trabajando, voy fatal con los artículos de don Javier. El viernes volvimos a revisar los que tenía (los ya corregidos y desangrados, pero en limpio); no se quedó con ninguno, me pidió que volviera a redactarlos, desde cero, con nuevos temas. Lo peor es que esta vez me lo dijo sin nada de optimismo en la voz, más bien con tono preocupado.

No obstante, en lugar de estar persiguiendo a un ciclado de gimnasio que me dé ideas (o, visto lo visto, escriba el artículo por mí), estoy aquí, y ¿por qué?

«Porque me volví a acostar con El-que-no-debe-ser-nombrado, el ex de Charlotte, y ya no estoy legitimada para escaquearme de ninguna cosa que me pida en los próximos cien años».

Lo único positivo de esta semana ha sido que no he visto a Lord Voldemort salvo en nuestro breve no-saludo del lunes pasado. Creo que está trabajando en el edificio que el grupo tiene en la avenida de América. O eso, o ya se ha marchado a Londres.

Inspiro. De pronto me duele el pecho, como cada vez que pienso en él. Y sé que no debería, que debería odiarlo y estar enfadada conmigo misma, porque él no se merece que lo eche de menos, que algún pensamiento alocado de mi cabeza lo proteja o justifique, porque ha demostrado ser como ya sabía que era de adolescente y me negué a creer de adulta.

«Joder...».

Me vuelven a entrar ganas de llorar. Pestañeo.

Veo al fondo a Charlotte, está sentada en un mullido sofá en forma de dónut.

—¿Qué te parecen estos? —Le enseño los que llevo cargando en la mano desde hace treinta minutos.

—Bonitos, pero no son cerrados —dice mientras los examina de cerca.

—Solo tienen la punta abierta, eso no cuenta.

Charlotte niega con la cabeza. Típico complejo de guapas: los pies. Y ni siquiera los tiene feos, yo podría hacer de extra de *hobbit* en una película y me atrevo a llevar sandalias.

—Daré otra vuelta.

—No, mejor nos vamos a otro sitio. Hay un almacén por Getafe —dice.

—Pero si eso está en la otra punta...

—Necesito tener los zapatos para la próxima prueba del vestido, ya oíste a Maricruz. Me van a coger el bajo. —Se levanta y tira de mí hacia la salida. Yo a esto lo llamaría karma.

* * *

¡Conseguido! Solo hemos necesitado seis horas, siete trasbordos y toda mi paciencia, pero tenemos los zapatos y son... iguales que los cuatrocientos treinta y uno que hemos visto en el día de hoy.

Nos sentamos en una pequeña cafetería de este lugar-de-ninguna-parte. Cuando el metro ya no ha dado para más, hemos tenido que coger el cercanías (nunca he odiado tanto Google Maps). Creo que estamos cerca de Narnia, no me sorprendería ver alguna criatura mitológica en la acera de enfrente o gente desplazándose a caballo.

—Son maravillosos. —Charlotte examina los zapatos encantada—. *Nude* y cerrados. Y los puedo usar también como fondo de armario.

Asiento con una sonrisa forzada. Estamos esperando a que llegue Rocío, me ha animado saber que vendría a recogernos; ahora mismo necesito a alguien entre las dos, la sola compañía de Charlotte me resulta cargante (aunque está por ver si consigue llegar: como se despiste de salida puede terminar en Córdoba).

El camarero se nos acerca y nos toma la comanda. Más relajada, me recuesto en la silla. Me duelen los pies, tienen pulso propio.

—¿Puedes llevarte los zapatos a tu casa? He quedado a las ocho para cenar con David y no me va a dar tiempo a pasar por la mía.

—Sí, claro.

—Tendrás que llevarlos a la prueba, ¿vale? No puedes olvidarte, es superimportante.

—Sí, descuida. No habrá problema. —Vuelvo a asentir. «Por favor, que no tarde mucho Rocío...».

—Porque, si no, tendremos que repetirla otro día —continúa—. Y no creas que tienen mucho hueco disponible en la tienda de novias, están a *full*. Al mediodía sí que pueden, pero como a ti te viene mal...

«Inspira, espira. Inspira, espira».

—Apúntatelo en el móvil. O ponte una alarma...

«Tu lugar feliz, piensa en tu lugar feliz. Muy lejos de aquí, muy lejos de Charlotte...».

—¡Chicas!

Rocío, por increíble que parezca, se materializa junto a la mesa. «¡Dios, gracias!». Nunca me he alegrado tanto de verla.

—Vaya, qué lejos os habéis ido, ¿no? —comenta mientras toma asiento. Hace un gesto al camarero.

—Tampoco tanto, casi hemos llegado en metro —dice Charlotte—. ¡Y mira qué zapatos!

—¡Guauuu! Sí que ha merecido entonces la pena, son fantásticos. Y los puedes usar luego como fondo de armario.

—¡¿Verdad?! —El rostro de Charlotte se ilumina. No sé si es porque son familia, pero siempre parecen hablar el mismo idioma.

—¿Y cómo vas tú, Anita? ¿Qué tal todo? —Alza las cejas burlona mientras me da un manotazo en el muslo.

Meneo la cabeza mientras me río.

—Bien. Muy bien. Con mucho curro. —Sé que quiere que me ponga a hablar de Paolo, pero me niego. Ha estado bombardeándome toda la semana a mensaje limpio con bromitas sobre el tema, sobre lo divertido que es tener amigas-generosas-con-novios-millonarios. Con muy poca sutileza me recordó incluso que es talla Birkin, la del bolso de Hermès—. En realidad, un poco estresada. No voy bien con los artículos.

—¿No los tenías escritos ya? —interviene Charlotte.

Vuelvo a negar.

—Don Javier no termina de darles el visto bueno.

—Pero ¿por qué? Siempre se te ha dado superbién escribir.

—Creo que es por el tema, no acabo de conectar. O quizá no sea tan buena escribiendo... No lo sé. —Hundo los hombros—. El caso es que no hay forma. Hasta me he apuntado a un gimnasio para inspirarme y sacar ideas. Tenéis que verme, voy preguntando todo el rato cosas a los monitores. Pero lo único que he conseguido por el momento son agujetas y que la gente piense que soy rara. —Doy un sorbo a mi cerveza—. Sí, soy la chica rara del GO fit, hasta creo que me han puesto un mote.

Charlotte escupe sin querer un poco de bebida.

—¡Joder!

—Si te casaras con Paolo, todos tus problemas desaparecerían. No necesitarías el trabajo —apunta Rocío.

—¡Genial! ¡Pues ya está! Seré mujer florero: me llenaré la cara de bótox y dedicaré mi vida a hacer fiestas benéficas —añado sarcástica; nos reímos las tres.

—No entiendo por qué van a dejar de publicar *Deporte y bienestar*. Es una gran revista, yo siempre la compro.

—Al parecer, es por los anunciantes —contesto a Charlotte—. El problema viene desde hace tiempo, hemos ido perdiendo clientes en los últimos años, y los de Goday Media lo han visto como una evidencia de nuestro fracaso. Yo simplemente les habría echado la culpa a los de Marketing.

—¿Anunciantes? ¿Así es como se mide el éxito de una revista? —pregunta Rocío—. Pensé que lo más importante eran las ventas de cada número.

—Todo suma. —Doy otro trago a mi bebida, bebo casi hasta la mitad. Si terminaran despidiéndome, tendría que volver a vivir con

mis padres.

Me pongo mala solo de pensarlo. No es que me encante vivir con Secuoya, pero hacerlo con mi madre sería mucho peor. Seguro que me sorprendería cada día con una cola de pretendientes católicos apostados en la puerta de mi dormitorio, la imagino diciéndoles: «¿A qué te dedicas?»; «¡Uy, tú! ¡Fuera de la fila, te estás quedando calvo!»; «Mi hija tiene veinticinco años, es virgen».

—Yo podría conseguiros anunciantes —suelta de repente Rocío.

—¿Perdona? —Pestañeo.

—Sí, bueno. No yo, sino Hugo —aclara—. Acaba de terminar una promoción de chalets, le puedo pedir que incluya a vuestra revista como medio en la promoción.

—Gracias, cariño. Pero van a deshacerse de *Deporte y bienestar*. Creo que lo tienen bastante decidido...

—No es tan mala idea —me interrumpe Charlotte—, daño no le haría. Sería como una inyección de confianza a la revista.

—Estáis locas. —Me río.

—También podrías pedirle a tu amorcito que invirtiera —dice Rocío, y me guiña un ojo.

—Claro. «Oye, Paolo, pon pasta en la revista en la que trabajo» suena supersexy, seguro que ya lo enamoro del todo. —Las chicas se ríen. Vuelvo a dar un trago, algo más relajada—. Es una locura, en serio. Lo de la revista, todo lo de Ernesto... Se me está haciendo un poco cuesta arriba.

Rocío me pasa un brazo por los hombros cariñosa y me da un apretón. Charlotte, por su parte, dice:

—Sí, te lo hemos notado. —Pone los ojos en blanco—. Pero, no te preocupes, pasará. —Después se gira hacia su prima y le enseña los últimos pendientes que ha comprado para su boda, a los que no ha podido resistirse entre zapato y zapato.

Y me quedo fría. ¿Son cosas mías o eso iba con segundas?

—... estoy entre estos y los largos con diamantitos. Pero no sé. También podría...

—¿Qué quieres decir con eso de «te lo hemos notado»? —la interrumpo. Se vuelve hacia mí confundida—. Tendrás queja..., hoy te he dedicado todo el día.

La diversión de apenas unos segundos se disuelve en el aire, demasiado cargado de pronto.

—Me refiero a que últimamente estás siendo un poquito borde, justo como ahora —aclara Charlotte.

—¿Que yo soy borde?

—Chicas, venga, vamos a relajarnos todas un poco... —interviene Rocío. Pero la ignoramos.

—Desde que Ernesto te dejó, no eres la misma, Ana. Eres bastante desagradable. ¿Y sabes una cosa? Cansa. Casi parece que me tengas envidia por lo bien que me están yendo las cosas.

Pestañeo. No me puedo creer que haya dicho eso. Mentira: ¡No me puedo creer que Charlotte piense eso!

—Estás loca —digo.

—¡¿Perdona?!

—¡Que estás como una puta cabra! —grito también yo—. Eres la mujer más egocéntrica del mundo. ¡Todo tiene que girar a tu alrededor! ¡Te pasas el día dándome órdenes! «Ana, tienes que venir a la prueba», «Ana, acompáñame a elegir zapatos» —comienzo a imitarla—, «Eres mi dama de honor, tienes que hacerlo», «Ana, pasa del trabajo y de todo lo que de verdad tengas que hacer y solucióname la vida». —Me tiembla la voz—. ¡Joder, Charlotte, que no me puedo cortar ni el puto pelo sin tu permiso! ¿Qué será lo siguiente? ¿También me vas a pedir que se la chupe a David?

Charlotte se levanta de golpe. Me he pasado, lo sé.

—Pues sería la primera vez en mucho tiempo que te llevaras algo a la boca, guapa.

«¡Oh, Dios! ¡Lamadrequelaparióó!».

Me pongo también en pie. El resto de los clientes de la cafetería nos miran asustados.

—Los zapatos te los va a guardar Rita —digo tratando de contener la voz—. ¿Y sabes una cosa? ¡Me voy a hacer flequillo! ¡Sí! ¡Porque me da la gana! ¡¿Te enteras?!

Me doy la vuelta y me voy. Oigo a Rocío a mi espalda llamándome, no le hago caso; por el contrario, ando mucho más rápido mientras noto las lágrimas rodar por mis mejillas.

# 31

## *Viggo*

Meto una cápsula en la máquina de café. Natalia, a mi lado, no deja de hablar, de su hermano... o del novio de su hermana, la verdad que no me ha quedado claro y hace un rato que no le presto mucha atención. Tengo una jaqueca terrible. Estamos en la cocina de la redacción, acabo de llegar de una comida con los directivos de Goday Media y necesitaba un café (bien cargado) antes de ponerme a trabajar. Natalia me ha interceptado en la entrada..., que si hacía mucho que no venía por aquí y que ya pensaba que me había largado sin avisarla. Después ha decidido escoltarme hasta la cocina.

—... y, claro, él está fatal. Pero yo se lo avisé. Le dije que esto pasaría...

—¿Lo quieres con leche? —la interrumpo, y le ofrezco su taza.

—¿Eh? No, así está bien. Gracias. Como te contaba, se lo dije... —continúa con su verborrea.

Cojo otra cápsula para preparar el mío. Me froto los ojos, ha sido una semana horrible. Muy intensa, aunque ya lo esperaba: cuanto más se acerque la fecha de publicación del primer número de *Hierros*, más tensión habrá. Lo que sí me ha cogido totalmente por sorpresa ha sido descubrir que don Javier se ha estado reuniendo con los jefazos. El hombre está desesperado y quiere convencerlos de que la decisión de cancelar *Deporte y bienestar* ha sido un gran

error. Tengo al enemigo en casa, y es un enemigo que ya no tiene nada que perder...

—¡Ay! Hola, Ana.

—Eh... Hola.

Un estremecimiento me recorre toda la espina dorsal, el timbre de su voz es como un latigazo. Me vuelvo despacio. Ana está parada en la puerta de la cocina. Mira sorprendida a Natalia y después a mí. Baja entonces rápida la cara, dejando la vista clavada en un punto cercano a mis rodillas —muy lejos de mis ojos— y compruebo que se le colorean las mejillas.

Suelto el aire. Está preciosa, duele hasta mirarla.

¿Me molestó que se fugara de mi casa en mitad de la noche? La verdad es que sí. Me cabreé la hostia al día siguiente: eso no se hace. No soy un ligue borracho de un bar, nosotros somos amigos. Despertarme (con un empalme de narices) y descubrir que me había abandonado fue harto desagradable. Y sin ninguna palabra, mensaje o notita. ¿De qué coño va?

Dio la cara al fin el domingo por la tarde. ¿Recordó que me tendría que ver al día siguiente?

Me pareció bastante sinvergüenza.

Ahora bien, enterarme encima de que el «macarroni», el tío al que besó una vez y no le gustó, es en realidad su novio y que no es otro que el hijo del gran magnate italiano Zurina ya me tocó los huevos, y mucho.

Y lo comprendí todo, por qué se escapó así, arrepentida y avergonzada. Pero por mi parte puede estar tranquila, no pienso ponerla en ningún compromiso.

—Hola —digo.

Ella levanta la vista del suelo y me mira. Adoro sus ojos verdes, es como si siempre llevara la primavera encima.

—Ho-ho-la —susurra.

Va hasta la nevera, se la nota nerviosa.

—Ana, tú y yo tenemos que hablar —interviene Natalia. Por un segundo había olvidado que no estábamos solos—. Chica, no sabía nada de lo tuyo con Paolo Zurina. ¡Menudo notición!

Veo que la piel se le enciende todavía más, cierra la puerta de la nevera. Me dedica entonces una mirada, una mirada fugaz, de un segundo o menos, pero el semblante le cambia al momento: pasa de pudor a duda; después a enfado, a fuego.

—Sí, mi novio. Estamos muy felices —contesta.

Y quiero matarla.

—¡Vaya! Es un hombre guapísimo, muy elegante —suelta Natalia —. ¿Cómo os conocisteis?

—De la forma más extraña posible, me abordó en el metro y me invitó a salir.

—Qué romántico —suelta la rubia en un suspiro.

—Sí, Paolo es muy romántico —confirma.

«Menuda gilipollas».

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —insiste Natalia.

—Eh... Esto... —A Ana le flaquea la voz. Me dedica una mirada rápida, yo la estoy fulminando con todo mi lenguaje corporal—. Acabamos de empezar. Pero ahora sí vamos súper en serio. Estamos muy enamorados.

Toso.

—Se nota. He visto las fotos —dice Natalia. Las fotos..., Ana dándose el lote por todo El Retiro con ese enano—. Me parece superromántico; después de todo lo que pasaste con tu ex, viene tu príncipe azul y te salva. Es muy bonito.

—Eh..., sí. Nunca sabes cuándo te vas a enamorar.

Y la odio por decir eso. Porque es verdad: nunca lo sabes y, cuando te pasa por primera vez, el batacazo puede ser insoportable.

Me mira de nuevo, rápida. También la odio por esa mirada.

—Creo que podríamos hacer un reportaje con los dos. ¡Una entrevista! ¿Qué te parece? ¿Verdad, Viggo? —dice Natalia ahora para mí—. ¿No sería perfecto para cerrar el último número de *Deporte y bienestar*?

Sería el motivo perfecto para querer ver arder la puta revista.

—Ana, háblalo con Paolo y me dices, ¿vale? —añade.

—Eh... Sí, claro —responde—. Seguro que lo hace encantado. Paolo siempre está por mí en todo, es un hombre comprometido. No es el típico imbécil que una vez que se acuesta contigo pasa de ti.

«Eso ha sonado raro».

—Claro, claro. —Cabecea Natalia, parece tener estrellitas en los ojos ante la idea de entrevistar a los dos tortolitos—. Los italianos son insuperables, ¡qué me vas a contar! Yo tuve un novio de Nápoles. Como amantes son...

«Suficiente».

—Bueno, chicas. Os dejo, voy a seguir trabajando —me despido.

Camino hacia la puerta, lo hago sin apartar la mirada de Ana, como retándola a que diga alguna estupidez más que termine con mi paciencia. Ella me la sostiene, lleva tanto veneno como cuando en su época adolescente, puede que más incluso.

# 32

*Ana*

Dejo de teclear. Son las doce de la noche pasadas y acabo de terminar el primer artículo del que me siento verdaderamente orgullosa. No me lo puedo creer, pero al fin tengo algo que de verdad merece la pena, que no solo es deportivo, masculino y testosterónico, sino que también es muy bueno.

Sonrío a la pantalla. Mil quinientas palabras sobre el manejo de la ansiedad y el estrés precompetitivo en atletas. No creo que ni don Javier sea capaz de echarlo para atrás.

Me estiro en la silla, noto cómo me cruje el cuello. No queda nadie en la redacción, es muy tarde. Ni siquiera creo que aún esté trabajando El-CRETINO-que-no-debe-ser-nombrado; lo he visto irse al mediodía, ha pasado junto a mi mesa muy serio, sin mirarme, y juraría que después no ha regresado.

¿Que he metido algo de ciencia ficción en mis respuestas a Natalia? Puede. Esa mujer no ha sido amable conmigo en los casi cinco años que llevo trabajando en la revista, no hasta que mi supuesto «novio» es justo de esas personas que protagonizan su sección.

¿Que lo he hecho porque Lord Voldemort estaba delante? Obviamente.

Y sé que no le importa, que le dará igual lo falso-enamorada que esté de Paolo, pero una salva el orgullo como puede.

Me levanto y voy a la cocina, esto tengo que celebrarlo de alguna forma (lo del artículo, no lo de inventarme películas delante de Viggo). Por fin puedo albergar alguna esperanza de seguir cobrando un sueldo religiosamente cada mes. Imagino que en la nevera de la cocina no habrá cervezas, pero seguro que sí hay refrescos.

Enciendo la luz de la habitación. Todo está en silencio, incluso el ruido que viene de la calle parece estar con el volumen bajado. Voy hasta la nevera y, sí, hay Coca-Colas. Saco una y bebo con la mirada puesta en la ventana, en las luces de las farolas y en los coches que aún cruzan la avenida. Madrid es una ciudad desvelada; da igual la hora que sea, siempre parece no poder irse a dormir.

Un cosquilleo me recorre la nuca, como un suspiro frío que me eriza la piel. Me giro.

Quizá supiera que estaba ahí incluso antes de volverme.

Lord Voldemort, con todo su metro noventa, me observa desde la puerta. Su mirada gélida se desliza por mis piernas hasta toparse con mi faldita de lunares (es corta, llena de volantes y muy alegre; desde hace muy poco he aprendido a amar mi cuerpo y a no esconderlo). Sube por mis caderas, mi cintura, mi pecho (la presión del turquesa parece oprimirme al respirar), mi cuello..., hasta alcanzar mi cara. Llega a mis ojos sin que la expresión se le haya suavizado ni un poco en el recorrido.

Dejo la Coca-Cola sobre la encimera.

Camina decidido hasta mí; un paso, después otro. La mirada no se le cae y el silencio que nos rodea parece que lo exhalemos juntos por la nariz. Está furioso, su gesto es hosco y sus hombros, anchos, ahora resultan amenazantes.

Cojo el aire que de repente me falta.

Es increíblemente guapo, ¿por qué negarlo? Y la barba de pocos días que cubre su mandíbula le da un puntito irresistible, muy de

cabrón-hipersexy, de «Te voy a meter en problemas y me darás las gracias por ello»: así de guapo es este imbécil, y qué mal me cae.

Me yergo en mis tacones para hacerle frente, esperándolo. Porque él será un ciclón, pero yo —ahora mismo— soy todo un huracán.

Se detiene a centímetros de mí. Apoya sus manos en la encimera a ambos lados de mi cuerpo, encerrándome de repente con el suyo. Viggo es un hombre enorme, inmenso, y huele a limones.

Jamás he detestado tanto una fruta.

—Eres una sinvergüenza —murmura casi sobre mi boca, tan cerca que su aliento acaricia mis labios.

—Y tú, un gilipollas.

Lord Voldemort resopla y despliega una sonrisa peligrosa. Yo no me muevo, el corazón me late desbocado, a toda máquina, pero me mantengo con gesto impasible mientras noto cómo chisporrotea el aire que nos separa; es eléctrico, tenso e insoportable.

La línea que separa el amor del odio no es fina, es inexistente. Son dos emociones que pueden fundirse en una sola: porque yo lo odio (a matar), pero también lo amo (a morir).

Se inclina un poco más oteando los huecos que aún quedan entre los dos y reduciéndolos casi a la nada. Yo no me muevo, prácticamente ni pestañeo. Estoy esperando la señal, esa que haga que todo explote, que abra las compuertas de la presa y me permita decir todas las verdades que bullen en mi pecho: «Imbécil, ¿es que no ves que me muero por ti?»; «¿Para qué has sido tan bueno si después pensabas abandonarme?»; «Te echo de menos»...

Viggo se relame los labios y siento una necesidad urgente por mojárselos con los míos. Su turquesa me quema y me pincha por el deseo, un deseo que de pronto parece condensarse en la atmósfera haciéndola irrespirable. «¿Enfado o lujuria? ¿Me lo estoy imaginando?, ¿Son solo cosas mías?... ¿O de los dos?».

Niega con la cabeza, como si se estuviera deshaciendo de una idea (una muy mala idea), y se gira para marcharse... Pero, antes de que pueda hacerlo, estiro el brazo y lo sujeto con fuerza de la cinturilla de sus vaqueros.

Lo retengo a mi lado, lo obligo a quedarse.

Y noto la electricidad del contacto. Sube desde mis dedos hasta mi hombro y después se extiende de forma radiactiva por todo mi cuerpo: ahora mismo podría encender un millón de bombillas, las luces navideñas de toda una ciudad.

Lo oigo respirar en un jadeo. Yo soy incapaz de levantar la vista de mi mano, que, poseída, ha decidido por su cuenta no dejarlo marchar («Gracias, mano; muchas gracias»). Tiemblo por completo y mi pulso se traslada a los oídos: *PUM-PUM-PUM-PUM-PUM*. Es ensordecedor.

Y ocurre, la señal, devastadora e irreversible: Viggo atraviesa la poca distancia que nos separa, toma mi cara entre sus manos y cubre mi boca con sus labios.

Me besa.

Nos devoramos.

Inspiro. Sé entonces, en este preciso instante, mientras su lengua invade mi boca, la conquista y la hace suya, que he nacido para vivir justo este momento, para deshacerme como mantequilla bajo su cuerpo. Y si muero mañana, habré tenido una vida plena, mucho más trascendental que otros que llegaron a los ochenta años, que consiguieron un récord Guinness o que hicieron un gran descubrimiento científico.

«Qué bonito haber nacido para ser besada... Qué bonito haber nacido para ser besada así, con tantas ganas».

Mis dedos se aferran a sus cabellos mientras lo sujeto con fuerza. Oigo que hace un ruido ronco, como si el deseo le raspara la

garganta. Viggo abre hueco de repente entre mis piernas y, levantándome, me sienta sobre la encimera, junto al fregadero. Noto que está duro, lleno de ganas.

Baja por mi cuello, en el camino araña con su boca la piel que lo lleva a mi escote. Inspira mi olor; me besa, me muerde, me deja totalmente irritada.

—Putas fresas... —creo que murmura. Yo echo el cuello hacia atrás para facilitarle el acceso.

Coge uno de los tirantes de mi top y lo desliza por mi hombro; deja a la vista uno de mis pechos. El pezón, minúsculo, apunta hacia él. Se lo mete en la boca mientras me aprieto más contra su cuerpo.

Gilipollas o no, soy adicta a él. A la maldita oxitocina que me provoca Viggo Ekman.

Empuja sostenido contra el hueco de mis piernas, lo agarro para que presione más fuerte, para que esa erección que se adivina en sus pantalones alivie el picor que late escondido bajo mi ropa interior, que me tortura.

Suelto un jadeo.

Más, lo necesito más cerca, más fuerte. Más dentro.

—Ana..., ¿cómo lo haces? —pregunta casi sin aliento.

—¿Qué?

—¿Que cómo lo haces? —Se gira para mirarme y su turquesa consigue azulear mi hipotálamo—. ¿Cómo me vuelves tan loco? No soy dueño de mí mismo cuando estás cerca.

Lo sujeto otra vez por los cabellos y lo obligo a besarme. Con fuerza, con pasión y con hambre. Nuestros cuerpos son dos imanes y el choque de ambos casi podría rompernos los huesos, porque la necesidad es tanto o más fuerte que la gravedad.

Bajo mi mano y le acaricio la entrepierna por encima de los vaqueros; duele de lo duro que está. Dejo escapar un gemido junto

a su oreja.

—Viggo..., no puedo más. Te quiero dentro.

Y lo veo, un brillo fugaz y loco le cruza la mirada; es solo un instante. Me toma por las caderas y en un movimiento repentino me baja de la encimera y me obliga a darle la espalda apoyándome contra ella. Sus manos dejan de ser tímidas, se introducen entre mis muslos y suben buscando mi sexo.

—Ay, Dios... —suspiro.

Noto que sus dedos acarician la humedad de mis braguitas, que su cuerpo me cubre entera por detrás. Está rígido, es pura tensión.

Comienza a acariciarme, lo hace en círculos. Gimo llena de placer mientras noto que me fallan las piernas y los brazos, que solo me sostengo en tanto me apoyo en su cuerpo.

Arqueo la espalda buscando más. Más contacto, más él.

Oigo que se desabrocha los pantalones y un escalofrío me recorre de pies a cabeza, después suena una especie de rasgueo. No lo identifico bien; me doy la vuelta y compruebo que Viggo trata de abrir un preservativo con los dientes. Me giro hacia delante y clavo la vista en el mueble blanco y funcional de la cocina.

Esto es una locura, no me creo que esté pasando de verdad.

Cojo aire a la espera, impaciente por las ganas. Viggo no tarda mucho, pone una mano en mi cadera y de una estocada me penetra; como un animal, se hunde duro en mí. Ahogo un gemido mientras el placer me atraviesa entera. Él vuelve a entrar, brusco de nuevo. Me contoneo tanto como puedo en busca de su boca.

¿Hay algo mejor en este mundo que tener a Viggo dentro?

Seguramente no.

Paso un brazo por detrás de su cuello y con el otro me apoyo en la pared que tengo enfrente evitando los enchufes. Mi cuerpo se sacude con las embestidas junto a la máquina de café, junto a la

nevera, junto a ese calendario de oficina tan chulo lleno de frases inspiradoras. Estamos en el puto trabajo, ¿qué narices nos pasa?

—Ana..., vas a acabar conmigo... —murmura enterrándose profundamente en mi interior.

Lo aparto, quiero mirarlo: necesito ver todo lo que hace.

Me giro para subirme a la encimera y abro mis piernas en una invitación. Viggo no tarda en colocarse entre ellas y, otra vez, se introduce alargado en mí. Creo que me muero, esta situación me supera.

Lo agarro por la nuca y me lo llevo a la cara, frente con frente, compartiendo el oxígeno. Hay urgencia en cada uno de nuestros movimientos, urgencia por estar imposiblemente unidos, porque me mire como lo está haciendo ahora mismo, porque llene mis oídos con esta cadencia inconstante que es su respiración.

Porque quiero más. Porque necesito más. Porque de Viggo lo quiero todo.

Noto que el orgasmo comienza a abrirse hueco, empuja avergonzado desde mi vientre y avanza hasta mi pecho llenando mis costillas. Viggo entra y sale, no se detiene; ni siquiera cuando la onda expansiva arrasa con mi cuerpo en un espasmo. Le muerdo el hombro para no gritar mientras siento que todo a mi alrededor se tambalea.

Sigue embistiéndome. Me sostiene entre sus brazos y me penetra una vez más en una última estocada profunda y sostenida. Presiona dentro haciendo que pequeños cortocircuitos, que creía apagados, cosquilleen en mi vientre.

Fuego. Ardo, me quemo.

Dios, Dios, Dios...

Nos quedamos quietos unos segundos y poco a poco tratamos de recomponernos, de recuperar la respiración. Ha sido muy intenso.

Tengo la cabeza en su hombro y él su nariz en mi pelo. Uno, dos, tres..., un millón de segundos más: pierdo la noción del tiempo.

Se yergue y sale de mí. Alarga el brazo para coger un pedazo de servilleta y envuelve el preservativo en su interior; va hasta la papelera y lo tira muy (muy) al fondo. Después camina hasta la mesa que hay frente a mí —donde a veces me sentaba, en otra vida, cuando él me preparaba té— y se apoya en ella.

Ninguno dice nada. Yo he observado cada uno de sus movimientos sin pronunciar palabra, quizá demasiado conmocionada. «¿Qué narices acaba de suceder?».

Vuelve a estar enfadado. O tal vez no ha dejado de estarlo en todo este rato y yo me estoy dando cuenta ahora. Cierro las piernas y, como puedo, recompongo mi falda todavía sentada sobre la encimera.

—¿Qué estamos haciendo, Ana? —pregunta. En sus ojos definitivamente no hay ese cariño que estoy segura sí había mientras me besaba.

—¿Qué quieres decir? —Pongo los pies en el suelo.

—¿Que por qué estás con Paolo si después dejas que ocurra esto? ¿Que yo te haga esto?

—Ni siquiera sé qué es «esto», lo que me ocurre cuando estoy contigo —digo con un escozor en las mejillas—. Y tampoco estoy con Paolo. Solo hemos tenido unas cuantas citas, la prensa lo está exagerando todo. No he ido a Italia a conocer a sus padres, tampoco tenemos planes de boda... —Hundo los hombros, él me observa muy atento—. Ni siquiera sabía quién era hasta hace poco. Él no me dijo nada, me enteré por una revista.

—Menudo cabrón. Déjalo.

Intento contener una sonrisa, pero esta se me extiende por la cara traicionándome. Viggo también sonríe, relaja la postura y

camina de regreso a mí. Rodea mi cintura y me besa. Dulce, muy tierno.

Suelto el aire. «Viggo Ekman es una droga peor que la heroína».

—Ana, estoy loco por ti —dice, y me coge de la barbilla—. No quiero que estés con Paolo.

Lo miro asombrada.

—¿No lo sabías? —pregunta también confundido al ver mi reacción.

Niego con la cabeza. Sonríe y vuelve a besarme. Dejo mi mano en su pecho, el corazón le late muy rápido, consigue que me deshaga de amor por dentro.

«Lo quiero...».

Sin embargo, presiono mi palma contra su camisa, apartándolo.

—Pero tú... te irás..., ¿verdad? —digo.

El gesto le cambia al instante.

—Te irás a Londres. ¿No es así? ¿Dentro de cuánto? ¿De dos meses? —insisto. Él sigue sin contestar. Trago saliva—. ¿O ha cambiado algo? Algo que haga que te quedes.

Y da un paso atrás. Se me cae el alma a los pies al verlo retroceder, porque es una respuesta en sí misma.

Resoplo una sonrisa amarga, de «Lo sabía, pero ojalá no hubiera tenido razón».

—Ana, yo...

—¿Qué me estás pidiendo? Piénsalo. Quieres que deje escapar a un buen tío como Paolo, pero ¿para qué? ¿Para unos meses de rollete?

Hay impotencia en su expresión mientras piensa qué decir, cómo convencerme, si de verdad quiere hacerlo.

—No seré tu entretenimiento hasta que decidas largarte —añado.

—Yo no he dicho eso...

—Pero tampoco has dicho lo contrario. —Le clavo la mirada, no cedo ni un poco—. No, Viggo. Tengo que hacerme cargo de mis decisiones, no quiero terminar sola. Tú me gustas muchísimo, pero Paolo es estupendo y sí quiere estar conmigo.

Suelta un bufido.

—Eso es muy injusto, Ana —dice—. Es demasiado pronto para que me pidas que te prometa cosas, que renuncie a todo, que deje mi trabajo en Londres, que...

—Lo sé —lo interrumpo—. Lo sé. Y también te entiendo. De verdad, tranquilo.

Me pongo de puntillas y le dejo un beso en la mejilla, uno de pena, de cosas que podrían haber sido. Paso por su lado de camino a la puerta. Necesito irme de aquí, alejarme de él. Cada segundo que pasa sin que se rasgue la camisa y me prometa el mundo entero duele.

—Ana...

—Por favor, Viggo, déjalo estar.

# 33

*Ana*

—Cuando me volví a probar los zapatos en casa, me apretaban un poco por los dedos. Los he tenido que llevar al zapatero —dice Charlotte desde el otro lado de la línea.

Hace treinta minutos he decidido descolgar el teléfono y llamarla. Hoy se cumplía el octavo día de pelea y silencio, y he entendido que había sido más que suficiente. También puede que lo de anoche con El-que-no-debe-ser-nombrado me diera el empujoncito que me faltaba para dar el paso y arreglar las cosas.

—¿Puedes pasarte el jueves a recogerlos y traerlos a la prueba? Te pilla de camino, el sitio está muy cerca de tu trabajo.

Arrugo el ceño al oírla.

—Quiero decir..., eh..., si te viene bien —añade, y le agradezco la coletilla.

—Sí, claro. Mándame un mensaje con la ubicación.

—Genial. Gracias, Ana.

No agrega nada más. Yo tampoco.

Durante toda la conversación no han dejado de repetirse pausas incómodas: sacamos un tema, este se acaba y nos quedamos en silencio hasta que a una de las dos se le ocurre otra cosa que podamos comentar.

Pienso rápido en algo que pueda decir...

—Mañana es la gran cita con Paolo, ¿verdad? —pregunta ella entonces.

—Sí.

—¿Os vais a acostar por fin?

—No hemos firmado nada, pero se supone que sí. —Ríe al oírme —. Me va a enseñar su piso y va a cocinar para mí, lo cual me sorprende en un hombre que tiene cocinero propio.

—¿Estás nerviosa? —No contesto. «¿Lo estoy?»—. Ana, saldrá bien. Llevas mucho tiempo sin acostarte con nadie, pero te aseguro que nada ha cambiado desde entonces.

—¿Me lo prometes? —bromeo para disimular el nudo de culpa que se me ha formado en la garganta—. A ver si me va a pedir que me lleve las piernas detrás de la cabeza o lo espose a una columna revestida de látex rojo.

—Si te pide una cosa de esas, lo vendes al *¡Hola!* y te forras.

Nos reímos.

—Todo saldrá genial, de verdad. No te preocupes —dice.

—Ya, ya. Y también toca. No creo que Paolo espere más.

—Ana, si no lo ves claro, no lo hagas. Que se aguante.

—Sí, sí. Lo sé. Es solo que, al haberlo retrasado tanto, le he dado sin querer más importancia de la que tiene. Ni que fuera gran cosa, ¿no? Yo...

«Siento que es como si traicionara a Viggo, como si le fuera infiel de alguna forma».

—Te entiendo —dice.

Silencio.

—Tú disfrútalo, ¿vale?

—Sí.

De nuevo silencio.

—Te tengo que dejar, Ana. Son ya las diez de la noche, es tarde... —Un eufemismo para decir «Nos hemos vuelto a quedar sin conversación y esto ya es deprimente».

—Sí, claro.

—Buenas noches... —Vacila unos segundos y añade—: Te quiero.

—Buenas noches. Yo también te quiero, Charlotte.

Cuelga.

Ha sido una llamada rara e incómoda. No parecíamos nosotras, sino dos desconocidas. Unas que no tienen nada que decirse, pero sí mucho que reprocharse. Suspiro, estoy tumbada en la cama. Fijo la vista en la mancha de humedad que hay al lado de la ventana, en esa que me recuerda a una ovejita.

«Y ese "te quiero" final..., artificial y forzado...».

Es una máxima que, cuanto más nos peleamos, más «te quiero» nos decimos. Antes era algo que se sobreentendía, ahora parece que tengamos que recordárnoslo. Y yo sé que los «te quiero» son como el talento: de nada valen si se dicen pero no se demuestran.

Abro WhatsApp para leer mis mensajes, o, más bien, para releer uno en concreto.

> Los billetes de Londres a Madrid cuestan ciento veinticuatro euros. Es pronto quizá para dejarlo todo y fugarnos,
> pero no para irnos conociendo.

Se me encoge el corazón y aprieto el teléfono contra mi pecho.

¿Qué voy a hacer?

Me gusta muchísimo, quizá hasta esté enamorada de él (una cuestión que me preocupa, y bastante). Pero...

Hay tantos «peros».

¿Cómo se lo tomará Charlotte cuando se lo diga? Porque ya tendré que decírselo, si empezamos a salir no habrá más tutía y las

opciones de que no me mate o, peor, deje de hablarme son escasas.

¿Está en los planes de Viggo regresar a España algún día? ¿O seré yo la que tenga que dejarlo todo y marcharme a Londres? Chapurreo el inglés y cuando veo una película en versión original me la paso entera con los ojos pegados a los subtítulos.

¿Puedo confiar en él? Este es un punto importante que considerar. Viggo Ekman jamás ha tenido una novia seria. Sin embargo, sí ha tenido miles de rollos como esa hortera de los corazoncitos. ¿Por qué? ¿Y si destrozo todo mi mundo por estar con él y luego se da cuenta, después de dos meses de prácticas, de que no es de los que se comprometen?, ¿de que se ha equivocado?, *¿c'est la vie* y todo eso? No quiero imaginarme la cara de tonta que se me quedaría entonces.

Yo quiero casarme y tener hijos, ¿él también? No me parece un hombre muy familiar; más bien todo lo contrario: un adicto al trabajo y al éxito.

Y luego está Paolo, que, en cambio, es todo soluciones.

Suelto el aire.

No sé si ha sido por las recientes lluvias o si ya estaba ahí y no me había dado cuenta, pero junto a la ovejita de la ventana ahora se dibujan retazos de hierba y un tipo de flor. La primavera parece haber alcanzado también las paredes de mi cuarto.

Después de mi sesión de sexo-en-espacio-laboral con Lord Voldemort, creí tener las cosas muy claras: Viggo no era una opción. Más bien, era la *desopción*, la forma perfecta de *desopcionar* el resto de las cosas importantes de mi vida; una auténtica trampa emocional. Sin embargo, hoy, al verlo por la redacción, me he vuelto a llenar de dudas.

He descubierto que mi corazón tiene una forma particular de detenerse con él. Y solo con él.

Dejo el móvil en la mesilla y apago la luz. Cierro los ojos, a mi cabeza vienen a torturarme sus labios, cómo son sus besos, todos los que me ha dado, dónde me los ha dado, la forma en que se mueve dentro de mí, cómo suena su respiración cuando lo hace, cómo me toca, cómo me hace estallar de placer, cómo se curva hacia dentro...

«Mierda».

Enciendo la luz y vuelvo a fijar la vista en la ovejita.

En un momento de la tarde, Viggo se ha acercado a mi mesa. Ha aprovechado que Lidia había ido al baño para hacerlo.

—Ana, ¿tienes un momento? —me ha dicho. No lo he oído llegar, tampoco lo esperaba. He levantado los ojos y el turquesa infinito ha hecho que agradeciera estar sentada—. Creo que ayer no estuve muy convincente. Me cogió por sorpresa tu pregunta sobre Londres, pero... ¿Tienes ya redactado ese artículo que te pedí? —ha preguntado de pronto con el regreso de Lidia.

—Eh, sí, claro. —«¡Maldita sea!».

He ido hasta la carpeta, he abierto el documento y le he dado a imprimir al texto sobre la ansiedad y el estrés precompetitivo; básicamente, el que tenía más a mano. Se lo he ofrecido cuando lo ha escupido la impresora, aún caliente.

—Gracias. Le echo un vistazo y te digo algo.

Por mucho que no quiera reconocerlo, mi felicidad se ha ido con él. Y tengo miedo de que, cuando se vaya a Londres, lo vuelva a hacer. Con Viggo Ekman no hay ninguna garantía.

* * *

Cuando Paolo dijo que vivía en un piso, me mintió. Es un tríplex, por mucho que él lo considere como tal por estar insertado en un

edificio. Me está haciendo una especie de tour, llevamos diez minutos recorriendo habitaciones y todavía no hemos acabado. Es gracioso porque se ve que no ha sido decorado por él, sino por una interiorista; corrijo: por una «prestigiosa interiorista», una de esas que te ponen muebles inútiles con formas vanguardistas en mitad de una estancia vacía. «¡Tachán! Mira qué manera más *cool* de desaprovechar el espacio».

Aunque, claro, dado que se podría hacer un minihotel en este «piso», mejor llenar las habitaciones con cualquier cosa.

—Y esta es la piscina.

Casi tropiezo sobre el mármol. Nos hemos trasladado a la parte baja de la vivienda (en un ascensor privado), la sala en la que estamos es gigantesca y abierta. Hay una piscina en el centro a ras del suelo y las paredes están alicatadas con mosaico.

—¿Tienes una piscina en una decimoctava planta?

—Claro —responde como si mi pregunta fuera ridícula.

Me río.

—¿Y los vecinos de abajo? ¿Viven agachados en su casa con un techo de un metro de altura?

—No, Ana. —Niega con la cabeza divertido, me coge de la cintura y me atrae hacia él. De pronto me pongo muy nerviosa—. No hay vivienda debajo. La decimoséptima planta del edificio es para el hueco de la piscina.

Cabeceo y miro a mi alrededor. Así que, técnicamente, es un cuádruplex. «¡Vaya! ¡Cómo mola ser rico!».

Paolo pasa su nariz por mi cuello; sé que busca mi boca para besarme, pero yo me hago la despistada.

—Está muy chula. ¿Y por qué esas sombrillas? —Señalo unas que hay abiertas junto a la única pared metálica de la habitación.

—Para protegerse del sol.

—¿Sol? —Me vuelvo y lo miro.

Él asiente. Tiene cara de estar cachondo perdido. Trago saliva.

—Sí, mira esto. —Sin soltar mi cintura, acciona un interruptor escondido entre el alicatado. De repente, la pared metálica se pliega como una persiana y deja a la vista una terraza del tamaño del piso de Secuoya.

—¡Madre mía!

Paolo tira de mi mano y me arrastra hacia fuera. Pasamos una última puerta corredera de cristal y caminamos hasta la balaustrada metálica del fondo. Los últimos malvas y rosas del cielo se deshacen en la noche, hace frío y el viento sopla demasiado fuerte para mi rebequita primaveral, pero —«¡Dios!»— merece la pena: la vista deja sin aliento.

Madrid atardeciendo desde las alturas. Un horizonte despuntado de edificios, lleno de luces, de sonidos que a esta distancia se hacen lejanos. Y, para rematar la panorámica, al fondo las torres KIO, tratando como siempre de alcanzarse.

—¿Qué te parece? —pregunta.

Y pienso en otro atardecer.

—¿Ana?

—Es impresionante.

Paolo se inclina y, ahora sí, me dejo besar donde las nubes duermen. Aprieta su cuerpo contra el mío. Y noto sus ganas, no las esconde como en las anteriores citas, sino que deja que presionen contra mi cadera.

—Hace un poco de frío aquí, ¿no? —digo.

—Sí, vamos mejor dentro.

Vuelve a tomar mi mano y me guía al interior. Pensé que nos sentaríamos en las tumbonas, pero Paolo sigue de largo y entra en otra habitación, una que no he visto. Es una especie de saloncito

con billar y tele de plasma al fondo. El estilo es bastante rústico en contraste, muy acogedor.

Se sienta en el sofá y me arrastra con él. Se ve que quiere «comer» antes de cenar, porque sus manos empiezan a perderse por mi cuerpo, me repasa todas las curvas mientras no deja de devorar mi boca. Un beso de muchísima saliva, litros y litros. Escapo de sus labios y permito que se pierda en mi cuello.

«¡Uff!, mucho mejor».

Me dejo hacer como el espectador que ve una película; si bien con algo de curiosidad, con muy poca participación. Hasta pongo mis manos alrededor de su nuca para tenerlas en algún sitio y así no estorbarle.

—Ana, me gustas tanto... —murmura tratando de desabrochar los botones de mi rebequita. Estos se vuelven un poco puñeteros entre sus dedos—. Eres tan sexy.

Miro al techo, a las paredes. Hay una cabeza enorme de jabalí colgada en una de ellas. «¿Será de verdad? ¿Cómo hacen para que no se desintegre? ¿Y quién lo hace? ¿Hay empresas que todavía se dedican a eso? ¿Se puede hacer con cualquier animal?».

Paolo sigue luchando con los botones. Desiste y decide quitarme la rebeca por la cabeza tal cual. Me manosea los senos, los estruja y luego busca la cremallera para bajarme el vestido.

Y de pronto lo siento: algo va mal.

Mal, mal, mal.

No puedo hacerlo.

La barriga me empieza a doler. O quizá sea el pecho. ¿Los huesos? ¿La cabeza? Noto que me tiemblan las manos. Inspiro tratando de calmarme, pero un pinchazo parece atravesarme el cuerpo.

Me siento morir.

—Ana, estoy como una moto. —Paolo también se ha dado por vencido con la cremallera del vestido y opta por subírmelo hasta la cintura—. Joder, qué buena estás.

Me encantaría besarlo para que se callase, pero sus labios, pequeños, con esa sonrisa que antes me resultaba encantadora, ahora me dan grima. Los quiero lo más lejos posible de mi boca.

Acaricia mis piernas, sube por mis muslos...

—¡Paolo, espera! —exclamo de repente, y le cojo las manos; él se detiene asustado—. No puedo, no puedo hacerlo. Lo siento.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Yo...

Veo la desesperación en sus ojos y trago saliva. Esto es igual de desagradable para los dos.

—Lo siento. Pensé que podría..., que quería —me corrijo—. Pero no es así.

Flexiono las piernas para sortear su cuerpo y, bajándome la falda, me siento con recato en el sofá. Paolo se queda unos segundos inmóvil, después resopla y también se sienta hundiéndose entre los cojines que aún no han caído al suelo. Sostiene su cabeza entre las rodillas; yo comienzo a acariciarle la espalda, me sabe mal habernos puesto en esta situación. No lo vi venir.

—¿Por qué no quieres? —pregunta ladeando la cara—. ¿No te gusto?

—Eres un chico fantástico. Bueno, y muy guapo —agrego para salvaguardar su autoestima—. Pero yo...

—¿Es porque sigues enamorada de tu exnovio? ¿Necesitas más tiempo? —Me coge de las manos, a mí me duele el corazón—. Si es eso, por mí no hay ninguna prisa. No quiero que te sientas presionada...

—No, Paolo. Tú has sido un encanto. Y no es tampoco por Ernesto. Yo... Tú... —Me encojo de hombros—. Simplemente no puede ser.

Se echa hacia atrás y clava la vista en el techo.

Quizá recuerde en el futuro este momento y lo haga para darme de cabezazos contra la pared, porque es posible que esté cometiendo el mayor error de mi vida. Si al final termino sola, YO seré la única responsable de ello.

Estoy sentada en un sofá con el hombre perfecto. Conozco a centenares de chicas —en realidad, miles— que se darían de tortas por ocupar mi sitio, por tener a un chico bueno y cariñoso como Paolo a su lado. A otras tantas, del tipo de mi amiga Rocío, casi puedo oírlas gritando con las manos en la cabeza: «¡Pero ¿tú has visto este piso?!». Ahora bien, aunque tengo muchas papeletas de que llegue ese día, el día en que me arrepienta de todo, lo digo:

—¿Podemos ser amigos?

# 34

*Ana*

«Salma Hayek, Ellen DeGeneres, Julianne Moore, Cameron Diaz, Amal Clooney, Nicole Kidman, Alaska...».

Repaso la lista en mi cabeza mientras cruzo la redacción, son mujeres que encontraron el amor de su vida pasados los treinta y cinco. Consuela saber que, en el caso de que lo mío con Viggo sea solo una pérdida de tiempo, un salto al precipicio, hay otras mujeres —muchas— que consiguieron recomponer sus vidas y corazones después del batacazo. Y no solo eso: dieron con la persona perfecta para ellas.

«Tina Turner, Ana Rosa Quintana, Viola Davis, Ellen Pompeo...».

Ayuda a silenciar esa cuenta atrás que me acompaña desde que cumplí los treinta: tic-tac, tic-tac, un óvulo menos, tic-tac.

Porque quiero intentarlo con Viggo a toda costa; he tomado una decisión y no quiero que mis neuras y miedos nos contaminen ya desde un principio. Voy a dejar que me dispare una bala en el pecho; si sobrevivo o no, es problema de la Ana del futuro, no de la del presente, esta —mi yo a las ocho y veintidós de la mañana— va a permitirse vivir.

Pero la lista, de todas formas, ayuda y mucho.

Saludo a Lidia, me siento a mi mesa (chequeo con disimulo que no haya notita de mi admirador secreto... «No, no la hay») y (deprimida) enciendo el ordenador. Hoy tengo tres consultas

pendientes que contestar, pero lo haré luego, quiero terminar otro de los artículos que tengo para don Javier. El tiempo se agota y al final de la semana que viene me volveré a reunir con él.

La barbacoa Weber es el tema de mi actual dolor de cabeza. He recordado las tres cosas que más les interesaban a los hombres y, *voilà!*, aquí estoy, hablando de sus funciones, materiales y aplicaciones. Aunque aburrido, creo que es un acierto; una suerte de publicidad encubierta en un artículo que hará las delicias de nuestros futuros anunciantes.

Le voy a dar ochocientas palabras como máximo, título incluido.

A las diez pasadas, Viggo sigue sin haber aparecido. Estoy tentada de preguntar a Lidia si sabe si está en su despacho, si lo ha visto llegar esta mañana. Medito si hacerlo, ponderando cuán sospechosa sería mi curiosidad, cuando el móvil me vibra de pronto varias veces. Son mensajes de WhatsApp al grupo The Fantastic Four:

**Charlotte:** ¿Cómo fue todo anoche?

**Rocío:** ¡¡Eso!! ¡¿Cenaste plátano?! 🍌

**Belén:** ¿Plátano? ¿Qué plátano?

¿Es que ninguna trabaja?

Miro la pantalla pensativa. No les puedo decir la verdad, ahora no (ni siquiera a Belén, seguro que logra convencerme de que me estoy equivocando). Voy a seguir con el plan de sincerarme después de la boda de Charlotte, falta poco más de un mes. Luego habrá tiempo de sobra para darles el disgusto y confesar mi lasciva obsesión por el chico que todas juramos odiar hasta la eternidad.

«Genial. Fue fabuloso. Estoy muy contenta», tecleo rápido (contando los segundos en línea), y guardo el móvil en el cajón. Lo noto vibrar con las contestaciones, que no se hacen esperar, pero las

ignoro. Miro distraída hacia la puerta de la redacción, cuando reconozco a Viggo Ekman al fondo.

*PUM-PUM, PUM-PUM, vendería mi alma por él, PUM-PUM.*

Guapo, elegante y muy alto. Muy muy alto.

Suelto el aire, noto muchísimo calor de repente en todo el cuerpo. Viggo Ekman me provoca eso: insolaciones. Inspiro y fijo mi vista en él, quiero que mire hacia mi mesa y se encuentre con mis ojos, quiero hacerle saber con mi mirada que estoy dispuesta a intentarlo, que solo tiene que acercarse aquí, inventarse una reunión privada en su despacho y, después, en la intimidad, volver a pedirme que pase de Paolo y me quede con él mientras me sostiene entre sus brazos.

Todo muy romántico, como tiene que ser.

Pero no me mira, está ocupado tratando algo con uno de Marketing. Me dan ganas de gritar, así, por la cara, para que toda la redacción, incluido él, mire hacia mí. Me estiro en mi silla, con un bostezo exagerado alzo los brazos por encima de la cabeza a ver si, de este modo, impacto en su campo visual...

Nada, no hay manera.

Viggo se gira y desanda el pasillo hasta la salida acompañado de dos hombres. Me desinflo en mi silla.

* * *

A las cuatro de la tarde ya no puedo trabajar. Estoy sentada a mi mesa con la pantalla encendida, pero no hago otra cosa que mirarla mientras no dejo de rayarme a saco. ¿Y si ya no quiere? ¿Y si piensa que estoy con Paolo y le da vergüenza volver a decirme algo? ¿Y si se ha dado cuenta de que las relaciones a distancia son una basura y más le vale irse a Londres sin compromiso? ¿Y si fue a ver el

musical de *Cats* con la piernilarga y esta le dijo que ella sí se podía mudar con él a Inglaterra?

«Mierda, mierda, mierda».

Cuando salía de la cocina al mediodía, después de almorzar algo rápido con Lidia, me ha parecido verlo entrar en su despacho. Sí, estoy casi segura de que está dentro. ¿Por qué no sale entonces? ¿Por qué no vuelve a acercarse a mi mesa y me pide otro artículo o cualquier otra cosa?

Estoy por contestarle a su mensaje, un «Vale, intentémoslo» y ya está, quitármelo de encima. Pero ¿no es algo triste? Más después de toda la película que me he montado sobre cómo sería el momento.

¿Y si le escribo un e-mail?

Abro mi correo.

Querido Viggo:

Doy a eliminar y borro el enunciado.

Buenas tardes, Viggo:

¡Aún peor!

Hola, sexy:

¡No, NOOO!

Borro. Inspiro, trato de ordenar mis ideas. Comienzo a teclear.

Viggo:

Paolo y yo hemos decidido ser solo amigos. A la hora de la verdad, no pude. Tú me gustas mucho y deseo que estemos juntos, aunque sea el poco tiempo que nos queda antes de que te marches a Londres. Luego veremos cómo lo resolvemos.

Yo te elijo a ti.

Tuya siempre,

Lo releo y me empiezo a descojonar. ¡Estoy fatal! No puedo escribirle esta porquería, me dejará por perturbada. O pedirá una orden de alejamiento y este e-mail será el que enseñe en el juzgado como prueba.

«"¿Yo te elijo a ti?" ¡Dios, pero qué flipada soy!».

Borro todo, no suelto la tecla hasta que el texto desaparece por completo. Da ansiedad solo verlo.

Estas cosas mejor no dejarlas por escrito salvo que seas Victor Hugo o James Joyce. Yo soy como Mr. Big, ahora entiendo el final de la película de *Sexo en Nueva York*, por qué copió las cartas de amor de otros.

Lo entiendo perfectamente. Y fue una sabia decisión.

Cierro el programa de correo. Debería empezar a hacer algo productivo, como contestar a las consultas que me quedan pendientes... Pero giro la cabeza hasta el despacho de Viggo.

«¡Vamos, nena! ¡Vamos, tú puedes!».

Me levanto, las piernas me tiemblan; aun así, recorro la distancia que me separa de su puerta. No toco, directamente entro.

—¿Ana?

Dejo de respirar. Solo miro la escena sin saber cómo me he metido en ella. Viggo está sentado a su mesa, tiene el teléfono en la oreja y un gesto que de pronto denota mucha preocupación.

—Te llamo luego. —Cuelga—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Se levanta y camina hasta mí. De cerca es si cabe más guapo. Hoy lleva una camisa azul oscuro y unos vaqueros negros; yo he elegido el vestido más corto y apretado de mi armario, uno de esos de Rocío que pensé que jamás me pondría.

—¿Qué ocurre? —Me coge de las manos. «Adoro sus manos...».

—Yo...

Y me quedo sin voz. Es como si volviera a tener quince años y Viggo fuera ese chico inalcanzable que protagonizaba mis fantasías más secretas.

Trato de tragar saliva, pero tiene la consistencia del cemento.

—Dime, Ana, por favor.

Inspiro...

—¡NO ME ACOSTÉ CON PAOLO! ¡Anoche! ¡No me acosté con él!

Veo cómo el gesto se le abre por la sorpresa, por la tremenda burrada que acabo de soltar («¡La madre que me parió!, ¡LA MADRE QUE ME PARIÓ!»); porque es que encima lo he gritado, lo he dicho varias octavas más alto de lo normal y con gallo incluido.

Viggo trata de contener el gesto, de que la sonrisa no se adueñe de su cara, pero no puede y acaba soltando una carcajada. Me muero de la vergüenza, ahora mismo me encantaría hacer ¡puf! y desaparecer.

Lord Voldemort no puede parar de reír, se frota los ojos incluso. Todo está pasando como se supone que no debería ocurrir... «¡Mierda!». Agacho la cabeza; sin embargo, me coge de la cintura y me atrae hacia él. El pulso se me acelera mientras noto cómo millones de mariposas (sí, millones, se han ido reproduciendo) revolotean histéricas dentro de mí.

—Tonta, no te escondas —dice cuando ni con esas levanto la cara para mirarlo. Me ciñe un poco más contra su cuerpo y siento su aliento cálido sobre mi piel.

—No me escondo —miento, y lo miro. Viggo sonríe y yo empiezo a hacerlo—. He venido para decirte *a la cara* —recalco— que vale: intentémoslo.

—Qué romántico.

Ahogo una risa. Pero esta muere rápido cuando Viggo coge mi rostro entre sus manos, se inclina y me besa. El pecho me estalla de

pura felicidad; soy como el sol, como una estrella, tengo tanta luz que no sé si podré soportarlo. Derrite sus labios contra los míos una y otra vez, sin detenerse. Me aprieto un poco más, deseo absorber su sabor y llevármelo hasta los huesos.

Vamos hasta su mesa sin dejar de besarnos, y me sienta sobre ella. Solo entonces se detiene y se aparta para estudiarme con la mirada. Noto mis labios deliciosamente hinchados.

—Estás loca —murmura con una sonrisa torcida—. Como una cabra.

Voy a quejarme, pero él se me adelanta:

—Y me encanta.

Lo cojo del cuello y lo obligo a hundirse de nuevo en mi boca. Necesito sus labios sobre los míos; necesito sus besos, miles de ellos, todos los que me debe desde hace días..., quizá años.

Me ciñe con más fuerza contra él y se me escapa un jadeo. Paso mis manos por su pelo y después tiro de sus mechones hacia atrás para separarlo.

—Y tú... —Pienso unos instantes, su turquesa brilla con luz propia —. Y tú eres malditamente adictivo. Como las chocolatinas o las patatas fritas, ¿lo sabías?

Ríe y esta vez se entierra en mi cuello. Desciende por él con la boca, dejando regueros de besos ardientes por toda mi piel. Sigue bajando y alcanza mi hombro, me aparta el pelo y le da un mordisquito antes de seguir con su camino en descenso.

Inhalo, me falta el aire.

Noto que las partes más escondidas de mi anatomía se llenan de calor y humedad. Giro la vista hacia su mesa mientras dejo que explore mi cuerpo, y me fijo en el tablero ordenado a lo TOC en tanto noto que sus dedos se clavan en mis caderas. Cojo el portarretratos, el único que hay, para ver la foto...

Y me quedo blanca.

—¿Quién es esta chica? —digo poniéndoselo delante de los ojos.

Viggo deja de jugar con mi sujetador y presta atención a lo que le enseño. La imagen es de dos mujeres rubias con coronas de flores en la cabeza, ambas van vestidas de blanco y sonríen felices. Una de ellas es mayor, tendrá sesenta años, pero la otra es la jovencita de piernas kilométricas que se paseó por la oficina y que lleva torturándome más tiempo del que me gustaría confesar.

—Mi madre y mi hermana. Fuimos a celebrar Midsommar en Gotemburgo.

La mandíbula se me cae al suelo.

—¿Esta es tu hermana? —La señalo.

—Sí, te lo dije. Cuando la viste aquí y te pusiste celosa. —Ríe.

—No, no me lo dijiste.

—Ah, ¿no? —Sonríe de nuevo.

Le tiro del pelo cuando veo que va a volver a hundirse en mis pechos, lo hago con un poquitín más de fuerza de la necesaria.

—Qué capullo estás hecho.

—Tiene solo diecisiete años. Le hizo una ilusión tremenda que pensaras que era mayor.

—¿Se lo contaste? ¿Le has hablado de mí? —Abro la boca de nuevo.

—¿A mi hermana? Claro. —Levanta los hombros como si fuera obvio.

Y le dejo que vuelva a perderse en mi piel. Desliza una de las tiras del vestido para tener un mejor acceso a mi pezón.

—¿Le gusta *Cats*? —pregunto de pronto—. A tu hermana, quiero decir.

Viggo me mira desde abajo sorprendido.

—Sí, le gustó muchísimo. La llevé justo el otro día a verlo. Se lo había prometido y se estaba poniendo muy pesada...

No lo dejo acabar, me lanzo sobre él para besarlo, con tanta intensidad que pierde el equilibrio y los dos caemos al suelo. También lo abrazo con fuerza, no lo suelto. «¿La de los corazoncitos era su hermana pequeña?». Tengo ganas de chillar de alegría.

Me separo, él me observa confundido sin entender mi arrebato.

—Al final va a resultar que eres un chico bueno y familiar —digo.

Resopla y sonríe.

—¿Lo dudabas?

# 35

*Ana*

Andar está sobrevalorado. No lo sabía, pero es una gran verdad.

Me duele todo, estoy llena de agujetas sexuales, totalmente magullada de amor. Tengo que desplazarme a pasitos y sentarme con cuidado, ahogar un «ay» cuando me levanto demasiado rápido. Y estoy encantada. Encantada de mi convalecencia, con ganas de que sea mañana y quizá repetir con mi torturador: Viggo-incansable Ekman. Que no para, que siempre quiere estar entre mis piernas.

Hemos pasado todo el fin de semana encamados en su piso. Sin ropa, saliendo de entre las sábanas para lo más vital, creando un microclima, un mundo perfecto dentro de las cuatro esquinitas de su colchón.

Porque Viggo-pene-perfecto Ekman es un dios vikingo del sexo: el gran Viggur. Porque no sabía que se necesitaba tan poco o tan tanto para ser feliz. Porque...

—¿En qué piensas?

Pestañeo y miro hacia arriba. Estoy sentada en uno de los silloncitos de la boutique de novias, Charlotte me examina de pie en la tarima en ropa interior mientras esperamos que le traigan su vestido para la prueba.

—Eh..., nada. En na-nada importante —tartamudeo un poco sin querer.

—¿Nada importante? —Resopla una risita—. Tienes una sonrisa de tonta que no puedes con ella. Ese Paolo debe de ser todo un animal en la cama.

Rocío, sentada a mi lado, suelta una carcajada. Me pongo roja y bajo la vista hasta los pies.

—Sí... Me ha sorprendido —murmuro—. Yo no me lo esperaba...

—¿La tiene grande? —pregunta Rocío.

—¡No blasfemes en Vera Wang! Cuando salgamos de aquí, Ana nos lo contará todo.

—No creáis que hay tanto que contar... Él... —«Mierda, mierda, mierda»—. Es muy atento.

—¿Atento? —Rocío me dedica una mueca—. No seas tan gráfica, por favor. Demasiados detalles.

Oigo cómo se ríe Charlotte.

—Déjala, Ro. Luego con dos mojitos ya verás como nos lo suelta todo —dice desde la tarima.

Me hundo en el sillón. «¿Todo?».

Estoy jodida.

Entre orgasmo y orgasmo, no he podido pensar mucho (o nada) en cómo trataré el tema con las chicas, en cómo se lo contaré. ¿Me perdonarán cuando se enteren de que les he estado mintiendo durante meses? ¿O tendré que hacer nuevas amigas en el curso de pintura al óleo al que deberé apuntarme para conocer gente nueva después de que se hayan enfadado conmigo?

Quizá tenga que inventarme una enfermedad terminal, una de esas que te impiden cabrearte con la persona que la sufre: «Qué hija puta, pero la pobre se va a morir y eso». No acaba de convencerme la idea. Y tampoco es que haya hecho muchas donaciones a organizaciones benéficas a lo largo de mi vida...

—Buenas tardes, chicas. ¿Qué tal estáis? —La dependienta descorre las cortinas y entra en el probador acompañada de la modista. Llevan el vestido de novia en los brazos, dentro de una funda blanca tan elegante que también podría usarse como vestido *oversize*.

—Bien, bien. Con muchísimas ganas de probármelo. —Charlotte sonríe.

—Veo que traes los zapatos. Estupendo.

Las dos mujeres sacan el vestido y, con cuidado, se lo pasan por encima de la cabeza a la futura novia; después, comienzan a abrochárselo con mucha paciencia. Rocío me coge de la mano emocionada, solo estuvo en la primera prueba y tiene ganas de ver cómo ha quedado. Cierran el último botón y se hacen a un lado para que todas contemplemos el resultado final de los arreglos.

Contengo el aliento. Es bonito hasta decir basta, de princesa de cuento de hadas. Tan blanco..., líquido y mágico.

Está preciosa.

—Esto... esto no es lo que hablamos —dice Charlotte, y me doy cuenta entonces de que parece disgustada—. Los tirantes son muy anchos y con esta forma... como de triángulo.

«¿Está enfadada? ¿Por qué?».

Charlotte nos dirige una mirada en busca de apoyo, yo sigo sin entender nada. Rocío se levanta y va hasta ella.

—¿A ti te gusta, Ro? —le pregunta, su voz suena de pronto muy agobiada. Rocío no sabe qué contestar—. ¡Ay, Dios! Se ha ido a la mierda, ¿verdad? Mi vestido se ha ido a la mierda.

Charlotte se mira al espejo, tiene una mano en el pecho y hace inhalaciones rápidas; ha empezado a hiperventilar.

—Charlotte, el vestido está tal y como lo pediste. Con todos los cambios a tu gusto —interviene la modista.

—¡No! ¡Así no lo quería! —grita, y los ojos se le llenan de lágrimas —. ¡Estaba incluso mejor antes, sin los tirantes! Ahora parezco la típica divorciada de cuarenta y tantos que se casa por segunda vez.

«¿Eing?».

Charlotte se desmorona del todo, no deja de llorar. Rocío la abraza como puede mientras aniquila a las dos mujeres de la tienda con la mirada. La situación es una absoluta locura (y el vestido es fantástico).

—Charlotte, no te preocupes —dice ahora la dependienta con tono sosegado, como si hablara con un animal herido—. Podemos cambiar los tirantes, quitarlos si quieres. ¿Verdad, Maricruz?

—¿Por qué no? Llevo todo el mes con él, qué más dará otro mes más...

—¡Has roto mi vestido! —la increpa de pronto Charlotte, interrumpiéndola.

—¿Que yo qué?

—Que lo has roto. No pienso pagarlo, quiero quitármelo. —Las lágrimas le resbalan por el rostro, se las aparta con una mano—. ¡Quitádmelo!

—¿Perdona? —La modista mira a su alrededor; está alucinando, todas lo estamos en realidad.

—Charlotte, cariño, relájate. —Me levanto y voy hasta ella—. Te están diciendo que se puede deshacer.

Niega con la cabeza. Si no lo estuviera pasando tan mal, le echaría la bronca por ridícula.

—Se pueden quitar los tirantes, ¿verdad? —pregunto a la modista.

Esta me fulmina con la mirada.

—Sí, claro. No habría ningún problema —contesta la dependienta en su lugar—. Maricruz podría...

—No quiero que lo haga ella —la corta Charlotte.

—¡Lo que faltaba! ¡Esto es inaguantable! —protesta la modista.

—Maricruz...

—No, no. ¡No pienso hacerlo! ¿No quiere que lo haga yo?, pues listo. Que lo lleve a un taller y que vuelva loca a otra —responde, y sale furiosa a grandes zancadas del probador.

Se hace el silencio en la habitación, mi amiga se enjuga las lágrimas mientras Rocío sigue tratando de calmarla.

—Charlotte, Maricruz es una gran profesional —comienza a decir la dependienta en tono frío—. La mejor de Madrid. Ella tiene razón, siempre puedes llevarte el vestido a otro lugar, después de abonar la totalidad del precio —puntualiza. Charlotte hace un amago de protestar, pero esta prosigue, tan seria ahora que acojona—: Voy a hablar con ella, cuando vuelva me decís qué habéis decidido. Pero este tipo de comportamiento no lo vamos a tolerar.

Y sale también, dejándonos a las tres solas.

—Chist..., tranquila. Tranquila, cariño. —Rocío la abraza, no la suelta.

—Charlotte, te acabas de pasar tres pueblos. Tienes que calmarte —digo, todavía estoy flipando en colores.

—¡¿Cómo?! ¡¿Estás de su parte?! —me increpa con las lágrimas arrasando sus mejillas.

—¡No hay partes! ¿Quieres que te arreglen el vestido? Pues tendrás que ceder.

—¡Es ella la que lo ha destrozado!

Es como hablar con una pared.

—Eso da igual. Vas a tener que hacer un esfuerzo, ser amable con la modista y disculparte —digo. Charlotte niega enérgica con la cabeza, parece una niña pequeña. La cojo de la única mano que le queda libre para que me mire—. Escúchame, te casas dentro de un mes, no tienes tiempo. A saber cuánto te cuesta que te lo arreglen

fuera de aquí, y te puede pasar lo mismo. Solo hay una mujer que sabes que lo puede hacer y sin costes adicionales, y es esa señora con una cinta métrica al cuello.

—Pero...

Ahora soy yo la que niega con la cabeza.

—¿Qué prefieres, que cuando te quite los tirantes lo haga de buenas o de malas? Tienes que disculparte con ella y arreglarlo.

* * *

Hoy es viernes, estoy en la redacción y quiero dejar todos los artículos listos y revisados para presentárselos a don Javier el próximo lunes. No pienso abrir el ordenador en todo el fin de semana; el fin de semana se hizo para otras cosas, unas más urgentes y necesarias en las que no hace falta ponerse ropa.

Sonrío y cruzo las piernas.

Al final conseguimos solventar la crisis del vestido de novia. Rocío, la dependienta y yo tuvimos que mediar entre Charlotte y la modista para que dieran su brazo a torcer y acabaran en buenos términos. Ha sido tan surrealista que lo escribo en un libro y nadie se lo cree, pero ocurrió tal y como lo cuento.

Cierro el artículo de la barbacoa Weber y abro el de destinos ideales para practicar submarinismo en España. Teniendo en cuenta que el primer número de *Hierros* saldrá en junio, no se me ocurre mejor tema de cara a las vacaciones. Me lo imagino acompañado de una foto impresionante de Cabo de Palos... Sí, una de esas que te empujan a enfundarte un neopreno para meterte entre las olas. Comienzo a leer.

No llevo ni cinco minutos cuando la puerta del despacho de mi derecha se abre. Me giro. Viggo me observa, solo unos instantes,

después me guiña un ojo de manera indicativa y camina hacia la cocina.

—Lidia, voy a por un café. ¿Quieres que te traiga algo?

—Eh... —Se vuelve hacia mí. Tiene las gafas en la punta de la nariz, a nada de suicidarse—. Si me das diez minutitos, te acompaño también. Necesito un descanso.

—No, no. —«Joder»—. Voy y vuelvo con la misma, estoy con los artículos... No puedo distraerme ahora... Eh..., quiero que estén perfectos para el lunes.

La cara de Lidia se desarma en una mueca comprensiva. Me pone una mano en el hombro y dice:

—Verás como te renuevan. Estás haciendo un trabajo increíble.

La mayor parte de mis compañeros en los últimos días han estado pasando por los despachos de los jefes para firmar sus contratos, Lidia entre ellos. Solo unos pocos quedamos aún en el limbo. Es una situación superdesagradable: como una especie de paria, te conviertes en un trabajador de segunda dentro de la compañía.

—Sí, no estoy preocupada —miento, y me levanto—. Entonces, ¿te traigo algo?

—No, luego iré yo. Tranquila.

Asiento y voy hasta la cocina. No puedo negar que me tiembla todo el cuerpo de las ganas que tengo de verlo, de verlo además a escondidas (nadie me explicó que hacer el mal pudiera resultar tan excitante). Antes de cruzar la puerta, me yergo en mis tacones y me recoloco el pelo. Entro.

Viggo-sonrisa-preciosa Ekman me espera apoyado en la encimera. Es tan atractivo... De esos hombres que te hacen necesitar tomar una bocanada de aire cuando los miras, un «Ay, Dios, qué puta obra de arte has hecho, no faltaré a misa ni un solo día de mi vida para darte las gracias». Alto, de hombros anchos y torneados, cadera

estrecha y piernas largas. Su pelo cobrizo, sus ojos turquesas... y ese brillo en la mirada que, por el contrario, te hace solo querer pecar, condenar tu alma a los infiernos.

—Buenos días, señor Ekman —digo con fría indiferencia, como si su mera presencia no consiguiera deshacer todos los huesos de mi cuerpo.

—Buenos días, señorita Rueda.

Ñam, ñam, es oírlo y querer comérmelo de pies a cabeza.

Doy un pasito, él también avanza hacia mí. Me atrapa entre sus brazos y me acerca a su cuerpo.

—¿Qué desea tomar? —Pasa su mano por mi cintura, suave, en una caricia, sin despegar sus ojos de los míos.

—¿Qué puedes ofrecerme?

Sonríe.

—Todo. Cualquier cosa que se te antoje de este mundo —susurra mientras acorta el escaso espacio que aún me separa de su boca. Me pego un pelín más a su cuerpo, necesitando su contacto, y noto entonces su erección.

Suelto el aire, estoy que no me sostengo por mí misma.

—Sabes lo que quiero, Viggo.

—Sí, lo sé.

—¿Y me lo vas a dar? —digo ahora rozando sus labios.

—Como sigas así, ya mismo.

Río, pero él me mira muy serio.

—¿Aquí, en el trabajo, señor Ekman? Pensaba que usted era de los que no se saltaban las normas.

—Cielo, desde que entraste en mi vida no he seguido ni una sola.

Sonrío y miro brevemente a la puerta. Estamos muy cerca, en cualquier momento podría entrar alguien y qué le diríamos. Vuelvo

los ojos hacia él y compruebo que recorre con su turquesa las líneas de mis labios.

—Agua, quiero una botella de agua.

Las comisuras de su boca se curvan sutilmente hacia arriba. Va hasta la nevera, saca una y me la ofrece.

—¿Algo más?

Doy un sorbo largo ante su atenta mirada; Viggo sujeta otra vez mi cintura y me trae de regreso a él. Sigo bebiendo. Echa un vistazo rápido hacia la puerta, lo hace mientras pasa su nariz por el arco de mi cuello. Aspira sobre mi piel y deja un beso casto, comedido, justo por encima de mi clavícula, consiguiendo que todo el calor se condense en un punto muy estratégico de mi cuerpo.

Dejo la botella sobre la encimera y aprovecho mi mano otra vez libre para apoyarla en su pecho. Su corazón tamborilea bajo mis dedos, bajo su camisa blanca, donde huele a limonada casera. Levanto los ojos para mirarlo y presiono un poquito más contra su sexo.

Está tan duro...

Viggo suelta una bocanada de aire al contacto. La que no se reconoce soy yo: tan cal y tan poco arena.

—Si te soy sincera, estoy en estado de «convalecencia».

Los ojos se le abren de golpe, parece preocupado.

—¿Qué quieres decir? ¿Te duele?

—Un poco. Pero solo un poco.

—¿Dónde? —pregunta con una sonrisa.

—Tú sabes dónde.

—Si me dices dónde, esta noche, cuando vengas a mi casa, te lo curo a besos.

Y muero. Muero. MUE-RO.

Inspiro —necesito coger oxígeno, detenerme unos instantes— y muy despacito me acerco a su oreja. Me apoyo en su hombro para alzarme encima de mis tacones, pero también lo hago para no caer, porque ahora mismo mis piernas apenas me sostienen. Cojo su mano, me la llevo debajo de mi falda (a lo muy muy cal) y digo:

—Aquí, me duele aquí.

Se gira para dedicarme una sonrisa esquinada, una lobuna, y palpa la zona con delicadeza, con mucho cuidado.

—Te espero a las nueve, cielo.

Dicho esto, se aparta y sale de la cocina a paso seguro. Me tambaleo y tengo que agarrarme a la encimera. «¿A dónde va? ¿Cómo me deja así?». Voy a quejarme, pero ya es demasiado tarde, él se ha ido y Pedro entra justo en ese momento en la estancia.

—Hola, Ana. ¿Qué tal estás?

«Ardiendo, estoy ardiendo».

* * *

Después del trabajo voy a casa. Quiero darme una ducha antes de ver a Viggo y hacer una pequeña maleta donde abunden braguitas ridículamente minúsculas (de esas que son prácticamente hilo dental con encaje).

Entro en mi habitación y me paro en seco. Secuoya está sentada en el suelo, de espaldas a la puerta. Lleva un cuenco en la mano del que sale un humo denso y pestilente, lo abanica con la ayuda de una pluma. La mandíbula se me desencaja; ella no se percata de mi presencia, sigue murmurando frases sin sentido en un idioma distinto del español.

«¿Qué demonios?».

Mi móvil empieza a sonar dentro de mi bolso. Como una autómata, sin apartar la vista de ella, lo saco y me lo llevo a la oreja.

—¿Sí?

—No soy gay, ¿te enteras?

—¿Qué? —Miro la pantalla de mi teléfono: es HERPES VAGINAL.

—Ya me has oído. Tu madre va diciendo por ahí que soy gay, que por eso rompimos.

La situación (mi compañera haciendo no sé qué y mi ex reprochándome lo que haya podido decir la pirada de mi madre a todas sus amigas, a todo un pueblo o, conociéndola ahora, a todo internet) me supera, y empiezo a reír.

—¿Ana? ¡Ana!

Pero no puedo parar, mi risa es descontrolada y muy ruidosa, incluso Secuoya ha dejado lo que estaba haciendo y se gira hacia mí. Me fulmina con la mirada, como si yo fuera una total maleducada por haberla interrumpido, lo cual me hace todavía más gracia.

—Dile a tu madre que deje de inventarse cosas.

—Ay, Tito. Perdona. Es que... —empiezo a decir, pero me sobreviene otra carcajada.

Me cuelga antes de que pueda volver a coger aire. Secuoya se levanta entonces, lleva el cuenco en la mano y se ha enganchado la pluma en el pelo, parece un indio loco.

—Por hoy será suficiente. Pero no lo olvides, Ana: controla tus pensamientos. La casa, especialmente tu cuarto, apesta a aura maloliente.

# 36

*Ana*

Me detengo frente a la puerta de Viggo y respiro hondo, necesito recuperar el aliento. He hecho el camino para llegar a su casa totalmente emparanoiada. Hace cinco minutos, por ejemplo, mientras cruzaba la avenida, me ha parecido ver a Rocío; se me ha parado el corazón. Era una chica igualita a ella, con una larga melena rubia y un vestido atado al cuello muy hípster, que dejaba a la vista sus brazos esqueléticos y un escote no apto para todos los públicos.

«¿Y ahora qué le digo?, ¿qué se supone que hago aquí?», he pensado.

Me he quedado mirando el escaparate de una mercería para disimular, hasta que se me ha encendido la bombilla. «¡Pues cualquier cosa! Que... que... que vas al Corte Inglés, porque el que tienes al lado de casa no tiene eso..., eso, sí, que estás buscando.

»¿El qué?

»Eh...».

Al final he entrado en la tienda por si acaso. He comprado unas medias que no necesito y que, además, son muy feas.

Observo el número dorado de la puerta del piso: el cuarenta y dos, quizá el número de mentiras que he dicho hasta la fecha. Suelto el aire y toco el timbre. Abren de golpe, Viggo me mira

extrañado. Es tan grande que su cuerpo parece ocupar todo el hueco del marco. Y huele como siempre: increíblemente bien.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Son las nueve —contesto confundida.

—Las nueve y dos minutos. Ven, ven aquí, cielo. No me hagas esperar más.

Me coge de la cinturilla de mis vaqueros y me arrastra hacia dentro, encima de él. Su boca se abre paso en la mía y todo, las dudas y los miedos, se disuelve en su saliva. Nada como besarlo, como tener sus manos sobre mi cuerpo, para que dejen de importarme las cosas, para que mi cerebro se desconecte del todo.

Le paso los brazos alrededor del cuello y entierro los dedos en su pelo; me empujo más contra él, no quiero que quede ningún espacio entre los dos. Oigo que la puerta se cierra detrás de nosotros; noto sus manos desvistiéndome, quitándome la chaqueta y, después, desabotonando mi blusa... Estoy plenamente abstraída con el sabor de sus labios, con lo bien que me siento cuando lo tengo cerca. Encima, debajo, alrededor, por todos lados. Porque Viggo Ekman es una droga y yo estoy en pleno viaje.

Me tira sobre la cama y no sé cómo hemos llegado aquí ni en qué momento me ha dejado en ropa interior. Se queda de pie junto a esta, tiene el pelo revuelto y los labios emborronados de carmín, y su mirada se mueve pesada por mi cuerpo; hace que presione mis rodillas en un acto reflejo.

Comienza a desabrocharse la camisa, botón tras botón, sin apartar sus ojos de los míos... La fila se me hace jodidamente interminable. Tiene un torso escultural y fuerte, seguro que va al gimnasio, pero yo ahora mismo me lo imagino más talando árboles en plan leñador sexy. Baja las manos hasta su cinturón y se lo desabrocha también, y no hay gesto más erótico en el mundo entero, es como ver quitar

el precinto al mejor regalo imaginable. Viggo termina y se queda en bóxer y en turquesa ardiendo.

—Dime otra vez dónde te duele, Ana —murmura encendiendo los colores que esconde mi piel.

Pestañeo. Me siento muy expuesta ahora mismo: sobre la cama, con mi conjunto lencero negro, mientras él no deja de observarme desde lo alto, de comerme con los ojos.

Se pasa la mano por la entrepierna para recolocársela, en estos momentos tiene una tienda de campaña con la que podría dar cobijo a toda una tribu de nómadas.

—Dime, Ana. ¿Dónde?

El estómago se me pone del revés. Suspiro. Aparto los ojos de los suyos (porque soy incapaz de sostenerle la mirada y hacer esto al mismo tiempo), separo las rodillas y me llevo la mano a las braguitas.

—¿Ahí? —pregunta con voz ronca.

Asiento y vuelvo la vista hacia él; sonríe de forma perversa y una chispa crepita en mi vientre.

Se arrodilla frente a la cama, entre mis piernas. Coge una y se lleva la planta de mi pie a la boca, la besa y mordisquea sin apartar la mirada. Me hace cosquillas y una risilla nerviosa se me escapa del pecho. Trato de ocultarla con las manos, él también sonríe al ver mi reacción. Después, da un tironcito y me acerca más a él, más al filo del colchón. Se cuela entre mis piernas y comienza a besar la cara interna de mi muslo. Su barba de pocos días raspa mi piel erizándola por completo. «Oh, Dios».

Viggo sigue avanzando, subiendo con los labios y dejando besos que se transforman en escalofríos, en corrientes eléctricas invisibles que cortocircuitan en ese lugar escondido.

«Madre mía...».

Me llevo el canto de la mano a la boca para ahogar un gemido mientras él continúa ascendiendo, devorando cada trocito tembloroso de mi piel. Miro unos segundos al techo muerta de vergüenza, Viggo acaba de alcanzar el lugar más íntimo de mi cuerpo. Se introduce en él como si fuera su particular parque de atracciones.

Inspiro, se me va la cabeza con tanto beso.

—Pobre Ana —lo oigo decir en el momento en que aparta mi ropa interior y encaja su boca de lleno en mi sexo. El placer satura de golpe mis sentidos.

«Joder... ¡JODER!».

A partir de hoy voy a ser siempre una pupas.

Viggo se divierte entre mis piernas haciendo que me falte el aire, que arañe el edredón de su cama, que todos mis tendones se aflojen y se desarmen sobre el colchón...

Y lo quiero, siento que lo quiero.

Mentira: no siento que lo quiero, SÉ que lo quiero, que lo amo como no he amado jamás a nadie, que podría hacer cualquier cosa por él, que estamos hechos el uno para el otro...

«Que solo quiero hacerlo feliz».

Es un pensamiento que dura un segundo, el tiempo que tarda Viggo en volver a besar ese lugar que hace que me tiemblen las ideas y verdades del cuerpo. Pero me deja una sensación cálida en el pecho, de que lo que estamos haciendo está bien, de que no estoy haciendo nada malo, de que era y es inevitable, superior a nosotros.

Es muy reconfortante.

Y quiero atrapar este pensamiento, recuperar esta idea y encerrarla en mi cráneo. Tenerla a mano para cuando la culpabilidad de las mentiras me coma por dentro.

Qué más da..., qué más da todo cuando Viggo Ekman introduce uno de sus dedos y presiona ahí, en el punto exacto.

—Viggo... —susurro con voz entrecortada, el placer trepa incontrolable por mi vientre—. Oh, Dios, Viggo. Por favor...

Arqueo la espalda justo en el instante en que mi cuerpo revienta por dentro. El orgasmo es tan fuerte que me hace vibrar sobre la cama. Tan largo, tan infinito... Nunca había sentido nada igual, ninguna cosa parecida o similar.

Debe de ser como la heroína.

—¿Ana? —Noto segundos después a Viggo en mi oreja, besa su arco—. ¿Sigues viva?

—No lo sé... —murmuro con una sonrisa dibujada en los labios. Abro los ojos despacio y lo miro, su cara se sostiene a escasos centímetros de mí. Parece divertido.

—No sabía si tenía que llamar ya a Emergencias —bromea.

Le acaricio la mejilla y me yergo para besarlo, lo hago con dulzura. Ha vuelto el pensamiento: esto no puede estar mal si se siente tan bien.

Se tumba a mi lado. Yo sigo mareada, pero me incorporo lo suficiente para subirme a él y comenzar a estampar besos en su pecho. Voy en descenso.

—¿Qué haces?

—Darte las gracias —digo con mis labios ya cerca de su ombligo (soy demasiado impaciente).

—Ana... Ven, deja que te abrace.

Niego con la cabeza ya casi a la altura de su miembro. Está tan duro que parece tener toda la piel en tensión. Le paso la lengua por el tallo y lo oigo gemir. Vuelvo a hacerlo.

—Tienes un pene precioso.

—Gracias —dice con una risa entrecortada, llena de placer.

Acaricio el capullo con los labios, muy suave.

—Voy a montar un club de fans, ¿sabes? El club de fans del pene de Viggo Ekman.

Deja escapar una carcajada.

—Seré la presi y seremos un club superexclusivo, no admitiremos a ningún socio.

—Estás chiflada... —suelta, y sé que ya no puede decir más, porque he tomado su miembro con la boca y bajo hasta el fondo.

* * *

Platón decía que el amor es un delirio, y tenía razón. Tengo la cabeza sobre el pecho de Viggo y estoy convencida de que no hay lugar en el mundo mejor en el que estar. Escucho su corazón, memorizo su latido mientras busco manchas de humedad que su techo no tiene. Él respira con lentitud; la última vez que he levantado la cabeza y lo he mirado, tenía los ojos cerrados. Han pasado quince minutos desde que lo he poseído con la boca y no sé si ahora está dormido.

Con un dedo acaricio su pecho, como si peinara el vello que lo recubre.

—¿Tienes hambre? —murmura de pronto.

Alzo la vista y lo miro, él me observa con los ojos medio cerrados.

—¿Qué hora es?

Levanta el brazo y comprueba su reloj.

—Las diez y media. Hora de cenar, ¿no? —pregunta.

Asiento.

Me deja un beso en la frente y se incorpora de un salto. Empieza a ponerse los pantalones, yo me adueño de su camisa y me la

pongo por encima. Voy cerrando botones, desde mi pecho hasta mis rodillas.

—Qué bien te queda —le oigo decir, y lo miro.

Su sonrisa me golpea, me calienta el pecho. Se la devuelvo mientras pongo orden en mi melena castaña, despeinada y llena de nudos de placer. Viggo me ofrece la mano y me guía hasta la cocina.

—¿Y qué vamos a comer? ¿Quieres pedir una pizza?

—¿Una pizza? —Arruga el gesto—. No, señorita. Hoy tenemos la especialidad de la casa: rodaballo al horno.

—¿Tú... cocinas?

—Por supuesto, ¿qué creías, que solo era un envoltorio bonito?

Me llevo la mano a la boca para ocultar mi risa. No me lo esperaba, no le pega. Aunque hay muchas cosas que he ido descubriendo de él que tampoco lo hacían en un principio. Viggo saca dos copas y una botella de vino blanco de la nevera. Las rellena y me ofrece una.

—Ya veo... —digo dándole un sorbo—. ¿Tienes más talentos ocultos? ¿O un disfraz de licra que te pongas para rescatar ancianitas en apuros?

Sonríe, ha sacado las patatas y comienza a pelarlas, el pescado reposa a su lado en la encimera. Ver a un hombre cocinar es terriblemente sexy, pero en Viggo Ekman la imagen ya es apoteósica. Solo lleva los vaqueros —sueltos, colgados de los huesos de las caderas—, dejando a la vista más de lo que debería: el inicio cobrizo del objeto de mi club de fans. Todo tiene una pinta superapetecible.

Dejo vagar mis ojos por la cocina mientras saboreo el verdejo. Es moderna y funcional, de líneas rectas y colores metálicos, tan sexy como su dueño. Hay una pequeña ventana y, en el alféizar, un helecho. El pobre tiene las hojas totalmente amarillas.

—Pero ¿qué le has hecho a la pobre planta? —Voy hasta ella y la saco de la ventana.

Viggo levanta los ojos de la tabla de cortar.

—Ah, sí. No sé... La riego todo el rato, pero no hay forma. —Se encoge de hombros.

—Está fatal, supermustia.

—¿Tú no eras algo así como *coach* de plantas? Habla con ella.

Le dedico una mueca, él se ríe.

—Lo que necesita es luz indirecta. —La coloco en una estantería de la pared, bien alejada de la ventana—. Aquí estará bien.

De repente me atrapa por detrás; Viggo me rodea con sus brazos, me aparta el cabello y me planta un beso en el cuello. Un hormigueo me recorre toda la espina dorsal.

—Lo que tú mandes, para algo eres la profesional —dice.

Asiento y giro la cara para acariciar sus labios. Una de sus manos se desliza por mi cintura y se introduce debajo de la camisa, sube acariciando la piel desnuda... Y se detiene de pronto.

—¡Ay!, espera un momento, cielo —dice, me suelta y sale de la cocina.

—¿Viggo?

Lo sigo confusa, está en la entrada del piso. Veo que coge las llaves del mueble del recibidor y cierra la puerta con dos vueltas bien dadas. Después se guarda las llaves en el bolsillo de sus pantalones y le da un golpecito ante mi atenta mirada.

—¿Qué haces? —pregunto divertida—. ¿Tienes miedo de que te entren a robar?

Él camina hacia mí y de nuevo me envuelve. Como si esto hubiera sido un pequeño paréntesis, su mano regresa al lugar de antes: justo debajo de mi pecho. Exhalo un jadeo.

—No, es para que no puedas escaparte por la noche —murmura sobre mi boca.

—¡¿Qué?! —Me aparto. Lord Voldemort asiente, me da un beso rápido y regresa a la cocina. De nuevo lo sigo, se ha puesto a picar ajos—. ¿Tienes miedo de que me escape? Buen sexo, vino y comida... Tendrás suerte si no tienes que hacer un lanzamiento para echarme cuando me quede aquí de okupa.

Suelta una risotada.

—Cielo, las dos veces que no he cerrado te has fugado o mientras estaba en el baño o en mitad de la noche. Solo soy precavido. —Me dedica una sonrisa canalla, de las que derriten por dentro—. Porque entiendo que te quedas a dormir, ¿no?

Cabeceo y doy un sorbo que oculta mi cara de pura felicidad, la sonrisa inmensa de veinte kilos que pesa en mi rostro. Viggo coloca el pescado en la bandeja, sobre la cama de patatas, y comienza a salpimentar.

—¿Y el finde pasado también cerraste?

—Por supuesto —responde como si fuera lo más lógico y normal del mundo. Dejo escapar una carcajada.

—¿Las dos noches? —insisto.

Asiente y muero de amor, voy hasta él y lo abrazo por la espalda. Ahora mismo Viggo Ekman tiene su propia gravedad y yo soy un satélite.

—Así que podría decirse que soy tu prisionera —murmuro cerca de sus omoplatos.

—Técnicamente, sí.

—¿Y si quisiera mi libertad? ¿Habría alguna forma de conseguirla?

Se gira despacio hacia mí. Trato de mantenerme seria, pero las comisuras de mi boca se elevan al ver la cara de matemático que se le ha quedado.

—Puede...

Me muerdo el labio inferior para no reír.

—Tendrías que ganártela... —añade—. Y, cielo, te digo ya que tú no necesitas hacer ningún curso.

Frunzo los labios en una mueca divertida. Meto un dedo en la cinturilla de sus vaqueros y tiro para acercarlo a mí, noto que la piel se le tensa al contacto. Sonrío y le beso el pecho. Oigo cómo la respiración se le vuelve de pronto más profunda, más pesada. Le doy otro beso más, y otro... Sin embargo, mi móvil empieza a sonar de repente en la otra habitación. Levanto los ojos y lo miro, no sé si ignorar la llamada.

—Contesta, o tendremos que pedir una pizza.

Dejo escapar una carcajada. Le doy un pico y salgo de la cocina, voy a por mi teléfono. Me lo encuentro en el suelo (cómo no), cerca de mi bolso. Aún sigue vibrando cuando llego.

«Mierda, es Charlotte».

—Hola —digo en un susurro.

—¿Crees que debería ponerme el sujetador autoadhesivo?

—¿Qué?

—Ya sabes —añade—, el que me compró Rocío para la primera prueba. Me levanta mucho el pecho. No me gusta tanto cómo me queda, preferiría llevar algo más sexy para la noche de bodas. Pero me da miedo que, ahora que van a quitar los tirantes, se vea el que pensaba ponerme.

—Eh..., yo creo que...

—¿Por qué susurras?

«Joder, joder, joder».

—Ana, ¿te sirvo más vino? —grita Viggo desde la cocina. «¡Joder!».

—Tía, ¿dónde estás?

—Yo..., esto... Con Paolo, en su casa.

—¡Madre mía, no paráis! —La oigo reír al otro lado de la línea—. Lo vas a dejar seco.

—Ya... Te llamo mañana y comentamos lo del sujetador, ¿vale?

—Vale, vale. ¡Oye! Vendrá a la boda, ¿verdad? ¿Se lo preguntaste?

—Sí, sí. Claro que vendrá —contesto rápido por el miedo, por la ansiedad.

—No sé cuál es el protocolo con los paparazi... ¿También tengo que contar con ellos en el cóctel? ¿Debería poner una mesa para prensa?

—Ni idea.

—Pregúntale a Paolo. Él tiene que saberlo —dice.

—Vale, lo haré.

—¡Genial! Pues disfruta mucho. ¡Y no te quedes embarazada! Con una ya tengo bastante, y quiero que puedas beber en mi boda —añade entre risas.

—Sí, tranquila.

—Ok. Un beso, amor.

—Adiós.

Cuelgo. Me quedo con el móvil en la mano mirándolo paralizada. Esto se me está yendo de las manos... y me va a explotar en toda la cara.

—¿Quieres más vino? —Pego un saltito, Viggo está a mi espalda.

—Sí, sí.

—¿Estás bien? —Me mira extrañado mientras me rellena la copa.

—Ajá. —Bebo para no contestar.

# 37

## *Viggo*

Ana respira de forma acompasada, muy despacio. Creo que se ha quedado dormida. Después de cenar hemos puesto una peli en el salón y poco a poco ha ido resbalando por mi cuerpo hasta quedarse con la cabeza apoyada en mis piernas. Le acaricio el pelo, desde aquí me llega el aroma a fresas.

Renée Zellweger ha hecho una sopa azul y le acaban de preguntar al chico por qué lo dejó su esposa. Ana se ha emocionado tanto al ver que tenían esta película en la plataforma que no he podido negarme, y eso que a la legua se veía que era la típica de chicas.

—¿Nunca has visto *El diario de Bridget Jones*?

—No.

—¡Ay, tienes que verla! Es superdivertida —me ha dicho.

«¿Divertida?». Aunque, siendo sinceros, pensé que iba a ser mucho peor.

Meto los dedos por detrás de su oreja, la oigo gemir. Me asomo para ver si tiene los ojos abiertos, pero, no, no voy a volver a tener «suerte» esta noche, está dormida. Sigo acariciando su cabeza.

En la película acaba de llegar un tipo, el que era su jefe, y por fin está pasando algo interesante: los dos hombres se han empezado a zurrar por toda la calle. La historia sucede en Londres, reconozco el sitio, he pasado varias veces por ahí...

De pronto noto que se me comprimen las costillas: Londres. Bajo la vista hacia Ana, su pelo se desparrama largo por mis piernas; es suave y brilla con la luz azulada de la pantalla.

«Joder, no quiero alejarme de ella».

Apago la tele, la música de la película se ha puesto tan alta que me da miedo que la despierte.

Dentro de un mes y medio debería estar de vuelta, toda mi vida me espera en pausa, con ganas de que la reanude. Y se supone que después de este encargo por parte de Goday Media me toca recoger los frutos: un ascenso, se acabó ir rotando por las publicaciones arreglando las ineptitudes o las malas decisiones de otros. Equipo directivo, más dinero, más responsabilidades y, seguramente también, menos tiempo libre.

Me froto los ojos y dejo caer la cabeza en el respaldo del sofá.

No quiero irme sin ella, me gustaría poder tenerla cada noche dormida sobre mis piernas.

«¿Se vendría conmigo? ¿Lograría convencerla?».

Vuelvo a mirarla. «¿Quiero a Ana? ¿Me he enamorado de ella?».

# 38

## *Ana*

Jugueteo con el pósit en la mano, hace solo quince minutos que he llegado a la redacción y la notita ya me esperaba debajo del teclado.

Porque cualquier momento es bueno
para recordarte que me encantas.

V.

La ha firmado, por fin lo ha hecho. Y es toda una declaración.

Sonrío y doblo el papelito, lo guardo en mi cartera; tengo el sol en el pecho y la primavera en las mejillas. Ha sido leerlo e ir a buscarlo a su despacho para comérmelo a besos, para decirle que en las doce horas que hemos estado separados lo he echado muchísimo de menos, que quizá ya no pueda vivir sin él y que tiene prohibido marcharse a Londres. Pero no está. Parece ser que ha venido temprano, ha dejado la notita y se ha ido a trabajar al edificio de la avenida de América.

Enciendo el ordenador y vuelvo a sonreír; puede que sea por culpa de las mariposas, que me hacen cosquillas por dentro. Voy a mi bandeja de entrada, tengo que contestar varias consultas pendientes y ya luego, quizá, eche un último vistazo (a la desesperada) a los artículos que esta tarde presento a don Javier. No sé, por si se me ha escapado alguna errata.

Reviso los correos... y otra vez sonrío (parezco tonta). Hay hasta siete consultas nuevas, siempre que vuelvo de un fin de semana se me acumulan en la bandeja. Me decido a contestarlas y, cuando llevo más de la mitad, me llega un e-mail que llama mi atención, no parece una consulta. Pincho para abrirlo.

De: BLANCA CORREDERA blancacorredera@boleraenterprises.com
Asunto: Contrato de campaña publicitaria para *Deporte y bienestar*

Buenos días, señora Rueda:

Siguiendo las indicaciones del señor Bolera, a continuación le adjunto el contrato correspondiente a la campaña publicitaria que deseamos llevar a cabo en su revista dirigida al deporte y el bienestar. La promoción inmobiliaria en cuestión estará disponible a finales de este mes, y desearíamos su inclusión en los próximos números.

Quedo a su disposición para cualquier consulta o modificación que considere necesaria. Puede contactarme a través de este correo electrónico o llamando directamente a mi despacho.

Apreciamos la oportunidad de trabajar con su publicación y esperamos una colaboración exitosa.

Atentamente,

Blanca Corredera
Departamento de Marketing
Bolera Enterprises
blancacorredera@boleraenterprises.com

Necesito leerlo varias veces para entender el significado del correo.

«¿Campaña publicitaria? ¿Bolera Enterprises?...

»¡Rocío! —Me tapo la boca sin poder creérmelo—. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! Es cosa suya, ¿verdad?

»La madre que la parió... ¡LA MADRE QUE LA PARIÓ!».

Miro a ambos lados incapaz de eliminar mi cara de absoluto alucine, porque es que no me lo creo: ¡no me lo creo! Mis compañeros trabajan con total normalidad, el mundo parece seguir girando ajeno a las locuras de mi adorable amiga.

¡Lo ha hecho! Esa cazafortunas, buenorra y con culo de acero ha conseguido una campaña para mi pequeña revista. Una campaña dotada con... Abro el contrato adjunto y tengo que pestañear varias veces para comprobar que no veo doble, que hay hasta cinco ceros en la cifra del importe.

«¡Pero ¿está loca?! ¡Ni que fuéramos *Vogue*!

»Se le ha ido la olla... ¡Se le ha ido la puta olla!».

Empiezo a reír, me entra todo un ataque de risa. Me imagino a la directora de Marketing de Bolera Enterprises tratando de entender por qué de pronto no solo quieren anunciarse en una insignificante revista, sino además hacerlo con un presupuesto astronómico.

Cojo el móvil para llamar a Viggo, esto tengo que contárselo. Su chica ha conseguido el mejor contrato publicitario de la historia de *Deporte y bienestar*, seguro que hasta es de los más tochos de todo el grupo editorial...

Suena el último tono y me salta el contestador.

Don Javier sale entonces de su despacho, me levanto y voy rápida hasta él.

—Me acaban de escribir de Bolera Enterprises, quieren contratar nuestra revista para una campaña publicitaria.

—¿De qué hablas, Ana?

—Venga conmigo, se lo enseñaré. —Lo guío de vuelta a mi mesa para mostrarle el e-mail. Mientras lo lee, me explico—: Conocí a alguien de la compañía hace poco y he estado haciendo los trámites necesarios para que nos contraten. —No es que sea del todo mentira, ¿no? Es la verdad, pero un poco maquillada...—. Podría ser

un anunciante muy importante para nosotros. Y es cierto que va dirigido a *Deporte y bienestar*, pero no creo que hubiera problemas en reconducirlo a la nueva revista. A *Hierros*, quiero decir.

Don Javier se gira hacia mí, me examina de arriba abajo sorprendido.

—Esto es increíble, Ana. ¡Buen trabajo! —Regresa a la pantalla de mi ordenador mientras se pasa las manos por la cabeza—. Necesito que lo imprimas ahora mismo y que vengas conmigo.

—¿Qué? ¿A dónde?

—A una comida. ¡Venga, venga, no podemos llegar tarde!

* * *

No entiendo muy bien qué está ocurriendo, todo está pasando demasiado rápido. Voy con don Javier en el coche, conduce pletórico sin dejar de hablar; aunque más bien lo hace para sí mismo (no creo que se dirija a mí en realidad). Vamos de camino a una reunión con varios directivos de Goday Media; pretende que les enseñe el contrato y les hable de mi supercontacto en Bolera Enterprises.

Estoy aterrorizada: ¡¿qué se supone que les voy a decir?!

No suena nada profesional contarles que lo he conseguido gracias a que mi amiga es un arma de destrucción masiva en la cama, porque dudo que don Hugo Hernández Bolera supiera de la existencia de *Deporte y bienestar* antes de que Rocío empezara a azotarlo con una fusta en sus juegos de dominatriz.

—¿Y cómo conociste a ese contacto? —pregunta de repente.

—Eh... En una reunión de *networking* editorial.

—Eso es fantástico, fantástico. —Golpea el volante con una mano —. Y para *Deporte y bienestar* ni más ni menos. Un anunciante tan importante y para nuestra «pequeña» revista —añade con sarcasmo,

y se gira brevemente hacia mí—. Para que después digan que no teníamos alcance, que nadie nos leía...

Continúa hablando con los ojos puestos en la calzada; pero no lo escucho, trato de poner en orden las mentiras. Si me preguntan por el nombre del contacto, me haré la interesante. Sí, soltaré el típico «No puedo revelar mis fuentes». ¿Colará? ¿O no es algo que se diga en estos casos?

Llamo de nuevo a Viggo, me coloco el móvil en la oreja con disimulo. No lo coge, y él es el único que sabría lo que tengo que decir.

—... pues mira, ahora te chupas esa —añade don Javier—. No podemos ir tan mal, ser tan malos, si nos quiere Bolera Enterprises...

—Ajá. —Guardo el móvil.

Aparcamos y sigo al director a través del estacionamiento subterráneo, lo hago como una autómata mientras repaso lo que diré. Voy a evitar dar muchos datos, trataré de que toda la atención se centre en el contrato en sí y no en cómo lo he conseguido. También resaltaré mi capacidad (o más bien la de Rocío) para traspasarlo a otra publicación del grupo, una que, a fin de cuentas, no vaya a desaparecer...

—Me muero por ver la cara que ponen esos pingüinos. ¡Ja! Esto va a ser muy divertido, Ana.

Caminamos por la calle, voy tres pasos por detrás de don Javier sin dejar de retorcerme las manos. Se supone que esta es mi gran oportunidad para venderme ante los jefazos, tengo que resultar firme y profesional. Sin embargo, el corazón me va a mil por hora, bombea sangre a mansalva... Quizá cuando empiece a tartamudear a lo *El discurso del rey* lo que sí les deje claro es que deben prescindir de mí.

Cojo aire.

Lo suelto. «¡Joder! Joder, joder, joder».

Entramos en un restaurante, uno de estos muy pijos; solo el suelo con mosaico y madera ya me impone. Intento respirar con normalidad, que no se me olvide cómo se hace a medida que avanzamos entre las mesas. Al fondo, junto a un amplio ventanal, nos esperan cuatro hombres trajeados, impolutos. Un sudor frío me cae por la espalda: mal día para llevar esta minifalda escocesa y mi camiseta desteñida de Nirvana.

—Hola, buenas.

—Buenas.

Comienzo a estrechar las manos que me ofrecen en tanto don Javier realiza las presentaciones. Creo que aprieto poco, no lo suficiente a lo *businesswoman*-contrátame-para-la-revista-porque-soy-supersuperprofesional. Paso al último hombre trajeado y me doy cuenta entonces de que se trata de Viggo.

«¡Viggo!».

Aspiro. El alivio, como oxígeno, me llega a los pulmones. Va vestido con un traje azul marino Armani que a partir de ahora lo obligaré a ponerse cada vez que me quiera meter algo en la boca.

—¿Ana? ¿Qué haces tú aquí? —dice estrechándome la mano con formalidad (él sí que sabe cuánto hay que apretar).

—Hola, Viggo. Yo...

Voy a decirle que lo he llamado trescientas cuarenta veces y que necesito su ayuda con urgencia, pero don Javier me coge del antebrazo y tira de mí, obligándome a tomar asiento al otro extremo de la mesa, a su lado y lejos de él.

Un camarero se nos acerca y nos toma nota de las bebidas. Al pelirrojo le cuesta apartar los ojos de mí en tanto charla con el resto de manera desenfadada; está totalmente desconcertado con mi

presencia en la reunión. Yo trato de sonreírle, pero noto la cara tiesa, con los músculos de las mejillas agarrotados.

—Hoy ha ocurrido algo de lo que tenéis que estar al corriente —anuncia de pronto don Javier por encima de la voz de los demás; la mesa enmudece y yo me preparo para lo peor—. Ana, redactora y psicóloga en *Deporte y bienestar*, ha conseguido un importante contrato publicitario, *expresamente para nuestra revista* —recalca—. Creo que esto pone de manifiesto todo lo que objeté en la pasada reunión, y prueba que *Deporte y bienestar* no es para nada un magazín caduco del que haya que desprenderse.

—Javier, este tema ya ha quedado bastante zanjado —dice Viggo cortante; ya no parece tan amigable como hace unos segundos, cuando hablaba con los otros trajeados—. La revista no llegaba a los números necesarios para...

—«No llegaba», tú mismo lo has dicho —lo interrumpe don Javier —. Ana, por favor, ¿puedes ser tan amable de enseñarles el contrato que *Deporte y bienestar* ha recibido en el día de hoy?

Tierra, trágame.

Todos los ojos se posan en mí. Viggo aprovecha y me interpela con la mirada una explicación. Trago saliva y comienzo a hurgar en mi bolso, las manos me tiemblan. Saco el contrato (doblado de mala manera), pero, antes de que pueda ofrecerlo a la mesa, don Javier me lo quita de las manos.

—Aquí está —dice, y lo zarandea ante los ojos de todos—. Hemos conseguido, después de un arduo trabajo de negociaciones —añade, y a mí la mandíbula se me cae al suelo por ese uso tan falaz del plural—, que una compañía de la envergadura de Bolera Enterprises se interese por nuestra publicación para llevar su publicidad.

Ofrece el contrato al hombre trajeado de su izquierda, este le echa un rápido vistazo y se lo pasa a otro comensal, y así sucesivamente

hasta acabar en las manos de Lord Voldemort.

—Creo que con esto queda totalmente demostrada la inexactitud del estudio hecho por mi colega, aquí presente, Viggo Ekman.

Me vuelvo hacia don Javier, no me puedo creer lo que acaba de soltar. Ya sé de qué va todo esto: es una encerrona a Viggo. Don Javier está utilizando el contrato (¡mi contrato!) para desautorizarlo ante todos. No me ha traído aquí para que pueda venderme, para que me asegure un puesto en la nueva revista, sino para que lo ayude a poner en entredicho todo el trabajo realizado por Viggo en estos últimos meses.

Jamás habría esperado algo tan mezquino por su parte.

Miro a Viggo. Él me observa incrédulo, furioso, y yo de pronto me siento muy (muy) agobiada.

—Eh..., no-no. En realidad, no-no... —tartamudeo.

—Tras varias reuniones —me corta don Javier—, hemos logrado cerrarlo. Está a la espera de que se firme, y solo querrán hacerlo con *Deporte y bienestar*.

—Esto no tiene ningún sentido —pronuncia Viggo, todavía con los papeles en la mano—. Hablaré con ellos y...

—Hazlo y, ya que estás, dales saludos de mi parte —responde don Javier lleno de arrogancia.

Pestañeo, menudo farol se acaba de marcar.

—Si esto es así, quizá habría que reconsiderar todo el proyecto. Puede que, al fin y al cabo, se debiera seguir publicando *Deporte y bienestar* —comenta el hombre trajeado que está sentado a la derecha de Viggo, uno que da auténtico pavor: estoy segura de que es el que más manda.

—Luis, el análisis ha sido bastante concluyente al respecto —contraataca Lord Voldemort—. Como se explica en el estudio, la revista ha ido experimentando una caída drástica en el número de

ventas y en el de suscripciones, facturando casi menos de la mitad que en años anteriores.

«¿En serio? ¿Tan mal vamos?».

—Tiene problemas constantes con la distribución, la logística es ineficiente. Esto se ve acrecentado, además, por los graves problemas financieros, la falta de liquidez de la revista a la hora de pagar a los proveedores y colaboradores de esta. ¿Sigo? —Nadie contesta, así que Viggo continúa—: Un grave desfase en la tendencia del mercado, no tienen página web ni presencia en redes. La pérdida de anunciantes es más que notoria...

—Hasta ahora —lo corrige don Javier—. Con este contrato te hemos —¿«hemos»?— cerrado la boca.

—Eso no es así... Tampoco es que... —comienzo a decir. Tengo que explicarlo, aunque acabe esta misma tarde en el paro. Sin embargo, don Javier me obliga a callar dándome un golpe en el antebrazo.

Lo miro sorprendida por el gesto, pero él ignora mi cara y, elevando la voz más de lo necesario, suelta:

—Te has equivocado, Viggo. Reconócelo. —Después se dirige al resto de la mesa y añade—: Se deberían reconsiderar las medidas que propuse para paliar estos desajustes. Con esta nueva campaña publicitaria volveríamos a ser una revista solvente.

—Eso sería pan para hoy y hambre para mañana. —Viggo niega con la cabeza—. Estabais a nada de ser objeto de concurso.

—Bueno, habrá que estudiarlo, sin duda —apunta el tal Luis, y coge el contrato para examinarlo—. Está claro que algo debe de habérsenos pasado.

—No tengo ni idea de dónde ha salido esto —dice Viggo, y ahora me mira a mí, lo hace de forma hostil. «¿Piensa que estoy metida en el ajo? ¿Que soy una especie de espía doble?, ¿de Mata Hari?»—.

Pero yo ya he terminado, el trabajo está hecho y *Hierros* en marcha para salir. No voy a gastar ni un segundo más de mi tiempo y esfuerzo en proyectos caducos aquí, en España. —Su mirada es gélida, tan fría que me hace estremecer. Dura solo unos segundos sobre mí, después se gira hacia el resto y añade—: No contéis conmigo, yo regreso a Londres.

Aguanto el aire unos instantes, noto que se me rompe el corazón.

# 39

## *Ana*

Entro en casa y voy directa a mi cuarto. En el pasillo oigo a Secuoya, que me llama desde el salón; la ignoro. Cierro la puerta tras de mí y, por primera vez, voy a pasar el pestillo; sin embargo, este ya no está, solo quedan los agujeros que han dejado los tornillos.

Ni siquiera sé en qué momento lo quitó.

¿Y qué más da? Me duele. Me duele todo. Me duele el pecho, los hombros, los codos, el vientre, la garganta... Noto una opresión bajo las costillas que se extiende radial por el resto de mi cuerpo, enfermándolo. Comprimiéndolo. Duele tanto que es un milagro que pueda respirar.

Pestañeo. Siento el escozor de las lágrimas ya detrás de los ojos; camino hasta la cama y me tiro bocabajo sobre ella.

Viggo quiere regresar a Londres, no piensa gastar ni un segundo más de su tiempo aquí, en España. No piensa gastar ni un segundo más de su tiempo aquí, conmigo.

Con la misma almohada alejo la humedad de mis ojos, me cuesta ver a través de ella. Saco el móvil; sé que, si lo llamo ahora por teléfono, no lo cogerá. En estos momentos la discusión debe de estar en su máximo apogeo. Don Javier me ha echado cuando he dicho ante todos que estaba segura de que no habría ningún problema en reconducir el contrato publicitario a otra revista, concretamente a *Hierros*.

—Ese no es el tema, Ana —me ha cortado enfadado—. Este anunciante ha elegido *Deporte y bienestar* y lo ha hecho por algo. Eso es lo que verdaderamente importa —ha añadido entonces para el resto de la mesa.

Y, antes de que pudiera protestar, me estaba mandando de vuelta a la redacción, argumentando que tenía mucho trabajo que hacer y que allí ya no pintaba nada.

Ni he visto llegar las bebidas a la mesa.

Dudo unos instantes —el corazón me va a mil por hora— y le escribo un mensaje a Viggo.

No sabía que esto iba a pasar.
Te he llamado para avisarte.

Cojo aire reuniendo valor y continúo:

Mi amiga Rocío es la novia
de Hugo Hernández Bolera,
ella consiguió el contrato.
Creyó que me hacía un favor.

Suelto el teléfono sobre la mesilla de noche y fijo la vista en el techo. Ya no hay ovejita ni campo ni flores, un borrón grisáceo se ha comido todo el jardín de mi pared. Suspiro dejando que algunas lágrimas resbalen por mis mejillas. No hago nada más, solo miro la mancha, sin moverme.

Inspiro, lloro, espiro.

* * *

—¡Ana, esto no puede ser! —Secuoya irrumpe de repente en mi cuarto, ni siquiera toca a la puerta—. Tu amiga está aquí, le he dicho que espere fuera, que...

—¡Déjame pasar! —Charlotte la aparta de un empujón y corre hasta mi cama. Se me echa encima antes de que pueda entender nada de lo que está sucediendo o cuánto tiempo llevo mirando la mancha gris del techo. ¿Cinco minutos?, ¿cinco horas?—. ¡Es un desastre! ¡La boda se cancela!

La abrazo mientras rompe a llorar.

—Esto es inaceptable —dice Secuoya, está furiosa—. Me ha arrollado cuando le he abierto la puerta, se ha metido en casa a la fuerza. Y lleva una energía horrible encima...

—¡¿Te quieres largar de una puta vez?! —le grita Charlotte, apartando unos segundos la cabeza de mi hombro.

Mi casera me fulmina con la mirada, nos fulmina a las dos, y cierra la puerta. Estoy segura de que solo se marcha porque ahora mismo nos va a poner dos velas negras.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre?

—La boda se ha ido a la mierda, eso es lo que pasa. Y yo... y yo... Y yo ya no puedo más. —Hipa y vuelve a enterrar la cara en mi camisa.

—Venga, Charlotte... Tranquila. —Le acaricio el pelo—. Cuéntame, seguro que tiene solución.

Siendo sincera, en estos momentos mi estado de ánimo no es el idóneo para consolar a nadie. Mi estado de ánimo es el perfecto para subirse a una bicicleta sin frenos y empezar a practicar enduro por algún barranco... O para hacer salto BASE desde un edificio de no más de cinco plantas. No obstante, la escucho.

—Primero, Belén se queda embarazada. Y ya sé que piensas que es una chorrada —dice con el rostro arrasado en lágrimas—. Pero me molestó. Mucho. Y, sí, también sé que no pudo evitarlo, que un espermatozoide se escapó y asaltó su óvulo. O algo así... —Pone los

ojos en blanco—. Pero me habría gustado que estuviera conmigo en el altar, ¿entiendes?

Asiento con la cabeza.

—Luego, le pido a la prima de David que la sustituya, porque leí en un blog de novias que las fotos quedarían mejor, porque tenía ya el vestido de dama de honor, porque estaba cabreada... —Aspira en una especie de gemido—. Y es insoportable, totalmente insufrible. De verdad que no la aguanto, la desinvitaría ahora mismo de la boda.

Se calla por unos instantes, como si cogiera fuerzas.

Espero.

—Mi vestido se ha ido a la mierda —reanuda con voz temblorosa. Todo el rímel que llevaba a su llegada se ha convertido en dos charcos negros bajo sus ojos—. La imbécil de la modista lo ha destrozado. Y se supone que es el vestido más importante que voy a llevar en toda mi vida, ¿sabes?

Cabeceo.

—Pues ahora, *además* —recalca—, me han llamado los propietarios de la finca y dicen que está terminantemente prohibido el uso de velas y estufas fuera de la casa, que estamos en mitad del campo y que hay alerta de incendio... —No termina la frase, los sollozos la interrumpen—. Que... que tendremos que hacer la celebración dentro. Que por la noche refresca y que en el jardín no podremos estar. ¡Y la casa es horrible, Ana! ¡Está llena de luz azul de hospital!

Apoya la frente de nuevo en mi hombro y se echa a llorar de manera incontrolable. Dejo que se desahogue, que empape mi camisa, y, solo cuando veo que comienzan a menguar los hipidos, empiezo a hablar.

—Charlotte, no pasa nada. Oye, amor, escúchame. —Ella niega con la cabeza dejando parte del rímel en la tela—. Pon velas de pilas, de las que venden en Ikea o en los chinos, son fantásticas y nadie notará la diferencia. ¿Que por la noche refresca? Está haciendo un calor que raja las piedras. Y, si hace falta, nos abrigamos, ya ves tú. No sufras. Ten algunas mantas preparadas y listo.

Mi amiga me lanza una mirada mientras se enjuga las lágrimas con el canto de la mano. Al menos he conseguido llamar su atención.

—Dile a Belén que sea tu dama de honor. Deja de hacer el idiota —añado—. Y no te preocupes por la prima de David; si tú quieres, Rocío y yo la encerramos en un armario.

Charlotte medio sonríe. «Vamos bien».

—Tu vestido de novia es maravilloso. El miércoles te lo pruebas otra vez, y estoy segura de que ya te lo llevas a casa. Tienes las medidas de una *top model*, Charlotte. Es imposible que no estés increíble con cualquier cosa que te pongas.

Observo cómo el gesto triste empieza a ceder en su rostro, cómo mis palabras empiezan a surtir efecto. Está atacada, lo está hasta el extremo, y solo necesita que alguien le recuerde que la boda es una fiesta a fin de cuentas, una simple fiesta. Nada por lo que merezca la pena enfermarse.

—Te casas dentro de unas dos semanas —prosigo, y la estrecho cariñosa contra mí—. Y dentro de una, tus amigas van a ponerte un pene gigante en la cabeza y a celebrar que definitivamente sales del mercado. ¡Menos competencia al fin! —recalco, y ella no puede evitar reírse.

—¿Me acompañarás a comprar velas?

—Claro.

—¿Y las mantas?

—También.

Sonríe aliviada y con ambas manos aparta los restos que quedan de sus lágrimas.

—Estoy muy agobiada, Ana. Lo he estado pasando fatal, ¿sabes? —Se recoloca su melena rubia—. Todo lo de la boda... Solo tengo ganas de casarme y de que todo termine ya. Está siendo muy estresante.

Asiento y nos quedamos en silencio, enredadas la una en los brazos de la otra.

—¿Tú estás bien? —pregunta pasados unos segundos, y examina mi rostro—. Tienes los ojos un poco rojos.

—Sí, sí. Estoy bien. Creo que me está dando alergia.

Charlotte arruga el entrecejo, puede que mis ojos tristes me delaten. Sea como sea, no importa, porque de pronto Secuoya abre la puerta haciendo que demos un saltito sobresaltadas en la cama.

—Ana, tu novio está ahora también aquí. No soy tu secretaria. Y no puedes tener a tanta gente en casa.

La tensión se me baja de golpe.

«¿Mi novio?

»¡Ay, no!».

—¿Tu novio? ¿Paolo está aquí? —pregunta Charlotte emocionada —. Quiero conocerlo.

—O la rubia o el pelirrojo —continúa Secuoya ignorándola—, dile a uno que se marche. Los dos no pueden estar.

Me levanto rápida hacia la puerta. Charlotte también sale disparada de la cama, pero se dirige al espejo que tengo en la pared.

—Menudas pintas —dice. Coge un algodón de mi estante y busca el desmaquillante—. Parezco el Joker.

—Le diré que se vaya —contesto a Secuoya cuando paso junto a ella. Oigo que Charlotte se queja a mi espalda, me pide que espere y que se lo presente, que ella va ahora, que no tarda nada.

Tengo que sacarlo de aquí antes de que pueda verlo.

Cruzo el pasillo a toda prisa hasta la entrada. Viggo me espera junto a la puerta. Sigue con el traje, pero ahora lleva el botón del cuello de la camisa desabrochado. El corazón se me aprieta en el pecho, me viene a la cabeza lo que ha dicho y sus palabras parecen astillarme otra vez por dentro. Me pongo en guardia.

—¿Puedes explicarme qué cojones ha pasado? —me increpa furioso, no espera.

—Viggo, ahora no es buen momento. Necesito que te vayas. Después, si quieres —añado algo petulante—, te llamo y hablamos.

—Perdona, ¿qué?

—Que no es buen momento. Tienes que irte, lo siento. —Echo un rápido vistazo a mi espalda.

—¿En serio? Ana, tenemos que hablar. Y ahora.

—Pero yo no puedo ahora, ¿vale? Y tampoco quiero que estés perdiendo tu tiempo aquí en España, conmigo. —Esto último se me escapa. Lo tenía aprisionado en la tráquea, guardado para después y haciendo llaga.

Lord Voldemort resopla con fuerza y se cubre la cara con las manos. Me muerdo el labio inferior; se supone que tengo que sacarlo del piso, no comenzar una discusión.

—¿Es por eso por lo que no quieres que hablemos? ¿Porque tú estás molesta por esa chorrada que he dicho?

—No, Viggo. No es eso... Es que no puedo hablar. Luego, ¿vale? —añado recogiendo un poco de cable, pero abro la puerta de la calle en una invitación para que se vaya.

Me contempla sorprendido. Yo suelto el aire con dificultad.

—¿Qué haces, Ana?

Aparto la vista incapaz de mirarlo.

—Mi novia se planta por sorpresa en una reunión con todos los de Goday Media —añade, y noto cómo le tiembla la voz—, lo hace para tenderme una trampa con la persona que me lleva puteando desde que llegué a Madrid, ¿y ni siquiera se va a molestar en explicármelo? —pregunta. Yo aspiro para contener las lágrimas—. Ana, ¿a qué estás jugando?

Levanto la cabeza y lo miro. Es todo un error: su turquesa es demasiado hostil y yo no estoy lo suficientemente entera para soportar ese nuevo subtono.

—Dime, ¿ha sido planeado? —pregunta acercando su rostro al mío; puedo ver las gotitas de sudor en su frente, lo largas que son sus pestañas. Oler lo rico que huele su piel—. ¿Desde cuándo llevas trabajando en ese contrato publicitario? ¿Por qué nunca me has hablado de él?

—Yo... No es lo que crees, no ha sido con mala intención ni planeado... —comienzo a decir, pero oigo un ruido a mi espalda y me pongo tensa—. Tienes que irte. Ahora.

Lo cojo del brazo y lo empujo fuera. Veo que él observa algo por encima de mi hombro durante unos instantes, después clava la vista en mí. Se la sostengo una fracción de segundo llena de dolor, tratando de que mi mirada diga más que mi silencio, y le cierro la puerta en la cara. En toda la cara.

Tomo aire. Los ojos me queman, es por las lágrimas que arden por salir. Apoyo la frente en la puerta y trato de recuperar el aliento, de serenarme para que no todo estalle y se haga pedazos.

Exhalo.

«Después lo llamas, todo se va a arreglar. Y serás sincera. Con todos. Y te entenderán».

Inspiro contando hasta cinco.

«Uno, dos, tres... Sí, conseguirás que te entiendan. Todo, TODO, se va a arreglar».

Otra vez cuento, lo hago hasta dos veces más.

Giro sobre mis talones, de vuelta al dormitorio, y compruebo que Charlotte me contempla parada en mitad del pasillo. Ya no hay restos de rímel en su rostro, pero está totalmente pálida, como si hubiera visto un fantasma.

Y quizá sí que haya visto uno.

«Mierda.

»Mierda, mierda, mierda».

Pasan los segundos sin que ninguna se mueva y me empieza a entrar el pánico.

—¿Ese era...? ¿Era El-que-no-debe-ser-nombrado? —consigue preguntar al fin con un hilo de voz.

Trago saliva.

—Ana, ¿tú...? ¿Estás con mi ex?

No respondo, soy incapaz. Y a medida que se alarga mi mutismo, los ojos de Charlotte se van abriendo más y más, como si poco a poco fuera consciente de lo que esto supone, de toda la realidad, de cada una de mis mentiras.

—No me lo puedo creer.

—Charlotte...

—¡¿De verdad, Ana?! ¡¿Tú y El-que-no-debe-ser-nombrado?! —Su voz crepita en el espacio que nos separa.

Me hago un ovillo sobre mí misma y otra vez me quedo en silencio. Suelta un bufido y camina hacia mí, en dirección a la puerta. Me aparto antes de que me atropelle.

—Charlotte, espera —consigo decir cuando coge el pomo para salir—. Por favor, te lo puedo explicar...

—¿Desde cuándo?

—¿Qué?

—¡¿Desde cuándo, Ana?! —vuelve a gritar—. ¡¿Desde cuándo estás con Viggo?!

—Hemos coincidido mucho en la redacción... Él...

—¡Dame una puta fecha, joder! —me corta exasperada.

—En Navidades. —Mientras lo digo, empiezo a llorar—. Había bebido y...

—¿Desde Navidades? Pero... —Tarda unos instantes; sin embargo, veo entonces cómo las piezas comienzan a encajar en su cerebro. Yo trago saliva, nuevamente me fallan las palabras—. El compañero de la fiesta de tu trabajo... ¿era él?

Dios...

—No hubo ningún Pedro, ¿verdad? —insiste. Pestañeo y un millón de lágrimas caen de mis ojos—. Has estado con El-que-no-debe-ser-nombrado... todo este tiempo. Qué fuerte.

—Fue... fue sin querer. Te lo prometo.

—¿Sin querer te follaste a mi ex? ¿Cómo? ¿Te caíste encima sin bragas? —escupe, y los ojos le chisporrotean—. ¿Y cuántas veces más te has acostado «sin querer» con él, Ana?

La valentía se me apaga y retrocedo un paso.

—Sabías que lo tenías vetado —continúa—. Fue mi primer amor, el chico con el que perdí la virginidad. ¿Qué cojones haces? ¿Qué clase de amiga eres?

Contengo un sollozo. El corazón me taladra el pecho mientras le sostengo la mirada.

—¿Y Paolo? —pregunta de pronto.

—Lo... lo dejé.

—Lo dejaste. ¿Lo dejaste por Viggo?

Joder, es que no hay ni una sola pregunta que sea capaz de responder, ninguna que no me deje a la altura del betún. ¡Ni una!

Charlotte hunde los hombros y, ahora sí, sale del piso. Llama al ascensor.

—Charlotte, de verdad que lo siento. Lo siento, lo siento muchísimo. —Las palabras se me resquebrajan por el llanto—. Perdóname, por favor.

—¿Qué es lo que sientes? —Se gira para mirarme y compruebo que tiene los ojos tan derretidos como los míos. Dejo escapar un sollozo, porque sé que espera que diga algo, pero también sé que es una trampa—. ¿Sabes qué? Da igual. Me has estado mintiendo a la cara, *a la puta cara* —recalca, y vuelve a llamar al ascensor con furia —, durante meses.

Las puertas de metal se abren por fin ante ella.

—No, por favor, no te vayas. —Intento impedir que entre cogiéndola del brazo, pero ella me aparta de un manotazo—. Vamos dentro, hablemos. Te prometo que te lo explicaré todo. Por favor, Charlotte, no me hagas esto. Tienes que escucharme...

—Es que ahora mismo no puedo ni mirarte a la cara, Ana. No puedo. —Niega con la cabeza mientras se enjuga el rostro. Entra en el ascensor y toca el botón de la planta baja—. No sé... Creo que es mejor que estemos un tiempo sin vernos... —Coge aire—. Lo mejor será que no vengas a la boda.

# 40

*Ana*

—¿Cómo que no está con Paolo Zurina? —oigo a mi madre tras la puerta.

—¡Chist! Lourdes, baja la voz. La niña te va a oír.

Pero mi madre no baja la voz.

—¡Pero ¿qué me estás diciendo, Paco?! ¡¿Cómo que no están juntos?! ¡¿Y con quién está entonces?!

—¡Lourdes, por favor! Vamos a la cocina. A ver si encima la vas a despertar.

Oigo que mi madre refunfuña escaleras abajo. Me giro sobre la cama y clavo la vista en el cuadrado gris que es ahora mi ventana. Estoy en casa de mis padres, en mi dormitorio de niña, a oscuras y con las persianas bajadas y las luces apagadas. No estoy segura de la hora que es, imagino que ya casi mediodía...

O puede que las seis de la tarde.

Hoy sábado hace aproximadamente una semana que regresé a nuestra casa, lo hice de manera indefinida. La escenita con Viggo y Charlotte fue la gota que colmó el vaso de la «paciencia» de Secuoya. No discutí cuando interpretó como quiso una de las cláusulas para rescindir el contrato, al menos me devolvía la fianza.

Cojo mi móvil, está sobre la mesilla. Tengo varias llamadas (de nadie que me importe) y algunas nuevas notificaciones de

WhatsApp. El grupo The Fantastic Four hace días que es un erial, y los mensajes nuevos vienen del chat con Rocío.

Dime que es mentira.
😐😐😐😐😐

Dime que Charlotte está flipando
con los unicornios y es mentira.

Te estoy llamando.

Ana Francisca Rueda Gutiérrez,
por favor, CONTESTA.

😡😡😡😡😡😡
¡¿En serio?!

¡¡¿DÓNDE COJONES TIENES
LA CABEZA?!!

Ya no es que te hayas saltado el código de
amigas, sino que, además,
¡¡¡¡¡¿HAS DEJADO A PAOLO?!!!!!

¡¡¡¡A PAOLO ZURINA!!!!

😭😭😭😭😭😭😭

Los más recientes, los que acaban de hacer saltar mis notificaciones, son del mismo estilo:

Charlotte está hecha polvo, ha cancelado la
despedida de soltera.

Necesitas reflexionar, Ana Francisca. 😡

Vuelvo a dejar el móvil en su sitio. La garganta me arde con los primeros sollozos, me los trago empujándolos hacia abajo.

Llamaría a Charlotte, trataría de tener una conversación adulta con ella, una como la que no tuvimos, pero no contesta al teléfono, creo que hasta me tiene bloqueada. Y sé que hice mal, pero ella no está siendo mucho mejor tampoco.

Me equivoqué, sí. La cagué. Metí la pata, lo sé. Pero ¿y mi derecho a un segundo *round*?, ¿a que me escuche?, ¿a que quiera escucharme?, ¿a que las dos hagamos lo posible y tratemos de solucionarlo?

Porque queremos solucionarlo, ¿verdad?

Ella sabe que la quiero, que para mí no es una amiga: es una hermana. ¿Y me borra de su vida así, a la primera de cambio, y ya está? Con un «La fastidiaste y aquí no hay segundas oportunidades», ¿es eso?

Suelto el aire para descomprimir la presión que siento debajo de las costillas.

Estoy muy decepcionada, y no sé si es con ella o es con «nosotras». Pensé que éramos indestructibles, incondicionales. Para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad: para siempre. Y me equivoqué. Está visto que me equivoqué, somos de arcilla y no de cemento. Parece que nos queremos cuando todo va bien, cuando las vacas están gordas, cuando el río lleva agua, cuando el manzano está repleto de fruta.

Así es muy fácil querer a alguien, así quiero yo a todo el mundo; así no quiero que me quieran.

Noto que el pecho me quema, las ganas que tengo de llorar empujan con fuerza por salir.

Y ahora solo me faltaba que Rocío se pusiera de su parte, que las chicas empezaran a elegir bando. ¿Qué mierda de amigas son esas?

Me siento en la cama y, con el movimiento, un dolor punzante me golpea en la sien. No sé si levantarme y ponerme a hacer algo... Aunque no tengo planes. No tengo planes ni amigas ni novio, y es posible que muy pronto tampoco tenga trabajo. El contrato publicitario con Bolera Enterprises fue rápidamente traspasado a *Hierros*, nuestro exdirector general finalmente logró convencer a los jefazos: el plan ya estaba en marcha y *Deporte y bienestar* (se mirara por donde se mirase) era insalvable.

Inclino el cuerpo hacia delante. Sigo intentando desalojar esa presión que tengo instalada en el tórax; apoyo mis codos sobre las rodillas e intento respirar.

Hablé con Viggo. Después de que lo echara de mi piso casi a empujones, hablamos por teléfono. Fue una llamada corta, llena de prisas, de distracciones (estaba justo en ese momento recogiendo sus maletas en el aeropuerto), y llena también de mucha tensión.

—¿Ana?

—¡Sí! Hola, Viggo. ¿Has leído mis mensajes?

Incluso con el ruido de fondo, lo oí resoplar.

—Sí, Ana. ¿Lo de tu amiga, lo de la novia de Hugo Hernández Bolera? Sí, sí. Lo leí.

Aguardé en silencio. No sé muy bien qué era lo que estaba esperando, quizá que me dijera que estábamos bien, que eso lo explicaba todo. Que lo sentía por no haber respondido antes y que estaba profundamente enamorado de mí.

Por supuesto, no lo hizo.

—¿Dónde estás, Viggo? Se te oye con mucho ruido por detrás —dije por miedo a que, si nadie hablaba pronto, él diera por concluida la conversación y se despidiera.

—Estoy en Londres, en el aeropuerto de Heathrow.

—¿En Londres? Pero si no te ibas hasta junio —protesté, cada vez estaba más nerviosa.

—Sí, supuestamente tenía el viaje preparado para junio. Pero estos jueguecitos tuyos con tu amiga lo han precipitado todo. Casi hacéis que mi trabajo de todo un año se fuera a la mierda, ¿sabes?

Tragué saliva y, con ella, esa disculpa que había planeado decirle durante la llamada.

—Ya veo... ¿Y tus cosas? ¿Tu piso en Madrid? ¿Te lo has podido llevar todo tan rápido? —pregunté.

—No, Ana. Mis padres me las enviarán dentro de unas semanas, cuando esté instalado del todo en el nuevo piso.

Juro que en ese momento sentí como si me clavaran un alfiler muy fino y largo en el corazón. Un pinchazo doloroso; un pinchazo mortal. Viggo ya no contaba conmigo para sus planes de futuro, en algún momento del transcurso de esta semana había dejado de ser para él una opción, una posibilidad.

Solté el aire y un temblor se extendió por mis hombros, como un escalofrío que me entumecía el cuerpo, y agradecí estar sentada. Me di cuenta entonces de que también estaba llorando y no sabía cuándo había comenzado a hacerlo, ¿lo hacía ya al principio de la llamada?, ¿o había empezado cuando me había dicho que estaba en Londres?

Para mí Viggo seguía siendo mi plan A. También era mi plan B. Y, seguramente, si me pusiera a revisar mi lista de planes hasta la fecha, sería hasta mi plan Q.

Quizá también el R, el S y el T.

—Ajá... —conseguí decir sin que me delatara el llanto.

Silencio. Y otra vez la señora de la megafonía del aeropuerto diciendo algo de fondo en inglés.

—A ver, Ana, ¿qué esperabas? Tengo que estar aquí, no es que me hayas dejado más opciones. Los de Londres están muy mosqueados. No he podido entrar en detalles de por qué la empresa Bolera Enterprises quería contratar una revista ruinosa, esa que he dado por finiquitada, a un precio fuera de mercado. Y decirles que todo se debía a que la chica de las consultas tiene una amiga que está liada con el dueño no te beneficia. No sé realmente tampoco si te perjudica, pero no es profesional.

«Mierda».

—Además, don Javier está obsesionado con desacreditarme a todos los niveles dentro del grupo —continuó—. El muy cabrón parece que no quiere jubilarse sin conseguir que me despidan. Así que, sí, Ana, me he visto obligado a adelantar mi salida.

Me aparté un segundo el teléfono de la boca cuando vi que no iba a poder contener la subida de un sollozo. Inspiré y dije con un tono más tranquilo:

—Ya... Entiendo. —Aunque en realidad querría haber dicho «Sí, lo entiendo, pero ¿cuándo volverás?».

Otra vez silencio.

—Está bien, Ana. Oye, voy a pillar un taxi ahora, tengo que dejarte. Hablamos en otro momento, ¿ok?

—Eh... Sí, sí. —Me enjugué la cara—. Sí, ya cuando estés más tranquilo.

—Muy bien. Adiós.

—Adiós, Viggo.

Mentiría si dijera que desde entonces no reviso el móvil a cada oportunidad para ver si me ha llamado; pasan los días y busco en mi pantalla ese «en otro momento».

Yo no lo he vuelto a llamar. ¿Qué me lo impide? El orgullo, la derrota. Quiero que me eche de menos tanto como yo lo extraño a

él. Y, de todas formas, he tenido ya mil doscientas llamadas imaginarias con Viggo. En todas gano yo, me dice que no es feliz sin mí, que me necesita a su lado y que lo perdone.

Tocan a la puerta de mi habitación y muy despacito abren. La luz del pasillo entra y me ilumina el rostro. Es Belén. Me mira unos segundos desde el umbral.

—Hola, amor —dice. Y rompo a llorar.

* * *

Hay mucha expectación en la revista; es una expectación nerviosa, como el murmullo subterráneo de un río. Don Javier nos está llamando uno por uno a su despacho, a los últimos que quedamos por saber si nos contratan para *Hierros* o metemos todo en una caja de cartón.

Miro mi limonero, no sé si podré cargar con todo yo sola en un único viaje.

Estos días han circulado muchísimos rumores, la mayoría alentados por la repentina marcha de Viggo. Algunos dicen que en realidad lo han despedido y que no volverá; otros, que esta redacción como tal desaparecerá y que nos trasladaremos, como el resto de la compañía, al edificio de la avenida de América.

Algún friqui también ha ido diciendo que Viggo tuvo una fuerte pelea con don Javier —a lo Jackie Chan— y que ahora está en el hospital, ingresado, luchando por su vida. (La gente de la fotocopiadora se fuma unos porros espectaculares; no sé cómo son capaces de cruzar la calle sin que los atropellen).

Veo que Miguel sale del despacho, trato de leer en sus facciones lo que le han dicho. ¿Está feliz?, ¿está triste? ¿Se queda? De pronto

compruebo que se dirige hacia mi mesa, camina hasta mí y se me comprimen las tripas.

—Ana, me ha dicho don Javier que vayas ahora —dice, parece aliviado. «Sí, no creo que lo hayan despedido».

Miro a Lidia; esta cabecea hacia delante infundiéndome ánimos.

Me levanto, plancho todo lo que puedo mi blusa con las manos y me dirijo hacia el despacho; los dejo atrás, hablando junto a mi mesa. Toco a la puerta antes de entrar.

—¿Se puede? —Asomo la cabeza.

—Sí, sí, Ana. Pasa, por favor. Hoy está siendo un día de locos. Toma asiento.

«No pienso llorar. Pase lo que pase, no lo haré».

—Bien, Ana, seré breve. En *Hierros* no van a contar contigo —suelta a bocajarro y, aunque ahora mismo Charlotte y Viggo son las dos únicas cosas que prácticamente ocupan todos mis pensamientos, no puedo evitar deshincharme: igual que un balón de playa pinchado, siento que pierdo la energía y la poca esperanza que me quedaba sobre la silla de plástico en la que estoy sentada.

«Ya está, no me queda nada. No tengo amigas ni novio ni trabajo.

»¿Podría adoptar un gato? Siempre digo que voy a hacerlo. Y no creo que mi madre ponga pegas, le encantan los animales...».

—Tus últimos artículos estaban muy bien —añade—, eran realmente fantásticos. Pero los de *Flora urbana* han presionado mucho para quedarse ellos contigo. La verdad que han sido muy insistentes.

«Siempre ha sido más de perros; aun así... Perdona, ¿qué?». Frunzo el ceño.

—No sé si conoces la publicación, pertenece también al grupo editorial. —Don Javier se toquetea el escaso cabello, su calva reluce por el sudor—. Es una revista centrada principalmente en plantas,

remedios naturales, dietas... y creo que temas relacionados con el autocuidado.

¡Claro que sé qué revista es, la he comprado mil veces! ¿Y dice que insistieron por mí? ¿En plan que se pelearon y todo?

Don Javier carraspea antes de continuar.

—A la directora le encantó tu consultorio, lo quiere para la revista. También estarían interesados en ofrecerte una columna.

—¿Una columna? —Pestañeo. De pronto siento que estoy llena de helio: floto.

—Sí, una columna. —Sonríe mientras se reclina en el sillón—. No sé de qué te sorprendes, Ana. Eres muy buena, es normal que se te rifen.

Me agarro al apoyabrazos de la silla para no levitar. De verdad que tengo miedo de empezar a hacerlo.

—En los próximos días se pondrán en contacto contigo para arreglar todo el tema del papeleo —añade—. Enhorabuena, Ana. Buen trabajo.

No puedo más, salto de la silla y lo semiabrazo por encima de la mesa.

—Gracias, don Javier. ¡Muchas gracias! —El hombre, sorprendido, me pasa una mano por la espalda sin saber muy bien qué hacer.

—Nada, nada, mujer.

—Y no solo por esta oportunidad, sino por todo —digo de regreso, de pie frente a mi asiento—. Gracias por el esfuerzo que ha hecho conmigo y con mis artículos. Sé que todo se lo debo a usted.

Permanezco con mi sonrisa gigantesca en el rostro, pero él no dice nada; muy al contrario, compruebo que se remueve incómodo en el sillón.

—Verás, Ana... —comienza a decir—, esto no ha sido cosa mía. En realidad, ha sido todo cosa de Viggo. —Las piernas me fallan y me

siento de nuevo—. Sí, eh... Él le enseñó tu consultorio y unos artículos antiguos tuyos a la directora de *Flora urbana*.

—¿Qué?... ¿Có-cómo?

—Sí. —Cabecea—. Parece ser que llevaba tiempo gestionándolo. Pensó que tu perfil era el idóneo para esa revista.

Vuelvo a abrir la boca, pero no consigo articular ningún sonido. La cierro y trago saliva. Don Javier me contempla tratando de leer las emociones que se dibujan en mi cara, que no entiende.

—¿Estás bien, Ana?

—Sí, sí. Es solo que... —Inspiro, me prometí que no volvería a llorar en este despacho—. Es solo que me habría gustado darle las gracias. A Viggo. Por las molestias y eso... —Me callo, estoy cogiendo impulso para formular la pregunta que no me atreví a hacerle a él—. ¿Sabe si volverá a España? Tiene que hacerlo, ¿no? Aquí debe de haberse dejado muchísimas cosas, documentación... Cosas que necesitará para trabajar en Londres.

«Cosas como una novia».

Don Javier me mira confundido.

—No tengo ni idea. Pero no creo.

—Ah...

Uno, dos segundos. Don Javier tose y dice:

—Genial, Ana. Si no te importa, ¿le puedes decir a Teresa que venga ahora aquí?

—Sí, claro —contesto. Pero me quedo sentada, no me muevo.

Uno, dos segundos otra vez... Cinco.

—¿Ana?

—Voy. —Me levanto mientras me froto los ojos.

* * *

Tres horas más tarde, en mi mesa (después de comprobar por septuagésima vez que no ha llegado ese «en otro momento»), me decido a escribir un e-mail de agradecimiento a mi exjefe, Viggo Ekman, por haberme conseguido un puesto de trabajo en la revista de mis sueños. Porque soy educada, porque soy profesional, por las molestias.

Tecleo. Trato de ser lo más aséptica y corporativa posible, de que no se note cuánto lo necesito ni cuánto lo odio por haberme abandonado de una forma tan cruel y miserable... «¿Es que no tienes corazón?».

Borro y vuelvo a teclear.

# 41

## *Ana*

Paso la página mientras doy un sorbo a mi taza. Estoy en mi habitación, sentada en la cama, leyendo la que será mi futura revista. Y me encanta, no puedo creer que para julio mi nombre empiece a aparecer en ella.

Noto que mi móvil vibra sobre la colcha y, como lleva sucediéndome desde hace días, el corazón me da una voltereta. «¿Será él? ¿Será ella?».

No. Es publicidad de Movistar.

Suelto el aire y cambio de página.

Han pasado dos días desde que escribí ese e-mail (supercorrecto y superprofesional) a Viggo y nada. No he recibido respuesta.

Quizá vaya siendo hora de que me dé por enterada. Si un hombre no te escribe no es porque se sienta intimidado por ti, porque le dé pavor convertirse en alguien vulnerable, porque tenga miedo de enamorarse y empezar a depender emocionalmente de otro ser vivo (o cualquiera de las excusas chorras que nos inventamos para nosotras mismas y para nuestras amigas en igual situación). Si no te escribe es porque no le interesas, porque no piensa en ti, porque está en su casa (tranquilo, mientras tú te subes por las paredes) rascándose lo de abajo y dando *like* a las fotos de todas las macizorras de Instagram.

Por eso no te escribe. Por eso él no me escribe.

Aspiro fuerte sintiendo que los pulmones se me deshacen por dentro.

«Joder, joder, joder».

Duele, duele tanto que quiero que me los extirpen. No puedo seguir respirando así, con tantísimo dolor.

Y no lo vi venir, no vi venir que fuera a quererlo tanto.

Me concentro en la revista. Intento llenar mi cabeza con cosas más alegres, alejarlo de mi mente (y de mis órganos vitales)... Ayer fui a la redacción de *Flora urbana* por primera vez y conocí a la directora, Susana. Es una mujer muy amable; además parecía realmente entusiasmada por mi incorporación: me hizo sentir valiosa. Me enseñó dónde estaría mi mesa, justo al lado de una ventana que da a la calle. Estoy convencida de que mi limonero y yo vamos a estar muy bien ahí.

—¡Ana, venga! ¡Levanta! —Mi madre irrumpe de pronto en mi cuarto—. Ya basta de estar tristes.

Arrugo el gesto, pero no me muevo. Ella insiste.

—Tenemos que salir a la calle y hacer algo. ¡Tenemos que empezar a vivir!

Llevo unas dos semanas en casa de mis padres y, en todo este tiempo, mi madre no se ha cansado de lanzarme miradas de despecho y pullitas de doble sentido. También se ha ido arrastrando por las habitaciones (por cualquiera en la que estuviera yo) como alma en pena, lamentándose de su mala suerte: «Todas mis amigas preparando bodas, acunando bebés, y yo planchando las bragas de mi hija la solterona. ¡No hay derecho! ¡Estabas con un famoso, Ana! ¡Un millonario! ¿Cómo has podido echarlo todo a perder?».

Es toda una *drama queen*. Hasta inició la huelga de hambre más corta de la historia; empezó una mañana a bombo y platillo, que no iba a comer nada más hasta que llamara a Paolo, y terminó a la hora

de la cena cuando vio que la ignorábamos y que mi padre había preparado lasaña.

Así que este cambio tan repentino me hace sospechar, aún podría disfrutar de una semana más de satisfactorio autovictimismo. ¿Ya me ha «perdonado»? ¿O solo se ha aburrido?

—Vamos, hija. Hace una mañana estupenda —añade demasiado sonriente, y se sienta en mi cama, a mi lado—. ¿Y si vamos a la peluquería?

—¿A la peluquería? —Entrecierro los ojos.

—Sí, cariño. Tienes el pelo hecho un asco. Necesitas que te lo corten y, quizá, que te hagan unos reflejitos. Sí, sí, te daría muchísima luz a la cara.

—Eh, no. Me gusta mi pelo —digo, y paso la página—. Además, estoy muy bien aquí leyendo, no me apetece salir.

—¡Ana, por favor! —Me quita la revista de las manos—. Dale un capricho a tu madre. ¡Venga! Después de todos los disgustos que me has dado, ¡qué menos!

La estudio con la mirada, no las tengo todas conmigo. «¿Qué no me está contando?». Ella parece algo inquieta bajo mi escrutinio.

—Te verás mucho más joven con un pequeño cambio —añade, y eso... eso ya me cuadra más.

—No pienso cortarme el pelo —digo después de unos segundos.

—Vale.

—Y nada de reflejos.

—Está bien.

—*Solo* lavar y peinar —recalco.

—¡Que sí! Solo lavar y peinar. ¡Vamos, vamos! —Hace aspavientos con las manos. Me levanto a regañadientes y la sigo fuera de la habitación—. Ya verás qué guapa te dejan, cariño. Vas a parecer diez años más joven.

«Qué tortura».

* * *

—¿Desde cuándo «Te hace cara de pan» es un cumplido? —me quejo, y vuelvo a echar un vistazo a mi reflejo en el retrovisor.

—¡Ay, hija! Solo digo que te queda bien —contesta mi madre sentada en el asiento del acompañante—. Te hace los cachetes más rellenos y la cara más redonda, lo que desde luego es bueno.

Sin quitar la mano del volante, me ahueco el pelo y desordeno mi nuevo flequillo. Conduzco de vuelta a casa desde la peluquería de Mari, la del pueblo. Al final me lo he cortado, animada por mi madre, que parecía eufórica con la idea. He pedido que me dejaran como la de *Cincuenta sombras de Grey*, y me queda fatal: ¡como el culo! Es la primera vez que agradezco que Charlotte y yo estemos peleadas, sin duda me mataría si me viera aparecer con estas pintas en su boda.

—Si me lo peino de lado, hacia la derecha, queda mucho mejor, ¿verdad?

—Bueno, hija, tampoco te preocupes tanto. El flequillo crece rápido.

—Pero ¿no decías que me quedaba bien? —protesto de nuevo indignada.

—Sí, sí. Te queda muy bien. Por supuesto, mucho mejor que las greñas de vagabunda que llevabas —dice con la vista puesta ahora en su ventanilla.

Resoplo y giro hacia la izquierda para entrar en nuestra calle. A medida que nos acercamos a casa, me doy cuenta de que hay alguien sentado en los escalones del porche.

Pestañeo varias veces... porque no puede ser.

Es...

—¿Ese es Ernesto?

—¡Vaya, parece que sí! ¿Qué hará aquí esperándote? —dice mi madre con una sorpresa tan fingida que al instante sé que está metida en el ajo. Siempre ha sido una actriz nefasta; si se presentara a un casting para una telenovela latinoamericana, le darían seguramente un papel—. ¡Uy, qué coincidencia! Y qué guapo está. ¿Verdad que está guapo, Ana? ¡Y te quiere mucho!

—¿Que me quiere mucho? —Arrugo la nariz.

Entramos en el camino asfaltado del garaje de casa. Veo que Tito se levanta de las escaleras y alza la mano como saludo; tiene un ramo enorme de rosas en la otra.

—¿Qué has hecho, mamá?

—Yo, nada, hija. Estoy tan sorprendida como tú. —Se lleva la mano a la boca para enseñarme lo sorprendida que está. Lo peor de todo es que no lo hace de coña: es así de mala mintiendo.

Paro el coche.

—¿Por eso querías que fuera a la peluquería? Sabías que iba a venir... ¿Lo has llamado tú?

—No, no. Claro que no. Yo no sabía nada. —Levanta la mano y saluda a Ernesto; lo hace con una sonrisa enorme, como si fuera lo más normal del mundo que tu exyerno se plantara en tu casa después de que hubieras estado dejando correr todo tipo de rumores sobre él.

—¿Mamá...?

Pero me ignora, abre la puerta y sale del coche.

—¡Mamá!

—Hola, Tito, cariño. Cuánto tiempo. Qué alegría verte por aquí de nuevo. —Le da dos besos.

Me quedo dentro del vehículo, permanezco sentada mientras ambos me observan a la espera de que también salga. Maldita sea. Resoplo, quito las llaves del contacto y me peino el flequillo a la derecha. «A la de una, a la de dos...».

Salgo.

—Hola, Tito. ¿Qué tal?

—¡Ana! —Sin querer, eleva un poco la voz—. Eh... ¿Qué tal? Qué guapa estás.

—Gracias. —Siendo sincera, agradezco el cumplido, aunque sea toda una frase hecha: ahora mismo tengo la autoestima en reserva gracias a mi nuevo peinado.

Nos damos dos besos y me ofrece el ramo de rosas. Son rojas.

—Para ti —dice.

—¡Vaya! Muchas gracias. —Las examino. Son preciosas y huelen de un modo muy intenso, muy agradable. Le dedico una mirada a Tito para que se explique, pero no lo hace, así que pregunto—: ¿Y por qué?

Ernesto mira de reojo a mi madre, como esperando a que se vaya y nos dé intimidad. Pero ella no se mueve, nos observa a tres metros de distancia, al lado de la puerta de casa, sin entrar.

—Porque... —Coge aire; está muy nervioso, no entiendo nada de lo que sucede—. Porque quiero que vuelvas conmigo, Ana.

—¿Qué?

—¡Ay, sí! ¡Sería fantástico! ¡Hacéis una pareja estupenda! —comenta mi madre desde la entrada. No se va a ir, la conozco. Tito tiene suerte de que no haya sacado el móvil y se haya puesto a grabarnos para mandárselo a sus amigas.

—Sí, Ana. Quiero estar contigo. Y... —Ernesto pone una rodilla en el suelo y, ante mi total sorpresa, saca un estuche del bolsillo de su pantalón. Lo abre al tiempo que dice—: Ana, he cometido muchos

fallos y he sido un estúpido... —«¡Es un anillo, un anillo con un diamante! ¡UN ANILLO DE COMPROMISO!»—. Espero que puedas perdonarme y me des otra oportunidad.

—¿Perdón?

—Dime, Ana, ¿me harás el hombre más afortunado del planeta y te casarás conmigo? —termina, y en un gesto me ofrece el solitario.

—¡Di que sí, hija! —grita mi madre a su espalda. La miro con los ojos abiertos como platos, no puedo creer que esto esté pasando de verdad. Ella, sentada ahora en el banquito del porche, junta las manos en una súplica.

Vuelvo la vista a Tito, todavía de rodillas y con las primeras gotas de sudor resbalando por su frente. Es la situación más antirromántica de la historia.

—¿Ese no es el anillo de Valeria? —pregunto, porque es lo único que se me ocurre decir.

—La he dejado. Me di cuenta de que no podía vivir sin ti. Y e-ella —tartamudea un poco—, al ver que no te olvidaba, me dejó.

—¿La dejaste entonces tú o te dejó ella?

—¡Yo, yo! Fui yo. No podía dejar de pensar en ti. Te quiero. Te quiero mucho, Ana.

—Pero acabas de decir...

—¡Por amor de Dios, hija! ¡¿Qué importa?! —se queja mi madre. Está histérica; al filo del banco, a punto de caerse al suelo por la ansiedad—. ¡Di que sí, tonta!

Regreso a Tito, agobiado y con los cercos de sus axilas creciendo a cada segundo. Y pienso que mi madre (por una vez) tiene razón: no importa.

Ahora mismo tengo ante mí todo lo que siempre he deseado. Aquí está ÉL, el hombre que he amado durante más de doce años, arrodillado frente a mí, pidiéndome que sea su esposa;

ofreciéndome el futuro que siempre quise, el que soñé desde pequeña. Niños, una familia, una casa, un hogar.

Y puedo acariciar ese sueño con la punta de los dedos, el anillo me mira brillante esperando que acepte mi final de cuento de hadas, ese que me ha tenido obsesionada durante tanto tiempo. Está a mi alcance, solo tengo que estirar el brazo, hacerlo mío...

Pero antes preferiría comerme mi pie izquierdo (con uñas incluidas) a casarme con Ernesto.

Suelto el aire y me arrodillo frente a él para que estemos a la misma altura.

—Tito, no creo que fuera una buena idea. Yo... —Niego con la cabeza—. No puedo hacerlo.

—¡¡¿QUÉ?!! —chilla mi madre de repente. Levanto la vista hacia ella; se ha puesto de pie y me fulmina con la mirada—. ¡¿Cómo que no puedes?! ¡Me vas a llevar a la tumba, ¿sabes?! ¡Eres una malcriada, no hay quien te entienda! —Y ahora sí, entra en casa dando un portazo.

—¿No quieres? —oigo.

Miro a Ernesto, el pobre está pálido y me da una pena infinita. Todos merecemos una segunda oportunidad (al menos quiero creerlo, porque necesito que Charlotte me la dé), pero es que no se trata de eso.

—Tú vas a ser siempre alguien importantísimo para mí, Tito. Y también te quiero, de verdad. Pero no quiero casarme contigo, y tú... —hundo los hombros en una exhalación— tú no deberías casarte con nadie ahora mismo.

—Yo no quiero casarme —reconoce poniéndose en pie, y me ofrece la mano para ayudarme a levantarme; sin embargo, después no me suelta—. Pero sí que quiero estar contigo, Ana. De eso no tengo ninguna duda.

Me quedo congelada, él aprovecha y acaricia mi palma.

—La fastidié, la jodí pero bien —continúa—. Llevábamos toda la vida juntos y habíamos llegado a esa edad en la que tocaba casarse, y me entró miedo. Apareció Valeria y..., no sé, quizá me pareció una buena vía de escape.

—Ya, bueno... —Me encojo de hombros—. Eso ahora no importa.

—Siempre has sido tú, Ana. —Enreda sus dedos con los míos—. Hubo un tiempo en que quise negarlo y olvidarte. Me dolía reconocer que había perdido a la chica que quería por ser un acojonado. —Me clava los ojos, tan marrones y tan poco azules—. Por favor, vuelve conmigo.

Estoy segura de que, si esto me lo hubiera dicho hace unos meses, habría vuelto con él. Pero ya no soy la chica de antes.

—Tito...

—Mierda, ese tono no suena nada bien...

—Quizá fuera una suerte que te acojonaras. —Suelta un bufido, pero yo tiro de él para que no deje de mirarme—. Sí, porque yo te habría dicho que sí y habría sido un error. Desde que me dejaste me he visto obligada a conocerme, a saber quién soy sin ti. A saber quién soy «yo» a secas. Y ha sido bueno, ¿sabes? Más que bueno: necesario.

Y me doy cuenta, es toda una bofetada mental. No era feliz con Tito y no podría haberlo sido jamás. Porque, aun con todo lo que va mal en mi vida en estos momentos, la prefiero ahora así a antes, cuando estaba abducida por mi relación con Ernesto, escondiéndome siempre detrás de otras personas y bajo toneladas de ropa.

Hoy por hoy me siento más fuerte, más valiente. Más «yo» que nunca y mucho más auténtica.

Compruebo que Tito tiene la tristeza muy metida en la mirada.

—Ana..., lo siento tanto.

—Esto no tiene por qué ser malo. —Le aprieto con fuerza las manos—. Los dos empezamos demasiado jóvenes. Seamos amigos, ¿vale? Sea lo que sea lo que tenga que pasar, terminará haciéndolo.

# 42

## *Viggo*

De pie junto a la ventana de mi nuevo despacho, observo el Támesis. Se curva como una serpiente de plata en torno a las bases de los rascacielos. Veo a los viandantes caminar a su lado, son minúsculos y se mueven muy rápido; tienen prisa, llegan tarde.

«Siempre llegamos tarde».

Dejo que el vaho de mi boca desdibuje la imagen por unos segundos, otra persona corre para entrar en un edificio vecino. Miro hacia arriba. Hoy el día vuelve a ser gris, es posible que esté más congestionado que ayer; las nubes, al menos, parecen a punto de parir una tormenta.

Tocan a la puerta y me vuelvo.

—¿Viggo? Buenos días, ¿puedo pasar?

Sonrío a James y con un gesto lo animo a entrar.

—¿Cómo vas? ¿Ya te has instalado del todo? —pregunta al tiempo que se sienta en uno de los silloncitos que hay frente a mi mesa.

James es uno de los máximos representantes de la compañía aquí, en Inglaterra. Su despacho se encuentra varias plantas por encima del mío, desde su ventana el Támesis debe de difuminarse con el suelo en un borrón confuso. Ronda los cincuenta años, es flaco como un galgo y, desde no hace mucho, adicto a las maratones. Tiene dos matrimonios fallidos a sus espaldas y tres hijos en la

universidad, que casi no conoce y a los que solo les paga las facturas.

Lo sé porque lo conozco desde hace años y es de los que les gusta terminar la jornada del viernes en algún pub. A la tercera ronda se le afloja la lengua y, a la cuarta, comienza a soltar reflexiones profundas de viejo de bar arrepentido: «No seas como yo...»; «El tiempo no perdona...», o su clásico «Las mujeres son únicas en su especie...».

Me cae bien, es divertido y muy campechano; no es de esos jefes que parecen tener un palo atravesándoles el recto.

—Todavía no —contesto—. La inmobiliaria no me da las llaves del nuevo piso hasta dentro de unas semanas.

—Vaya, ¿y dónde te estás quedando?

—Estoy por Poplar —digo, y también tomo asiento. Hace una mueca; sonrío y añado—: Era eso o Brick Lane, fue lo único que encontré disponible.

—Al menos está bien conectado al trabajo.

—Eso mismo pensé yo. Y me libro de los turistas y de estar todo el día oliendo a curry.

James ríe y asiente con la cabeza.

—Además, tampoco es que esté pasando ahora mucho tiempo en el Airbnb. Con todo lo que ha ocurrido... —No termino la frase, resoplo en su lugar.

Llevo dos semanas en Londres y lo único que he hecho ha sido currar. Se montó una buena con todo lo de Bolera Enterprises. Los accionistas se mosquearon, los jefes se mosquearon, los clientes (también) se mosquearon... Me ha costado lo mío redirigir las aguas a su cauce y tranquilizar a todo el mundo.

—Ha sido una locura de días —añado—. Pero, de todas formas, es temporal. En junio me habré instalado del todo.

Vuelve a cabecear con una sonrisa.

—Aquí sabes que estamos encantados de tenerte de vuelta —dice —. Derek, por ejemplo, está emocionado con que hayas entrado en el equipo. Y los de España solo dicen maravillas de ti.

—¿Y te sorprende?

—No, hombre, no. —Suelta una risotada—. No me esperaba menos...

El móvil le vibra y lo saca del bolsillo del pantalón para echarle un vistazo. Hace un microgesto de enfado. Aguardo unos segundos.

—He venido para preguntarte qué vas a hacer este sábado —dice sin mirarme y sin dejar de teclear.

—¿El sábado? ¿Ya me estás invitando a salir?

James menea la cabeza divertido.

—Voy a hacer una fiesta en casa. Es el cumpleaños de Chloe y vendrán muchas de sus amigas.

—¿Chloe? ¿La chica de Tiffany?

Ahora sí me mira, sonríe socarrón.

—Es maja —dice—. Nos estamos conociendo.

Me reclino en mi butaca. La historia me la contó hace unos días, poco antes de entrar a una reunión. Había ido a una joyería a comprar un regalo (para otra mujer) y en el camino se había quedado prendado de la preciosa dependienta, una dulce chavalilla de unos veinte años.

—Me encantaría ir, pero no creo que pueda este sábado. Estaré hasta arriba de cajas de la mudanza —miento. Una cosa es aguantarle alguna copa al jefe y otra, muy distinta, que me coja como colega de farra.

—Entiendo. Si te cansas en algún momento de desembalar, te pasas a tomarte una birra. Estaremos toda la tarde —dice, y se pone

en pie, vuelve a teclear algo en el móvil—. Me alegro de verte así de bien, Viggo.

Levanta la vista un segundo y me sonríe; después regresa al teléfono y sale de mi despacho cerrando la puerta tras de sí.

Apoyo la cabeza en el respaldo y me hundo en el sillón. Me quedo quieto unos segundos, después alargo el brazo y muevo el ratón. La pantalla de mi ordenador se enciende otra vez, en ella está abierto su e-mail. Lo releo.

De: ANA RUEDA consultorio@deporteybienestar.es
Asunto: Flora urbana

Buenas tardes, señor Ekman:

Quería darle las gracias por todo lo que ha hecho para que *Flora urbana* supiera de mi existencia. Estoy muy contenta con la oportunidad, estoy feliz.

Pensé que hablaríamos por teléfono cuando tuviera algo más de tiempo. Veo que quizá está demasiado ocupado (¿fingiendo que toma té en vez de café?), no lo molesto más.

Lo dicho: gracias.

Un cordial saludo,

Ana Rueda

P. D.: Si pasa por España, no dude en avisarme. Nos tomaremos un buen expreso y nos pondremos al día.

Se me comprime el estómago y siento de nuevo (como cada una de las veces que lo he leído) una presión dolorosa doblándome por la mitad, a la altura del ombligo.

Me escribió el martes y hoy, viernes, sigo sin saber qué contestar. No quiero responderle con alguna formalidad, escribirle un simple «De nada» o «Eras la indicada para el puesto», porque suena a despedida, a cerrar capítulos, y no quiero que piense que es lo que hago, que he tirado la toalla con lo nuestro.

¿Debería hacerlo?, ¿dejarla marchar? Seguro que sería la solución más fácil... Quizá también la más cobarde.

La quiero, quiero a Ana. Parece que hasta cuando respiro solo lo hago por ella. No se me va de la cabeza y, si pudiera pedir ahora mismo alguna cosa, si un jodido genio azulado apareciera de repente en este despacho, lo que le pediría sería que ella estuviera aquí, conmigo, sentada en mi regazo.

Me froto los ojos al tiempo que dejo escapar el aire lleno de frustración. Vuelvo a leer el e-mail y una sonrisa se me medio dibuja en la boca. Me encanta la parte del paréntesis, es lo único que parece escrito por Ana.

¿Y el trabajo?

Por fin estoy en Londres, he conseguido todo por lo que he estado luchando a lo largo de mi carrera; con todo solucionado, en un puesto de gerente y a la espera de recibir las llaves de un maravilloso piso en el centro. Esto es lo que quiero, por lo que llevo tanto tiempo trabajando. Mi sueño..., ¿verdad?

Ya no lo tengo tan claro.

Debería verla. O llamarla. Tengo su número guardado en mi móvil español, que está... que está cogiendo mugre sobre la encimera del apartamento del Airbnb; muerto y sin batería desde hace días.

¿Y qué le voy a decir? ¿Qué cojones le digo?

Golpeo mi cabeza con el respaldo mullido de mi butaca. Lo hago varias veces, como si de esta manera pudiera sacar algo en claro, alguna respuesta.

Se supone que entre mis planes no está regresar a España... ¿Y si intentáramos una relación a distancia? ¿Alguna vez funcionan, aparte de en las películas?

¿Se vendría ella a vivir aquí?

Suelto un bufido. Justo le acabo de dar un buen motivo para no querer irse de España: *Flora urbana*. No necesito leer un e-mail para saber que está encantada de trabajar ahí.

«Mierda».

Muevo el ratón para que sus palabras no desaparezcan de mi pantalla.

Aunque la convenciera para que se viniera aquí conmigo, este tipo de cargos dentro de la empresa no son compatibles a la larga con la vida en pareja o la familiar. Lo sé, lo he visto en todos mis jefes. Te acabas casando con el trabajo, con el éxito y el dinero. Hay demasiados viajes, demasiadas reuniones, demasiadas comidas y demasiadas horas extra. Tienes que estar todo el tiempo disponible, el sueldo va con ello.

¿Quiero eso? ¿Ir de Chloe en Chloe toda mi vida?

La lluvia comienza a golpear con fuerza el cristal a mi espalda, escucho su traqueteo desesperado. Me giro hacia la ventana, por ella resbalan ríos grises, parece mercurio líquido.

Tengo que hablar con Ana, pero antes debería saber qué es lo que quiero decirle, aclararme. Porque es este trabajo o ella; las dos cosas, imposible. Porque es complicado, quizá demasiado.

# 43

*Ana*

Oigo a mis padres moviéndose por la casa, preparándose para la boda de Charlotte. Hoy es el gran día, dentro de unas horas mi mejor amiga contraerá matrimonio y, sin embargo, estoy desinvitada.

Me encojo en la cama. Como un caracol, me repliego sobre mí misma, hacia dentro, comprimiendo la tristeza que tengo metida en las costillas; la noto puntiaguda, encajada entre los huesos. Agarro la almohada y también me tapo la cara con ella, quiero opacar la claridad que entra por la ventana de mi habitación, que no me despierte: quiero que este día pase sin enterarme, sedada mientras duermo.

Mi madre se queja de algo, grita a mi padre. La oigo taconear escaleras abajo, está enfadada porque no encuentra una cosa.

Me alegro de que haga un día bonito, de que haga calor... Así no harán falta las mantas, así todo será perfecto.

Doy la espalda a la ventana, sobre mi mesilla de noche veo el despertador y la novela de asesinos en serie que hace unos días comencé a leer (no puedo enfrentar nada romántico ahora mismo). Mi móvil no está, lo desterré a la buhardilla junto a mi vestido verde viridián, bien lejos de mí para evitar tentaciones.

Ayer tomé una decisión: lo apagué. Y lo mantendré apagado durante todo el fin de semana. No es bueno para mí, es perjudicial

para mi salud; igual que una cajetilla de tabaco, me destroza por dentro y me genera adicción (debería llevar un aviso de esos, un «Fumar mata», pero en su versión para móviles: «Cogerlo mata»). Y es que he estado estos últimos días obsesionada con él (nivel TOC), esperando esas dos llamadas y comprobando (cada dos segundos y medio) que el volumen estaba encendido, que estaba al máximo.

No necesito verificar (cada dos segundos y medio) que la gente que quiero sigue con su vida hacia delante, sin pena y sin gloria: sin mí. No necesito constatar que la bilateralidad ha muerto, que solo yo me he quedado inmóvil en el pasado, incapaz de pasar página.

«¿Mirar su pantalla mata?».

—Paco, ¿tienes las bolsitas de arroz? Que Almudena dijo que lleváramos de más por si acaso —grita mi madre desde la planta de abajo.

Inspiro con fuerza en un intento por reprimir las lágrimas. Charlotte se casa y me encantaría estar con ella.

—¿Ana?

Aparto la almohada. Mi padre está en el umbral, duchado y con el traje puesto a falta de la corbata. Su cara de preocupación hace que se me escape un sollozo; me veo reflejada en sus ojos..., y soy tan patética...

—Eh, Ana. No llores. —Se acerca hasta mi cama y se sienta en ella. Comienza a acariciarme el pelo—. Sea lo que sea lo que haya pasado entre vosotras, no deberías dejar que llegue tan lejos. No puedes faltar a la boda.

—Fue Charlotte la que me pidió que no fuera. —Sorbo por la nariz —. Y fue muy clara, literalmente me lo dijo. Ella no quiere que esté ahí.

—¿Y tú no quieres ir?

—¡Claro que quiero! —me quejo, la pregunta es absurda.

—Entonces deberías levantarte y empezar a arreglarte.

—Papá, es muy probable que Rocío me haga una llave de *krav magá* si me ve cerca de la finca.

Mi padre suelta una risilla, pero no lo imito, lo contemplo muy seria. No estoy de coña, sé de lo que es capaz la rubia: me partirá el culo a hostias si cree que me paso un pelo. Y puede que pese diez kilos menos que yo, pero golpea como una bestia.

—Qué tonterías dices. Tus amigas te adoran, te quieren muchísimo. —Para él es fácil seguir pensándolo, no sabe nada de lo que ha ocurrido.

—No, no. —Hipo—. De verdad que prefiero quedarme aquí, en casa, tranquila. Voy a respetar su decisión y no fastidiarle la boda.

«Ya he hecho suficiente».

Vuelvo a recostar la cabeza. Mi padre tiene una mano apoyada en mi espalda y mira hacia la ventana. Pasan los minutos, pero no se mueve.

Quizá debería fingir tener algún plan, que me vea salir de casa con una excusa, aunque después vuelva a encerrarme aquí sola con mi angustia. Es probable que tal como estoy no quiera dejarme sola y, si mi padre no va a la boda, a Charlotte le sentará como una patada.

«¿Le digo que voy a lavar el coche?».

—Como no vayas, te vas a arrepentir el resto de tu vida —lo oigo decir. No lo miro—. Hay líneas que no se pueden cruzar, y no ir a la boda de tu mejor amiga es una. Si vas, dentro de unos años a las dos os costará acordaros de que discutisteis; pero, si no vas, Charlotte no olvidará jamás que no fuiste a su boda.

Aprieto los párpados, pero las lágrimas consiguen abrirse paso. Él continúa.

—Ana, la pasividad es también una acción, decides que las cosas se desarrollen sin tu interferencia. —Levanto la mirada hacia él—. Si quieres que algo cambie, tendrás que intentarlo al menos.

* * *

La finca donde se casa Charlotte está a las afueras de Madrid, en la base rocosa de la sierra e insertada en los primeros bosques. Es un lugar precioso que ha profesionalizado la celebración de este tipo de eventos; Charlotte tuvo que reservar con quince meses de antelación para conseguir hueco.

Entramos en la parcela, un segurata nos indica la dirección hacia el aparcamiento (o hacia la amplia explanada de gravilla que funciona como tal). Ya hay varios coches estacionados, aunque yo sé que el grueso de los invitados llegará dentro de dos horas, con los autobuses.

Mi padre aparca y salgo del coche, los tacones de aguja se me clavan en el suelo. Luzco mi vestido verde viridián con orgullo, como si aún mereciera llevarlo puesto; mi móvil está dentro del bolso de pedrería a juego, totalmente apagado (no vaya a ser que, al encenderlo, descubra que Charlotte me ha escrito por fin, pero solo para recordarme que estoy desinvitadísima).

Caminamos hacia la casa solariega que preside el terreno, es una construcción imponente de ladrillo arena y tejas oscuras. Mi madre no deja de quejarse de su tocado, que se le mueve, que le pesa, que tiene algo que le está pinchando... No la escucho, sujeto la mano de mi padre; este se ha colocado rápidamente a mi lado y me toma del brazo mientras me anima a dar un paso tras otro.

Quiero creer que somos como el Equipo A, oigo incluso la banda sonora de la serie en mi cabeza para darme coraje, como si

estuviéramos en una misión especial de rescate (sí, a veces puedo ser muy protagonista, y, sí, mi madre sería sin lugar a dudas Murdock).

Las puertas de la casa son enormes y de madera maciza, están abiertas de par en par. Entramos y al instante noto que mi pulso se acelera. Es un vestíbulo amplio; el suelo es de azulejo rojizo y hay unos arcos al fondo que dan a un jardín interior. La madre de Charlotte se encuentra en mitad de la sala, sola, y escribe algo en su teléfono. Lleva un traje de dos piezas púrpura y una rosa gigante en el pelo.

El corazón se me detiene al verla.

—¡Almudena, cariño! —chilla mi madre adelantándonos a mi padre y a mí—. Pero qué lugar más espectacular. Y qué guapa estás.

Mientras se abrazan, la madre de Charlotte levanta la vista de su hombro y nos ve justo detrás, a los dos. Su mirada se posa primero en mi padre, mucho más alto, pero después se escurre hasta mí, y juraría que se detiene en mi rostro más de un segundo largo.

Siento que la sangre se me sube a toda velocidad a las mejillas y me preparo.

—Hola, Almudena. Muchas felicidades —dice mi padre dando un paso al frente. Ella sonríe y le da un beso.

Se aparta. Inspiro: me toca.

Tengo miedo de que comience a reñirme, de que lo haga como cuando éramos pequeñas y nos pillaba probándonos su ropa; que me diga que aquí no pinto nada, que su hija me lo dejó bien claro el otro día y que me vaya. Sin embargo, la madre de Charlotte no hace nada de eso, me abraza.

—Ay, niña. Pero qué guapa estás —dice cerca de mi oreja, y me planta un beso sonoro—. Las chicas están cambiándose arriba. —Se retira un poco para mirarme a los ojos, a mí me está costando

horrores contener las lágrimas para que no arruinen mi maquillaje—. Ve por ese pasillo del fondo y sube a la segunda planta. Es la primera puerta, hay un cartel de madera en el que pone «Suite Jardín». Charlotte está ahí.

Cabeceo afirmativa. Ella vuelve a estrecharme con fuerza antes de dejarme marchar.

Atravieso el vestíbulo a grandes zancadas, el corazón me retumba por dentro y el aire me sale a trompicones de los pulmones. La banda sonora de *El Equipo A* me acompaña, otra vez suena en mi cabeza (sí, soy una papelona) mientras subo las escaleras. Llego al momento a la segunda planta, casi me doy de bruces con la habitación. La puerta es de roble, «joder, cómo impone».

Tomo una bocanada de oxígeno. Estoy muerta de miedo, también de nervios. Pero quiero que las cosas cambien, no arrepentirme para siempre de este día.

Toco, tres golpes rápidos a la puerta dados casi sin pensar, antes de que pueda echarme atrás. Al principio, nada, pasan los segundos y no sé si me han oído o me he equivocado de habitación («Ha dicho suite Jardín, ¿no?»). Estoy a punto de volver a intentarlo cuando la puerta se abre.

Es Rocío.

«Mierda».

La rubia me observa de arriba abajo con los ojos tan cerrados que parecen un par de rendijas. Está enfadada, enfadadísima, y me estoy quedando corta.

Trago saliva.

—¡¿Dónde cojones estabas?! ¡Llegas un puto año tarde! —Me agarra del brazo y me mete dentro.

La habitación es rústica como el resto de la casa, el techo alto y el suelo de madera oscura. La maquilladora espera junto a un tocador

con todo preparado y Belén está sentada en el sofá que hay justo al lado. Lleva su vestido rojo con un chal del mismo verde viridián que el de las damas de honor y que no le pega ni con cola.

No veo a Charlotte.

—¡Te he llamado unas quinientas mil veces! —continúa Rocío mientras me sigue empujando por la habitación; paso delante de Belén, que me sonríe—. ¿Es que ya no coges el teléfono? Está ahí, encerrada. —Señala la puerta junto al sofá y responde a la pregunta que me llevo haciendo desde hace unos segundos—. No quiere salir ni ver a nadie. ¡Habla con ella y soluciónalo ya!

Me deja frente a la puerta y se cruza de brazos. La miro asustada, ella hace un gesto con la barbilla, uno que significa «O entras o te entro yo a la fuerza».

Me sudan las manos, cojo la manilla y empujo el portón de madera.

Charlotte se vuelve hacia la entrada al oírme abrir. Está sentada al filito de la cama de matrimonio, al lado de la ventana. Lleva todavía la bata y los rulos en el pelo, y tiene el rostro totalmente corrido en lágrimas.

—Hola —digo cerrando la puerta.

No responde, durante unos segundos solo me mira en silencio. Después se levanta y va hasta mí; nos abrazamos con fuerza y comienzo a llorar.

—Lo siento —digo apretándola contra mi cuerpo—. Lo siento muchísimo, Charlotte.

—Yo también lo siento. No estuvo bien lo que te dije, que no vinieras... —Se le corta la voz—. Me he sentido muy mal estos días.

—Quería pedirte disculpas, explicártelo todo...

—Yo también. Estuve a punto de llamarte, pero no sabía..., no me atreví... —La interrumpe un sollozo.

Lloramos juntas, la una en los brazos de la otra, durante varios minutos enteros. Y solo puedo pensar en la suerte que tengo, porque mi amiga me quiere, porque no ha dejado de hacerlo, porque yo también la quiero, porque nuestra amistad va a resistir a la peor fase de *bridezilla* de la historia y a una capulla mentirosa como yo. Porque somos indestructibles. Porque todo tiene arreglo.

Nos separamos para mirarnos a los ojos, las dos estamos hechas un cristo, un par de Magdalenas.

—¡Te has cortado el flequillo!

«Oh, joder».

—Eh..., sí. Y me queda fatal. —Hundo la cabeza de nuevo en su hombro—. Tenías razón, parezco una seta.

La oigo reír.

—No, boba. —Me coge la cara para examinarme—. No te queda mal. En serio. Supongo que la que es guapa lo es siempre.

Sonrío, pero ella se pone muy seria de repente.

—Belén habló conmigo —continúa—. Me lo explicó todo. Siento haber sido una auténtica zorra durante estos meses.

Río y me enjugo una lágrima.

—Yo siento haberme enamorado de Viggo.

—Ya, yo también siento eso. —Pone los ojos en blanco—. Pero te entiendo, el cabrón está buenísimo.

Soltamos una carcajada a la vez y volvemos a abrazarnos.

—¿Ha venido? ¿Está aquí? —pregunta, y me mira—. Sería de coña que El-que-no-debe-ser-nombrado estuviera al final en mi boda. La Charlotte de quince años fliparía.

—La Charlotte de quince años tendría un superdiscurso preparado para soltarle en mitad de la iglesia, delante de todos los presentes —añado sonriendo.

—¡Sí! —Da un saltito—. Justo en el momento en el que el cura dijera: «Si alguien tiene algo que decir, que hable ahora o calle para siempre».

—Exacto. —Asiento con la cabeza, divertida—. La Charlotte de quince años cogería el micrófono y, delante de todos los invitados, le diría que ha encontrado al hombre perfecto y que ha perdido su oportunidad. Seguramente también diría que la tiene pequeña, lo haría de una forma sutil porque estarían nuestros padres delante, pero sembraría una duda razonable entre todos los presentes.

Charlotte se empieza a reír, le entra todo un ataque de risa y se arquea hacia delante. Yo continúo, animada por sus carcajadas.

—Y Rocío te quitaría entonces el micro y lo diría claramente, tal cual: «¡Polla chica!», o algo por el estilo.

Charlotte se cae al suelo y me tira con ella. No paramos de reír.

—Sí, seguramente lo haría —dice poco después, todavía casi sin poder respirar—. ¿Sabes que en su momento Ro quiso hacer camisetas con su cara y unos cuernos? En plan aviso para las demás chicas: «Es el demonio, huye». O: «No te enrolles con él». Las quería vender por el pueblo y todo. —Río mientras niego con la cabeza—. Menos mal que hemos madurado...

Le dedico una mirada interrogante. Charlotte pone los ojos en blanco.

—Tú ya me entiendes —añade con los últimos espasmos de risa traqueteando en su pecho—. Pero algo sí que hemos madurado, ¿no? Lo suficiente para que no tengas que preocuparte de que coja el micro y me meta con tu novio —dice, y me guiña un ojo.

Sonrío unos instantes, pero solo unos segundos más, hasta que la realidad regresa para atravesarme por dentro, para recordarme que estoy rota, que estoy sola. Porque la verdad es afilada, persistente, y también una grandísima hija de puta.

Charlotte se da cuenta de que algo va mal al momento.

—Ana, ¿qué pasa? —pregunta con gesto preocupado, se incorpora levemente para mirarme mejor—. ¿Qué he dicho? Estoy de broma. Lo sabes, ¿no?

—Se fue. A Londres —consigo decir con medio sollozo, todavía tendida en el suelo—. Ya... ya no estamos juntos.

La cara de Charlotte es todo un poema. Yo asiento con la cabeza, pero más para mí, como queriendo asimilarlo.

Viggo se ha ido, me ha dejado. Más que eso, lo que hizo fue coger un AK-47, un jodido Kalashnikov, y acribillar al millón de mariposas que revoloteaban alegres en mi estómago. Después las roció con litros ingentes de gasolina y les prendió fuego.

Estoy deshecha y llena de nada, de gris y de ceniza.

—Lo siento mucho, Ana... —Charlotte me abraza otra vez, lo hace mientras me quiebro, como si quisiera volver a unir todos los pedazos que él ha dejado atrás—. Ahora me lo cargaba. Tiene suerte de no estar en España.

Resoplo una sonrisa.

—¡Bien, bien! Todas nos queremos y todas odiamos a ese capullo. —Rocío irrumpe de repente en la habitación (casi nos pisa)—. ¡Vamos, chicas! ¡Arriba! Luego podremos emborracharnos y llorar nuestras penas juntas, pero ahora... ahora hay que prepararse. El espectáculo debe continuar.

# 44

## *Ana*

—No entiendo por qué te ha dado el ramo —dice mi madre sentada en el asiento delantero del coche—. Si tú no piensas casarte.

«Ya empezamos...». Suspiro y me hundo en el asiento de atrás.

Son las ocho de la tarde y conducimos de vuelta a casa. He preferido marcharme temprano con mis padres, poco después de que empezara la fiesta. Belén ya recogía y Rocío había comenzado a ponerse bizca; dice que tenemos que hablar y las broncas con las amigas es mejor tenerlas de una en una.

—¿Has oído lo que he dicho, Ana? —Se gira para mirarme—. Que no sé por qué te lo ha dado, que tú no piensas casarte.

Pongo los ojos en blanco como respuesta. Tengo el buqué en el regazo y jugueteo con las florecillas entre los dedos. Charlotte me lo ha dado durante el banquete, me ha dicho que le hacía ilusión que lo tuviera, que me quería («muchísimo») y que deseaba que todos lo supieran: yo era su persona favorita de la sala y del mundo entero.

—Y es que encima te da igual, ¡ni siquiera lo niegas! —añade mi madre indignada—. Todas tus amigas están establecidas, con sus parejas serias, y tú... tú sin querer madurar. Debería darte vergüenza. A mí me la daría...

—Lourdes, por favor... —se queja mi padre mientras conduce—. Tengamos la fiesta en paz.

No sé ni por qué lo intenta, yo ya ni la escucho. Es un superpoder que he desarrollado después de vivir dos semanas con ella (y es mucho mejor que el de la invisibilidad).

—¿Qué, Paco? ¿Es mentira? —lo increpa—. Empieza con Paolo Zurina, un chico diez, totalmente fuera de su alcance. Rico, educado, guapo... ¡Famoso! Y lo deja. —Se vuelve para fulminarme rápida con la mirada; lo de Paolo es algo que no supera—. Después a su ex, Ernesto, le da una pájara, porque ya me dirás tú qué tiene tu hija que no tuviera la otra, que era más guapa, más joven y, seguramente, más salada. Y va y le dice que no. *¡Que no!* —recalca —. ¡Pero ¿qué se ha creído esta?! Yo, de verdad...

Suelto el aire con fuerza, con alevosía y profundidad, en diez segundos. Quizá habría sido mejor quedarme en la discoteca con Rocío y aguantarle el pedo.

—Y después está lo del pelirrojo —continúa, y ahora sí me quedo blanca, es el efecto que tiene que mencionen a Viggo en mi presencia—. Que tú, Paco, no lo sabes. Pero a mí me lo contó Almudena, porque su hija no es como la nuestra, hermética, sino que habla con sus padres. —Otra vez se gira hacia mí para dedicarme una mirada furibunda, una de «niña-desagradecida-cuánto-más-me-vas-a-hacer-sufrir»—. Era el ex de Charlotte y el jefe de tu hija, ¿sabes? Pues empezó con él, Paco. Los dejó a todos por él, y luego: ¿dónde está, Ana?, ¿dónde está ahora? —Me interpela desde el retrovisor; no contesto—. No me sorprendería que lo hubieras mandado a paseo, que lo hubieras obligado a irse a Londres. Porque ahí es donde vive, ¿no?

La mano me tiembla entre las hortensias.

—Lourdes, si la niña no quiso, por algo sería —dice mi padre. Ha empezado a levantar los hombros, y eso solo lo hace cuando está muy nervioso—. Deja de dar la turra con eso de una vez.

—¡¿Ves?, ese es el problema, Paco! Que tu hija es una niña mimada que piensa que ningún hombre está a su altura. ¿Y sabes de quién es la culpa? —pregunta mi madre—. Tuya. ¡Tuya, Paco! Le has llenado la cabeza de pájaros, desde pequeña, a tu princesita. La has convencido de que se merece a un príncipe azul y encantador, de que puede exigir mucho cuando ella no ofrece nada. Pues no, Ana, ¿te enteras? —Se vuelve—. Hay que crecer. Ya es hora, bonita.

Niego con la cabeza sin dejar de prestar atención al paisaje exterior.

—Ana, ¡Ana Francisca!, ¿me estás escuchando? Te estoy hablando, hija.

—Sí, mamá. Sí que te escucho. —Me giro hacia ella y le clavo la mirada, una de «deja-de-ser-tan-arpía-y-pesada»—. Si no digo nada es porque... —Me interrumpo unos instantes y analizo su cara de enfado. Mi madre está agarrada al respaldo de su asiento y hace un gesto impaciente para que continúe. Cuadro los hombros y digo—: Porque pienso que tienes toda la razón. Sí, toda la razón. Es cierto: no quiero casarme. No quiero. O, al menos, no es lo que ahora mismo más me preocupa.

Se tapa la boca horrorizada. Yo cabeceo afirmativa con una sonrisa gigantesca, triunfal.

—¿Qué?... ¡¿Qué dices, Ana?!

—Es verdad, mamá. Tú misma lo has dicho. Si me hubiera querido casar *de verdad* —recalco, y noto que ahora la que está pálida es ella—, no habría hecho nada de lo que he hecho. No habría dejado a Paolo, que, como sabrás, ya tiene nueva novia y parece que van súper en serio. O le habría dicho a Tito que sí, que nos casábamos. Total, lo conozco de toda la vida, ¿no? —Alzo las cejas—. Tendríamos más papeletas de no acabar en divorcio que muchas otras parejas que se comprometen a diario...

—Ana..., pero ¿cómo que no quieres casarte? —repite asustada.

La ignoro y añado:

—Y al pelirrojo, mamá, le cerré la puerta en todas las narices, ¿sabes? Literalmente. Vino a mi piso, quería hablar, arreglar lo nuestro después de una superpelea que yo misma provoqué —puntualizo. Una parte de mí, una de la que no debería estar especialmente orgullosa, está disfrutando de la cara de total espanto de mi madre. Esto es su peor pesadilla, que a su hija ya no es que no la quieran, sino que sea ella la que no esté interesada en casarse —. Y yo, ¡pum!, en toda la cara, le cerré la puerta. Le dije que no podía hablar, que no perdiera el tiempo.

Comienzo a reír, como una chiflada. No sé por qué, pero la situación de pronto me resulta divertidísima, muy cómica. Me veo reflejada en los ojos de mi madre y me hace gracia su gesto de cortocircuito total, de tener ganas de abrir la puerta y tirarse del coche en marcha.

No sé, pero no puedo parar.

—¡¿Ves, Paco?! ¡Lo que te decía! —Se gira hacia mi padre ignorando mis carcajadas—. ¡Está loca, no quiere casarse! ¡Mira lo que has conseguido! No tendremos nietos ni celebraciones...

Sigue hablando, mi padre también se ríe ahora.

«¿No quería tener razón? Pues toma».

Me acomodo en mi asiento (satisfecha) y fijo la vista en la ventanilla como si la discusión de delante no tuviera nada que ver conmigo. Los árboles pasan veloces, los veo a través del cristal. El atardecer ya empieza a derretirse sobre las últimas colinas a lo lejos, un azul mudo, perezoso, que se va tiñendo de rosa...

«¿Y si...?

»¿Y si de verdad tiene razón? ¿Soy yo la culpable de que Viggo esté en Londres y ni se haya planteado regresar?».

La risa se me apaga de golpe.

1. No he vuelto a llamar a Viggo, ni una sola vez. Tras nuestra primera discusión, en mi piso, le hice dos llamadas perdidas (y orgullosas) y ya está: solo dos tristes llamadas, eso es todo. Podría haberlo llamado ayer, por ejemplo, ¿no? O anteayer, o el miércoles, o el martes, o el lunes o el domingo. Pero, no, no lo he hecho, me he limitado a esperar un «en otro momento» y a no generarlo por mí misma. Y no he sido franca con él, no he intentado hablar claro y poner las cartas sobre la mesa en ninguna ocasión.
2. Cuando hablamos por teléfono mientras recogía sus maletas en el aeropuerto de Heathrow, no le pedí disculpas. Me había prometido que lo haría a la menor oportunidad que tuviera, pero en aquel momento preferí hacerme la dura, la fría. Estaba demasiado preocupada por que no notara cuánto lo echaba de menos, las ganas que tenía de saber si pensaba regresar a España o si yo aún formaba parte de sus planes. Colgué llena de despecho y con mil cosas por decir.
3. En el e-mail que le escribí para darle las gracias por haberse preocupado tanto por mi futuro, por haberme conseguido el trabajo de mis sueños («Joder, es que no pudo ser más lindo, la verdad»), fui lo más correcta, lo más chirriantemente robótica posible. ¿Y si hubiera dejado ese «¿No sabes que ya no sé vivir sin ti?» que borré? ¿O le hubiera escrito la verdad, que lo echaba de menos y que lo necesitaba de vuelta?

Siento que las fuerzas me flaquean.
«No llores, Ana. Aquí en el coche, no».

—... tu hija lo hace para molestarme —continúa mi madre de fondo—. Sí, Paco, no te rías...

Recuerdo que hubo un tiempo en el que me propuse coleccionar atardeceres con Viggo, quería tener miles de puestas de sol a nuestras espaldas. ¿Qué pasó con eso?

Pestañeo, me pican los ojos.

4. Nunca le he dicho que lo quiero.

El pecho se me estrecha de repente, me encojo sobre mí misma por el dolor. Todos los pedazos que tengo partidos por dentro me pinchan, me escuecen. Cojo aire angustiada, me noto naufragar y mi risa de hace unos momentos me parece muy lejana. Lo que daría por ver a Viggo una vez más, por tenerlo a mi lado para poder abrazarlo, para poder enterrar mi nariz en su cuello e inhalar (en modo yonqui) ese *aftershave* tan adictivo que usa. Tenerlo piel con piel. Encima, debajo.

Dentro.

Aprieto los párpados. Llevo mi inspiración a cinco y trato de expulsar el aire en ocho segundos.

«... seis, siete... Si soy mortal, ¿cómo es que he muerto ya tantas veces? Cada vez que pienso en él, me siento morir».

—... a partir de ahora dividiremos la nevera —oigo que prosigue mi madre—. Tú, Ana, te harás tu propia compra y la meterás en tu estante. Prohibido comerte mi comida, se acabó lo de ir de gorra...

Cojo aire de nuevo, lo hago otra vez de manera pausada. Viggo no sabe que lo quiero porque soy una puta cobarde. Arranco una florecilla inocente del ramo y la aplasto entre mis dedos.

«Una cobarde».

—... aunque sea simbólico, Paco. Debería pagar un alquiler, al menos. No me niegues con la cabeza, que también es mi casa...

«¿Y si he dejado que mi pasividad se convirtiera en una derrota?

»¿Es demasiado tarde?».

—... doscientos euros. En el centro, nuestra hija pagaba mucho más del doble y era solo por una habitación...

—Papá, necesito que me lleves al aeropuerto ahora —digo interrumpiendo a mi madre.

—¿Qué? —Me mira desconcertado desde el espejo retrovisor.

—Que necesito que me lleves al aeropuerto. Tengo que hacer una cosa, urgentemente.

* * *

¿Sabes cuando en las películas el chico corre por el aeropuerto para impedir que ella se suba al avión? Pues yo soy algo por el estilo ahora mismo, pero en su versión más cuñado.

Salgo del coche de mi padre disparada con mi traje largo verde metiéndoseme entre las piernas, me hace tropezar y en varias ocasiones estoy cerca de frenar con la cara en el suelo. Los pasajeros, cargados de maletas, me miran sorprendidos y se apartan como pueden a mi paso. Entro en el edificio de la terminal y también corro, busco una oficina aérea que esté vacía o que tenga muy poca cola.

Me marcho a Londres. No sé muy bien cuál es el plan, todavía no lo he decidido. Lo que sí sé es que cogeré el primer vuelo que me lleve a Inglaterra y luego... Luego, quizá el lunes, me vaya a la sede de Goday Media. Sí, buscaré dónde están ubicados y me plantaré ahí y preguntaré por él. Porque necesito hablar con Viggo y rescatar lo nuestro. Porque necesito que sepa que lo quiero.

(Soy consciente de que mi plan también suena a acosadora-psicópata, pero ¿no son todas las heroicidades románticas en realidad auténticas locuras?).

Diviso un mostrador vacío y me meto el último esprint.

—¡Necesito un vuelo para Londres, por favor! ¡El primero que tengan! —digo apenas sin aliento.

La empleada de la aerolínea, que habla por teléfono, me estudia con la mirada. Con descaro, como si fuera una chiflada salida del manicomio, analiza la corona de flores que aún llevo en el pelo y baja hasta la parte de mi vestido de fiesta que alcanza a ver desde detrás del mostrador.

—Puri, ahora te llamo. —Cuelga—. Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla?

Cojo aire, me ha entrado hasta flato.

—Necesito un billete para Londres.

—¿Un billete para Londres?

—¡¡Sí, por favor!! —Pero ¿esta tía es tonta?, ¿qué es lo que no entiende?

—En esta oficina no vendemos billetes.

—¿Cómo que no vendéis billetes? —Me hago hacia atrás para mirar el logo luminoso del cartel de la aerolínea.

—No. Aquí gestionamos pérdidas de equipaje, retrasos, reclamaciones...

—¡¿Y dónde demonios se supone que voy a comprar un billete entonces?!

—La gente los suele comprar por internet —señala como si ya hubiera decidido que sí, que me he escapado de algún centro especializado—. Desde su móvil, por ejemplo.

Noto que de golpe se me enciende toda la cara.

—Ah..., claro. ¡Claro! Muchas gracias —digo muerta de vergüenza, y me alejo del mostrador.

Nota mental: En las películas de los noventa no existían los *smartphones*.

Tomo asiento en una de las butacas de plástico que hay repartidas por el aeropuerto, junto a un señor hindú que estudia con interés mi atuendo.

«Ya, ya...».

Saco el móvil de mi bolsito joya y lo enciendo. Tarda un poco, taconeo impaciente con el zapato. Tengo varias llamadas perdidas: una de Rocío y... siete de Viggo.

El teléfono se me cae de las manos.

—Señorita, señorita, tome —dice el hombre con un fuerte acento.

—Gra-gracias —tartamudeo.

«¡¡VIGGO ME HA LLAMADO!! ¡¡VIGGO EKMAN ME HA LLAMADO!! ¡¡¿SIETE VECES?!!».

—¿Se encuentra bien? —pregunta.

—Eh... Sí, sí.

Inspiro profundamente, tengo el pulso en los oídos. Pero no espero: le doy a devolver la llamada.

Suena el primer tono. «Uno». El segundo. «Dos». El tercero...

—¿Ana?

Me quedo sin aire.

# 45

## *Ana*

—¿Ana, me oyes?

—Sí, sí. Hola, Viggo —contesto al fin con un hilo de voz y con toda la sangre burbujeando bajo mi piel—. ¿Qué tal?

«¿Qué tal?».

—Bien, bien. Estoy en Madrid, Ana. Te he estado llamando desde el viernes para avisarte de que venía...

Miro al hindú con los ojos muy abiertos, como diciéndole: «¿Te lo puedes creer? ¡Está en Madrid, Viggo está en Madrid!». El señor arruga el gesto confundido y aparta la vista hacia el otro lado.

—... llegué anoche, después del trabajo.

—¿En Madrid? —repito sin poder creérmelo.

—Sí, en Madrid. ¿Le pasa algo a tu móvil? Me sale todo el rato que lo tienes apagado.

—Eh... No, no le pasa nada, que yo sepa. Yo... He recibido todas las llamadas, quiero decir... —Toso y cambio de tema—. ¿Y... y qué haces en Madrid, Viggo?

—He venido a verte —dice a la defensiva, como si fuera lo más obvio del mundo, y doy gracias por estar sentada—. Tenemos que hablar. Quedamos en que lo haríamos, ¿no?

El corazón me retumba en el pecho y un hormigueo me recorre toda la piel. Ahora que ha llegado ese «en otro momento» me doy cuenta de lo mucho que me aterra.

—Sí, es verdad. Perdona. —Me aclaro la garganta para que el timbre de mi voz no delate mis nervios—. Eh..., me has cogido un poco por sorpresa, solo eso.

—Me habría gustado llamarte antes, pero el trabajo en Londres ha sido una auténtica locura. Un caos completo... No te estoy echando nada en cara, lo de Bolera Enterprises es cierto que hubo que solucionarlo, y luego no han dejado de sucederse cambios. —Carraspea, creo que incómodo—. Y he tenido que tomar decisiones, ¿sabes? Sobre mí, sobre nosotros... No quería marearte sin estar seguro de qué iba a hacer.

«Joder...».

El pulso me va muy rápido, necesito que aminore porque, si no, me va a dar un infarto. Siento que estoy en un campo de minas: tengo miedo de añadir algo y fastidiarla, pero también tengo miedo de callarme y permitir que él la fastidie.

Tengo miedo de que Viggo sea esa clase de hombre serio y de palabra que te llama porque prometió que lo haría, pero solo para decirte que te desea toda la felicidad del mundo y que cada uno por su lado. Es una putada tener a un hombre bueno y darse cuenta de ello en el momento en que te deja.

Suelto el aire y hundo los hombros.

—Ya entiendo. E-es normal —consigo decir.

—He trabajado mucho para estar donde estoy ahora. Y, desde siempre, me he enfocado en mi carrera, priorizándola frente a todo lo demás.

Asiento con impotencia. No quiero oírlo, en serio que no.

«¿Y si le cuelgo? Se supone que mi móvil va mal, ¿no?».

—Pero me he dado cuenta de que en realidad eso no es lo que quiero en mi vida —continúa—, y tampoco quiero que la distancia termine perjudicándonos. Hay cosas que son mucho más

importantes. Y tú ahora estás en el trabajo perfecto para ti, no puedo pedirte que lo dejes todo y te vengas conmigo a Londres. —«Pídemelo, por favor»—. Así que he decidido volver yo a España. He hablado con James, uno de los jefes de allí, en Londres, y dice que no pondrán pegas. No será inmediato, tardaré unos meses en gestionarlo todo. Tengo que terminar unas cosas antes...

Dejo de escucharlo. Aspiro por la sorpresa, me dan ganas de abrazar a mi hombre desconocido-hindú, pero este ya se levanta de la silla y se marcha. No me lo puedo creer. ¿Viggo vuelve a España? ¡¿VIGGO SE VIENE?!

—¡¿Que vuelves?! —chillo emocionada.

—Sí, Ana. —Oigo cómo se ríe al otro lado de la línea—. Vuelvo. He conocido a una chica que ha roto todos mis esquemas. Una chica maravillosa y dulce, un poco loca —puntualiza, y me río—, que me ha hecho replantearme las cosas y por la que estoy dispuesto a dejarlo todo si ella quiere.

—Espero que esa chica sea yo, porque, si no, menuda llamada de mierda.

Vuelve a reír, y yo con él.

—Cielo, estoy loco por ti.

—Yo... —sonrío como una tonta— yo también estoy loca por ti, Viggo. Te he echado mucho de menos y... —Me muerdo el labio sin atreverme a soltar ese «Te quiero» que tengo secuestrado. Siento que comienzo a evaporarme, la piel me pica de felicidad.

—¿Dónde estás, Ana? Necesito verte ahora —dice de repente.

—Yo..., eh...

«Mierda».

—¿Ana?

—Sí, estoy... —Como le cuente lo de mi superfantástico plan, quizá decida quedarse en Londres.

—¿Dónde?

—Vale, pero no te rías. O no te asustes —digo.

—¿Cómo? —Ya lo oigo reír, es que no puedo pedirle nada.

—Estoy... estoy en el aeropuerto.

—¿En el aeropuerto? ¿Por qué?

—Me iba a Inglaterra. A buscarte.

Silencio.

«Joder, joder, joder».

De pronto comienza a descojonarse; no para de reír, es como si lo viera.

—¡Viggo! —me quejo.

—¿Te ibas a Londres? ¿Y qué pensabas hacer?, ¿ir tocando puerta por puerta hasta encontrarme? Sabes que es una ciudad muy grande, ¿verdad? —La risa entrecorta sus palabras.

—Vale, quizá no haya sido un plan muy meditado. Lo acabo de decidir todo hace unos minutos. Pensé, no sé..., que me habías dejado. Dijiste que hablaríamos, pero pasaban los días y no llamabas, así que me dije: «Ya está, *ghosting*».

—¿Qué?

—Sí, y yo quería verte..., necesitaba hacerlo. Por lo menos para decirte cuánto me importas y, tal vez, hacerte cambiar de opinión... —Me callo, es decirlo en voz alta y morirme de la vergüenza por lo absurdo (y siniestro) que suena todo—. Eh..., sí. —Carraspeo—. En realidad, era un plan genial, ¿sabes? Lo que tú te me has adelantado.

—Me muero por escucharlo, cielo. —Casi puedo oírlo sonreír—. ¿Vienes a mi casa y me lo cuentas?

—No tengo coche. —Otra vez se le escapa media carcajada.

—Venga, vale. Voy a por ti. ¿En qué terminal estás?

* * *

Distingo su sonrisa casi a kilómetros de distancia, mucho antes de que detenga el coche a mi lado, junto a la puerta de la terminal.

—Bonito vestido —dice saliendo del Lexus—. Dime, por favor, que formaba parte de tu superplán.

Niego con la cabeza. Los ojos le brillan luminosos y a mí me duele la mandíbula de tanto sonreír. Los últimos rayos de sol caen al fondo, en el horizonte. Está guapísimo, lleva una camiseta gris y unos vaqueros; va muy de andar por casa, cruelmente sexy. Acaba de rodear el vehículo y se planta frente a mí, más alto de lo que recordaba. Solo han pasado dos semanas, pero siento una extrañeza latente, como si esta fuera nuestra primera cita, como si hubiera olvidado cómo encajaban nuestros cuerpos en un mismo espacio.

Sus brazos rodean mi cintura estrechando la distancia que nos separa, y el olor a limonero regresa para impactarme en el pecho. De nuevo siento las mariposas aleteando en mi estómago, lo hacen de entre sus cenizas.

Podría volar; si me lo propusiera, estoy segura de que lo conseguiría.

—Eres toda una *red flag* con patas, lo sabes, ¿verdad? —dice mientras sus manos se deslizan sobre la tela de mi vestido.

—Es romántico —lo corrijo—. Y lo romántico muchas veces roza lo ridículo.

—Yo creo que en realidad estás... un poco chiflada —susurra, y pega su frente a la mía; su aliento cosquillea debajo de mi vientre, me hace temblar—. Entonces, ¿qué, cielo? Explícame eso: ¿me voy a Inglaterra y ya desaparezco para siempre de tu vida? A lo Houdini, ¿nunca más vuelves a saber de mí?

Río y me echo hacia atrás. Viggo ciñe sus manos fuerte a mi espalda para que no pueda escapar.

¡Típico de los hombres! Él no sabe lo que he sufrido, no ha visto ninguna de las películas que me he montado en mi cabeza.

—No te rías, casi muero del dolor —digo burlona, y paso mis brazos alrededor de su cuello.

—Ay, pero qué exageradita es mi chica. —Niega con la cabeza—. Si solo han sido unos días.

Sonríe e insufla aire a mis pulmones, hace que quiera bailar. No aparta los ojos de los míos y su mirada es líquida y azulada; como el mar que envuelve las Maldivas, un turquesa infinito.

—¿Es que no sabes que no puedo vivir sin ti? —añade, y de un tirón me acerca a él pegando su cuerpo contra el mío.

No me da tiempo ni a protestar, se inclina y sus labios atrapan la sonrisa que se me forma al oírlo. Y advierto, en ese preciso instante, que mi corazón estalla de pura felicidad: porque él está aquí, conmigo, y lo está por mí.

Y me cosquillean de pronto todas las esquinitas del cuerpo, y siento que mis huesos pesan menos y que soy invencible.

—Ana... —murmura sobre mis labios—. Me vuelves loco.

Viggo no lo sabe, pero por él me mudaría a Afganistán.

Nos abrazamos con fuerza, noto que inspira el olor de mi piel. Uno, dos segundos... Siete.

—Entonces... —comienzo a decir envuelta aún por sus brazos y con los dedos haciendo caracolitos en su pelo—, ¿cuándo regresas a Londres?

Necesito saber el tiempo que tenemos. Las horas, los minutos y los segundos que nos quedan y que, ahora mismo, estamos desaprovechando los dos aquí, de pie, tan vestidos.

—Tengo que irme mañana por la noche. El lunes trabajo.

—Nooo... —me quejo.

Viggo se gira para mirarme a la cara. Tiene una sonrisa inmensa, de las que hacen daño en las comisuras de la boca.

—Pero el finde que viene regreso y, si quieres, lo podemos pasar entero juntos.

Resoplo, no es suficiente. No quiero que se marche. Se inclina de nuevo y me planta un beso rápido en los labios.

—Yo creo que no deberías irte, tienes muy mal aspecto —digo entonces, y él arruga el gesto confundido—. Sí, tienes una cara horrible. Seguro que estás enfermo. —Pongo mi mano sobre su frente—. ¿Ves?, lo que decía. Estás ardiendo.

Vuelve a sonreír, lo hace con una curva lobuna.

—Deberías quedarte en la cama. Descansando —añado.

—¿Descansando?

Asiento con la cabeza, divertida. A él le brillan los ojos, ahora con malicia. Coge mi mano y besa la palma.

—Bueno..., descansando o sudando —concluyo más nerviosa—. Dicen que sudar también es muy bueno para la fiebre, ¿sabes?

Suelta una carcajada. Aprovecho y paso otra vez mis brazos alrededor de su cuello, quiero tenerlo tan cerca como sea posible.

Me quedo así, quieta, abrazándolo.

—¿Y por qué no te vienes tú? —pregunta junto a mi oreja segundos después. Ladeo la cara para mirarlo—. Sí. Aún no has empezado a trabajar en la nueva revista, ¿verdad? ¿Por qué no te vienes unos días conmigo a Londres? De vacaciones. Podrás comer el pescado frito que quieras, todo un verdadero manjar —aclara, y me echo a reír—, fingir que bebes té y... cuidarme, que al parecer estoy muy malito.

Abro mucho los ojos, el corazón me tamborilea.

—¡Joder, sí! Me encantaría irme contigo.

Viggo sonríe todavía más. Me fijo en su boca. Está afeitado, pero encima de su labio superior se adivina el vello, puntitos oscuros muy apretados. Y quiero besarlo justo ahí, arriba.

Pero también quiero hacerlo debajo.

Quiero morderle las comisuras y aspirar su aliento. Quiero morirme por dejar de respirar al besarlo.

¿Qué importará el oxígeno estando su boca ahí, tan cerca?

Es posible que Viggo lea mis pensamientos, porque pega sus labios a los míos y nos besamos con tanta hambre, con tanta fuerza, que hasta me hago daño. Porque lo quiero. Lo quiero hasta el infinito; puede, incluso, que hasta más lejos.

—Estás preciosa —dice de pronto, y sus manos en mi cintura vuelven a resbalar con la tela—. ¿Por qué llevas este vestido tan elegante?

—Vengo de la boda de Charlotte.

Asiente y sonríe. Yo quiero que me lleve a un lugar escondido y me lo quite.

—¿Y te han sacado a bailar? —pregunta.

Sin soltarme del todo, se echa hacia atrás y mete el brazo por la ventanilla abierta de su coche. Veo que sube el volumen de la radio; suena una canción lenta, creo que es de Coldplay.

—¿Qué haces? —pregunto sin poder esconder la sonrisa que se me empieza a abrir en la cara. Él me quita una de las manos de su cuello y se la lleva a los labios para besarla; después comienza a moverse de manera pausada junto a mí, al ritmo de la música y haciéndome bailar con él.

La alegría se me escapa atropellada del pecho.

—Una vez me dijiste que te gustaría que te sacaran a bailar en público —explica obligándome a dar una vuelta sobre mí misma. Compruebo entonces que toda la terminal nos empieza a mirar, que

incluso hay algunas personas que nos sacan fotos—. Que querrías encontrar a un hombre tan enamorado de ti que no pudiera resistirse a hacerlo.

—¿Eso dije?

Cabecea y me devuelve la sonrisa. En un movimiento me aleja y en otro me arrima de nuevo a él. Río divertida, tremendamente feliz. Lo quiero, lo quiero todavía más por este tipo de cosas.

—*«Look how they shine for you...»* —comienza a tararear junto a mi oreja.

—¿Vas a regresar a España, Viggo? —susurro, el corazón me quema por dentro—. ¿Te quedarás aquí conmigo?

Me mira y su turquesa se me clava en la piel, una caricia eléctrica y muy profunda.

—Cielo, no pienso irme lejos de tu lado —dice—. Te quiero, Ana.

Contengo las lágrimas, de pronto me cuesta respirar.

—Yo también te quiero. Eso era justo lo que iba a decirte en Londres.

# Epílogo

## *Ana*

Hay varias ~~reglas~~ **cosas que adoro** en esta vida:

1. El olor del desodorante cítrico de mi novio.
2. Los atardeceres.
3. La forma en que Calcetines, nuestro gato, reclama mis caricias (se tumba sobre mis piernas panza arriba; parece más un perro que un felino).
4. Los abrazos sin motivo ni límite de tiempo.
5. Los festivos con lluvia encerrados en la cama.
6. La manera en que Olguita, la hija de Belén, pronuncia mi nombre cuando me ve: «¡Ajnaa!».
7. El minijardín de mi balcón.
8. Los desayunos cada domingo con las chicas.
9. La risa nasal de Viggo cuando algo por lo que no debería reírse le hace mucha gracia.
10. La gente que lee en el metro.
11. ...

La lista continúa, y no es que esté en orden, se mueve en función del día, a veces incluso de la hora. Y quizá sea interminable, siempre hay nuevas cosas que quiero añadir a ella.

1. Las mariquitas (no sé por qué, pero también me encantan. Cada vez que salvo una en la piscina de mis suegros, pido un deseo).

Entro en la redacción y saludo a algunos de mis compañeros, están junto a la puerta de cháchara mientras toman un café (12. La máquina de Nespresso de la nueva revista). No me entretengo mucho y sigo hasta mi mesa, hoy es viernes y quiero salir tempranito del trabajo. Viggo lleva toda la semana diciéndome que no haga planes para esta tarde, que tiene algo muy especial preparado para nosotros, y no suelta nada más, me tiene en ascuas.

Sonrío. Sonrío mucho (como una imbécil total).

—Buenos días, Ana.

—Hola, Susana. ¿Qué tal? —saludo mientras tomo asiento en mi sitio. Mi limonero está precioso y lleno de limones, casi parece de mentira.

—Bien, bien. —Mi jefa me dedica una sonrisa y continúa su camino.

Me cae genial, es cercana y siempre está abierta a las ideas que le presento, incluso las más descabelladas (el mes pasado le propuse un artículo entero sobre un retiro de horticultura terapéutica, y le gustó tanto el tema que terminó apuntándose).

Enciendo el ordenador; mientras se carga, tamborileo con mis dedos sobre la mesa. Hace diez meses que Viggo y yo nos fuimos a vivir juntos. Cuando regresó de Londres yo seguía en casa de mis padres, pero pasaba tantas noches con él en su piso que ya resultaba hasta ridículo. Ridículo e incómodo: hay un límite de *outfits* decentes que puedes crear con las camisas prestadas de tu chico, y la línea que separa el «Soy fan del estilo de Sarah Jessica Parker» y «Sí, anoche me la pasé retozando y esta mañana me he dado cuenta de que no tenía ropa limpia en casa del churri» es muy fina.

La sonrisa me quema en los labios, me sube por las mejillas y también las enciende.

Lo quiero. Estoy *full* enamorada de mi novio y no hay sensación mejor en el planeta Tierra: no la hay. Estoy en ese punto en el que prefiero mil veces estar recostada tranquila sobre el pecho de mi chico viendo docuseries en Netflix a que Henry Cavill —en bañador y untado en aceite— me ofrezca un millón de dólares y un plato lleno de croquetas.

Estoy en ese punto en el que el suelo parece tener la consistencia del algodón de azúcar, voy por ahí dando pequeños saltitos; en el que mi vida tiene hilo musical propio, suena una muy romántica de Taylor Swift de fondo (¿«Love Story»?), y en el que el cielo me parece tan azul —incluso en los días de lluvia— que me dan ganas de llorar.

Estoy en ese punto en el que no puedo estar triste (imposible, pienso en él y se me pasa), en el que las tormentas son románticas, las duchas son compartidas y los besos son infinitos.

Y es una maravilla de punto. El paraíso es un punto.

Mi teléfono comienza a sonar de pronto dentro de mi bolso. Meto la mano y tanteo su interior. Al fin (después de seis tonos) doy con él...

Es mi madre.

—Dime, mamá. —Sabe que no quiero que me llame cuando estoy en el trabajo, pero no hay forma de que lo entienda. Incluso le hice un horario superchulo con un montón de colores, tipo escolar, que pegué en su nevera—. Acabo de llegar a la revista, no puedo hablar mucho...

—¡Ay, hija! Es que estoy tan contenta...

Arrugo el entrecejo y cliqueo con el ratón, voy a mi bandeja de entrada.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?

—Pues no sé, Ana. Por todo. ¿Debo tener un motivo para estar contenta? —pregunta retórica—. Por ti, hija. Por Viggo. Qué chico tan adorable, por favor. Un verdadero sol. —Resoplo una risa. Si mi madre estuviera soltera, me lo quitaba fijo—. Menos mal que no volviste con Ernesto, ¡menos mal que me hiciste caso y no le diste otra oportunidad a ese impresentable! Porque nunca me cayó bien, ¿eh? *Nunca* —recalca—. No era trigo limpio, Ana. Eso lo sabe una madre, una madre siempre sabe lo que es mejor para su hija.

Me tapo la boca para ahogar una carcajada. Mi madre y su selectiva memoria a largo plazo, es que es única.

—Ya, ya... Menos mal. —Carraspeo para recuperar el tono.

—¿Venís mañana a comer?

—Eh..., pues no sé.

—Díselo a Viggo. Haré tortilla de patatas, que sé que le encanta.

—Vale, yo se lo digo.

Silencio.

Espero.

—Bueno, mamá, tengo que ponerme a...

—¿Y ha pasado algo? —me interrumpe de repente.

—¿Algo? ¿Algo como qué? —Hago una mueca mientras leo por encima una de las consultas nuevas que ha llegado a mi correo.

—No sé, hija. Algo.

—Humm... No, que yo sepa. Acabo de llegar a la redacción.

—¿Y no hay ningún mensaje?

Contraigo el gesto y dejo de leer. Está superrara, más de lo normal.

—¿Algún mensaje?

—Sí, Ana. —Noto por su tono que empieza a impacientarse.

—¿De qué hablas, mamá?

—¡Ay, hija, qué setita eres! ¡Mira bien tu mesa, por amor de Dios!

Bajo la vista hacia el tablero desconcertada. No entiendo nada. «¿Qué se supone que estoy buscando?...». De pronto lo veo. Debajo de mi teclado sobresale un papelito amarillo.

«¡Un pósit!».

—¡¿Cómo lo sabías?! ¡¿Cómo sabías que había una notita?! —pregunto, la sonrisa no me cabe en la cara.

—¿Yo? ¿Una notita? Qué va, yo no sabía nada.

Pongo los ojos en blanco mientras río. Miente tan mal...

—Luego te llamo, mamá.

—¡Sí, no te olvides! ¡Llámame esta noche y me lo cuentas todo, por favor! Ana, no te olvides. En serio, como no me llames, me planto en vuestra casa.

Suelto una carcajada. «¿Qué está ocurriendo?».

—Que sí, mamá. Yo te llamo, no te preocupes.

—Ay, hija. Te quiero tanto...

«¿Mi padre ha empezado a plantar maría en el jardín?».

—Eh..., sí, yo también te quiero. Adiós.

Cuelgo.

Miro a ambos lados —mis compañeros trabajan a lo suyo— y desdoblo la notita. Río, está como una cabra.

Te espero donde la primera vez,
donde los coches se vuelven pequeños
y el sol se acuesta a mirar las estrellas.

Sonrío (13. La forma en la que siempre me sorprende).

*Viggo*

Meto las manos en los bolsillos con la vista fija en el lejano Madrid. Las luces de la ciudad ya se empiezan a encender previsoras; no titilan todavía, a falta del contraste de la noche, pero me avisan a lo lejos de que no queda mucho para que este cielo pase a rosa y después a naranja.

«El atardecer, a ella le encanta».

Estoy en nuestro desfiladero. Empezó siendo solo mío y lo fue por mucho tiempo; sin embargo, a lo largo de este año y medio han sido tantas las veces que Ana y yo hemos acabado aquí esperando el crepúsculo —con una manta, un libro, una cerveza, una excusa o un beso—, que ahora es «nuestro». Y me gusta que sea nuestro, con ella lo quiero compartir todo.

Me giro brevemente hacia el bosque a mi espalda. Estoy nervioso y a la espera. Si es puntual —tal como me ha prometido por la mañana cuando ha encontrado mi notita—, faltan treinta minutos para que su coche aparezca por la vereda que parte los árboles. Son de un verde caduco, están llenos de cobre.

Vuelvo la vista al fondo del precipicio, el rosa orilla en el horizonte y sube mis pulsaciones.

«Dios, quién me habría dicho nada de esto hace un par de años».

Dejé Londres, dejé mis planes. O quizá no los dejé, simplemente maduraron con Ana. De repente se hizo importante tener raíces, pertenecer a alguien, estar cerca de la familia. Formar una propia.

Porque la quiero, la quiero incluso más que el día que empecé a quererla. Ahora, mirando atrás, creo que puedo situar con exactitud el momento en que mi corazón comenzó a tener un latido especial con ella. Fue el día que me explicó, llena de vehemencia, que ella era una chica arena y me dijo que quería que la quisieran bien y con ganas.

O tal vez fue antes... Cuando la vi en la cocina de la redacción con su minifalda, dando saltitos muy digna para alcanzar una taza.

Sonrío. ¿Y si la quise desde siempre y me estoy dando cuenta ahora?

Echo un rápido vistazo a mi reloj. «Veinte minutos».

Cojo aire, es frío, y lo agradezco.

Quería ser romántico porque sé que estas cosas le encantan. He extendido una manta en el suelo bajo el árbol con mejor panorámica de la ciudad (el de siempre), y tengo una nevera portátil en el maletero con la cena. Si todo sale bien...

Mi móvil comienza a sonar; meto la mano en el bolsillo y lo saco. A punto estoy de ignorar la llamada, pero ya la voy conociendo para saber que es muy insistente.

—¿Qué quieres?

—Hola, Voldi. ¿Cómo va todo? —saluda Rocío.

Mal que me pese, tengo que camuflar con una tos una pequeña risa. Al parecer, las capullas de sus amigas llevan toda la vida llamándome Voldemort; son unas payasas.

—Bien, hasta hace... —vuelvo a mirar el reloj— cinco segundos, cuando he decidido contestar esta llamada.

La oigo reír al otro lado de la línea.

—¡Vamos, no te cabrees! Solo queríamos saber, ¡estamos muy emocionadas! —Es Charlotte ahora la que habla.

Hace más o menos un año, al poco de haberme trasladado ya definitivamente a la sede de Goday Media en Madrid, durante una cena con todos, me tomó del antebrazo y me apartó del resto, y con mucha solemnidad me dijo: «Te perdono. A partir de ahora empezamos de cero. Ana es muy importante para mí, si vas a ser el padre de mis futuros sobrinos, tendré que aceptarlo».

Asentí sin comprender nada. «Perdonarme, ¿de qué?».

Después me abrazó y regresamos al salón con el resto.

—Chicas, está todo controlado —digo echando un rápido vistazo al caminito de tierra. No quiero estar hablando con el móvil cuando Ana aparezca—. En serio, no tenéis de qué preocuparos.

—Llevas el anillo, ¿verdad? —pregunta Rocío.

—Claro que llevo el anillo.

—¿Y tienes miedo de que te diga que no? —Me pinzo el puente de la nariz al oírla—. Si hubieras escogido el modelo que te dije, el clásico diamante, tendrías el «sí» asegurado, pero tú preferiste ir de hippie y optar por el de turquesas y zafiros. —Chasquea la lengua. Charlotte y creo que Belén se ríen por detrás.

«Esto me pasa por haberle pedido que me acompañara a elegirlo a la joyería...».

—Voy a colgar —la aviso.

—Todo va a salir genial, Viggo. Te queremos —dice Belén.

—¡Sí! Será estupendo —corrobora Charlotte.

—Gracias, chicas. Oye, os tengo que dejar —digo, creo que he oído el ruido de unas ruedas a lo lejos.

—No seas malo y ponnos en manos libres —pide Rocío.

Revuelvo los ojos.

—Quitadle el móvil, por favor. —Cuelgo mientras las oigo reír.

Guardo rápido el teléfono en mi bolsillo, ya se oye el murmullo de un coche que se acerca. Inspiro, noto que mi pulso se dispara de nuevo.

Uno, dos, tres... Aparece Ana. Nada más verme, me sonríe y saluda desde el interior del coche mientras conduce, aparca poco después junto a mi Lexus.

—¿Por qué llevas esmoquin? —pregunta divertida al tiempo que sale del vehículo, ella va en vaqueros—. ¿Vas a hacer como yo y

perseguir a alguien por Londres? Es una ciudad muy grande, no sé si lo sabes.

Camino hasta ella, noto que el corazón me retumba en el pecho a cada paso que doy, que estoy más cerca. Va a darme un beso en los labios, el que siempre me da cuando me ve, pero, antes de que pueda hacerlo, la cojo de las manos deteniéndola. Ana levanta la vista y me mira interrogativa.

—¿Qué ocurre, Viggo? ¿Qué es todo esto?

Está preciosa.

Mirarla mata.

—Ana... —Cojo aire y clavo una rodilla en el suelo. Veo entonces en su rostro cómo lo comprende todo de pronto, cómo se le abre la boca y cómo los ojos se le empiezan a humedecer.

Voy a hacerle la pregunta más importante de mi vida y ahora lo sabe.

—Te quiero —digo sin soltarla—. Haces que todos los días sean bonitos siempre y haces que todos merezcan la pena. Haces que sea imposible ya dormir sin ti, que tenga ganas de llegar tarde al trabajo, que no quiera dejar la cama nunca si tú estás dentro. Que odie toda tu ropa, aunque no sea un vestido feo de flores —ríe, y se enjuga la cara—, porque te quiero desnuda siempre.

Acaricio su mano y continúo.

—Ana, tú haces que quiera ser mejor. Mejor amigo, mejor amante, mejor persona. Deseo que no te falte nada y que seas increíblemente feliz, porque tú te lo mereces, porque eres maravillosa.

Sin apartar la vista de ella, meto la mano en el bolsillo de mis pantalones y saco la cajita del anillo; la abro dejándolo a la vista. Ella respira de pronto con mucha dificultad mientras una lágrima grande y pesada se desliza por su mejilla.

Amo esa lágrima y todo lo que significa.

—Ana, amor de mi vida, ¿quieres casarte conmigo?

Y sonríe. Sonríe mucho. Sonríe y comienza a asentir con la cabeza. Noto que me pican los ojos.

—Sí, Viggo. Claro que sí. Te quiero, te quiero muchísimo.

Se tira a mis brazos y me besa.

# Nota de la autora

El refrán español «una de cal y otra de arena» viene del ámbito de la construcción tradicional. Originalmente, la cal se consideraba el material valioso y necesario para fijar los muros, mientras que la arena —mucho más abundante y barata— se asociaba al componente de menor calidad. La cal sería lo bueno y la arena, lo malo.

En esta novela invierto ese significado. Presento a la «chica cal» como la tóxica y a la «chica arena» como la saludable. Esta elección responde a un criterio narrativo y simbólico: para el lector resulta más intuitivo asociar la cal con lo corrosivo y la arena con lo suave.

Confío en que mi reinterpretación contribuya a enriquecer la comprensión de la historia que tienes en tus manos.

# Agradecimientos

Tengo que dar las gracias, y quizá estos agradecimientos sean los más importantes que escriba en mi (ojalá) carrera literaria. Por lo menos, hoy, 17 de diciembre de 2025, me siento como ante la temida página en blanco: tanto que agradecer que no sé por dónde empezar.

Tampoco por quién.

«Tranquila, Carmen, nadie lee los agradecimientos. Puedes permitirte ser todo lo cursi que quieras».

~~Quiero~~ Necesito ser cursi.

Quiero dar las gracias a Esther, mi editora, por dar luz verde a este libro, y a todo el equipo de Esencia —y también de MatchStories— por cristalizarlo. Gracias a Irene y a las correctoras, Mireia y Lourdes, por ayudarme a sacar lo mejor del manuscrito. ¡Sois todas unas cracks!

Quiero dar las gracias a Roger por ser mi lector beta y, especialmente, un gran amigo. Tengo tantas cosas que agradecerte que te mereces siete folios, lo dejaré en: gracias por tu apoyo y cariño.

Quiero dar las gracias a mis compañeros MAPEANOS, una red incondicional y la mejor excusa para inventarse viajes desdigitalizadores. Gracias por estar siempre ahí a un WhatsApp de distancia, por siempre aportar.

Quiero dar las gracias a mis amigas, no solo por hacer la vida tan bonita, sino también por darme ideas para esta novela (muchas os

veréis reflejadas, lo sé: *sorry, not sorry*). Especialmente, quiero dar las gracias a Helena por estar siempre para mí; a Alexandra, por enviar ese mensaje hace años; a Marta, por sonreír siempre; y a Tara, por fliparse con todo lo que escribo y hacerme sentir como Taylor Swift. Os quiero mil.

Quiero dar las gracias a la familia Márquez de Prado por adoptarme de una forma tan sincera y con tanto amor: sois mi suerte. Mención especial a la prima Lola, nadie vende libros como tú; a la prima Blanca (voy a empezar a llamarte la Matriarca), gracias por conectar a todo el mundo y apoyarme siempre; a Celia, nunca está de más hacer un poco la pelota a la suegra; a Lolo, este libro venderá mucho más gracias a ti sin duda, gracias también por no llamarme pesada cada vez que lo he sido; y a Maravillas y Belén, os quiero mucho a las dos.

También quiero dar las gracias a mi familia, a los Palliser, a los piratas. A mi tía Carmen Rosa por estar ahí cuando nadie más estuvo, a Miriam por verse cada uno de mis vídeos de YouTube, a Lolita porque beber vino contigo siempre es bien y a Antonio por regalar mis libros a todos sus amigos (estoy convencida de que ninguno de esos señores respetables había leído antes una novela romántica-guarrilla; me llamaron, que lo sepas, fue muy interesante).

Quiero dar las gracias a mi marido, Manuel. Sé que sin ti escribir esta lista de agradecimientos no sería posible: el mayor apoyo que puede tener un escritor es alguien que crea CIEGAMENTE en él. Y tú lo has hecho desde el primer día. Te quiero.

Para terminar, gracias a ti, lector, por elegir este libro y dedicar tu tiempo a leerlo: escribo para vosotros. Gracias por ser parte de esto, vuestras reseñas y comentarios me dan la vida (de verdad,

escribidme siempre que podáis, me encanta leeros y saber vuestra opinión: me ayuda, también, a mejorar).

*El mejor de los problemas es estar rodeada de tanto cariño que temas dejar algún nombre fuera. Si se diera el caso, querido amigo, prometo compensarte con unas deliciosas galletas caseras. Gracias, gracias, gracias.

# Playlist

«Happier», Olivia Rodrigo
«Tusa», Karol G.
«You Oughta Know», Alanis Morissette
«Don’t Start Now», Dua Lipa
«A New Star», Rels B
«Cinderella’s Dead», Emeline
«You Can Be the Boss», Lana del Rey
«Can’t Get You Out of My Head» (Cover), AnnenMayKantereit x Parcels
«I Try», Macy Gray
«Summertime Sadness» (Cover), Miley Cyrus
«Por qué me fui a enamorar de ti», Mon Laferte
«Eyes Closed», Ed Sheeran
«Yellow», Coldplay

# Banda sonora

«El roce de tu cuerpo», ℗ 2016 Warner Music Spain, S. L., interpretada por Platero y Tú.
«Love Story», ℗ 2008 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Algo nuevo, algo viejo, algo prestado y… algo turquesa
Carmen Palliser

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la solapa: © Archivo de la autora

© Carmen Palliser, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-08-31626-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta




# Malas indecisiones

Casado, Noe
9788408316305
408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**A veces perderlo todo es la única forma de encontrarse.**

Imaginad que cada familia hiciera un sorteo para repartir los papeles: **el espabilado, el gafe, el vividor, la oveja negra...** Pues a mí me ha tocado ser **la pariente pobre.** Sí, esa misma, la de los **apellidos rimbombantes** —me llamo **Lucrecia Estefanía Peralta de la Merced**—, pero estoy sin un euro en el banco.

Por si os lo preguntáis, pertenezco a **la rama inútil del linaje,** esa que lleva generaciones tomando **malas decisiones** y superándose en el desastre.

Menos mal que, en cuestiones de amor, heredamos el gen que **nos mantiene lejos del romanticismo.** Si el estado civil aún figurara en el DNI, en el mío pondría: «El cupido de esta chica se droga».

Y aquí estoy, intentando recomponer mi vida: **con un novio abogado al que solo aguanto por ahorro legal, metida en líos judiciales** y, atención, **trabajando por primera vez en algo decente...,** en una clínica veterinaria.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Amor fuera de serie

Pascual, Nerea

9788408317111

416

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Da igual lo que tú quieras cuando el destino ya ha decidido por ti.**

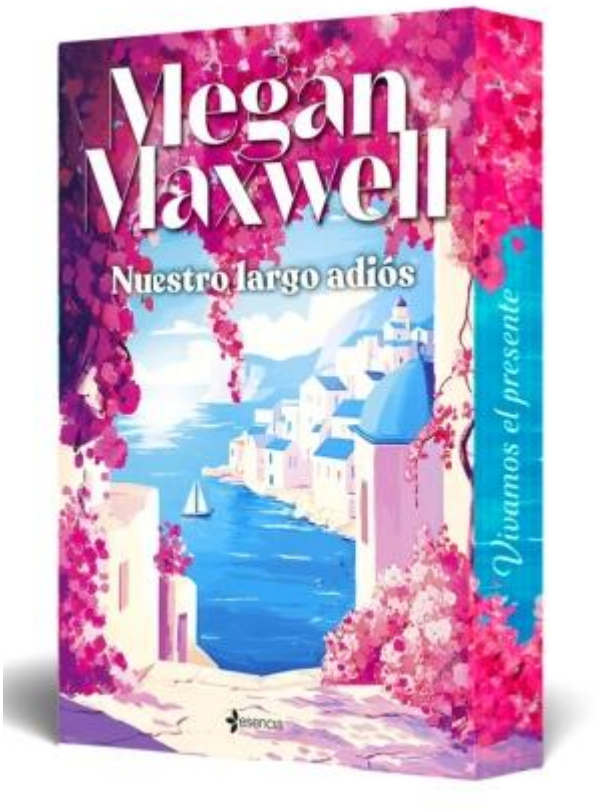
Olivia siempre pensó que **Nueva York sería el escenario de todos sus sueños**…, pero la realidad ha sido mucho menos glamurosa: **gastos imposibles**, **trabajos mal pagados** y la sensación constante de **nadar a contracorriente**. Tras varios años lejos de casa, **quizá ha llegado el momento de volver**.

Antes de marcharse, sin embargo, queda **una última boda**… y **un último giro inesperado**: **Enzo Verona**, **un capullo encantador**, se cruza en su camino y **desbarata todos sus planes**.

Lo que parecía **una comedia romántica más** se convierte en **un viaje de redescubrimiento**, **amistad**, **familia elegida** y **amores que llegan justo cuando más los necesitamos**, aunque no se parezcan a lo que imaginábamos.

- Romcom ambientada en Nueva York
- Strangers to Lovers
- Slow burn romance
- Polos opuestos
- Él se enamora primero

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Nuestro largo adiós

Maxwell, Megan

9788408305842

488

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Recuerda que la vida es un bonito regalo que no se debe desperdiciar. Porque cada segundo sin ser feliz, es un segundo perdido.**

Briseida (Bris) y Álvaro se conocieron de niños, y junto con Peny, la hermana de Bris, y Andrea, el hermano de Álvaro, compartieron las mejores vacaciones de verano. Ibiza fue testigo de sus travesuras y del amor, tan mágico como inevitable, que nació entre los dos.

Sin embargo, muy pronto, demasiado, el destino enseñó sus malas cartas y a Bris le enseñó que debía centrarse en el presente. Su positividad y sus ganas de vivir le hicieron convertirse en una mujer fuerte, pero la maldad de la madre y abuela de Álvaro le rompió el corazón. Sin embargo, **cuando el amor es verdadero, tiene la costumbre de buscar la manera de sobrevivir incluso en las circunstancias más desafortunadas**.

Lee la nueva novela de **Megan Maxwell**, enamórate del amor y descubre que siempre hay que vivir el presente, pues el futuro está aún por llegar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Las guerreras Maxwell, 10. Una herencia salvaje

Maxwell, Megan

9788408300243

632

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Adéntrate en la décima entrega de «Las guerreras Maxwell» y descubrirás que el amor es capaz de desafiar el destino y**

**unir dos corazones en un solo latido.**

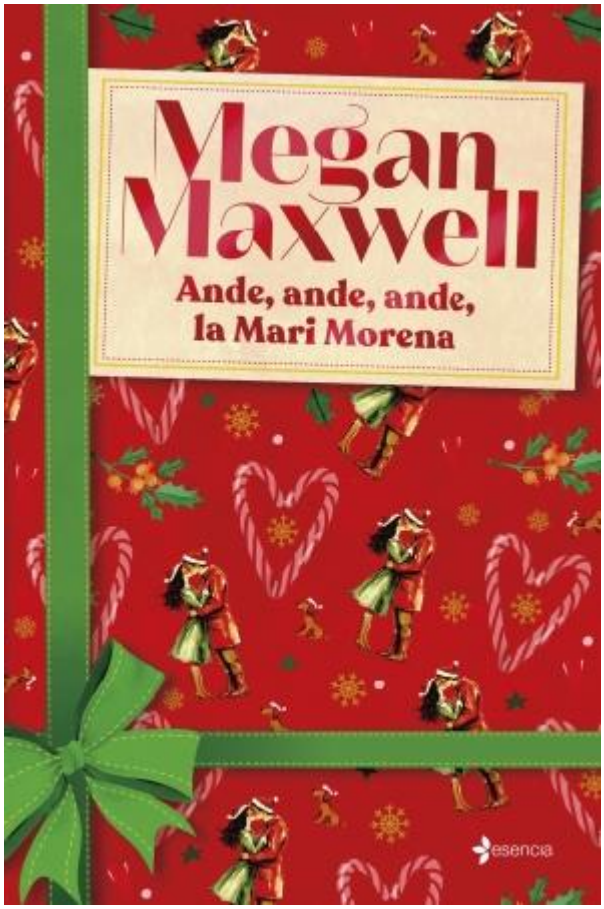
**Amanda McRae**, la hija pequeña de Duncan y Megan, es **una joven apasionada y de fuerte carácter**, conocida por su franqueza y su amor por los niños. Desde siempre ha soñado con unos misteriosos ojos grises que cree que pertenecen al hombre de su vida, por lo que descarta a cualquier pretendiente que no posea esa mirada enigmática.

**Brodrick Fraser, conde de Aviemore, acaba de quedar viudo** tras un matrimonio sin amor que terminó en tragedia y con dos pequeños a su cargo.

**El destino los reúne** cuando Amanda y sus padres visitan el castillo del conde para presentarle sus condolencias. Durante su estancia, **la conexión que sintieron meses atrás en el castillo de Eilean Donan resurge con una fuerza inesperada**.

Lo que **comienza como una mera obligación** se convertirá en una **apasionada y emotiva historia de amor**. Amanda y Brodrick descubrirán que, a veces, el amor surge de las situaciones más inesperadas y complicadas; que vale la pena luchar por lo que realmente importa, y que los sueños se cumplen no solo soñándolos, sino también trabajando por ellos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Ande, ande, ande, la Mari Morena

Maxwell, Megan

9788408310716

544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Porque la Navidad no es lo que tenemos, sino a quien tenemos.**

A **María**, una morenaza de bandera, urbanita por excelencia, le encantan la ropa buena, los viajes de lujo y los hoteles de varias estrellas y algún cometa. Su vida va viento en popa. Tiene un novio banquero inversionista, dos hermanos a los que adora, dos buenas amigas, una perrita preciosa… Pero lo que más le gusta es **trabajar en la empresa familiar de joyería fundada por su abuelo,** que ahora dirige su padre.

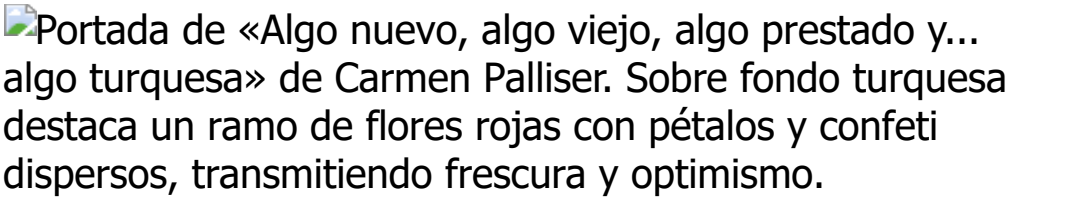
**Nicoláses un veterinario** que, por circunstancias de la vida, **tuvo que dejar su vida glamurosa** en la que viajaba por todo el mundo **para instalarse en una granja en Galicia.** Es un hombre muy familiar al que le gustan el campo y los animales y, sobre todo, adora a los suyos.

**María y Nicolás no pueden ser más diferentes.** Pero cuando a ella, de un día para otro, el mundo se le pone del revés y decide hacer un viaje, **sus caminos se cruzan.** Y, cuando el destino, sin avisar, mueve sus hilos (algo que la Navidad propicia, ¡y de qué forma!), **ellos solo pueden dejarse llevar…**

**No te pierdas la nueva novela de Megan Maxwell.**

**¿Estás preparado para volver a creer en la magia de la Navidad?**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada de «Algo nuevo, algo viejo, algo prestado y... algo turquesa» de Carmen Palliser. Sobre fondo turquesa destaca un ramo de flores rojas con pétalos y confeti dispersos, transmitiendo frescura y optimismo.